



HIM

SARINA BOWEN

AUTHOR OF *THE IVY YEARS*

ELLE KENNEDY

NYT BESTSELLING AUTHOR OF *THE DEAL*

Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Epílogo](#)
[Próximo Libro](#)
[Biografía del autor](#)

Him #1

Him

Sarina Bowen &
Elle Kennedy



DIAGRAMADO POR CARONIN84

Índice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Próximo Libro](#)

[Biografía del autor](#)

Sinopsis

No jugaban en el mismo equipo. ¿O lo hacían?

Jamie Canning nunca había sido capaz de entender cómo perdió a su mejor amigo. Hace cuatro años, su tatuado, increíblemente sabio, rompe reglas compañero de habitación le retiró la palabra sin ninguna explicación. ¿Qué si las cosas fueron un poco raras la última noche en el campamento de hockey en el verano que tenían dieciocho? Solo fue una pequeña tontería de borrachos. Nadie murió.

El mayor remordimiento de Ryan Wesley es haber coaccionado a su amigo cercano con una apuesta que empujaba los límites de su relación. Ahora, con sus equipos de instituto preparados para enfrentarse en el campeonato nacional, finalmente tendrá una oportunidad para disculparse. Pero todo lo que hace falta es una mirada a su flechazo de hace tiempo y la llama es más fuerte que nunca.

Jamie ha esperado mucho tiempo por respuestas, pero se marcha solo con más preguntas... ¿Puede una noche de sexo arruinar una amistad? Si no, ¿podrían hacerlo otras seis semanas de ello? Cuando Wesley vuelve para entrenar junto a Jamie otro caliente verano en el campamento, Jamie tiene unas cuantas cosas que descubrir sobre su viejo amigo... y aprender algo importante sobre sí mismo.

Advertencia: *contiene situaciones sexuales, bañarse en bolas, travesuras en un Suv y demostrar que salir del armario ante tu familia en una red social es una proposición arriesgada.*

Capítulo 1

Abril

La fila en la cafetería es un poco larga, pero sé que llegaré a la pista a tiempo. Algunas semanas sólo hacen *clic*.

El fin de semana, mi equipo de hockey aseguró las dos primeras rondas de los playoffs de la NCAA, y ahora nos dirigimos al Frozen Four. De alguna manera conseguí una B-menos en un trabajo de historia que escribí en un coma inducido por el agotamiento. Y mi sentido arácnido me dice que el chico delante de mí no ordenará una bebida complicada. Puedo notar por su ropa que es un hombre sencillo.

Las cosas van a mi manera ahora. Estoy en la zona. Mis patines están afilados, y el hielo es suave.

La fila avanza por lo que Chico Sencillo puede ordenar.

—La mezcla de desayuno pequeño. Con café negro.

¿Ves eso?

Es mi turno un minuto más tarde, pero cuando abro la boca para pedir, la joven barista deja escapar un chillido fanático.

—¡Oh mi Dios, Ryan Wesley! ¡Felicidades!

No la conozco. Pero la chaqueta que llevo puesta me hace una estrella de rock, al menos por esta semana.

—Gracias, muñeca. ¿Podría tener un expreso doble, por favor?

—¡Ahora mismo! —Le grita mi orden de bebida a su colega, añadiendo—: ¡Hazlo rápido! ¡Tenemos un campeonato que ganar aquí! —Y no creerás esto. Ella se niega a recibir mi billete de cinco dólares.

Lo meto en el tarro de propinas, luego arrastro mi culo hacia afuera y me dirijo a la pista.

Estoy de un malditamente estupendo humor mientras me paseo en la sala de proyección en las instalaciones de primera categoría del equipo en el campus de Northern Mass. Me encanta el hockey. Jodidamente lo amo. Me dirijo a los profesionales en unos pocos meses y estoy enloqueciendo.

—Damas —saludo a mis compañeros de equipo mientras me dejo caer en mi asiento habitual. Las filas se establecen en un semicírculo frente a la pantalla gigante al frente de la sala. Las sillas están acolchadas en cuero. Sí, la División es un lujo en su máxima expresión.

Muevo mi mirada hacia Landon, uno de nuestros chicos Defensas de primer año.

—Te ves un poco verde, hombre. —Sonrío—. ¿Todavía te duele tu pancita?

Landon levanta el dedo medio, pero es un gesto poco entusiasta. Se ve enfermo como el infierno, y no estoy sorprendido. La última vez que lo vi, chupaba una botella de whisky como si estuviera tratando de hacer que se corriera.

—Amigo, debiste verlo cuando caminábamos a casa —dice un chico de tercer año llamado Donovan—. Se desnudó hasta sus bóxers y trató de follar en seco a esa estatua en frente de la librería sur.

Todos los que nos rodean estallan en carcajadas, incluyéndome —porque si no me equivoco, la estatua en cuestión resulta ser un caballo de bronce. Yo lo llamo Seabiscuit, pero creo que es sólo un memorial por algunos alumnos asquerosamente ricos del equipo ecuestre que ganaron las Olimpiadas hace cien años.

—¿Intentaste montar a Seabiscuit? —Le sonrío al de primer año.

Manchas rojas aparecen en sus mejillas.

—No —dice malhumorado.

—Sí —corrige Donovan.

Las carcajadas continúan, pero ahora estoy distraído por la sonrisa dirigida en *mi* dirección, cortesía de Shawn Cassel.

Supongo que podrías llamar a Cassel mi mejor amigo. De todos mis compañeros de equipo, soy más cercano a él, y sí, pasamos el rato fuera del hockey, pero “mejor amigo” no es exactamente un término que lance muy a menudo. Tengo amigos. En realidad, tengo un montón de malditos amigos. ¿Puedo decir honestamente que alguno de ellos realmente me *conozca*? Probablemente no. Pero Cassel malditamente se acerca.

Ruedo los ojos hacia él.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Landon no es el único que tuvo un buen rato anoche. —Baja la voz, pero en realidad no importa. Nuestros compañeros están demasiado ocupados molestando a Landon sobre la montada al caballo de anoche.

—¿A qué te refieres?

Su boca se curva.

—Me refiero a que te vi desaparecer con ese cabeza hueca. Ustedes seguían desaparecidos cuando Em finalmente me arrastró a casa a las dos de la madrugada.

Levanto una ceja.

—No veo el problema.

—No hay uno. Simplemente no me di cuenta que estabas corrompiendo a los heterosexuales ahora.

Cassel es el único chico en el equipo con el que discuto sobre mi vida sexual. Como el único jugador de hockey gay que conozco, camino en una cuerda floja. Quiero decir, si alguien saca el tema, no voy a negarlo y escabullirme en el armario, pero tampoco ofrezco la información.

Honestamente, mi orientación sexual es probablemente el secreto peor guardado en este equipo. Los chicos lo saben. Los entrenadores lo saben. Simplemente no les importa.

A Cassel le importa, pero de una manera diferente. No le importa una mierda que me guste follar con hombres. Nop, lo que le preocupa soy yo. Me ha dicho en más de una ocasión que cree que estoy desperdiciando mi vida moviéndome de un encuentro anónimo a otro.

—¿Quién dice que él era heterosexual? —digo en tono burlón.

Mi amigo se ve intrigado.

—¿En serio?

Arqueo una ceja de nuevo, lo cual lo hace reír.

La verdad es que dudo que el hermano de fraternidad con el que me enganché anoche sea gay. Bi-curioso, más bien, y no mentiré, ese era el atractivo. Es más fácil perder el tiempo con aquellos que van a fingir que no

existes en la mañana. Una noche de diversión sin compromiso, una mamada, una follada, cualquier cosa que su coraje líquido les permita intentar, y luego desaparecen. Actúan como si no hubieran pasado las horas previas mirando mis tatuajes e imaginando mi boca alrededor de sus pollas. Como si no hubieran pasado sus manos codiciosas por todo mi cuerpo y rogando que los tocara.

Engancharse con chicos gays es potencialmente más complicado. Podrían querer *más*. Como compromiso. Promesas que soy incapaz de cumplir.

—Espera —exijo cuando entiendo lo que dijo antes—. ¿Qué quieres decir con que Em te arrastró a casa?

Cassel aprieta la mandíbula.

—Exactamente como suena. Apareció en la casa de fraternidad y me arrastró hacia fuera. —Sus rasgos se relajan, pero sólo ligeramente—. Pero estaba preocupada por mí. Mi celular murió, así que no respondí ninguno de sus mensajes.

No digo nada. He renunciado a tratar de conseguir que Cassel vea la luz sobre esa chica.

—Habría quedado destrozado si ella no hubiera aparecido. Así que... eh, sí, supongo que fue genial de su parte que fuera a buscarme antes de que eso ocurriera.

Me muerdo la lengua. No, no me voy a involucrar en la relación del hombre. Sólo por el hecho de que Emily resulta ser la chica más cínica, más perra, y *más loca* que he conocido jamás no me da el derecho a interferir.

—Además, sé cómo se siente acerca de que vaya a fiestas. No debería haber ido en primer lugar...

—No estás jodidamente casado —suelto.

Mierda. Tanto esfuerzo por mantener la boca cerrada.

La expresión de Cassel se ve afligida.

Me apresuro a retractarme.

—Lo siento. Eh... olvida que dije eso.

Hunde las mejillas, su mandíbula moviéndose como si estuviera apretando sus dientes con fuerza.

—No. Quiero decir, mierda. Tienes razón. No estamos casados — murmura algo que no puedo entender.

—¿Qué?

—Dije... todavía no, de todos modos.

—¿Todavía no? —repito con horror—. Por el amor de Dios, hombre, por favor, *por favor*, dime que no te vas a comprometer con esa chica.

—No —dice rápidamente. Luego baja la voz de nuevo—. Pero ella sigue diciendo que quiere que se lo proponga.

¿*Proponérselo*? El pensamiento hace que mi piel se apriete. Maldita sea, yo voy a ser el padrino en su boda, simplemente lo sé.

¿Es posible hacer un brindis de boda sin mencionar a la novia?

Por suerte, el entrenador O'Connor entra en la habitación antes de que ésta loca conversación con Cassel pueda hacer que mi mente gire con más fuerza.

La sala se queda en silencio ante su entrada. El entrenador es... estricto. Nah. Prueba con *aterrador*. Un metro con noventa de altura, ceño fruncido perpetuo, y una cabeza que afeita no porque se esté quedando calvo, sino porque le gusta lucir como un hijo de puta aterrador.

Él comienza la reunión al recordarnos —uno por uno— lo que hicimos mal en la práctica de ayer. Lo cual es completamente innecesario, porque la crítica de ayer aún arde en mis entrañas. Cometí un error en uno de los ejercicios de posicionamiento, fallé en tomar algunos pases, me perdí un gol cuando tuve un tiro fácil. Fue una de esas prácticas de mierda donde nada sale bien, y ya me comprometí a mejorar mi mierda cuando entráramos al hielo mañana.

La post-temporada se ha reducido a sólo dos partidos fatídicos, lo que significa que necesito mantenerme en forma. Necesito estar *enfocado*. Northern Mass no ha ganado un campeonato de Frozen Four en quince años, y como el anotador líder, estoy decidido a tener esta victoria antes de graduarme.

—Muy bien, manos a la obra —anuncia el entrenador después de decirnos lo mucho que apestamos—. Vamos a comenzar con ese juego en Rainier-Seattle la semana pasada.

Cuando una imagen congelada de un campo de la universidad llena la pantalla gigante, uno de nuestros alas izquierda arruga la frente.

—¿Por qué empezamos con Rainier? La primera ronda la vamos a jugar en Dakota del Norte.

—Nos enfocaremos en Dakota del Norte la próxima vez. Rainier es el que me preocupa.

El entrenador toca el portátil sobre el escritorio y la imagen en la pantalla grande se descongela, el sonido de la multitud haciendo eco en la sala de proyección.

—Si nos encontramos con estos chicos en la final, estaremos en un mundo de sufrimiento —dice el entrenador sombríamente—. Quiero que observen a este portero. El chico es ágil como un halcón. Tenemos que encontrar su debilidad y explotarla.

Mi mirada se centra en el juego en marcha, deteniéndose en el portero con uniforme negro y naranja manejando la jugada. Él es ágil, es cierto. Sus ojos constantes evaluando el terreno de juego, su guante cerrándose mientras detiene el primer gol lanzado en su dirección. Es rápido. Alerta.

—Observen la forma en que controla este rebote—exige el entrenador cuando el equipo contrario lanza otro tiro hacia la portería—. Fluido. Controlado.

Cuanto más veo, más inquieto me pongo. No puedo explicarlo. No tengo idea de por qué los pelos en mi nuca cosquillean. Pero algo en ese portero hace que mis instintos zumben.

—Él pone su cuerpo en un ángulo perfecto. —El entrenador suena reflexivo, casi impresionado.

También estoy impresionado. No he seguido a ninguno de los equipos de la costa oeste esta temporada. Estaba demasiado ocupado concentrándome en los que están en nuestra conferencia, estudiando las cintas de juego para encontrar una manera de ganarles. Pero ahora que la post-temporada está en marcha, es el momento de evaluar a los equipos que podríamos enfrentar en el campeonato si llegamos a la ronda final.

Sigo mirando. Sigo estudiando. Maldita sea, me gusta la forma en que él juega.

No, *conozco* la forma en que juega.

El reconocimiento me atraviesa en el mismo momento que el entrenador dice:

—El nombre del chico es...

Jamie Canning.

—... Jamie Canning. Él es un estudiante de último año.

Santa mierda.

Santa maldita mierda.

Mi cuerpo ya no está zumbando, sino temblando. He sabido por un tiempo que Canning va a Rainier, pero cuando lo comprobé la temporada pasada descubrí que fue relegado a portero de respaldo, reemplazado por algún estudiante de segundo año que se rumoreaba era imparable.

¿Cuándo consiguió el puesto titular de nuevo? No voy a mentir, solía saber todo sobre el chico. Pero me detuve una vez que comencé a sentirme al borde del acecho. Quiero decir, no hay ninguna manera de que él se interesara en *mí*, no después de que arruiné nuestra amistad como un idiota.

El recuerdo de mis actos egoístas es como un puñetazo en el estómago. Mierda. Fui un amigo terrible para él. Una *persona* horrible. Era mucho más fácil lidiar con la vergüenza cuando Canning estaba a miles de kilómetros de distancia, pero ahora...

El espanto se arrastra por mi garganta. Voy a verlo en Boston durante el torneo. Es probable que incluso me vaya a enfrentar contra él.

Han pasado casi cuatro años desde que he visto o hablado con el chico. ¿Qué demonios le diría? ¿Cómo te disculpas con alguien por sacarlo de tu vida sin siquiera una explicación?

—Su juego es impecable —está diciendo el entrenador

No, no es impecable. Se retira demasiado rápido... siempre fue un problema para él, luchando por regresar a la red cuando un tirador se acercaba a la línea azul, dándoles un mejor ángulo para disparar. Y siempre dependía mucho de la almohadilla, creando oportunidades de rebote fáciles para la ofensiva.

Tengo que morderme el labio para no divulgar la información. Se siente... *incorrecto*, supongo. Decirle a mis compañeros de equipo sobre las

debilidades de Canning. Sin embargo, debería hacerlo. Realmente debería, porque está en juego el maldito Frozen Four.

Por otra parte, han pasado años desde que estuve en el hielo con Canning. Él podría haber reforzado su juego desde entonces. Es posible que ya ni siquiera tenga esas debilidades particulares.

Yo, por otro lado, sí. Tengo la misma maldita debilidad que siempre he tenido. Sigue allí mientras miro hacia la gran pantalla. Mientras veo a Jamie Canning detener otro tiro vertiginoso. Mientras admiro la gracia y precisión mortal con la que se mueve.

Mi debilidad es *él*.

Capítulo 2

Jamie

—Estás muy tranquilo esta mañana, incluso para ti. —Los dedos de Holly derivan por mi espalda, terminando su viaje en mi desnudo culo—. ¿Pensamientos profundos sobre el Frozen Four?

—Sí. —Y no es exactamente una mentira. Puedo garantizar que el viaje del viernes a Boston, se encuentra en la vanguardia de las mentes de dos docenas de otros jugadores esta mañana. Y alrededor de un trillón de aficionados.

Tengo más que el ganar en mi mente, sin embargo. Ahora que en realidad estábamos dirigiéndonos por el campeonato, ya era hora de ponerse de acuerdo con la idea de que podríamos enfrentarnos a Northern Mass. ¿Y quién es el jugador estrella de su equipo? Nada menos que Ryan Wesley, mi ex-mejor amigo.

—¿Qué pasa, cariño? —Holly se apuntala sobre un codo para estudiarme. No suele quedarse, pero el maratón de sexo de la noche anterior había durado hasta las cuatro de la mañana, y me hubiera sentido como un cabrón empujándola en un taxi tan tarde.

No estoy seguro de cómo me siento, sin embargo, viéndola hecha un ovillo en la cama junto a mí. Dejando a un lado el espectacular sexo de la mañana, su presencia me incomoda. Nunca he mentido a Holly acerca de lo que esto es y lo que no lo es. Pero he tenido bastante experiencia con las chicas para saber que cuando están de acuerdo en un arreglo de amigos con beneficios, una parte de ellas espera que uno de esos beneficios, de alguna manera, desembarque en la oferta de un novio.

—¿Jamie? —solicita.

Empujo a un lado un conjunto de pensamientos inquietantes y los sustituyo por otros.

—¿Alguna vez has sido despedida por un amigo? —Me oigo preguntar.

—¿Qué? ¿Cómo... alguien para el que trabajaste? —Ella tiene sus ojos azules amplios, los cuales siempre me toman en serio.

Niego.

—No. El máximo goleador en el Northern Mass era mi mejor amigo en la escuela secundaria. Y en la primaria, también. ¿Sabes el campo de hockey donde trabaje en el verano?

—¿Los élités? —Ella asiente.

—Sí, buena memoria. Antes de ser un entrenador allí, era un campista. Igual que Wes. Estaba loco. —Me río de mí mismo simplemente imaginando su cara desaliñada—. El tipo haría cualquier cosa. Hay una rampa tobogán en el centro de la ciudad en el invierno puedes patinar hacia abajo sobre el lago congelado. Pero en el verano está cerrado, con una cerca de doce pies alrededor. Dijo como, “Amigo, después de apagar las luces subimos esa cosa”.

Holly masajea mi pecho con una de sus manos suaves.

—¿Lo hiciste?

—Naturalmente. Estaba seguro de que íbamos a ser arrestados y expulsados del campamento. Pero nadie nos llamó. Wes era el único lo suficientemente inteligente como para llevar una toalla sobre la que deslizarse, sin embargo. Así que tenía quemaduras en el dorso de mis muslos de deslizarme sobre esa mierda.

Holly sonríe.

—Y todavía me pregunto cuántos turistas tuvieron que eliminar las fotos que tomaron de Lago Mirror. Cuando Wes veía un turista que se alineaba para una foto, él siempre se bajaba los pantalones.

Su sonrisa se convierte en una risita.

—Suenas divertido.

—Lo era. Y entonces no lo era.

—¿Qué pasó?

Doblo mis manos detrás de mi cabeza, tratando de parecer informal a pesar de la ola de malestar deslizándose por mi espina dorsal.

—No lo sé. Siempre fuimos competitivos. En nuestro último verano me retó a una contienda... —Me detengo, porque nunca digo a Holly cosas realmente personales—. No sé lo que pasó exactamente. Él solo corto el

contacto conmigo después de ese verano. Él dejó de responder a mis textos. Él sólo... me despidió.

Ella besa mi cuello.

—Suenas como si todavía estuvieras furioso.

—Lo estoy. —Me sorprende a mí mismo diciendo.

Si me hubieras preguntado ayer, si había algo en mi pasado que me molestaba, habría dicho que no. Pero ahora que Ryan Wesley ha puesto su culo de vuelta en mi conciencia, estoy todo revuelto de nuevo. Maldición. Realmente no necesito esto al entrar en los dos partidos más difíciles de mi vida.

—Y ahora tienes que jugar con él —Holly, reflexiona—. Es mucha presión. —Está frotando mi cadera ahora. Estoy bastante seguro de que ella tiene algunos planes para los dos que implican un tipo diferente de “presión”. Está buscando la segunda ronda, pero no tengo tiempo.

Cogiendo su mano en la mía, le doy un beso rápido.

—Tengo que levantarme. Lo siento cariño. Estamos viendo la cinta en veinte minutos. —Balanceo mis piernas a un lado de la cama y me giro en busca de una imagen de las curvas de Holly. Mi amiga con beneficios es sexy como el infierno, y mi polla da un pequeño espasmo de gratitud por la diversión que ya tuvimos.

—Es una pena —dice Holly, rodando sobre su espalda tentadoramente—. No tengo clase hasta esta tarde. —Pasa sus manos por su vientre plano y en sus tetas. Con los ojos fijos en mí, tocó sus pezones y luego se lamio sus labios.

Mi polla no lo deja de notar.

—Eres mala y te odio.—Agarro mi bóxer del suelo y miro hacia otro lado antes de conseguir una erección de nuevo.

Se ríe.

—No te gusto nada, tampoco.

—UH Huh. Sigue diciéndote eso. —Pero luego fijo mis labios juntos. Seis semanas antes de la graduación, es imprudente empezar siquiera una conversación juguetona sobre lo mucho que Holly y yo nos gustamos.

Somos estrictamente casuales, pero últimamente ha estado haciendo ruidos de lo mucho que me echará de menos el año que viene.

Según Holly, es sólo cuarenta y tres millas de Detroit, donde estaré el año que viene, a Ann Arbor, donde ella va a estar en la escuela de medicina. Si empieza a preguntarse en voz alta si hay apartamentos en alquiler a medio camino entre las ciudades, no sé lo que voy a decir.

Sí. No deseo esa conversación.

Sesenta segundos más tarde estoy vestido y me dirijo a la puerta.

—¿Has conseguido calmarte?

—Sí, está bien. —Su risa me detiene antes de que pueda girar el pomo—. No tan rápido, semental.

Holly se levanta para darme un beso de despedida, y me mantengo quieto por un segundo y lo devuelvo.

—Más tarde —le susurro. Es mi adiós estándar. Hoy, sin embargo, me pregunto si hay otras palabras que está a la espera de oír.

Pero cuando la puerta se cierra sobre ella, mi cabeza ya está en otro lugar. Me cuelgo la mochila sobre un hombro y me deslizo hacia fuera en una mañana brumosa de abril. Cinco días a partir de ahora voy a estar en la costa este, tratando de ayudar a mi equipo de hacerse con el campeonato nacional. Hombre, el Frozen Four es tan emocionante. He estado una vez antes. Fue hace dos años, y era el portero de reserva en lugar del principal.

No jugué, y no gané. Me gusta pensar que esas dos cosas están relacionadas.

Esta vez va a ser diferente. Voy a estar esperando entre las tuberías, la última línea de defensa entre la ofensa del otro equipo y el trofeo. Eso es suficiente presión para flipar incluso para el mejor portero en los deportes universitarios. ¿Pero el hecho de que la estrella central del otro equipo sea mi ex-mejor amigo quien de repente dejó de hablarme?

Eso es un golpe fuerte.

Me encuentro con un puñado de mis compañeros de equipo en la acera cuando todos nos acercamos a la pista. Se están riendo sobre las payasadas de alguien, de ayer por la noche en el autobús, bromeando y empujándose entre sí a través de las puertas de cristal y en el brillante pasillo.

Rainier hizo una renovación masiva de la pista hace unos años. Es como un templo para el hockey, con banderines de conferencias y fotografías del equipo cubriendo las paredes. Y eso es sólo el área pública. Nos detenemos frente a una puerta cerrada con llave para que Terry, un delantero joven, pueda deslizar su identificación más allá del ojo del láser. La luz destella verde y nos empujamos a través de la opulenta zona de entrenamiento.

No he dicho ni una palabra a nadie todavía, pero nunca he sido de mucho hablar, como el resto de ellos, así que nadie lo nota. En la cocina del equipo, me sirvo una taza de café y agarro un muffin de arándanos de la bandeja. Este lugar me hace sentir como un niño mimado, pero es útil cuando estoy por quedarme dormido.

Diez minutos más tarde estamos mirando la cinta en la sala de video del equipo, escuchando el análisis del entrenador Wallace. Está en el podio llevando un pequeño micrófono que amplifica su voz todo el camino hasta la última fila. Pero no lo puedo escuchar de todos modos. Estoy demasiado ocupado viendo a Ryan Wesley moverse rápido a través del hielo. Veo clip tras clip de Wes pasando por la línea de defensa como el humo, creando oportunidades de gol de la nada, excepto virutas de hielo y rápido ingenio.

—El goleador ofensivo número dos en la nación, el chico tiene bolas de acero —admite nuestro entrenador a regañadientes—. Y la suficiente velocidad de pies para hacer a sus oponentes parecerse a mi abuela de noventa y siete años de edad.

Disparo tras disparo poco probable vuela en la red. La mitad del tiempo en la pantalla, Wes, ni siquiera tiene los buenos modales de parecer sorprendido. Él simplemente se desliza hacia adelante con la gracia y la facilidad de alguien que prácticamente había nacido con cuchillas de acero debajo de sus pies.

—Al igual que nosotros, Northern Mass llegó a la final del año pasado, pero fueron obstaculizados por lesiones en la postemporada —dice el entrenador—. Ellos son el equipo a vencer...

El metraje es fascinante. Había visto por primera vez patinar a Wes, el verano después de séptimo grado. A los trece años todos pensábamos que éramos mierda caliente sólo por asistir a las élites en el campo de entrenamiento de hockey de clase mundial de Lake Placid, Nueva York.

Fuimos los mejores jugadores de nuestro diverso equipo de vuelta a casa. Fuimos los niños a vencer durante los partidos improvisados de hockey en el estanque.

Éramos en su mayoría ridículos.

Pero incluso mi mocoso culo juvenil podía ver que Wes era diferente. Estaba un poco temeroso de él, desde el primer día, de mi primer verano en Elites. Bueno, al menos hasta que descubrí lo bastardo arrogante que era. Después de eso, le odiaba un poco, pero al ser asignados compañeros hizo que fuese difícil mantener mi odio.

Seis veranos consecutivos, el mejor hockey que jugué fue contra la vista aguda, acerada de Ryan Wesley. Pasé mis días tratando de mantenerme al día con sus rápidos reflejos y sus slapshots de platillo volador.

Cuando la práctica había terminado, era aún más un desafío. ¿Quieres correr a la parte superior de la pared de escalada? Pregúntale a Wes. ¿Necesitas un socio en el crimen para ayudarte a entrar al campo congelado después de las horas? Wes es tu hombre.

La ciudad de Lake Placid, probablemente, dejó escapar un suspiro de alivio cada mes de agosto, cuando el campamento fue completado. Todo el mundo pudo finalmente volver a una vida normal que no incluía ver el culo desnudo de Wes en el lago cada mañana, para su inmersión diaria.

—Señoras y señores: Ryan Wesley.

El entrenador zumbaba en frente de la sala, mientras que Wes y sus compañeros de equipo hacen su magia en la pantalla. Lo más divertido que he tenido en una pista, fue con él. No es que él nunca me cabrease. Lo hizo cada hora. Pero honestamente puedo mirar hacia atrás en sus desafíos y provocaciones y ver que me había hecho un mejor jugador.

Excepto por el último desafío que emitió. Nunca debí haber aceptado ese.

—Último día —se burló de mí, patinando hacia atrás más rápido de lo que la mayoría de nosotros podría patinar hacia adelante—. Todavía tienes miedo a embarcarte conmigo en otro tiroteo, ¿eh? Aun lloriqueando sobre el último.

—Pura mierda. —Yo no tenía miedo de perder con Wes. La gente por lo general lo tenía. Pero era difícil evitarle la entrada en un tiroteo, y ya

debía a Wes seis latas de cerveza. El problema era, que mi cuenta bancaria estaba drenada. Como el último de seis niños, el enviarme a este campamento de lujo era todo lo que mis padres podían hacer por mí. Ya había gastado mi dinero de cortar-el césped en helado y contrabando.

Si perdía una apuesta, no la podría pagar.

Wes patinó un círculo hacia atrás alrededor de mí, tan rápido que me recordó al demonio de Tasmania.

—No es por cerveza —dijo, leyendo mis pensamientos—. Mi frasco está lleno de Jack, gracias a la paliza que le di a Cooper ayer. Así que el premio puede ser algo diferente. —Dejó escapar una risa malvada.

—¿Como qué? —Conociendo a Wes, se trataría de una especie de exposición pública de la ridiculez. El perdedor canta el himno nacional mientras pendía del cerebro en el muelle de la ciudad. O algo.

Cree una hilera de discos y me prepare para disparar. Golpee, salí el primero, sólo faltaba Wes mientras él iba en un borrón. Configure mi siguiente tiro.

—El perdedor da al ganador una mamada —dijo justo cuando balancee.

Perdí el puto disco. Realmente lo perdí.

Wes carcajeo, patinando hasta detenerse.

Jesucristo, el tipo era bueno follando con mi cabeza.

—Estás histérico.

Se quedó allí respirando con dificultad de todo el patinaje rápido.

—¿Crees que no puedes ganar? No debería importarte el premio si estás seguro.

Mi espalda se sentía sudorosa, de repente. Él me tenía en una posición imposible, y lo sabía. Si me negaba el reto, ganaba. Sin embargo, si aceptaba él me confundiría antes de que el primer disco volase mi camino.

Me quedé allí como un idiota, sin saber qué hacer.

—Tú y tus juegos de mente —murmuré.

—Oh, Canning. —Wes había reído—. El hockey es noventa por ciento de juegos de la mente. He estado tratando de enseñarte durante seis años.

—Bien —había dicho entre dientes apretados—. Estás en ello.

Él había abucheado a través de su máscara.

—Te ves ya aterrorizado. Esto va a ser bueno.

Sólo está follando contigo, me dije a mí mismo. Podía ganar un tiroteo. Entonces volvería los juegos de mente sobre él desechando el premio, por supuesto. Pero luego pude sostener el hecho de que él me debía un BJ sobre su cabeza. Por años. Era como si una bombilla de dibujos animados se disparase por encima de mi cabeza. Dos podían hacer juegos mentales. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de esto antes?

Alinee otro disco y disparé con gran fuerza justo más allá de la sonrisa arrogante de Wes.

—Este va a ser un pedazo de pastel —le dije—. ¿Tenemos este tiroteo, donde pateare tu culo, justo después de comer? ¿Antes de que finalice la refriega del campamento?

Por un breve momento su confianza resbaló. Estoy seguro de que lo vi, el repentino destello de mierda santa.

—Perfecto —dijo finalmente.

—Bien. —Cogí el último disco del hielo y lo volqué en mi guante. Entonces patiné a distancia silbando, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Ese había sido el último día de nuestra amistad.

Y nunca lo vi venir.

En la parte delantera de la sala, una nueva película estaba reproduciéndose, ésta destacando la estrategia ofensiva de Dakota del Norte. El entrenador ya no está pensando en Ryan Wesley.

Pero yo aún lo estoy.

Capítulo 3

Wes

El horizonte de Boston está a la vista desde mi ventana del autobús antes de que esté listo.

Faltan tan sólo noventa minutos de la misa de Norte a TD Garden. The Frozen Four siempre se juega en una pista neutral, pero si alguien tiene una ventaja local en el hielo de este año, ese soy yo. Soy de Boston, así que jugar en la arena de los Bruins es mi fantasía de la infancia en la vida.

Al parecer mi extraña fantasía es la de mi padre, también. No sólo es que llamó para invitar a todos sus colegas idiotas a mi juego, sino que puede verse como un héroe barato. Sólo tiene una limusina, no un vuelo chárter.

—¿Sabes lo que más me gusta de este plan?—pregunta Cassel desde el asiento a mi lado mientras mira el itinerario con el que nuestro director de equipo se desmayó.

—¿Qué este evento es como la sede mundial del conejito?

Él resopla.

—Bien, seguro. Pero sólo iba a decir que nos estarán poniendo en un buen hotel, no en uno de paso en la interestatal.

—Cierto. —Aunque el hotel, lo que sea, no será tan grande como la mansión Beacon Hill de mi familia a unas pocas millas de distancia. Nunca diría eso, sin embargo. No soy un snob, porque sé que la opulencia no acaba con la ignorancia y la infelicidad. Sólo hay que preguntarle a mi familia.

Pasamos la siguiente media hora gruñendo en el tráfico, porque así es como es, en Boston. Así que son casi las cinco para el momento en que finalmente estamos bajando del autobús.

—¡El equipo se queda! —grita nuestro dirigente de estudiantes—. ¡Tomen sólo su equipaje!

—¿No tenemos que arrastrar a nuestro equipo? —gruñe Cassel—. *Cariño, ya llegué.* Tienes que acostumbrarte a este trato, Wes. —Me codea

—. El próximo año en Toronto es probable que tengas un asistente personal para llevar tu palo alrededor por ti.

Se siente supersticioso hablando de mi contrato con la NHL¹ antes del Frozen Four. Así que puedo cambiar el tema.

—Eso es impresionante, amigo. Me encanta cuando otro chico tiene mi palo.

—Conseguí eso para ti, ¿no? —pregunta mientras tomamos nuestras bolsas de deporte de la acera donde el conductor con la cara roja las arrojó.

—Seguro lo hizo. —Dejé a Cassel entrar en la puerta giratoria primero para poder tomar la puerta por el asa y atraparla dentro.

Atascado ahora, Cassel se retuerce alrededor para levantarme el dedo. Cuando no lo suelto, se aleja y llega a la hebilla de su cinturón, tratando de asustarme y al resto de Boston que pasa a estar caminando por el hotel en un ventoso viernes de Abril.

Dejo la puerta y le doy un empujón, pegándole en el trasero que aún no está descubierto.

Ah, los jugadores de hockey. Realmente no nos pueden llevar a ninguna parte.

Entonces estamos en el brillante vestíbulo.

—¿Cómo se ve el bar? —pregunto.

—Abierto —contesta Cassel—. Eso es realmente todo lo que importa.

—Cierto.

Encontramos un lugar fuera del camino para quedarnos parados mientras esperamos que el director del equipo resuelva lo de las habitaciones. Pero pasará un tiempo. El vestíbulo está ocupado y más que ocupado. Nuestro extremo de la habitación tiene un esquema de color claramente verde y blanco, con nuestras enormes chaquetas del Nothern en todas partes.

Pero en el otro extremo de la habitación otro color me llama la atención. Es el color naranja. En concreto, el naranja y el negro de las chaquetas de otro equipo. Están cruzando las mismas puertas por las que acabamos de entrar, empujándose unos a otros y generalmente actuando como perros llenos de testosterona. Todo es muy familiar.

Y entonces la habitación se inclina un poco mientras mi mirada se queda sobre una cabeza rubia como la arena. Sólo necesito la vista oblicua para reconocer la forma de su sonrisa.

No me jodas. Jamie Canning se aloja en este hotel.

Todo mi cuerpo se tensa mientras espero que vuelva la cabeza. Que mire hacia mí. Pero no lo hace. Está demasiado absorto en la conversación con uno de sus compañeros de equipo, riéndose de algo que el chico acaba de decir.

Él se reía conmigo de esa manera. No he olvidado el sonido de la risa de Jamie. Profunda y ronca, melódica de una manera despreocupada. Nada mantiene a Jamie Canning abajo. Era el epítome de ir-con-el-flujo, probablemente debido a su relajada crianza en California.

No me había dado cuenta de lo mucho que lo he echado de menos hasta este momento.

Ve a hablar con él.

La voz en mi cabeza es persistente, pero el silencio con mi mirada desgarrada dejando a Canning. Con la cantidad colosal de culpabilidad presente en mi pecho, ahora se vuelve aún más evidente que tengo que pedirle disculpas a mi viejo amigo.

Pero en este mismo segundo no estoy listo. No aquí, con todas estas personas alrededor.

—Es una maldita estación Grand Central aquí —murmura Cassel.

—Amigo. Hay un mandado que necesito hacer. ¿Vienes conmigo? — Me formo esa idea sobre la marcha, pero es una buena.

—¿Seguro?

—Puerta de atrás —le digo, empujándolo hacia una salida cercana.

En el exterior, me doy cuenta de lo cerca que estamos de Faneuil Hall y de toda la mierda turística que venden allí. Perfecto.

—Vamos. —Le doy a Cassel un tirón hacia la primera fila de tiendas.

—¿Olvidaste tu cepillo de dientes?

—No. Tengo que comprar un regalo.

—¿Para quién? —Cassel pasa su bolsa de lona sobre su hombro.

Dudo. Siempre he mantenido mis recuerdos para mí mismo. Porque son *míos*. Durante seis semanas cada verano, *él* fue mío.

—Un amigo —admito finalmente—. Uno de los jugadores de los Rainier.

—Un amigo. —La risa de Cassel es baja y sucia—. ¿Tratarás de encontrar la manera de tener sexo después del partido de mañana? ¿A qué tipo de tienda me estás llevando?

Maldito Cassel. Debería haberlo dejado en el vestíbulo lleno de gente.

—Amigo. No es así. —*Aunque me gustaría que lo fuera*—. Este tipo, Canning su portero- solíamos ser cercanos —agrego de mala gana—. Hasta que me destrozó siendo un idiota.

—¿A ti? Quién lo adivinaría.

—Lo sé, ¿no?

Exploro la hilera de tiendas. Están llenas de la mierda turística de Boston que es generalmente invisible para mí: langostas de juguete, banderines de los Bruins, camisetas Freedom Trail. Algo aquí sin duda llenará la nota de lo que tengo en mente.

—Vamos. —Llevo a Cassel a la tienda más cursi y comienzo a buscar en los estantes. Todo es chillón como el infierno. Recojo un muñeco de Paul Revere y luego lo dejo.

—Estos son divertidos —dice Cassel. Está sosteniendo una caja de condones de los Medias Rojas.

Me río antes de pensar en una mejor idea.

—Cierto. Pero eso no es lo que estoy buscando. —Lo que elija, no puede tener nada que ver con el sexo. Solíamos enviarnos uno al otro todo tipo regalos de broma, entre más sucios, mejor.

Pero no esta vez.

—¿Puedo ayudarte? —La chica de ventas está vestida con un atuendo colonial, con el vestido de volantes aplastador-de-senos.

—Claro que puedes, muñeca. —Me apoyo contra el mostrador de la manera más sexy posible, y sus ojos se abren un poco más—. ¿Tienes algo con gatitos?

—¿Con gatitos? —Cassel ahoga una risa—. ¿Qué diablos?

—Su equipo es los tigers. —Tonto.

—¡Claro!—La señorita Betsy Ross se anima con mi petición, probablemente porque este trabajo es aburrido como la mierda—. Un segundo.

—¿Cuál es el problema? —Cassel lanza los condones sobre una mesa—. Nunca me compras regalitos.

—Canning y yo fuimos amigos en el campamento de verano. Cercanos, aunque sólo nos veíamos uno al otro durante seis semanas al año. —Unas muy intensas seis semanas—. ¿Tienes amigos así?

Cassel niega.

—Yo tampoco. No antes, y no después. Pero no hablábamos durante el año. Nos comunicábamos vía SMS, y nos enviábamos la caja.

—¿La caja?

—Sí... —Me rasco la barbilla—. Creo que empezó en su cumpleaños. Debe de haber tenido alrededor... ¿de catorce años? —Cristo. ¿Éramos tan jóvenes?—. Le envié este desagradable suspensorio púrpura. Lo puse en una de las cajas de puros cubanos de mi padre.

Todavía podía recordar haber envuelto la caja en papel marrón y pegarla toda como el infierno para que pudiera llegar en una pieza. Esperaba que la hubiera abierto en frente de sus amigos y haberlo avergonzado.

—¡Aquí estamos!—Betsy Ross vuelve extendiendo varias cosas sobre el mostrador en frente de mí. Encontró una caja de lápices de Hello Kitty, un gato grande de felpa que lleva una camiseta de los Bruins y bóxers blancos cubiertos de gatitos.

—Esos. —Empujo los bóxers hacia ella. Ropa interior no había sido mi meta, pero los gatitos son del tono adecuado de color naranja—. Ahora, para subir tus puntos, necesito una caja. En forma de caja de puros, si es posible.

Ella duda.

—Las cajas de regalo tienen un costo extra.

—Está bien. —Le hago un guiño y ella se sonroja un poco. Comprueba mis tatuajes que se asoman desde mi camiseta con cuello V. No se le puede

culpar. Ni a la mayoría de las mujeres. Mejor aún, a los hombres como ellas, también.

—Déjame ver qué puedo encontrar. —Se escabulle.

Me vuelvo a Cassel, que está masticando chicle, mirándome como si estuviera haciendo algo sin sentido.

—Todavía no lo entiendo.

Bien.

—Entonces, un par de meses más tarde llevaré la caja al correo. Sin nota. Sólo la caja que le envié, pero estará llena hasta el tope con Skittles color púrpura.

—Asqueroso.

—No, hombre. Me encantan los malditos Skittles púrpura. Me tomó un mes comerlos, sin embargo. Esos eran un montón de Skittles. Y finalmente enviaré la caja posteriormente.

—¿Con qué?

—Ni idea. No recuerdo.

—¿Qué? —grita Cassel—. Pensé que esta historia tenía un remate.

—No tanto. —Eh. No me di cuenta hasta este mismo segundo que el regalo en el interior no era tan importante. Era el acto de enviarlo. Había sido igual que todos los chicos adolescentes pasando por la rutina de la escuela y la práctica y la tarea, sólo comunicándome por correo electrónico y con textos y gruñidos. Cuando esa caja se presentó sin avisar fue como Navidad, pero mejor. Mi amigo había pensado en mí y se había tomado la molestia.

A medida que fui creciendo, las bromas se pusieron aún más ridículas. Caca falsa. Cojines Whoopie. Una señal que prohibía pedos. Bolas de estrés con forma de pechos. El regalo no era tan importante como el hecho de que se daba algo.

Ahora Betsy Ross está de vuelta con una caja de regalo que es aproximadamente del tamaño correcto, incluso si no se mueve de un tirón para abrirse en la parte superior como nuestra caja acostumbrada.

—Esa está bien —le digo, a pesar de que estoy decepcionado.

—Entonces... —Cassel ve alrededor de la tienda, aburrido ahora—. ¿Le enviarás ésa?

—Sí. Nuestra antigua caja está probablemente en mi casa en alguna parte. —Si no fuera un idiota, sabría dónde—. Rompí la cadena hace unos años. Así que esta tendrá que ser suficiente.

—Le enviaré un texto al gerente y veré si tiene las llaves del hotel para nosotros —dice Cassel.

—Hazlo. —Estoy viendo a Betsy Ross envolver los bóxers de gatito en un poco de papel, y luego meterlos en la caja.

—¿Necesitas una tarjeta? —pregunta, yo sonrío y tengo una mejor vista de su escote.

Esas no funcionan en mí, cariño.

—Por favor.

Ella me pasa un cuadro de cartulina y un bolígrafo. Escribo exactamente una palabra en ella y la coloco en la caja. Ya está. Enviaré este regalo a la habitación de Jamie en el hotel tan pronto como volvamos.

Entonces, cuando lo pueda tirar a un lado en un lugar tranquilo, me disculparé. No hay manera de deshacer los restos de lo que entretejé hace cuatro años. No puedo recuperar esa ridícula apuesta a la que lo había obligado o el resultado muy incómodo. Si pudiera volver atrás en el tiempo y restringir a mi estúpido yo a los dieciocho años, tirar esa mierda, lo haría en un santiamén.

Pero no puedo. Sólo puedo ser un hombre y darle la mano y decirle que es bueno verlo. Puedo mirar esos ojos marrones que siempre me mataron y pedirle disculpas por ser tan idiota. Y entonces podré comprarle una bebida y tratar de volver a los deportes y a la plática fácil. A temas seguros.

El hecho de que fuera el primer hombre que amé y el que me hizo enfrentarme a algunas cosas terribles sobre mí... bueno, todo eso se quedará sin decir.

Y entonces mi equipo matará al suyo al final. Pero esa es sólo la forma en que es.

Capítulo 4

Jamie

Estamos pensando en una noche tranquila en el hotel —un hecho con el que estoy seguro la mitad de mis compañeros están muy descontentos. Particularmente los estudiantes de primer y segundo año, los jugadores que están en el Four congelados por primera vez y estaban esperando irse de fiesta como locos este fin de semana. El entrenador aplastó esa noción bastante rápido, sin embargo.

Impuso la ley antes de que alguien pudiera incluso recoger sus menús en la cena —el toque de queda del equipo era a las diez en punto— sin alcohol, ni drogas, ni engaños.

Los alumnos de segundo grado conocían el taladro, por lo que ninguno de nosotros se fastidió especialmente mientras subíamos al ascensor hasta nuestro bloque de habitaciones en el tercer piso. Mañana era el día del partido. Eso significaba que esta noche era acerca de tomarlo con calma y conseguir un poco de sueño.

A Terry y a mí nos asignaron la habitación 343 cerca de la escalera, por lo que fuimos los últimos en el pasillo mientras nos dirigíamos a nuestra puerta.

En el momento en que lleguemos a ella, nos congelaríamos.

Hay una caja en la alfombra. Azul pálido. Sin envoltura a excepción de una nota blanca pegada a la parte superior que dice *Jamie Canning* en florida cursiva.

¿Qué mierda?

Lo primero que pensé es que mi mamá me había enviado algo de California, pero si lo hubiera hecho, habría una dirección, un franqueo, su letra.

—Um... —Baraja Terry antes de plantar las manos en sus caderas—. ¿Crees que sea una bomba?

Yo suelto una risita.

—No lo sé. Pon tu oído en ella y dime si escuchas algo marcando.

Él retrocede.

—Eh-ajá, no veo cómo. Eres tal gran amigo, Canning, poniéndome en la línea de fuego. Bueno, olvídalo. Ese es tu nombre en la maldita cosa.

Los dos miramos fijamente el paquete de nuevo. Es del tamaño de una caja de zapatos.

A mi lado, Terry arruga la cara con terror, se burla y se lamenta:

—¿*Qué hay en la caja?*

—Hombre, bonita referencia de Seven —le digo, realmente impresionado.

Él sonríe.

—No sabes cuánto tiempo he estado esperando una oportunidad para hacer eso. *Años.*

Nos tomamos un momento para chocar los cinco con los demás, y me pongo en cuclillas y recojo la caja porque tan entretenido como es, los dos sabemos que lo que tiene es inofensivo. La meto debajo mi brazo y espero mientras Terry desliza su tarjeta-llave para abrir la puerta, y luego damos dos zancadas en la habitación. Él enciende la luz y se dirige a su cama, mientras yo me echo en el borde de la mía y levanto la tapa de la caja.

Arrugando la frente, desenvuelvo el papel de seda blanco y saco el suave paquete de tela del interior.

Desde el otro lado de la habitación, Terry mira.

—Amigo... ¿qué diablos?

No tengo idea. Estoy mirando un par de bóxers blancos con gatitos de color naranja brillante sobre todos ellos, incluyendo un parche mal colocado en la entrepierna. Cuando los levanto por la cintura, otra tarjeta revolotea. Esta tiene una sola palabra sobre ella.

MIAU.

Y Mierda, reconozco la escritura a mano en esta ocasión.

Ryan Wesley.

No puedo evitarlo. Resoplo tan fuerte que mando las cejas de Terry a alzarse hasta su frente. Ignoro la reacción de mi amigo, muy divertido y desconcertado por el significado de este regalo.

La caja. Wes resucitó nuestra vieja caja de broma. Excepto que por la vida en mí, no tengo ni idea de por qué. Había sido el último en enviarla. Y recuerdo que me sentí muy petulante sobre mi elección de regalos—un paquete de Blow Pops. Porque, bueno, ¿cómo podría resistirme?

Wes no había enviado nada a cambio. Tampoco había llamado, ni enviado mensajes de texto, ni enviado correo o mensajería. Ni una sola palabra de él por tres años y medio.

Hasta ahora.

—¿De quién es? —Terry está sonriendo hacia mí, visiblemente entretenido por el ridículo regalo en mis manos.

—Diablos. —Su nombre sale de mi boca tan bien que me sorprende. No sé por qué mentí. Es bastante fácil decir que los bóxers son de un viejo amigo, un rival, o lo que sea. Pero por alguna razón, no me atrevo a decirle a Terry la verdad.

—¿Es una broma o algo así? ¿Por qué ella te enviaría bóxers de gatitos?

Eh, sabes, porque me llama gatito a veces.

—Oh, por el amor de Dios.

Terry se abalanza en un santiamén.

—¿*Gatito*? ¿Tu novia te llama *gatito*?

—No es mi novia.

Pero el punto es discutible porque se dobla de risa, y quiero patearme a mí mismo por darle vergonzosa munición que va a utilizar, sin duda, contra mí hasta el final de los tiempos. Debería haberle dicho solamente que era de Wes.

¿Por qué diablos no lo hice?

—Eh, perdón —dice, sin dejar de reír mientras marcha hacia la puerta. Entrecierro mis ojos.

—¿A dónde vas?

—No te preocupes por eso, *gatito*.

Un suspiro se queda atascado en mi garganta.

—Vas a llamar a todas las puertas y a decírselo a los chicos, ¿verdad?

—Sí. —Se va antes de que pueda protestar, pero sinceramente no me importa tanto. Así que los chicos me van a molestar sobre la cosa del gatito por unos días. Finalmente, uno de mis compañeros de equipo hará algo ridículo y será su turno recibir el calor.

Tras la puerta cerrada detrás de Terry, me quedo mirando los bóxers de nuevo, una sonrisa involuntaria alcanza mis labios. Maldito Wes. No estoy seguro de lo que esto significa, pero debe saber que estoy en la ciudad por el campeonato. ¿Tal vez esta es su manera de disculparse? ¿De extender una rama de olivo?

De cualquier manera, tengo demasiada curiosidad para ignorar el gesto. Alcanzo el teléfono y marco al mostrador de recepción, y luego espero en la línea con una interpretación impresionante de Katy Perry de “Roar”. Lo que sólo me hace reír, porque, ya saben, rugido. Miau.

Cuando la recepcionista contesta, pregunto si hay un número de habitación para Ryan Wesley. Estoy bastante seguro de que el mar de chaquetas verdes y blancas en el vestíbulo significa que está en este hotel.

—No puedo proporcionarle el número de la habitación de otro huésped, señor.

Eso me detiene por un segundo, porque es evidente que Wes pudo averiguar mi número de habitación. Pero es Wes del que estamos hablando. Probablemente le ofreció a alguna mujer en la recepción un vistazo de sus abdominales.

—¿Señor? Podría tratar de conectarlo por teléfono.

—Gracias.

Suena, pero nadie contesta. Mierda. Pero hay una cosa más para probar. Me muevo a través de mi teléfono para ver si su número todavía está en mis contactos. Y lo está. Supongo que nunca me enojé lo suficiente para borrarlo. Le envío un texto, con sólo tres palabras:

Sigues siendo un listillo.

Cuando mi teléfono repica un segundo más tarde, espero que sea mi mensaje rebotado. Ese Wes cambió su número hace mucho tiempo, a la mierda.

Algunas cosas no cambian, dice en su lugar.

No puedo evitar responderle en mi cabeza. *Pero algunos lo hacen.* Eh. Escúchenme diciendo eso toda perra. ¿Cuál es el punto de eso? Así que pongo algo más:

Entonces ¿este es un saludo actual o una mierda perdedora, o vamos a patear tu trasero hoy?

Su respuesta:

¿Ambos?

Sentado allí en la cama del hotel, estoy sonriendo a mi teléfono. En serio, mi cara está a punto de romperse en dos. Es sólo la nostalgia de una época más simple en mi vida donde las decisiones más importantes eran los ingredientes de una pizza y la pequeña ridiculez de que debía enviar por correo una caja a mi amigo.

Pero me gusta de todos modos, que es probablemente la razón de que mi siguiente texto diga:

Probablemente iré al bar en un rato.

Su respuesta:

Ya estoy aquí.

Por supuesto que lo está.

Meto mi teléfono y abro la lona. De cara a la ducha, me tomo unos minutos para lavarme el largo día de encima. Necesito recuperarme. Y me vendría bien un afeitado.

O tal vez estoy estancado.

No sé qué esperar de Wes. Con él, nunca se sabe qué esperar, que es una de las razones por las que siempre me ha gustado tanto. Ser su amigo era una maldita aventura. Me arrastraba a una situación loca después de la otra, y estaba feliz de ir adelante para el paseo.

Lo hice tan lealmente. Justo hasta la parte loca al final.

En la ducha del hotel, tomo una profunda bocanada de aire estimulante. Maldita sea estaba bien. Todavía estoy enojado. Porque si Wes y yo habíamos tenido una pelea o algo así, entonces darme la espalda a mí al menos tendría sentido.

Pero no habíamos peleado. Él sólo me había retado a un tiroteo. Y ese día, en ese segundo —la última tarde del campamento— habíamos alineado

los discos con justicia perfecta. Les disparó cinco veces, yo los tiré en cinco ocasiones también.

Los tiroteos nunca son fáciles. Pero ¿cuándo te estás defendiendo en la red contra Ryan Wesley, el patinador más rápido contra el que he jugado? Es intenso. Aun así, habíamos hecho eso suficientemente a menudo para que pudiera anticipar sus llamativos movimientos. Recuerdo haber cacareado después de que hice los tres primeros disparos. Pero entonces él tuvo suerte, me derrotó una vez y luego ganó uno en un rebote poco probable de la tubería.

Tal vez otro hombre se habría asustado un poco cuando se diera cuenta de que había atinado dos. Pero yo era un cliente fresco. En última instancia, era Wes quien se había ahogado. No estaba acostumbrado a la marcha del portero, pero tampoco solía disparar a su puerta. Hice mis dos primeros disparos. Luego defendí los dos siguientes.

Todo se redujo a un solo disparo, y vi el miedo en sus ojos. En mi interior, sabía que podía hacerlo.

Que había ganado, en buena ley. El tercer disparo se fue a su lado y cayó con un chasquido en el fondo de la red.

Durante las siguientes tres horas lo dejé torcerse —durante toda la cena y la entrega de premios de mierda que tenían al final del campamento. Wes estuvo inusualmente mudo a través de eso.

Esperé hasta que volvimos a nuestra habitación para dejarlo descolgado.

—Creo que voy a recoger mi premio el año que viene —le había dicho con tanta indiferencia como pude reunir a los dieciocho años—. En junio, tal vez. O en julio. Te avisaré, ¿está bien?

Hubiera querido dar un suspiro aliviado. Hacer a Wes sudar por una vez había sido divertido. Pero su rostro no dio nada. Había sacado un frasco de acero inoxidable y lentamente desenroscó la parte superior.

—Ayer por la noche de campamento, amigo —le había dicho—. Será mejor que celebres. —Tomó un buen trago y luego me lo pasó.

Cuando tomé el frasco, sus ojos brillaron con algo que no pude leer.

El whisky fue áspero bajando. El primer trago, de todos modos. Hasta ahora, no habíamos bebido más de una o dos cervezas, a recaudo en

nuestros contenedores. Ser atrapado con alcohol o drogas habría significado un verdadero problema. Así que no tenía ningún tipo de tolerancia en ese entonces. Sentí el calor del licor a través de mi pecho, justo mientras Wes decía:

—Vamos a ver un poco de porno.

Casi cuatro años después, estoy ahí temblando en un baño de hotel. Cerré el agua y agarré una toalla de la pila.

Supongo que es hora de ir abajo y ver si nuestra amistad se puede arreglar. Lo que había sucedido esa noche era un poco loco, pero no exactamente digno de los libros de récords. Me encogí de hombros con bastante facilidad.

Pero Wes no lo había hecho. Sin realmente ninguna otra explicación de por qué me había cortado.

Dios, espero que no saque eso. A veces es mejor dejar la mentira de mierda. A mi modo de ver, una noche de estupidez y de ebriedad no debe ser el momento decisivo en una amistad de seis años.

Aun así, estoy extrañamente nervioso cinco minutos después, cuando me paseo al ascensor a la planta baja, y no me gusta la sensación de picor en mi columna, porque no me pongo nervioso a menudo. Soy probablemente la persona más fría que jamás hayan conocido, que estoy seguro tiene que ver con el hecho de que mi familia es la definición de pie de los californianos duros.

El bar está lleno cuando entro. No es sorpresa. Es viernes por la noche y el hotel está completamente lleno debido al torneo. Cada mesa y cabina está ocupada. Tengo que mover mi cuerpo hacia los lados para moverme por el lugar, y no puedo ver a Wes en ningún lugar.

Tal vez fue una idea estúpida.

—Disculpen—digo. Hay un coágulo de hombres de negocios que bloquean la vía entre la barra y las mesas. Pero se ríen de la broma de alguien, haciendo caso omiso de la forma en que están haciendo el cuarto entero intransitable.

Probablemente estoy a un segundo de ir al piso de arriba cuando lo escucho.

—Tonto.

Es sólo una palabra, pero reconozco la voz de Wes al instante. Profunda, un poco ronca. De repente me transporto a la secundaria, a todos esos veranos que escuché esa voz burlándose de mí, desafiándome, retándome.

Un resoplido comunal de risa sigue su comentario, y muevo mi cabeza para buscar en el grupo de jugadores de hockey contra la pared del fondo.

Él gira la cabeza al mismo tiempo, casi como si sintiera mi presencia. Y mierda, viajo atrás en el tiempo otra vez. Tiene el mismo aspecto. Y diferente. Se ve diferente e igual.

Todavía tiene el cabello oscuro, desordenado y crecimiento en su barba desaliñada, pero es más grande ahora. Músculo sólido y hombros anchos, más magro que voluminoso, pero definitivamente más grande que a los dieciocho años. Todavía tiene el tatuaje tribal en su bíceps derecho, pero ahora hay mucha más tinta en su piel dorada-entonada. Otra pieza en su brazo izquierdo. Algo negro y de aspecto celta asomándose desde el cuello de su camiseta.

Todavía está hablando con sus amigos mientras me mira concentrado. Por supuesto que está rodeado de gente. Había olvidado lo magnético que es. Como si se quemara con combustible más alto que el resto de nosotros.

Una barra perforando su ceja atrapa la luz mientras gira su cabeza, un guiño de plata sólo un tono más claro que sus ojos gris pizarra. Que se estrecha cuando finalmente nado a través del mar de gente para llegar a su lado.

—Mierda, hombre, ¿te pusiste luces en el cabello?

Hace más de tres años desde que estuvimos en la misma habitación juntos, ¿y eso es lo primero que me dice?

—No. —Pongo los ojos en blanco mientras me deslizo en el taburete junto al suyo—. Es por el sol.

—¿Todavía surfeas cada fin de semana? —pregunta Wes.

—Cuando tengo tiempo. —Levanto una ceja—. ¿Todavía tirando hacia abajo de los pantalones y mirando por ninguna razón concebible?

Sus compañeros de equipo entran en erupción alrededor de nosotros, sus risas truenan en mi pecho.

—Mierda, ¿siempre fue así?—dice alguien.

Una sonrisa tira de la esquina de la boca de Wes.

—Nunca privé al mundo de mi belleza masculina dada por Dios. —Se estira para poner una gran mano en mi hombro. Le da un apretón. Se va de nuevo una fracción de segundo, pero todavía puedo sentir el punto caliente en mi hombro.

Chicos, este es Jamie Canning, mi amigo de hace tiempo y portero de esos punks en Rainier.

—Oye —le digo estúpidamente. Entonces echo un vistazo alrededor, en busca de una camarera. Necesito una copa en la mano, incluso si es sólo un refresco. Pero el lugar está atestado, y la única camarera a la vista no está en ninguna parte cerca.

Echo un vistazo a la copa en la mano de Wes. Está bebiendo algo efervescente, Coca-Cola, por el aspecto de la misma. No, cerveza de raíz. Siempre había preferido la cerveza de raíz. Y, obviamente, su entrenador le dio la misma perorata de no-beber.

Wes levanta la mano en el aire, y la camarera gira bruscamente en nuestra dirección. Señala su vaso y ella asiente, como si fuera mandada por Dios para hacer su voluntad. Wes le parpadea una sonrisa, su divisa favorita de favores. Y me doy cuenta de otro destello de metal.

Se perforó la lengua. Eso es nuevo, también.

Yyyy ahora estoy pensando en su lengua. Maldito Jesús. Y los últimos cuatro años de silencio entre nosotros de repente hacen un poco más de sentido. Tal vez hay numeritos borrachos capaces de arruinar una amistad.

O tal vez es una mierda, y si nos hubiéramos quedado como amigos podríamos haber logrado superar el valor de una hora de estupidez hace mucho tiempo.

Mientras tanto, realmente hace mucho calor en este bar. Si esa camarera no me trae una cerveza de raíz, voy a tener la tentación de verter todo sobre mí mismo. Y el silencio entre mi ex-amigo y yo está creciendo ya a cada segundo.

—Lleno de gente —me las arreglo para decir. Apenas.

—Sí. ¿Necesitas un trago? —Me ofrece su copa.

Tomo un codicioso sorbo y nuestros ojos se encuentran por encima del borde. Su confianza se ha deslizado un milímetro o dos. Su mirada hace una

pregunta. *¿Vamos a atravesar la siguiente media hora?*

Tragando, tomo una decisión.

—Es una vergüenza que los Bruins fueran castigados por los Ducks el mes pasado.

Veo el destello de retorno de arrogancia a la velocidad del rayo.

—Eso fue un golpe de suerte. Y una terrible llamada en la tercera. Su ala tropezó con sus propios pies de pato.

—Con un poco de ayuda de su hombre-D.

—Oh, mierda eso. Veinte dólares a que los Ducks no llegan más allá de la primera ronda de este año.

—¿Veinte es todo lo que estás dispuesto a apostar? —Suspiro—. Suena como si tuvieras miedo. Veinte y un vídeo de YouTube proclamando mi grandeza.

—Listo, pero cuando pierdas, harás ese video con una camiseta de los Bruins.

—Claro. —Me encojo de hombros. Y así, la noche se hace más fácil.

La camarera aparece con dos vasos de cerveza de raíz y una sonrisa hambrienta de Wes. Él le desliza uno de veinte.

—Gracias, muñeca.

—Avísame si necesitas algo —dice, moviéndose a una cortina. Cristo. Los jugadores de hockey no tienen un montón de problemas para echar un polvo, pero mi viejo amigo, obviamente, disfruta de su selección de basura. Ella es atractiva, también. Gran envergadura y una dulce sonrisa.

Ni siquiera perdonó una mirada a su trasero perfecto mientras se aleja.

Después de que desaparece, Wes abre sus brazos y le sonríe al grupo de jugadores de hockey de pie a su alrededor.

—Mierda, somos sólo un montón de cobardes, ¿no es así? Cerveza de raíz y ginger ale en una noche de viernes. Que alguien llame a la policía. Necesitamos una partida de dardos o algo así.

—¡Hockey de mesa! —grita alguien—. Lo vi en la sala de juego.

—¡Cassel! —Wes golpea al tipo de pie junto a él—. ¿Quién ganó el último partido, de todas formas?

—Tú no, pinchazo. Debido a que hiciste trampa durante el tiroteo.

—¿Quién, yo?

Todo el mundo se ríe. Pero mi mente se engancha en el “tiroteo”.

Por supuesto que sí.

Capítulo 5

Wes

La universidad pagó por un palco ejecutivo en el TD Garden, un elegante palco privado con una reluciente ventana que iba del suelo al techo con vista a la pista de abajo. De todos modos, las botellas de celebración de Dom que habían sido repartidas eran cortesía del imbécil de mi padre. El idiota está celebrando el éxito de nuestra victoria como si hubiese sido *él* en el hielo esta tarde... Incluso le oí fanfarroneando con uno de sus amigos que había sido *él* quien me enseñó el movimiento de tres pases que usé para marcar el gol de la victoria en el tercer tiempo.

Mentira. El viejo no me había enseñado una maldita cosa. Para el momento en que fui capaz de sostener un palo de hockey, le dio dinero a profesores, entrenadores y a cualquiera que pudiese convertir al único hijo en una estrella. El único crédito que estoy dispuesto a darle es que es realmente bueno firmando un cheque con su nombre.

El equipo de Cannig está ahora en el hielo, enfrentando la misma presión que nosotros tuvimos antes. El Entrenador nos había permitido a cada uno un vaso de champán. Íbamos a jugar la final mañana por la noche y nos quiere preparados. Aunque no tiene que preocuparse por mí. Estoy bebiendo una cerveza de raíz. No es un jódete hacia mi padre, es porque tengo el estómago revuelto mientras miro el partido y el alcohol sólo lo empeoraría.

Quiero que Rainier gane.

Quiero enfrentarme a Canning en la final.

Quiero fingir que ya no tengo sentimientos por el chico.

Supongo que tendré que estar satisfecho con dos de tres, porque *no puedo* fingir que aún no me gusta. Verlo otra vez la pasada noche lo hizo imposible.

Joder, se había visto bien. Realmente bien. Muy sensual chico dorado de California, increíblemente grande, rubio y sexy. Con esos conmovedores ojos marrones, sorprendentes en un chico rubio. Aunque es un atractivo

sencillo. Durante todo el tiempo que he conocido a Jamie Canning nunca hizo alarde de su apariencia. A veces pienso que ni siquiera es consciente de lo condenadamente atractivo que es.

—Ohhhhh *mierda* —grita uno de los mayores mientras un jugador de los Rainier lanza el que debe de ser uno de los tiros de la semana.

Es un control claro pero hace que un jugador contrario rebote contra las paredes como una pelota de goma y caiga de bruces en el hielo.

Rainier está concentrado para ganar. Están jugando agresivamente, ofensivamente, todo el tiempo. No creo que Yale haya lanzado más de una docena de tiros a la portería y ya está casi acabando el tercer tiempo. Canning los paró todos menos uno y el único que le metieron fue totalmente de suerte, golpeando el poste para darle a Yale un rebote en el centro volviendo a golpearlo dentro. Prácticamente pude escuchar el silbido del disco mientras pasaba zumbando el guante de Canning, sólo un nanosegundo más rápido para que lo atrapase.

Ahora el marcador está igualado, 1-1, a cinco minutos del final. Me encuentro reteniendo la respiración, deseando que Rainier se adelante para que algo pase.

—Tu hombre, Canning, es muy estable —me comenta Cassel, tomando un delicado sorbo de su champán, como si fuese la Reina de Inglaterra.

—Frio bajo presión —concuerdo, mi mirada fija en la pista.

El extremo izquierdo de Yale simplemente lanzó un torpe tiro al pecho que Canning paró con facilidad, con lenguaje corporal casi aburrido mientras tomaba posesión del disco antes de pasárselo a uno de sus extremos.

Los jugadores de Rainier pasaron como un rayo la línea azul, yendo al ataque.

Pero mi mente aún está en el último intento de gol, la forma en que Canning se enfrentó al jugador de Yale. Ni siquiera puedo contar las veces que estuve en esa misma posición, volando hacia mi amigo, lanzándole tiros.

Excepto la última vez que nos enfrentamos, fui el que estuvo en la red. La última barrera erigiéndose entre Jamie Canning y una mamada.

Me gusta pensar que no lo dejé ganar adrede. Soy un competidor, siempre lo he sido. No importaba lo mucho que quisiese la polla de Canning en mi boca. No importaba que si yo ganaba, sabía que tenía que dejarle retirarse de la apuesta. Había defendido esa portería con todo lo que tenía. ¿Tal vez?

Porque cuando ese disco me pasó volando, no puedo negar que una parte de mí había estado contentísimo.

—Con eso dicho, no lloraría a moco tendido si pierden —afirma Cassel. Se gira para sonreírme—. Sé que es tu mejor amigo para siempre y todo, pero me sentiría mejor enfrentarme contra el portero de Yale que a ese tan tranquilo de ahí abajo.

Cassel tiene razón. Canning es la gran amenaza. ¿Esas debilidades de hace tiempo? Acabadas. Ahora es una estrella de rock. No importa que recuperase el puesto titular.

Incluso así, no quiero que pierda. Quiero verlo en la final. Quiero verlo, punto. Y había experimentado una aplastante derrota antes... si su equipo perdía, sé que no se estará para salir, ponerse al día, volver a conectar...

¿Chupársela el uno al otro?

Aparto el pensamiento. No acabo de aprender, ¿no? La última vez que *chupar* entró en la ecuación, perdí a mi mejor amigo.

Es divertido, estoy seguro que todo el mundo tiene algo de lo que se arrepiente de haber dicho. Un insulto que le lanzaron a alguien. Una confesión que desean poder retirar. Tal vez, no sé, una broma insensible que desean no haber dicho.

¿La frase de la que me arrepiento? Veamos algo de porno.

No hubo marcha atrás desde que pronuncié esas palabras y ni siquiera puedo culpar completamente al alcohol, porque unos cuantos sorbos de una petaca no hacen un idiota borracho. Sabía lo que estaba haciendo. A qué estaba persuadiendo a Canning. Estaba cobrando la maldita apuesta, lo que es jodidamente irónico, porque *él* había ganado. El premio era *suyo*, excepto que no lo fue. Fue *mío*. Porque quería tocarlo más de lo que quería mi próximo aliento.

Aún recuerdo la sorpresa en su rostro cuando cargué la página porno en mi portátil. Elegí una escena sosa, sosa para mí de todos modos. Puse el ordenador en el colchón, luego tumbándome en la litera de abajo como si no me importase nada en el mundo.

Durante un largo tiempo Canning no se movió. Esperé, tenso, mientras decidía si iba o no a sentarse junto a mí en la cama o subir a la litera de arriba. Sin mirarlo le pasé la petaca. Lo escuché tragar. Tragó en un suspiro, luego puso su culo a mi lado.

No me arriesgué a mirarlo durante varios minutos, nos tumbamos de espaldas, pasándonos la petaca mientras mirábamos en la pantalla a dos tipos follando a una rubia tetona.

—¿Cómo compararías tu técnica a la suya? —Canning se tronchó de risa con su ocurrencia, su estómago temblado incluso mientras miraba el portátil.

Para él, era sólo el último divertido resultado de nuestras travesuras competitivas. Iba a echármelo en cara, del modo que siempre nos lo hacíamos el no al otro.

Pero para mí no era una broma. Simplemente he pasado el último año tratando de aceptar mi, cada vez más obvia, atracción hacia los hombres. Mi torpe pérdida de virginidad con una chica durante mi primer año había sido una bandera roja bastante grande. No me había sentido atraído por ella, pero había necesitado intentarlo. Para estar seguro. Apenas había sido capaz de tener una erección, incluso entonces, lo manejé sólo porque estaba pensando en...

Canning. Pensé en Jamie Canning.

He estado enamorado de mi mejor amigo heterosexual durante un largo tiempo. Pero no podía decirle eso. Mi único movimiento aquí era seguir la corriente.

—Bueno, siempre he sido bueno manejando el palo

Jamie resopló.

—Sólo tú podías ser presumido incluso sobre esto.

—Siempre te lo digo, Canning. Sin miedo. No importa qué.

Dios, fui tan idiota. Porque el miedo no era siquiera parte de la ecuación. Todo lo que tenía era puro y doloroso deseo mientras estaba

tumbado allí, al lado de Jamie. El pasado año he disfrutado de un par de sesiones de besuqueo borracho y un intercambio de masturbación con un tipo de la escuela. Pero incluso entonces no había estado cien por ciento seguro.

¿Tumbado en la cama al lado de Canning? Ardía con certeza.

En la pantalla, la rubia estaba gimiendo como loca. A cuatro patas y amándolo. Canning se calló por un rato. Yo descansé allí, tratando de controlar mi respiración. Pero no pude evitar echar un vistazo a su entrepierna un minuto después. Entonces, mi respiración se atascó porque, maldita sea, tenía una erección larga, dura y gruesa presionando contra su pantalón deportivo. Estaba teniendo la misma erección y sé que la vio. Probablemente pensó que era por el porno. Demonios, esa era la única razón por la que *él* estaba encendido.

Pero yo no. Mi erección latía por *él*.

A mi lado, tragó saliva de forma brusca.

—Imagen interesante, Wesley. Considerando lo que está en juego. No voy a forzarte a que me la chupes. —Sonrió—. He decidido disfrutar la gloria de saber que finalmente has firmado un cheque que no puedes pagar. —Luego me puso los ojos en blanco y eso sólo hizo que mi piel ardiese más.

—¿Qué? —dije, esperando que no pudiese escuchar el tono áspero de lujuria en mi voz—. ¿Crees que soy demasiado cobarde para chupártela?

Giró la cabeza para mirarme a los ojos...

—¡Sí joder!

Los gritos de nuestro capitán de equipo me sacaron de mi viaje por el carril de la memoria. Todo el estadio es un alboroto, fans gritando y el marcador iluminándose y todas las pantallas colocadas por todo el lugar iluminadas con la palabra ¡GOL! en enormes letras amarillas.

Mi estómago se hundió como un saco de ladrillos cuando me di cuenta de quién marcó.

Yale.

Maldita sea. Había marcado Yale y había estado demasiado distraído para verlo. Ahora van 2-1, con un minuto y medio para el final.

—Me despisté —le cuento a Cassel—. ¿Qué pasó?

—Uno de los Rainier, el imbécil hizo uno de los penaltis más estúpidos que he visto jamás. —Sacude la cabeza con asombro—. Idiota, le entregó la victoria a Yale.

No, aún no han ganado. Aún queda tiempo para que los Rainier se reagrupen. Aún queda tiempo, maldita sea.

—Tu chico no tuvo la oportunidad con esa poderosa jugada —añade Cassel.

Mis entrañas se retuercen con fuerza. Di lo que quieras sobre Yale, pero lideran la NCAA acumulando jugadas poderosas. Cada vez que jugamos contra ellos esta temporada, el entrenador pronunció una dura frase antes de que dejásemos el vestuario: *Acaban en el banquillo de penalización contra Yale, pierden.*

Rezo para que esas palabras no sean proféticas, que Rainier pueda recuperarse de esto, pero mis plegarias no son escuchadas.

El pitido final zumba en el TD Garden.

Y Rainier pierde.

Capítulo 6

Jamie

Perdimos.

Jodidamente perdimos.

Aún estoy aturdido mientras camino por el túnel hacia los vestuarios. El humor a mi alrededor es sombrío. Agobiante. Aunque nadie está jugando a la culpa.

No hay rabia dirigida a Barkov, quien tropezó con el jugador de Yale sin ninguna razón comprensible, el tipo ni siquiera tenía el disco.

No hay recriminación hacia nuestra defensa, quien inexplicablemente se cayó durante esa jugada.

Y no hay acusación dirigida en *mi* dirección, por no ser capaz de parar ese último tiro en el pitido final.

Pero, en el fondo... me culpo a mí mismo.

Tenía que haberlo detenido. Tenía que haber salido antes, estirar más el brazo. Debí haber lanzado mi cuerpo sobre ese maldito disco, no dejar que se acercara al área.

Estaba distraído. Había estado triste de que mi familia no hiciese el viaje desde Cali para verme jugar. Ahora estoy agradecido de que no me vieron perder. Excepto en televisión. Junto con otros cuantos millones de personas...

Maldición.

De vuelta en nuestra habitación de hotel encuentro a Terry sentado en la cama, con el control remoto de la televisión en la mano. Pero la televisión está apagada y él está mirando la pantalla en negro.

—Um, ¿Terry? ¿Estás bien?

Alza la cabeza inmediatamente.

—Sí. Sólo... —Deja de hablar rápidamente.

Los siguientes días simplemente van a ser como éste. Puedo verlo ahora. Ansiábamos ser los que llevásemos este título a casa para Rainier. Eso podría haberle probado a nuestras familias y universidad que todos estos años de sacrificio lo valían.

No probamos nada.

—Aún sigue siendo la mejorísima temporada en treinta años — murmura Terry.

Me dejo caer en mi cama.

—¿Mejorísima es una palabra?

—No si eres nosotros. —Ambos reímos. Pero su risa acaba en un suspiro—. Ese fue mi *último* partido, Canning. Mi último partido de todos. No fui reclutado por la NHL como tú. En tres meses estaré vistiendo un traje y sentado en un escritorio.

Mierda. Eso es realmente duro.

—Durante quince años he sido jugador de hockey. Desde hace media hora soy un asociado junior en la división de inversiones bancarias de Pine Trust Capital.

Jesús. Y ahora espero que las ventanas de nuestra habitación de hotel no se puedan abrir, porque estoy medio preocupado de que vaya a saltar por la ventana. O puede que yo lo haga.

—Amigo, necesitas alcohol y una chica. Como ayer.

Su risa es oscura.

—Mis primos están viniendo a recogerme. Habrá bebida y club de striptease.

—Gracias Dios. —Me giro para estudiar el techo empedrado de la habitación de hotel—. ¿Sabes?, hay muchas posibilidades de que nunca juegue un solo partido de la NHL. ¿El tercer portero del equipo? Más vale que Detroit haga un banquillo con las medidas exactas de mi culo. Si soy afortunado puede que me dejen jugar como portero suplente.

—Aún tendrás el jersey y a las conejitas². —Su teléfono suena y lo toma para contestar—. Nací preparado —le dice a quien llama—. Estaré ahí abajo. —Luego me pregunta—: ¿Vienes con nosotros?

¿Voy? Realmente necesito una copa. Pero en este momento mi espalda está aplastada contra la colcha.

—No estoy preparado —admito—. ¿Puedo enviarte un mensaje dentro de una hora para ver dónde están?

—Hazlo —responde.

—Hasta después —grito mientras la puerta se cierra de golpe.

Durante un tiempo me revuelco en mi miseria. Mis padres me llaman a mi teléfono pero no lo atiendo. Estarán impresionados, como siempre, pero ahora mismo no quiero escuchar palabras agradables y alentadoras. Necesito sentirme mal. Emborracharme. Tal vez tener un orgasmo.

Hay un golpe fuerte en la puerta y arrastro mi triste culo para contestar. Probablemente un compañero de equipo preparado para ayudarme con la parte de emborracharme en la lista de actividades de esta noche.

Abro la puerta de un tirón para encontrar a Holly allí de pie, con el rostro manchado de pintura naranja y negra, una botella de tequila en una mano y limones en la otra.

—Sorpresa —exclama.

—Jesús, Holls. —Río—. Dijiste que no ibas a venir.

—Mentí. —Me da una gran sonrisa.

Abro la puerta de par en par.

—Nunca en tu vida has sido tan oportuna.

—¿De verdad? —Me reta, empujándome para pasar—. ¿Ni siquiera cuando hice que te corrieses en el baño del tren justo antes de nuestra parada?

—De acuerdo, tal vez entonces.

Estoy tan feliz de verla que no es ni gracioso. Lo que necesito es distracción y eso es lo que es Holly y siempre ha sido así el uno para el otro.

Ella va al grano, cortando los limones en la mesa del hotel con un cuchillo que saca del bolso. ¿Sé elegir a mis amigos o no?

—Vasos —ordena Holly sobre su hombro.

Creo que esta noche puedo beber directamente de la botella, pero busco por ella, encontrando un par en el mueble de la televisión. Los saco y sirve la bebida antes de que lo note.

—Aquí. —Me ofrece un vaso y levanta el otro en el aire—. Para patear traseros y atravesar nuestra decepción. —Me estudia con sus ojos azules bien abiertos, buscando algo.

—Ese es un buen brindis, amiga —murmuro—. Gracias. —Cuando choco mi vaso con el suyo me sonrío como si esta noche hubiese ganado algo. Al menos lo hace uno de nosotros.

—Hasta el fondo, hombre. Después te voy a desnudar.

Me gusta eso. El tequila baja y luego la dejo que meta un trozo de limón en mi boca. Ambos estamos riendo y chupando el ácido sabor del limón. Entonces la llevo hasta la cama. Me gustaría *liberar* toda mi maldita tensión en esta sonriente chica, pero tomo un profundo respiro. Holly es linda y la mitad del tiempo estoy preocupado de enamorarme de ella.

Ahora mis rodillas están sobre la cama y ella se está echando hacia atrás, sacándose la camiseta. Mi propia camiseta golpea el suelo antes de descender sobre su cuerpo, teniendo cuidado en no apoyar todo mi peso sobre ella. Excepto por mis caderas. Estas están decadentemente hundidas entre las suyas y mi polla se despierta y dice *mira lo que tenemos aquí*.

Holly toma mi cabeza y la hala para un beso. Saboreo el limón, tequila y el deseo, chica feliz.

—Mmm —gime—. He estado esperando todo el día por esto.

También yo, solo que no lo sabía. Cierro los ojos y me hundo en su boca y en su precioso lugar de olvido. No hay juego ni anotación justo antes del pitido. Ni decepción. Sólo una chica sexy debajo de mí y varios chupitos más para beber.

Y un golpe en la puerta.

—Joder —farfullamos Holly y yo al unísono.

—¡Canning! —grita una voz desde el pasillo.

—¿*Tienes* que atender? —jadea Holly.

—Lo siento —susurro—. Pero solo por un minuto. Lo juro.

—Bien —resopla, empujando mi pecho—. Pero voy a servir más tequila.

—Eres increíble —insisto, alcanzando su camiseta del suelo. Ignoro la mía por el interés del tiempo. En cuanto está cubierta, cruzo la habitación y abro la puerta.

—Hola —saludo a Wes.

Espero que empiece con el cuento de “mala suerte”. Wes es muy competitivo, pero nunca me pateó cuando estaba en el suelo. Sin embargo, permanece extrañamente en silencio, pestañeando desde el pasillo.

—Hola —repito después de una larga pausa—. Solo...

No dice más palabras. Asimila mi apariencia medio desnuda y la vista de mi follamiga sirviendo tequila.

—Esa es Holly —murmuro—. Holly, este es un viejo amigo, Ryan Wesley.

—¿Chupito? —ofrece ella desde el otro lado de la habitación. Está sonrojada y tiene el cabello despeinado.

Probablemente tengo el mismo aspecto. Pero Holly no parece avergonzada así que tampoco me preocupo.

—¿Quieres entrar Wes?

—No —contesta rápidamente y las palabras suenan como una lasca de piedra golpeando una superficie dura—. Solo quería decirte que siento que no vayamos a enfrentarnos mañana. —Se mete las manos en los bolsillos, en un extraño gesto de humildad—. Ahora no será lo mismo. —Alza las esquinas de su boca, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—Lo sé. —Mi voz está llena de la decepción que he estado esperando eludir esta noche—. No como en el campamento.

—Me encantaba ese sitio —comenta Wes, frotándose la nuca.

—Aún sigo entrenando allí, ¿sabes? —Quiero acabar ya esta conversación, así que no sé por qué añado—: No es lo mismo sin ti. —Es verdad, pero este ya es el día más cargado de emoción de mi vida y, realmente, no necesito más en qué pensar.

—Voy a salir —indica Wes, señalando los ascensores con el pulgar—. Tú, ah, cuídate por si no te veo mañana. —Da un paso atrás.

Ese es el momento en que realmente no sé qué hacer. Mi equipo volverá a la costa oeste mañana por la mañana. No nos quedaremos para la final. No estoy seguro de que Wes y yo tengamos más que decirnos en este momento. ¿Pero es realmente así? Siento la fuerte urgencia de añadir algo, para retrasar su marcha.

Excepto que estoy derrotado, confundido y jodidamente agotado. Y él ya se está alejando de mí.

—Hasta luego —contesto de forma brusca.

Mira sobre el hombro y alza una mano a modo de saludo.

Momentos después permanezco allí de pie como un idiota y él gira la esquina hacia los ascensores.

—Jamie —dice Holly suavemente—. Aquí tienes tu trago.

De mala gana, cierro la puerta. Cruzo la habitación, tomo el vaso de su mano y lo tomo de golpe.

Me quita el vaso vacío de la mano.

—Ahora, ¿dónde estábamos?

Si sólo lo supiera.

Capítulo 7

Wes

—¿Sabes que acabamos de ganar el título nacional, verdad? —comenta Cassel por centésima vez la última hora. Tenía esa sonrisa tonta de rey del mundo que había estado llevando toda la noche. Incluso después de los cuatro chupitos de vodka que había tomado.

—Sí, lo sé. —Mi tono es distraído mientras paso la mirada por la multitud, el acalorado bar que habíamos elegido como sede para la celebración. La bebida del bar del hotel era ridículamente cara, así que decidimos aventurarnos a otro sitio esta noche. Y de acuerdo con la búsqueda de Donovan Yelp, este pequeño bar tenía las bebidas a mitad de precio los sábados por la noche y aparentemente no saben a pis.

Aunque no me importaba una mierda cómo supiese el alcohol. Sólo estoy interesado en sus efectos. Quiero emborracharme. Quiero emborracharme así no tengo que pensar en lo muy jodidamente idiota que soy.

La voz de Cassel me saca de mis pensamientos tristes.

—Entonces deja de enfurruñarte como una perra —ordena—. Somos campeones nacionales, hombre. *Aplastamos* a Yale esta noche. Jodidamente los eliminamos.

Lo hicimos. El marcador final fue 2-0, a favor de Northem Mass. Barrimos el suelo con nuestros oponentes y debería estar feliz por eso. No, debería estar increíblemente extasiado. Es para lo que nos entrenamos todo el año, y en vez de saborear la victoria estoy demasiado ocupado estropeándolo con el hecho de que Canning tiene novia.

Sí amigos, Jamie Canning es hetero. Sorprendente.

Pensarías que para ahora ya habría aprendido mi lección. Pasé seis años esperando que tal vez la atracción no fuese en un único sentido. Tal vez un día, de repente, el interruptor pudiese apagarse y pensase como *Umm, Wes me atrae muchísimo*. O quizás entendiese que juega en ambos lados y decidiese tomar un paseo en el lado de los chicos.

Aunque ninguno de estos planes ha salido bien. Y nunca lo harían.

A mi alrededor, los chicos ríen, bromean y resumen sus momentos favoritos del partido de esta noche, nadie nota que no estoy diciendo nada. Mi mente sigue volviendo a Jamie y su novia y la follada que había interrumpido ayer.

—Necesitamos otra ronda —anuncia Cassel, buscando en toda la habitación a nuestra camarera.

Cuando la noto detrás de la barra, abruptamente echo mi silla hacia atrás.

—Iré a pedirla —digo a los chicos y entonces me alejo de la mesa antes de que nadie pueda preguntar por qué de repente me vuelvo tan caritativo.

En el bar, ordeno otra ronda de chupitos para el grupo, luego apoyo los antebrazos en la manchada barra de madera y estudio las botellas de los estantes. He estado bebiendo cerveza toda la noche, pero no está haciendo su trabajo. Necesito emborracharme. Necesito algo más fuerte.

Mi estómago se aprieta cuando mi mirada aterriza en una brillante botella de bourbon. La bebida elegida por mi padre. Pero el bourbon que él compra es mil veces más caro que la botella en este estante.

Paso la mirada al grupo de botellas de tequila.

Canning había estado bebiendo tequila la otra noche.

Muevo la mirada otra vez, Jack Daniel's.

Ah joder. Es como si todas las botellas de este bar estuviesen llenas de recuerdos.

Antes de que pueda pararlo, mi memoria recuerda el último día en el campamento, a la petaca de plata que le había pasado a Canning y la pregunta burlona que le arrojé.

—¿Crees que soy demasiado gallina para chupártela?

Había parecido considerarlo durante un minuto.

—Creo que es una mala idea decir siquiera que Ryan Wesley es demasiado gallina para hacer algo.

—Cierto.

Se rió, pero volvió a mirar la pantalla. Otra vez me dejó librarme. Pero no quería librarme. Quería *liberarme*. Cuanto más estábamos allí sentados discutiendo de sexo, más seguro estaba. Tocar a mi mejor amigo era todo en lo que podía pensar. Tampoco era un reto para mí. Era puro deseo.

En la pantalla, la rubia estaba de rodillas, chupándosela a un tipo mientras masturbaba al otro. Jamie tomó otro sorbo de la petaca antes de pasármela. A mi lado, movió las caderas y tuve que reprimir un escalofrío. El deseo de mi corazón estaba sentado a mi lado.

Y ahora él estaba cachondo.

Había movido la mano, poniéndola justo sobre la cintura de su pantalón corto. Se acarició mínimamente el punto bajo sus abdominales, como si le picase, pero era obvio que había estado esperando hacer un poco de reorganización estratégica.

Di un gran trago de whiskey. Por coraje. Luego puse una mano entre mis piernas, descansando justo allí.

—Esto me está matando —comenté. Era la declaración más verdadera que había hecho en todo el día. Pasé suavemente la mano arriba y abajo por mi polla. Pude sentir sus ojos en mí, en mi mano. Y eso me hizo enloquecer más. Olvidando la pantalla. Había preferido empezar mi actuación allí, con mi par de ojos marrones favorito como única audiencia.

Mi corazón empezó a tronar, porque sabía qué estaba a punto de hacer.

Hay un acantilado en la laguna que nos gustaba, a seis metros de altura en el lago; esa noche fue como estar de pie en la cima. Como precipitarse al vacío y llevarlo conmigo. Recuerdo un año en que a Canning le estaba tomando tanto tiempo saltar que perdí la paciencia y lo empujé, riéndome mientras lo veía hundirse en el agua de abajo.

Pero esta vez no podía hacer eso. No podía empujarlo, tenía que saltar.

Me lamí mis resecos labios.

—Realmente necesito sacudírmela. ¿Te importa?

Su momento de vacilación casi me mata.

—Hazlo. Nos bañamos en la misma habitación, ¿no? Demonios. —Se rió—. Cagamos en la misma habitación. Aunque hay paredes.

Aquí no había ninguna.

Metí la mano bajo la cintura del pantalón y agarré mi dolorida erección. Aunque no la saqué. Solo le di un tirón bajo mi pantalón.

Sus ojos estaban llenos de sorpresa, luego brillaron con algo que me sacó el aire de los pulmones. No era enfado. Ni molestia.

Excitación.

Santo infierno, estaba disfrutando viéndome masturbarme. Y ahora ninguno de los dos estaba mirando el ordenador. La mirada de Canning estaba fija en el movimiento de mi mano bajo mi pantalón.

—Tú también puedes. —Odié el sonido grave de mi voz justo entonces, porque sabía que tenía una agenda—. Vamos. Será menos raro para mí.

Demonios. Era como la serpiente que le enseñó la manzana a Eva. O más bien el plátano...

Todas las estúpidas analogías dejaron mi estúpido cerebro un momento después, cuando Jamie alcanzó su pantalón y se sacó la polla.

Mi corazón saltó en mi pecho ante la vista. Era rosa, gruesa y perfecta. Con los dedos de una mano acarició la parte inferior, arriba y abajo. Con un toque muy ligero. Envidié esos dedos.

Tomé mis doloridas bolas y traté de tomar un hondo respiro. Mi pecho estaba apretado por el deseo. Estaba justo allí, su cadera tocando la mía. Quería inclinarme y tomarlo en mi boca. Lo quería tan desesperadamente que podía saborearlo.

Volvió a poner los ojos en la pantalla. Lo sentí hundirse un poco más en la cama. Ahora acariciándonos de forma más entusiasta. Su respiración se volvió más superficial y el sonido envió otro tirón de lujuria por mi columna. Quería ser el que lo hiciese jaderar de ese modo. Entonces su ritmo cayó y alcé la mirada para saber por qué.

El vídeo había acabado. Había elegido uno de varios minutos de duración. Y ahora la pantalla se había congelado en un menú de vídeos, pero la imagen en miniatura expuesta más prominentemente era este terrible fotograma del enorme culo de una mujer.

—Umm... —Jamie se rió de verdad—. Eso no es conseguir el trabajo hecho.

Sentí un tipo de conciencia asentándose sobre mí. En el hockey cuando un lanzamiento se desarrolla, un buen jugador tiene que reaccionar inmediatamente. Eso es exactamente lo que pasaba aquí. Una ventana a la oportunidad se había abierto un poco e iba a atravesarla.

—Puedes reclamar tu apuesta —musito.

Acariciándose a sí mismo, deja salir un suspiro.

—¿Me estás desafiando?

—Sí.

Su garganta se movió mientras tragaba saliva. Sus ojos brillaron con un desfile de emociones que no pude seguir. Resistencia. Calor. Confusión. Calor. Irritación. Calor.

—Yo... —Se rió, con voz ronca. Se detuvo, aclarándose la garganta—. Te reto.

Su mirada se centró en la mía y casi me corro en ese mismo momento. Mi polla estaba hinchada en mi mano, latiendo. Doliendo. Pero de algún modo me las arreglé para poner un tono indiferente, mi marca personal de dispuesto a todo alargando las palabras la mayoría del tiempo es completamente falsa.

—Bueno. Eso sería interesante.

El ligero indicio de pánico en su rostro fue inconfundible, pero no le di tiempo de retirarse. Lo deseaba demasiado. *Siempre* había jodidamente deseado a este tipo.

Soltándome a mí mismo, me estiré para cubrir su mano con la mía. Se tensó, y por una décima de segundo pensé que iba a alejarme.

No lo habría culpado.

Pero entonces se soltó, dejando mi mano allí sola. Estaba sujetando su polla. *Por fin*. Estaba caliente y duro, y las puntas de su vello púbico rubio me hicieron cosquillas en las puntas de mis dedos. Lo apreté y todo el aire pareció dejar su cuerpo, su torso prácticamente derretido contra el colchón. Mi boca estaba seca, y mi corazón retumbaba fuertemente en mis oídos.

Pasé mi palma por toda su erección, actuando como si lo que estaba haciendo no fuese gran cosa. Entonces dije:

—Joder, creo que estoy borracho. —Porque eso parecía lo correcto para comentar. Como si el alcohol fuese la razón por la que estaba haciendo esto. El alcohol era nuestro pase libre.

Funcionó, porque musitó:

—Yo también. —Pero su voz fue borrosa y distraída.

Y, tal vez, él *estaba* borracho. Quizás el sonrojo de sus mejillas era gracias al whiskey y no por sentir mi otra mano bajándole rápidamente el pantalón. Quizás su respiración rápida era porque el alcohol atravesando su torrente sanguíneo y no por mis dedos curvados alrededor de su dureza.

Me moví en el colchón, arrodillándome frente a él mientras lo bombeaba con suaves movimientos. Todo mi cuerpo latió con incontrolable necesidad, mi erección pesada entre mis piernas. Aunque la ignoré. Jamie pestañeó dos veces cuando me incliné sobre él y miré su rostro, calibrando su reacción. No parecía horrorizado. Parecía excitado.

Había estado fantaseando sobre este momento durante años. No podía creer que estaba pasando realmente.

—¿Qué estás esperando, *Ryan*? Chúpalo ya.

La sorpresa me atravesó. Sólo me llamaba Ryan cuando me retaba. Y ahora mismo me estaba retando a chuparle la polla.

Jesús.

Mi envalentonamiento vaciló, sólo por un segundo. Hasta que vi su pulso martillear en el hueco de su garganta y me di cuenta que estaba tan nervioso y excitado como yo.

Inhalé y bajé la cabeza.

Luego cerré la boca sobre su punta hinchada y chupé.

Las caderas de Jamie se alzaron inmediatamente, su aliento dejando su garganta con un estremecimiento desigual.

—Oh, Jesús.

Recuerdo preguntarme si había recibido una mamada antes. La conmoción y asombro en su voz habían sido muy crudas. *Muy sexy*. Me lo pregunté, pero no por mucho. No cuando empezó a susurrarme las órdenes más calientes y pervertidas.

—Más —murmuró—. Toma más. Tómallo todo.

Lo chupé más hondo en mi boca, casi hasta la base, justo entonces gimió, lo liberé, pasando mi lengua por toda su larga y dura longitud, hasta que su polla estuvo reluciente. Lamí la humedad goteando de su punta y su sabor llenó mi boca, haciendo que mi cabeza diese vueltas.

Le estaba haciendo una mamada a mi mejor amigo. Era tan irreal. Era lo que había soñado durante mucho tiempo y la fantasía no era nada comparada con la realidad.

—Joder, sí. —Las caderas de Canning empezaron a moverse mientras lo volvía a tomar en la boca.

Lamí la punta de su polla, probando, saboreando, luego volviéndolo a tomar profundo. No me atreví a mirar hacia él. Estaba demasiado asustado de mirarlo a los ojos, asustado de que fuese capaz de ver en mi rostro lo mucho que lo quería.

—Jesús Wes, eres muy bueno en esto.

El elogio me alegró. *Santo infierno*. Estaba empujando en mi boca porque yo lo excité.

De repente enredó sus dedos en mi cabello, apretadamente cuando lo tragué tan rápido como podía tomarlo.

—Oh Cristo. Sigue haciendo eso hombre. Déjame follarte la boca.

Cada cosa ruda que dijo prácticamente me hizo arder en llamas. Sabía que yo disfrutaría esto. ¿Pero que él también? Alucinante. Aumenté el ritmo, apretando su erección en cada movimiento, más apretado de lo que pensé que le gustaría, pero siguió murmurando *más duro, más fuerte*.

Cerré los ojos mientras trabajaba en él, determinado a hacerle perder el control, hacerle sentir la misma urgente necesidad haciendo estragos en mi cuerpo.

—Wes... —Un sonido ahogado dejó sus labios—. Joder Wes, vas a hacer que me corra.

Sus dedos tiraron de mi cabello hasta el punto del dolor, sus abdominales tirantes, sus caderas golpeando más rápido. Un par de segundos después, gimió. El sonido ronco vibró contra mis labios mientras se quedaba inmóvil, empujado hondo y se corría en mi boca mientras tragaba cada go...

—¿Estás esperando que una de esas botellas te haga un pequeño gesto y diga “pídeme”?

La voz del hombre me trajo al presente. Parpadeo, desorientado. Aún estoy en el bar, aún apoyado en la barra y mirando las botellas de licor. Mierda. Me aturdí. Y ahora estaba semi duro, gracias el recuerdo de mi última noche con Jamie Canning.

Tragando saliva, me giro para encontrar a un extraño sonriendo detrás de mí.

—En serio —añade, su sonrisa creciendo—. Has estado observando esas botellas durante casi cinco minutos. El camarero se rindió intentando preguntarte qué querías.

¿El camarero había hablado conmigo? Probablemente piensa que soy un completo rarito.

Aunque el tipo junto a mí no parece un rarito. Tiene muy buena apariencia en realidad. Veintitantos, pantalón vaquero desgastado y una camiseta de *Ramones*, un tatuaje de manga-completa cubriendo su brazo derecho. Mierda tribal mezclado con calaveras, dragones y otras imágenes agresivas. Es más delgado de lo que me gusta normalmente, pero no del tipo anoréxico. No es enteramente mi tipo, pero tampoco *no* es mi tipo. Es definitivamente material de follada y por la forma que me está examinando, sé que podría estar interesado.

—¿Estás con esos tipos? —Señala hacia la mesa de chaquetas de hockey.

Asiento.

—¿Qué celebran?

—Ganamos el Frozen Four esta noche. —Me detengo—. El Campeonato de hockey Universitario.

—No jodas. Felicidades hombre. Así que juegas hockey, ¿eh? —Pasa su mirada por mi pecho y brazos, antes de volver a mi rostro—. Se nota.

Sí, está interesado.

Miro a la mesa, donde Cassel me mira. Sonríe cuando nota a mi acompañante, se vuelve hacia los chicos, riendo de algo que Landon acaba de decir.

—Así qué, ¿cómo te llamas? —pregunta mi desconocido.

—Ryan.

—Soy Dane.

Vuelvo a asentir. Parece que no puedo reunir ningún encanto. Ningún comentario engreído, ni insinuación descarada. Gané el campeonato esta noche, debería estar celebrando. Debería invitar a este muy atractivo tipo al hotel, colgar la señal de no molestar en la puerta, así Cassel cogería la indirecta y follarme a Dane.

Pero no quiero. Solo estaría tratando de sacar a Canning de mi sistema y sé que después me sentiré como una mierda.

—Lo siento, tengo que volver con los chicos —comenté abruptamente—. Encantado de charlar contigo, hombre.

Cruzo el bar antes de que pueda decir otra palabra. No me giro para ver si luce decepcionado o para asegurarme de que no me sigue. Sólo golpeo a Cassel en el hombro y le digo que me voy.

Pasan cinco minutos hasta que soy capaz de convencerlo que no he sido abducido por alienígenas. Me excuso con un dolor de cabeza, echándole la culpa a la adrenalina, las cervezas, la temperatura y todo lo demás que puedo pensar, hasta que finalmente se rinde de convencerme para que me quede y soy capaz de abandonar el bar.

El bar está a veinte calles del hotel, pero decido caminar en vez de tomar un taxi. Puedo usar el aire fresco y el tiempo para aclarar mi cabeza. Excepto que ahora estoy a diez calles y mi cabeza aún no se ha aclaró. Está brumosa con imágenes de Canning.

No puedo dejar de recordar la forma en que lucía anoche. Su sensual cabello, el sonrojo de sus mejillas. Había estado acostado o a punto de hacerlo. Y la chica había sido caliente, una pequeño duendecillo de ojos azules. Siempre había ido por las pequeñas.

Apretando los dientes, saco a la chica de mi cabeza y pienso en el adiós que Canning y yo compartimos.

El lugar no es lo mismo sin ti.

Había sonado como si lo dijese de verdad. Demonios, probablemente así era. Pasamos los mejores veranos de nuestras vidas en Elite. Obviamente una mamada no le había jodido todos los buenos recuerdos.

Meto las manos en mis bolsillos, me detengo en el paso de cebra y espero a que la luz cambie a verde. Me pregunto si volveré a verlo de nuevo. Probablemente no. Ambos vamos a graduarnos, a empezar nuestras vidas post-universitarias. Él está en la costa oeste, yo voy a dirigirme al norte hacia Toronto. No es verosímil que nuestros caminos se crucen.

Tal vez eso es lo mejor. Dos miserables encuentros esta semana, solo *dos*, aun así de algún modo fueron capaces de borrar los *cuatro* años que he pasado recuperándome de él. Es obvio que no puedo estar alrededor de Canning sin desearlo. Sin querer más.

Pero este fin de semana no fue suficiente para mí, maldita sea.

Tomo mi teléfono antes de poder detenerme, parando junto a un dispensador de periódicos e inclinándome contra la caja de metal mientras enciendo una página de búsqueda. A la página le lleva un tiempo cargarse, pero una vez que lo hace no tardo en llegar a la página de contacto. Paso el personal de dirección hasta que encuentro el número de teléfono del director del campamento. Me conoce. Le agrado. Demonios, los pasados cuatro años han estado persiguiéndome para que vuelva.

Podría hacerme este favor si se lo pido.

Marco el número. Luego vacilo, mi dedo suspendido sobre el botón de llamada.

Soy un bastardo egoísta. O tal vez soy un maldito masoquista. Canning no puede darme lo que quiero, pero aún no puedo evitar quererlo. Quiero lo que sea que pueda conseguir, una conversación, una broma, una sonrisa, *cualquier cosa*. Puede que no sea capaz de llevarme el bistec, pero joder, estoy bien con algunos restos.

Sólo... sólo no puedo dejarlo ir aún.

Capítulo 8

Junio

Jamie

—¿Hola, Canning?

—¿Sí?

Pat, el director del campamento, ha llegado a la caja de penalti para hablar conmigo. No alejo mi mirada del juego en el que soy entrenador, pero él no piensa que soy grosero.

—Conseguiste un compañero de cuarto —dice.

—¿En serio? —Eso es una buena noticia, porque cada verano Pat se pelea por los entrenadores. Y este año no es diferente. Chicos como yo se mantienen graduándose y avanzando. Él quiere los mejores entrenadores para su campamento, pero lo mejores tipos están en alta demanda.

Este año yo soy uno esos. Justo por lo que estaré en Detroit para el campamento de entrenamiento seis semanas a partir de ahora, lo cual quiere decir que Pat tendrá que encontrar alguien para cubrirme cuando me valla. Lo miro una fracción de segundo antes de mirar de vuelta al juego de los chicos en proceso.

Él está examinándome, y no sé por qué.

—Se agradable con él, ¿de acuerdo?

Me toma un momento responder, porque no me gusta la dirección que el juego está tomando. El temperamento está a punto de explotar. Puedo sentir la tensión subiendo.

—¿Cuándo no soy agradable? —pregunto, distraído.

Una mano firme aterriza en mi hombro.

—Eres el mejor que hay, chico. Aunque el portero está a punto de perder su mierda.

—Puedo ver eso.

Es como ver un accidente. Sé qué va a ocurrir, pero las fuerzas ya están en marcha y no puedo detenerlas.

Mi mejor portero, Mark Killfeather, ya ha detenido veinte tiros en este juego. Con rápidos reflejos y un gran y ágil cuerpo, Killfeather tiene todas las características físicas que un portero requiere.

También tiene, desafortunadamente, un temperamento rápido como un relámpago. Y el talentoso delantero canadiense francés del otro equipo ha estado tocándolo como a un violín todo el día. Burlándose y fastidiándolo en cada empuje ofensivo.

Veo la jugada que el canadiense está a punto de hacer. Él pasa a su compañero en la línea azul luego toma el disco de nuevo al otro lado del hombre logrando colgarlo en la esquina. Finge ir a la izquierda, luego a la derecha... y envía un platillo volando pasando a mi hombre Killfeather. Es una jugada hermosa, hasta que el chico canadiense rocía al portero con virutas de hielo y lo llama “*un estúpido*”.

Como si fuera un boomerang, Killfeather lanza su bastón con fuerza suficiente para romperlo como un fosforo contra las tablas. Cae sobre el hielo, astillado.

Revísalo, por favor. Soplo el silbato.

—Ese es el juego, estamos fuera de tiempo.

—¿*Pourquoi?*³—protestó el delantero agresor—. ¡Hais tiempo en jese reloj!⁴

—Interroga a tu entrenador ofensivo —digo, despidiéndolo con un gesto de la mano. Entonces patino hacia Killfeather, quien está de pie jadeando en la red, lanza su casco lejos para revelar su sudada cabeza. Él tiene sólo dieciséis años y los aparenta. Mientras los otros chicos de su edad están pateando de vuelta bajo el sol o jugando videojuegos, él está pasando sus horas batallando en la pista hoy.

Yo había sido ese chico, también. Era una buena vida y no la cambiaría por nada, pero ayuda recordar que estos son todavía niños. Así que no inicio con: “Hey, imbécil, acabas de tirar a la basura un bastón de cien dólares”.

—¿Quién es tu portero favorito, chico? —pregunto en su lugar.

—Tuukka Rask —dice inmediatamente.

—Buena elección. —No soy un fan de los Bruins, pero el hombre tiene un excelente record—. ¿Qué aspecto tiene su rostro cuando deja entrar una anotación?

Killfeather arque una ceja.

—¿Por qué? Toma un trago y se pone su máscara de vuelta.

—Él no pierde su mierda y lanza su bastón —digo con una sonrisa.

El chico rueda sus ojos.

—Lo tengo, pero ese tipo es *todo* un culo.

Inclinándome hacia abajo, arrastro la red fuera de su punto así el hielo pude ser revestido.

—Hiciste un gran bloqueo hoy. Realmente excepcional.

Killfeather comienza a sonreír.

—Pero tienes que aprender a mantener la calma, y voy a decirte por qué. —Su sonrisa se desvanece—. Rask está calmado después de que lo hecha a perder. Pero no es porque sea una mejor persona que tú o yo, o porque él medite o nunca logre enojarse. Es porque sabe que dejar todo detrás de él es la única forma de ganar. En serio, cuando está teniendo ese trago de agua, ya está avanzando. En lugar de decir, “Hombre, ojala no hubiera hecho eso”, dice, “Bien, ahora tengo una flamante oportunidad de detenerlo”.

El chico está sonriéndole a sus patines ahora.

—¿Sabes qué cosas dicen sobre los peces dorados? Su memoria es tan corta que cada vez que nadan alrededor de la pecera, todo es nuevo otra vez.

Las esquinas de su boca se levantan.

—Eso es profundo, entrenador Canning.

Agh. Me mata ser el entrenador Canning por un par de semanas al año. Estoy locamente enamorado de este trabajo.

—Sé mi pez dorado, Killfeather. —Le doy un pequeño golpe a la almohadilla en su pecho—. Olvida cada estúpida cosa que ese tipo te diga. Porque el mundo está lleno de pendejos que te molestarán por diversión. Tienes los movimientos. Puedes hacer el trabajo. Pero sólo si no le permites destruirlo por ti.

Él finalmente levanta la mirada hacia mí.

—Está bien. Gracias.

—Ve a las duchas —digo, patinado de espaldas por el camino detrás de él—. Luego saca tu tarjeta de crédito y compra otro bastón.

Lo dejo, desamarrando mis patines y deslizándome en mis Chuck Ts. Cuando eres un entrenador, no tienes que prepararte. Sólo patines y un casco. Estoy llevando pantalones cortos de senderismo y una sudadera de la universidad Rainier. Y ellos me alimentan tres veces al día en el comedor del campamento.

¿Mencioné que este es un trabajo encantador?

Dejar la pista me lleva más allá de todo tipo de recuerdos de deportes Olímpicos. La pista donde estaba de pie hace un minuto tratando de meter algo de sentido común en un portero de dieciséis años es la misma donde el equipo de E.E.U.U. ganó el oro en las olimpiadas de 1980. Así que hay fotos de “Milagro en el Hielo” en todas partes. Durante los meses de invierno, hay más atletas per cápita⁵ en este pequeño pueblo que en la mayoría de cualquier lugar. La gente se muda aquí para entrenar para el hockey, patinaje, salto en ski y eventos de alpinismo.

Pero cuando abro la puerta de cristal, es un cálido día de Junio. El Lago Mirror brilla en la distancia y tengo que proteger mis ojos. El pueblo de Lake Placid está a cinco horas de la ciudad de Nueva York o Boston. La verdadera ciudad más cercana es Montreal, y esa se encuentra todavía a dos horas de distancia. Justo en el medio de la nada se encuentra este lindo pueblito turístico rodeado por lagos vírgenes y la cordillera Adirondack.

Cielos. A menos que necesites acceso al aeropuerto.

Pero hoy no. Estoy caminando más allá de una tienda de ski y una heladería, contando las horas hasta el momento de la cena. Tengo un montón de nostalgia por este pueblo, probablemente porque es *mío*. Cuando eres el más joven de seis hijos, nada nunca es sólo tuyo. Creo que ese es el por qué me fui por el hockey en primer lugar, mi familia es toda sobre el fútbol. Ningún Canning había puesto un pie en las Adirondacks hasta que fui invitado a este campamento. De hecho, dejar el nido de la familia para venir aquí como un adolescente se sintió como aventurarse a la luna.

Son las cuatro en punto, y hay tiempo para una carrera o un chapuzón, pero necesitaré cambiarme de ropa.

Todos los campistas y entrenadores están alojados en un viejo dormitorio que fue construido para acomodar atletas europeos para las Olimpiadas de invierno de 1980. El edificio está a cinco minutos de la pista caminando. Mientras troto subiendo los escalones, paso por una placa que describe a los ocupantes originales y las medallas que ganaron, pero no me detengo. Pasa un par de años en este pueblo y olvidarás estar impresionado.

Mi habitación está en el segundo piso, y siempre tomo las escaleras en lugar del chirriante y antiguo elevador. El oscuro pasillo huele a cera para piso y a las lilas floreciendo de afuera. Además de un olor a calcetines viejos. No puedes tener un edificio lleno de jugadores de hockey sin eso.

Estoy a tres metros de mi puerta, llaves en mano, cuando me doy cuenta que alguien está de pie inmóvil a mi lado. Eso sólo es suficiente para asustarme, y luego me doy cuenta de quién es.

—¡Jesucristo!

—Todavía prefiero Wes —dice empujándose de la pared—. O Ryan. O imbécil.

—¿Eres... —estoy casi asustado de decir las palabras, porque él me ha excluido por tanto tiempo—... mi compañero de cuarto?

Abro la puerta de mi habitación para darle a mis manos algo que hacer. Una oleada de alegría se construye abajo en mi estómago. Sólo con la idea de otro loco verano con Wesley... no puede ser verdad.

—Bueno... —Su voz es inusualmente cautelosa. Y desde la luz de mi puerta abierta derramándose dentro del pasillo, puedo ver su rostro apropiadamente por primera vez. Él está *preocupado*. Esa alegre mandíbula está inclinada hacia abajo, y sus ojos se hunden cuando lo estudio.

Raro.

Entro a la habitación y arrojo mis llaves sobre mi cama.

—Estoy a punto de ir a correr. ¿Te sientes como para un trote? Puedes acompañarme. Asumo que estás entrenando para Pat, o no estarías aquí.

Asiente. Pero cuando saco mi camiseta, el atasca sus manos en sus bolsillos y se da la vuelta.

—Tenemos que hablar, sin embargo.

—Está bien. —¿*Sobre qué?*—. Podemos hacer eso mientras estamos corriendo. A menos que consiguieras engordar desde tu gran victoria.

Él rio disimuladamente.

—Bien. —Desde afuera del pasillo agarra un gran bolso de lona.

—Pat sólo me dijo algo en práctica sobre encontrarme un compañero de cuarto. Quería decirlo, ¿cierto? ¿Estaba sólo tirando de mi cadena?

Con su espalda hacia mí, Wes asiente. Luego tira de su descolorida camiseta sobre su cabeza. Y Jesucristo, es enorme. Tatuajes y músculos ondulando tan lejos como los ojos pueden ver.

Había olvidado que éramos realmente sólo chicos la última vez que estuvimos aquí juntos. Adolescentes. Se siente como ayer.

—Lindo cuarto conseguiste aquí —comenta mientras se cambia a una franelilla y pantalones cortos de gimnasio.

Es cierto. En lugar de literas, tenemos camas dobles integradas a las paredes. Y hay un cómodo espacio de piso entre nosotros.

—Los entrenadores consiguen un poco más de espacio para respirar. He estado viviéndolo aquí los últimos tres años.

Él se gira.

—¿Con quién compartes la habitación?

—Quien sea. —Dejo caer una camiseta deportiva sobre mi cabeza y luego meto los pies en mis zapatos para correr. Atarlos toma sólo una par de segundos más, y estoy ansioso por salir de aquí y correr. Tal vez Wes deje de actuar como un bicho raro y sólo me diga qué está en su mente.

—¿Vamos?

Él le da a su bolso una patada.

—Voy a dejar esto aquí.

—¿Dónde más lo podrías dejar?

El hace una mueca, y no sé por qué.

Capítulo 9

Wes

Afuera, Jamie se dirige hacia el Lago Mirror y lo sigo. ¿Cuántas veces he recorrido este circuito con él? Un centenar, al menos.

—¿Recuerdas ese verano cuando dijimos que haríamos ocho kilómetros al día, no importa qué? —pregunto.

Vamos a paso tranquilo mientras nos dirigimos fuera de la residencia.

—Claro que sí.

—Luego tuvimos ese caluroso día con dos prácticas y levantamiento de pesas. Pero dijiste: “Todavía tenemos que correr, o el verano no va a contar”. —Resoplo sólo de pensar en ello.

—Nadie te dijo que comieras ese cono de helado primero.

—Estaba muerto de hambre. Por supuesto, no he sido capaz de pedir pistacho desde eso.

Jamie ríe a medida que giramos hacia el lago.

—Vómito verde ligero por todo el césped.

—Buenos tiempos. —Lo fueron, sin embargo. Vomitaría violentamente a gritos todos los días si eso significaba que podía volver a los momentos fáciles. Perseguir el gran cuerpo rubio de Jamie alrededor del lago era todo lo que quería de la vida.

Bueno, eso es mentira. Prefiero taclearlo al suelo y quitarle la ropa. Verlo de nuevo me está matando en este momento.

Tengo algo que decir, sin embargo, y tiene que ser pronto. Corremos el siguiente kilómetro en silencio mientras la practico en silencio de nuevo. Mi gran disculpa. Si Jamie se horroriza, va a escocer.

Hay kayakistas en el lago, sus venas marcándose con cada golpe de remo. Me siento tan estable como se ven.

—Entonces, ¿de qué querías hablar? —pregunta Jamie finalmente.

Ya no puedo evadirlo.

—Estoy aquí sólo hasta julio. —Es mejor conseguir los preliminares fuera del camino.

—Yo también. Se supone que tengo que estar en Detroit antes del primero de agosto. Te diriges a Toronto, ¿eh? ¿Animado?

—Por supuesto. Pero escucha... sólo tengo que decir que si no quieres compartir habitación conmigo este verano, voy a pedirle a Pat que me mueva. Ni siquiera voy a estar ofendido.

Jamie deja de correr y me detengo en seco para evitar chocarme contra su espalda.

—¿Por qué? —pregunta.

Aquí vamos. Todo sale rápidamente.

—Canning, soy gay. Y sí, tal vez eso no es tan importante en el gran esquema de las cosas. Excepto que la última vez que estuvimos aquí como que... que te empujé a tontear conmigo. No estuvo bien, y he pasado los últimos cuatro años sintiéndome como la mierda sobre eso.

Durante un largo momento sólo me mira boquiabierto. Y cuando por fin habla, no es lo que espero que diga.

—¿Y?

¿Y?

—Y... lo siento.

Su rostro se enrojece.

—Sabes que soy del norte de California, ¿verdad? ¿Entiendes que conozco un tipo gay o diez?

—Uh, ¿de acuerdo?

La boca de Jamie se abre y se cierra. Y se abre de nuevo.

—¿*Esto* es el por qué no me llamaste durante cuatro años? ¿La razón por la que has ignorado mis mensajes de texto?

—Bueno... sí. —Estoy tan confundido ahora. Acabo de declararme culpable de imbecilidad en primer grado y prácticamente de abuso sexual. Y está preocupado por algunos mensajes.

Su rostro se vuelve de otro tono más rojizo. Entonces sale disparado corriendo de nuevo y estoy tan sorprendido que me toma un segundo

perseguirlo.

Está corriendo más rápido ahora. Aumenta sus largas zancadas y mueve los brazos con fuerza. La camiseta deportiva que lleva puesta abraza cada músculo mientras se mueve y estoy celoso de ese pedazo de tela de poliéster.

El circuito alrededor del Lago Mirror es un poco menos de cinco kilómetros. No sé lo que hay en su cabeza mientras corre el resto. Estoy unos pasos más atrás, confundido y desanimado. En el camino de vuelta por la ciudad, pasamos todos nuestros viejos refugios, la tienda de caramelos y la juguetería que vende armas de bandas de goma. Una panadería llamada Miracle on Icing.

No veo el rostro de Jamie hasta que desacelera y se detiene frente a un tobogán, cerrado de nuevo durante el verano. Me gustaría que pudiéramos volver a un tiempo más sencillo cuando escalar alguna cosa encadenada era mi mayor ofensa.

Cuando vuelve el rostro sudoroso hacia mí, todavía hay ira en su expresión.

—No me dirigiste la palabra durante cuatro años porque pensaste que me asusté sobre ti haciéndome una mamada.

—Eh... sí. —Pero dado el resentimiento en su voz, está claro que la jodí de alguna otra manera que no había calculado.

Sus manos se aprietan en puños.

—¿Es así como me ves? ¿Un imbécil estirado?

En un banco cercano veo a una joven madre recoger a su niño y alejarse de nosotros con el ceño fruncido.

Pero Jamie está en racha.

—Fue sólo un poco de *sexo*, por el amor de Dios. Nadie murió.

Y probablemente me voy a tragar mi lengua ahora.

—Yo... Fui deshonesto.

—Ah. Gracias por castigarme por *tu* deshonestidad. Una sentencia de cuatro años. Me fui a una universidad extraña donde no conocía a nadie, preguntándome cómo había sido un amigo de mierda.

Bueno, joder.

—Lo siento —murmuro. Suena inadecuado. Para ambos, estoy seguro.
Jamie pateo un cubo de basura.

—Necesito una ducha.

Mi polla traidora es voluntaria para unirse a él, pero mantengo mi gran boca cerrada mientras caminamos el último bloque y subimos las escaleras. Esto definitivamente *no* salió como había anticipado. Mi peor escenario había involucrado a Jamie retrocediendo con horror ante mi homosexualidad y acusándome de manipularlo para manosearnos.

He pasado cuatro años lleno de vergüenza por lo que había hecho, y ahora resulta que debería haberme sentido avergonzado por algo totalmente diferente. A Jamie no le preocupaba que le hubiese hecho una mamada. Le importaba que lo hubiese *abandonado*. Y saber que había lastimado a mi mejor amigo mucho más profundamente de lo que me di cuenta, me hace retorcerme.

Vacilo en la parte superior de las escaleras, diciendo a su espalda rígida:

—Um, ¿Canning?

—¿Qué? —murmura sin darse la vuelta.

—¿Tengo que encontrar otro lugar para dormir esta noche?

Suspira.

—No, idiota.

Capítulo 10

Jamie

Veintidós parece demasiado viejo para estar dándole a alguien el tratamiento del silencio. No es que jugara ese tipo de juegos cuando era más joven. Siempre he sido un tipo de vamos-a-discutirlo. Encara tus problemas de frente, no congeles a la otra persona.

Esa es la especialidad de Wes, congelar a alguien.

¿Puede alguien decir “todavía resentido”?

Los dos en realidad no hemos hablado desde que regresamos de correr. En la cena, se había sentado con Pat, poniéndose al día de los últimos años. Luego, Pat golpeó la cuchara contra un vaso de agua y presentó a Wes a los campistas. “El campeón del Frozen Four...” y “segundo lugar nacional por puntos anotados”, y “garantizado para ver un poco de tiempo de hielo en Toronto el próximo año”.

Los ojos de los chicos a mi alrededor se ampliaron más y más. Se engancharon de cada palabra. Mientras tanto, Wes se había sentado allí esbozando una sonrisa de “Uy, mierda”, viéndose arrogante y despreocupado.

Tal vez no es tan despreocupado como se ve, sugiere mi conciencia.

¡Vete a la mierda, conciencia! Estoy ocupado estando enojado aquí.

Ahora estamos en nuestras respectivas camas, pero ninguno de los dos está durmiendo. Todavía uso mi rabia a mi alrededor como la sábana que me cubre. Pero es una capa delgada.

Lo escucho suspirar desde la otra cama y me quedo mirando hacia el techo, preguntándome si ya debería superarlo.

Su voz ronca rompe el silencio.

—Tenía miedo.

Hay un crujido y por el rabillo del ojo veo que él se dio la vuelta en su lado, mirándome en la oscuridad.

—¿Tu? —pregunto—. No sabía que era posible.

—No muy a menudo —reconoce, y resoplo.

Hay más silencio, pero finalmente cedo.

—¿Miedo de qué?

—De que te había usado. Y de que me odiaras por ello.

Un suspiro se eleva en mi pecho. Me muevo sobre mi lado también, pero es difícil distinguir su expresión en las sombras.

—Yo nunca podría odiarte, idiota. —Lo considero—. Bueno, a menos que hicieras algo digno de odio, como pasar sobre mi madre con un auto a propósito o algo parecido. ¿Pero odiarte por ser gay? ¿O por darme una mamada sin decirme que eras gay? —Joder, todavía estoy resentido como el infierno de que pensara que yo era capaz de ser tan estrecho de mente.

—Pero no estaba listo para decirte la verdad —admite—. No estoy seguro de que estuviera listo para decírmela a mí mismo. Pero en el fondo lo sabía, y me sentí como una mierda después. Me sentí como, no sé, que me aproveché de ti.

No puedo evitar reír.

—Amigo, no es como que me ataste a la cama y te forzaste en mí. No sé si recuerdas, pero me vine como un hijo de puta esa noche. —*Oh mierda*. No sé por qué dije eso. Y el destello de calor que viaja hacia mi pene es igualmente desconcertante.

Pensar en esa noche es algo que raramente me permito hacer. Era fácilmente la experiencia sexual más caliente que el Jamie Canning de dieciocho años de edad había tenido. Pero recordarlo siempre me confunde, porque lo asocio con ser expulsado de la amistad que más valoraba.

—Ah, recuerdo todo acerca de esa noche. —Su voz se espesa, y la agitación abajo se hace más fuerte.

Inicio rápidamente un cambio de tema de emergencia, porque hablar de mamadas parece estar confundiendo a mi cuerpo.

—¿Así que estás fuera del closet? ¿Oficialmente? ¿Tus padres lo saben?

Su respiración es pesada al responder.

—Sí, ellos lo saben.

Espero a que él continúe. No lo hace. Lo que no es una gran sorpresa, ya que a Wes no le gustaba hablar de su familia. Sé que su padre es algún pez gordo banquero de inversiones y su madre encabeza un montón de comités de caridad. Y la única vez que el padre de Wes lo había traído al campamento, recuerdo estrechar la mano del hombre y pensar que era la persona más fría que jamás había conocido.

Estoy tan curioso por escuchar lo que piensan acerca de tener un hijo gay, pero sé que no va a responder si pregunto. La cosa con Wes es, que todo es siempre en *sus* términos.

—¿Qué pasa con tus compañeros de equipo? —Lo intento—. ¿Toronto?

—Con los chicos de Northern Mass, tenía una cosa de no preguntar-no-decir. No lo escondo, pero tampoco no hablo de ello. Ellos lo dejaron pasar. Pero en Toronto... —gime—. No estoy seguro de cómo va a funcionar. Mi plan es sólo eludir la pregunta todo el tiempo que pueda. Creo que voy a volver a entrar al closet durante un tiempo hasta que sienta que conozco a esos tipos. Hasta que sea tan valioso para ellos que no les importe a quién follo en mi tiempo libre. Lo que sólo debe tomar tres o cuatro años máximo.

Eso suena increíblemente rudo.

—Lo siento.

—No, yo lo siento. Lo siento, arruiné nuestra amistad Jamie.

Mierda, me llamó Jamie. Sólo hace eso, cuando en realidad está siendo serio, sincero. El pesar irradia de su cuerpo y se extiende hacia mí en oleadas palpables, y siento que mi ira se desmorona como un castillo de arena ante la marea subiendo. No puedo estar enojado con este individuo. Incluso cuando pensé que había tirado nuestra amistad como un pedazo de basura, todavía no había sido capaz de odiarlo.

Trago.

—Es agua bajo el puente, hombre.

—¿Sí?

—Sí. —Dejando escapar una respiración lenta, doblo mi brazo debajo de mi cabeza y miro hacia él—. Entonces, ¿qué ha pasado contigo? Ponme al día con los últimos cuatro años.

Se ríe disimuladamente.

—¿Cuatro años dignos de las travesuras de Ryan Wesley? Eso llevará toda la noche, amigo. —Luego hace una pausa, su tono volviéndose incómodo—. Prefiero escuchar sobre ti de todos modos. ¿Cómo está el clan Canning? ¿Aún es la central del caos?

Sonrío en la oscuridad.

—Siempre. Mamá vendió su galería de arte y abrió uno de esos lugares de cerámica donde entras y pasas el día haciendo floreros, ceniceros y esas cosas.

—¿Cuántas veces piensas que ella atrapa a personas recreando esa escena de *Ghost*? —chasquea.

—Por lo menos una vez al día —contesto con solemnidad—. No es broma. —Pienso en qué otra cosa ha sucedido, pero es difícil filtrar cuatro años de eventos—. Oh, mi hermana Tammy tuvo un bebé, así que soy un tío ahora... Um, ¿qué otra cosa?... Joe, mi hermano mayor, se divorció.

—Mierda. —Wes suena realmente molesto—. ¿No fuiste el padrino en su boda? —De repente se ríe—. Oye, ¿recuerdas esa corbata de moño que te envié para que la usaras en la ceremonia?

Contengo un gemido.

—¿Te refieres a esa rojo brillante con pollas de color rosa por todas partes? Sí, me acuerdo. Y vete a la mierda, muchas gracias, por cierto. Joe estaba en la habitación cuando abrí la caja, y casi tuvo un ataque al corazón cuando pensó que eso era lo que iba a usar.

—¿Así que dejaste que mi regalo se desperdiciara? Imbécil.

—Nop, me lo puse en la despedida de soltero.

Los dos reímos, y algo caliente y familiar se aferra en mi pecho. He echado de menos esto. Hablar con Wes. Reír con Wes.

—La boda fue divertida —agrego—. Scott, Brady y yo fuimos padrinos, Tammy fue una de las damas de honor de Samantha, y mi hermana Jess logró officiar y llevar a cabo la ceremonia. Ella era hilarante allá arriba.

Wes se ríe.

—¿Cómo no te has vuelto loco todavía, amigo? No creo que pudiera sobrevivir a tener cinco hermanos.

—Naah, me encanta. Además, soy el más joven, para el momento en que llegué, mis padres sólo me dejaban hacer lo que quisiera. Estaban agotados por toda esa disciplina que llevaron a cabo con mis hermanos y hermanas.

Él se queda en silencio, y puedo sentir la tensión en el aire otra vez, como si quisiera decir algo, pero está demasiado asustado de decirlo.

—Sólo dilo —ordeno cuando su silencio continúa.

Él suspira.

—¿Estamos bien?

—Sí, Wes, estamos bien. —Y lo digo en serio. Nos tomó cuatro años para volver a este punto, pero estamos aquí ahora y estoy feliz.

Tengo a mi mejor amigo de vuelta, al menos durante las próximas seis semanas.

Capítulo 11

Wes

¿Así que esta cosa del entrenamiento? Es más difícil de lo que parece.

Al inicio de la sesión de la mañana, se siente fácil. He creado algunos ejercicios para los jugadores de ataque más jóvenes y dirigirlos como locos. Hay un silbato alrededor de mi cuello, y ellos tienen que hacer lo que les digo. Dinero fácil, ¿verdad?

No tan rápido.

Cuando les llevo a un partido de práctica a los adolescentes mayores, todo el timón se desmorona. No es que los chicos no son buenos. Sus niveles de habilidad varían de impresionante a virtuoso. Pero ellos no funcionan en sincronía como un equipo de la universidad. Son testarudos e irracionales. Escuchan lo que les digo, y luego hacen lo contrario.

Son adolescentes. Y después de diez minutos de juego, estoy básicamente golpeando mi cabeza contra los plexos, orando por mi propia muerte.

—Pat—suplico—. Por favor, dime que no era así.

—No lo eras—dice con un movimiento de cabeza—. Eras tres veces peor.— Entonces ese traidor, tiene las pelotas de salir del edificio, y me dejó a cargo de treinta sudorosos adolescentes con las hormonas enloquecidas.

Toqué mi silbato por millonésima vez.

—¡Fuera de juego! De nuevo. ¿En serio? —pregunto a Shen, un demoledor arrogante que ha estado torturando al portero durante toda mi sesión. Los dos tienen algún tipo de venganza el uno contra el otro, y no está ayudando el caos general—. Cara a cara.

El juego se inicia de nuevo cuando dejo caer el disco. Miro hacia arriba para ver a Canning caminando por la rampa para ayudarme con el partido de práctica. Gracias a Dios. Su rostro sereno es como un trago de agua fresca.

Patino y salto la pared para darle la bienvenida.

—¿Por qué no me lo dijiste que este trabajo era duro?

Sonríe, y mi corazón se derrite un poco de la forma habitual.

—¿Qué es duro? Ni siquiera estás sudando.

Lo estoy, sin embargo. Porque cuando vuelvo la cabeza para ver a mis jugadores, Shen va cayendo hacia atrás en el portero que ha estado molestando, derribándolo. Parece intencional, y Canning debió pensar lo mismo, porque los dos estamos saltando sobre la pared para llegar allí.

—Pero que... —comienza Killfeather, el portero.

Shen sonríe.

—Lo lamento.

—Maldito polluelo—Killfeather jura.

—Maricón—Shen devuelve.

Mi silbato es tan fuerte que Canning pone sus manos sobre sus oídos.

—¡Dos minutos sancionados!—rujo—. Ambos.

—¿Qué?—Killfeather grita—. Yo no toqué su culo.

—Por tu boca—gruño—. En mi hielo no se utiliza una difamación de ningún tipo.—Señalo hacia el compartimento—. Lárgate.

Pero Killfeather no se mueve.

—No vas a hacer nuevas reglas. —Su desprecio es tan grande como los anuncios de banner que recubren las tablas.

Todos los jugadores están escuchando, así que no puedo hacer esto mal.

—Señoras, es una regla. Dos minutos de banco menor por conducta antideportiva. Si hubieras mantenido tu boca cerrada después de que él te golpeo, tu equipo tendría un juego de ventaja en este momento. Estoy haciendo esto por tu propio bien.

—Seguro que lo haces.

A pesar de la despedida, mis dos alborotadores finalmente apuntan sus cuerpos hacia las cajas de penalización. Así que emito mi tiro de despedida, y me aseguro de que todo el mundo puede oír.

—Por cierto, la ciencia ha demostrado la correlación entre llamar a alguien maricón y el tener un pene muy pequeño. No quieras hacer

publicidad de eso. Piensa en ello.

Canning no dice nada. Pero patina fuera, también. Lo veo en un segundo plano a un lado y luego agacharse como si estuviera reatando sus patines. Lo que sea, ¿no? Pero luego veo su espalda temblando.

Por lo menos alguien agarra mis chistes.

El resto del partido de práctica dura alrededor de una década. Cuando por fin descanso para el almuerzo, Jamie me alcanza en el camino a los vestuarios.

—¿La ciencia ha *demostrado*?—Él se ríe.

—Yo hago la ciencia en el equipo.

—Uh-uh. Estoy pensando en saltarme hoy el comedor y agarrar una hamburguesa en el pub de la ciudad. ¿Te apuntas?

—Jodidamente sí —respondo. Entonces me estremezco y miro a su alrededor para asegurarme de que ninguno de los niños está al acecho entre nosotros. No sé si estoy hecho para ser una figura de autoridad. He pasado cuatro años rodeado de jugadores de hockey quienes dejaban caer jodidas bombas en cada frase, y se me sigue olvidando, que necesito censurarme a mí mismo, mientras estoy en los Elites. Los adolescentes aquí juran como marineros, al menos cuando Pat y los otros entrenadores no están alrededor, pero me niego a corromper a los más jóvenes con la boca sucia.

—*Dulce de azúcar*, sí—corrijo.

Canning hace gestos al vacío que nos rodea.

—Somos los únicos aquí. Puedes decir joder, idiota. Puede decir cualquier cosa, realmente. —Con una sonrisa, desencadena una serie de improperios—. Joder, mierda, polla, coño.

—¡Por el amor de Cristo!—Una fuerte voz brama desde detrás de nosotros—. ¿Es necesario lavarte la boca con jabón, Canning?

Me ahogo por mi risa cuando aparece Pat. Sacude la cabeza con incredulidad mientras mira fijamente a Jamie, luego estrecha sus ojos y se vuelve hacia mí.

—En realidad, ¿Que estoy diciendo? Canning ni siquiera sabría esas palabras si no fuera por ti, Wesley. Qué vergüenza.

Destello a Pat una sonrisa inocente.

—Soy puro como la nieve, entrenador. Canning era el que me corrompía.

Ambos inhalan. Pat me palmea en el hombro y anda más allá de nosotros.

—Sí, sigue diciéndote eso, chico—dice sobre su hombro—. Y ustedes dos, vigilen sus boca alrededor de los campistas o voy a patear sus culo de mierda.

Jamie y yo todavía estamos riendo mientras nos sumergimos en el vestuario para deshacernos de nuestros patines y cambiarnos en nuestras zapatillas de deporte. Cuando salimos del edificio unos minutos más tarde, me siento como si hubiese dejado una piscina helada y entré en una sauna. La humedad en el aire es sofocante, provocando que el sudor rueda por mi espalda. Mi camiseta se pega a mi pecho como una envoltura de plástico.

Encogiéndome de hombros, tiro de ella sobre mi cabeza y meto la tela en la cintura de mis pantalones cortos de gimnasia. El ambiente en Lake Placid es casual, nadie se va a preocupar si camino por la ciudad balanceándome con el pecho desnudo.

Canning mantiene su camisa. Creo que lo podría preferir de esa manera, porque su camisa es fina como el papel y adhiriéndose igual que la mía había hecho, lo que me da una visión decadente de cada dura ondulación en su amplio pecho. Joder, incluso estoy celoso de su camisa. Quiero ser el que este pegado a su pecho, y el dolor que siento por él trae una chispa de culpa.

Estamos bien ahora. Nosotros somos amigos de nuevo. ¿Por qué no puede mi cuerpo traidor estar simplemente bien con eso? ¿Por qué no puedo mirarlo sin imaginar todas las cosas sucias, que quiero hacer con él?

—Entonces, ¿cuál es el trato contigo y esa chica?—Me oigo preguntar. Particularmente no quiero oír la respuesta, pero necesito la llamada de atención que va a traer, el recordatorio de que la lujuria sobre este tipo, es un desastre esperando a suceder.

—¿Holly?—Se encoge de hombros—. Nada en realidad. Nosotros simplemente conectamos. O más bien, nos utilizamos para conectar. No creo que nos veamos mucho después de graduarnos.

Arqueo una ceja.

—¿Sólo un enganche? ¿Desde cuándo estás con un acuerdo de amigos-con-beneficios?

Otro encogimiento de hombros.

—Era conveniente. Diversión. No lo sé. Yo no estoy buscando establecerme con nadie en este momento. Holly entiende eso. —Su voz adquiere una nota de desafío—. ¿Lo desapruebas?

—No, soy todo sobre amigos con beneficios.

Pasamos la tienda de juguetes y nos apartamos fuera del camino de dos madres que empujan cochecitos. Ambas mujeres giran la cabeza en mi dirección y miran mis tatuajes. No con desprecio, sino intriga. Sucede de nuevo en la siguiente manzana cuando un grupo de chicas adolescentes se detienen en su trayectoria para mirarme. Las palabras “bombón tatuado” dicen a nuestras espaldas mientras caminamos pasando.

Jamie se ríe.

—¿Seguro que no quieres ir a la ruta bisexual? Porque estoy bastante seguro de que no tendrías ningún problema en el departamento de polluelas.

—Esa es buena. No sería justo para los hombres heterosexuales si me tirara mi sombrero en el anillo coño. Ellos no tendrían una oportunidad.

Su expresión se vuelve reflexiva.

—Te he visto perder el tiempo con las chicas antes. Parecías interesado.

Sé que está pensando en todas esas noches que me cole en la ciudad y coquettee con las lugareñas. Pero teníamos quince, tal vez dieciséis años entonces, y todavía estaba experimentando, entendiendo las cosas.

—¿Estabas fingiendo disfrutar de ello?—pregunta con curiosidad.

—No tanto pretender, como tratar de disfrutar de ello—admito—. Y no era horrible. No iba a casa después y fregaba en mi piel en la ducha. Hacerlo con esas chicas era... no sé... simplemente era. Lo hice, estaba bien, pero no era como si me estuviera muriendo por rasgar su ropa y entrar en ellas.

De la forma en que me muero por rasgar tu ropa y entrar dentro de ti.

Aprieto mis dientes, molesto conmigo mismo. Cristo, suficiente. No va a pasar con Canning. Tengo que detener esto.

—Lo tengo.—Él asiente, y luego inclina su cabeza—. ¿Quién lo hace por ti, entonces? Al igual que, ¿cuál es tu tipo, de manera acertada?

Tú.

—Ah, no soy exigente.

Llegamos al bar de la esquina, pero no hace un movimiento para abrir la puerta. Él sólo se detiene en la acera y se ríe.

—De Verdad. ¿Así que vas a meter la polla en alguien?

—No—le concedo. Se siente tan jodidamente raro hablar de esto con él—. Yo no estoy loco por jovencitos, supongo. No me gusta el conjunto escuálido, de muchachos jóvenes.

—Así que te gustan grandes.—Una amplia sonrisa llena su rostro mientras me guiña el ojo—. Por así decirlo.

Ruedo los ojos.

—Sí, grande es una buena ventaja. Alto, atlético, no demasiado velludo. —Eso lo hace reír—. Y, no sé...—Empiezo a reír—. ¿En serio quieres escuchar todo esto?

Sus ojos parpadean con dolor.

—¿Por qué, porque estás hablando de chicos en lugar de chicas? Ya te lo dije, no soy ningún remilgado nervioso quien...

—Eso no es lo que quise decir—corté a toda prisa, y se relaja un poco—. Sería raro aunque estuviese describiendo a un polluelo. ¿Igual, que dos chicos cerca de pie describiendo su pareja sexual perfecta? —Amplí mis ojos y miro alrededor—. ¿Divagamos sobre el plató de *Sexo en Nueva York*? Si es así, soy Samantha. Lo pido.

La tensión se difunde al instante, cuando los labios de Canning se contraen incontrolables.

—¿Sabes los nombres de personajes reales de *Sexo en Nueva York*? Mierda, si no me hubieras dicho que eras gay, me hubiera dado cuenta hace un momento.

—Ese fue un caso extremadamente insensible de los estereotipos, Jamie—digo, remilgado—. ¿Solo por eso? Estas pagando por el almuerzo. Maldito. —Pero estoy sonriendo para mis adentros mientras le aviento un abucheo y paso hacia la barra.

Capítulo 12

Jamie

Los domingos son los días que el entrenador no está. La esposa de Pat normalmente toma los niños y los saca a pasear. Van a pescar al lago del este, mañana en la mañana. Lo que significa que normalmente el entrenador tiene un borracho sábado en la noche para dormir el domingo.

Solo hemos comido la cena a las seis con todos nuestros cargos adolescentes, así que estamos oficialmente libres. Wes ha acampado ahora por cuatro días, pero normalmente estamos bastante noqueados en la noche como para hacer cualquier otra cosa sino relajarnos en nuestra habitación. Así que me estoy volviendo un poco loco.

—¿Qué deberíamos hacer esta noche? —le pregunto a Wes, quien esta acostado en su cama—. Tienes un auto, ¿cierto? Pongámoslo en uso.

—Mi auto es un amigo —dice, barriendo a través de alguna aplicación.

—Claro que lo es. ¿Qué estás haciendo, de todas maneras? —La aplicación continúa haciendo un extraño sonido de notificación que no me es familiar.

—Chequeando Brandr. Es bastante entretenido en una pequeña ciudad.

Eso me calla por un momento. Brandr es una aplicación para encuentros gays. Estoy repentinamente malhumorado porque asumí que íbamos a salir esta noche. Juntos. Quizás fue una estúpida conjetura, pero así es como siempre fue antes.

—Así que —carraspee mi garganta—. ¿Cómo funciona?

Él se ríe entre dientes.

—Ven y mira. Es hilarante. Todas las peores características de la humanidad puestas en un lugar.

Intrigado ahora, me siento en la cama y se levanta a sí mismo en un codo para mostrarme. Estamos inclinados sobre su teléfono ahora, de la misma forma en que lo hacíamos cuando éramos adolescentes. Excepto que no hemos estado en la misma cama desde... bueno. *Esa noche*. Y soy

consciente del hecho en que no encajamos muy bien. Estábamos hablando en su mayoría en la superficie, pero sigo estando prácticamente sentado encima de él. Puedo sentir los rizos de los pelos de su pierna cepillando los míos cuando se inclina para enseñarme la pantalla.

—Es como un menú. Cada foto es de un chico.

Algunas de las fotos son acercamientos pero son imposibles de ver. Ahí está el número de seguimiento de cada uno, también. *0.7mi y 1.3mi*.

—¿Eso te dice cuan cerca está todo el mundo? Eso es un poco espeluznante.

—Eso es parte de la diversión. Si alguien actúa espeluznante, solo puedes bloquearlo para siempre. Un cliqueo y son historia. La bios es la parte más divertida. Chequéate este. —Toca uno de los azulejos y la foto de algún chico llena la pantalla. Dice: *En línea, 0.9 en mi camino*.

—Es muy mayor para ti —digo inmediatamente—. ¿Y qué con las medias? —El chico tiene el pelo gris y se inclina contra un convertible rojo. Tiene una figura decente, pero nadie debería vestir medias tan largas con pantalones cortos. Eso está mal.

No voy a mentir. Esto me hace sentir extraño —la idea de que este hombre está mirando hacia la pantalla en algún lugar en el final del pueblo, pinchando la foto de Wes...

Wes solo se ríe.

—Mirar Brandr en una ciudad pequeña siempre es divertido. Los extraños son buenos y los buenos son extraños. Él desliza la foto hasta el principio donde el chico añadió sus 140 caracteres o lo que sea. El encabezado es "*Buscando estar desnudo con músculos*". Y debajo dice: "*Si estoy en línea entonces estoy buscando estar desnudo. Besar, contacto físico y más, solo pide. No chicas. Lo siento solo atraído hacia los blancos*".

—¿Qué diablos? —tartamudeo.

—Suenan encantador, ¿no? Así es el internet para ti. —Wes se retira del perfil del idiota, pero entonces su teléfono hace un ruido y una ventana emerge.

—Hola —dice, y ahí está la foto de algún otro chico detrás de eso.

—Alguien te está hablando —murmuro. Y ahora odio esa aplicación más de lo que pensé posible. Competir por la atención de mi amigo no es gracioso. Así que me paro y me quito la camisa de los Elites. Estoy largándome de aquí hoy sin importar si Wes viene conmigo o no. Me pongo una polo que es llamativo de los chicos a ir a Lado Placido.

—¿Quieres salir? —dice desde la cama.

—Sí. —Cuando me volteo, también se está cambiando de ropa. Gracias, Cristo.

—Pienso que podemos salir después de que oscurezca sin tener que trepar por las ventanas. —Wes chasquea—. Solo es raro. —Está vestido con pantalones de senderismo y botas, y poniéndose una camiseta negra, dejando sus hombros desnudos.

—Puedes brincar por la salida de fuego si quieres —le digo—. Pero yo estoy tomando las escaleras.

—¿Hacia dónde vamos?

Tomo las llaves y mi celular.

—Si tu auto masculino está disponible, vamos hacia Owl's Head.

Para en medio de atarse los zapatos.

—¿Sí? Pensé que íbamos al bar.

—Vamos a los dos —digo—, pero solo si puedes mover tu culo fuera de la puerta.

Wes conduce su más nuevo Honda Pilot con un dulce estéreo y asientos de cuero. Pero es un desastre. Tuve que mover montones de copias de los USA Hockey del asiento del pasajero y tirarlos en una bolsa de McDonald vieja.

—Está... cool —bromeo mientras cazo un vaso vacío en el suelo.

—No voy a alegrar mi aventón para ti, conservador. Vamos. Estamos corriendo a la luz del día.

Owl's Head es una corta caminata que hacemos con el grupo de campistas. Son unas cuantas millas a la ciudad, y ahí no hay ningún auto en la salida cuando llegamos. Wes pone los seguros, después estamos precipitándonos sobre rocas y raíces de árboles.

Lo amo. El Hockey es genial, pero te mantiene encerrado. Mi deporte de verano es surfear, pero siempre he amado una buena caminata.

¿He mencionado que vengo de California?

—Ve más lento —Wes jadea en un punto.

Paro, manteniéndome en un retoño para esperarlo.

—¿Mucho para que el recluta de Toronto lo pueda manejar? Mejor llamo a mi corredora de apuesta ¿Qué estabas jugando primero?

Me abofetea en el culo.

—Paré para tomar una foto, pendejo. Vamos.

La vista es intensa. Hemos escalado hasta la plataforma, básicamente, y la cumbre de Adirondack se eleva alrededor de nosotros, oscuro contra el cielo de la temprana tarde.

—Son solo dos giros más, lo prometo.

Nos toma treinta minutos alcanzar el llano, afloramientos rocosos en la parte superior al igual que el sol se prepara detrás de un pico distante. Jadeando un poco por la subida, me tiro en la roca calentada por el sol y lo tomo.

—¿Qué basurero? —Wes bromea, sentado detrás de mí.

—¿Verdad?

Probablemente he subido esta colina todos los veranos por los últimos nueve años. Cuando teníamos catorce, fue gracioso asustarse entre ellos sentándose en el borde. Cuando teníamos diecisiete, probablemente venimos todo el camino sin verlo realmente. Wes y yo podríamos estar argumentando sobre hockey. O fútbol. O alguna estúpida película. Subíamos porque era la actividad en el itinerario del día.

Estaba sorprendido el año anterior cuando me di cuenta todo lo que hice aquí fuera por mí mismo. La graduación de la universidad es lo último del camino de mi mapa. Es todo un inexplorado territorio desde este punto, soy el único en el asiento del conductor.

Las nubes distantes se volvieron anaranjado-rosado mientras miraba. Mi amigo sentado a mi lado, perdido en sus propios pensamientos.

—Vamos a perder la luz —dice eventualmente.

—Seguimos teniendo tiempo. —Otro latido de silencio viene antes de preguntar—: ¿Qué estás pensando de todos modos?

Ríe entre dientes.

—Año de prepa en la universidad. Que cretino fui con todo el mundo.

—¿Sí? —Estoy sorprendido Wes está en retrospectiva como yo. Podría haber pensado que estaba sentado ahí tratando de imaginarse la mejor forma de hacerle una broma a Pat y hacerlo maldecir delante de los niños.

—Sí. Año duro. Muchas novedades.

Lo miro a hurtadillas por primera vez desde que nos sentamos.

—Lo mismo aquí. Esos de último años estaban locos, en serio. Nunca vi algo como eso. —Limpie mi garganta—. Ese otoño me quede pensando, Wes no va creer esta mierda cuando le diga... —deje que la oración muriera. Eso era probablemente muy duro. Si éramos amigos de nuevo, no debería dejar mi ira burbujear otra vez a la superficie.

Hace un sonido irritable detrás de su garganta.

—Lo siento.

—Lo sé —digo, rápidamente.

—Pero estuve el primer semestre rezando porque esos imbéciles no se dieran cuenta que me gustaban las pollas. Y desde que no estaba cómodo con la idea de mí mismo... —Suspiro—. No estaba muy acompañado ese año, de todas maneras.

Algo está mal en mi estómago con la idea de Wes estando asustado. Toda mi vida pensé en él como alguien valiente. Nadie lo es. Intellectualmente lo sé. Pero incluso la otra noche cuando me dijo sobre que estuvo peleando con ser gay. No pensé que lo tuviera.

—Eso apesta —dije suavemente.

Se encogió de hombros.

—No me mató. Solo me hizo trabajar el doble de duro. Quizás podría no haber acabado la primera línea si esos malditos no me hubieran puesto el miedo de Dios en mi cada jodido día.

—Esos es visto por el lado bueno.

—Conservador, vamos a perder la luz del día —me recuerda.

Tiene razón. El cielo se está desvaneciendo en un purpura claro en algunos lugares. Me levanté apresuradamente.

—Vámonos, entonces.

Es contradictorio, pero en una empinada caminata camino abajo es mucho más difícil que el camino hacia arriba. Cada paso trata de barrer tus pies debajo de ti. No hablamos en nuestro descenso. Estamos demasiado ocupados concentrados en dónde colocamos cada pie y qué ramas pueden servir como soporte.

La oscuridad viene rápido. Estamos casi ahí cuando el camino se vuelve realmente difícil de ver. Puedo escuchar los pasos de Wes detrás de mí y el escurridizo sonido de las piedritas que desplaza con cada paso. Puedo apostar mi dinero a que Wes está en la zona como estoy yo ahora mismo, pensando solo en la tarea a mano. Cuando el cuerpo está ocupado, la mente se calla por unos momentos.

Está casi totalmente oscuro pero sé que estamos a solo yardas de la salida. Ahí es cuando escucho a Wes tropezar. Un gruñido y el sonido de pies deslizándose en el bache. Mi corazón se contrae mientras lo oigo caerse varios pasos detrás de mí.

—Joder —se queja.

Giro y lo encuentro extendido en el piso. Mierda. Traje el nuevo delantero de Toronto hacia una jodida montaña en la oscuridad.

—¿Estás bien? —digo sintiéndome enfermo, hago mi camino sobre la cima otra vez hasta donde élestá. Si se hace un esguince o algo, es todo por mí.

—Sí —dice, pero no es ninguna prueba. Un jugador de hockey siempre dice eso, incluso cuando no es verdad. Pero entonces Wes está sentado en las sombras.

Le tendí mi mano y cierra sus dedos alrededor y aprieta. La presión de su agarre me calma. Con un tirón mío, está en sus pies otra vez, y la calidad de su mano deja la mía. Pero no giro y sigo todavía ahí.

—¿En serio no te torciste o algo?

La sombra de Wes cambia su peso de un pie al otro y otra vez.

—Nop. Me golpee la rodilla con una roca. No es nada. —Sacude sus manos juntas para sacarse el polvo,

Dejando una respiración que no sabía que estaba aguantando, me giro y escojo mi camino más suave bajando la colina.

El auto de Wes nos espera en la oscuridad. Salté en el asiento del pasajero, aliviado que la colina no hiriera a nadie. La luz del domo me muestra a un sonriente Wes, pero su camisa está sucia. La tomo y se la quito sin hacer daño.

Me da un guiño.

—¿Enjaulando un sentimiento? —Riéndose por su propia broma, prende el motor—. ¿Hacia dónde vamos?

—A cualquier lado. Decide.

Wes gira el auto y avanza hacia la carretera principal.

—Pasamos un bar antes de esta desconexión. Lou's o algo. ¿Has estado allí?

Muevo mi cabeza.

—Nunca tuve ruedas, así que bebo en la ciudad.

—Podemos darle una oportunidad —dice.

Capítulo 13

Jamie

Hay un millón de autos afuera de Lou's porque el lugar comparte el estacionamiento con un Dairy Queen. Estacionamos en la carretera y caminamos a través de la oscuridad llena de grillos hasta el bar de carretera de un tamaño decente.

Lou's tiene un tema tipo Adirondack, y lo están aprovechando bien. Las viejas paletas de madera cuelgan de las paredes revestidas de madera. Una canoa invertida está suspendida de ganchos del techo. Las bebidas especiales llevan el nombre de picos cercanos.

Por supuesto.

—Muy bien, tú pedirás el Nippletop, y yo el Dix Mountain. —Wes ya está disfrutando.

—Amigo, si el Nippletop tiene licor de melocotón, voy a hacerte daño.

Él sonríe, y es malvado.

—¿Cómo te sientes acerca del vodka y saúco?

—No es gracioso. —Le hago señas al camarero—. Voy a pedir un Saranac IPA. Gracias.

Wes voltea la carta de bebidas en el bar.

—Que sean dos, por favor. —Pone un billete de veinte, y cuando voy a buscar la billetera, niega—. Yo me encargo.

Llevamos nuestras cervezas a una mesa alta, los dos mirando de reojo a la gente. No veo ninguna chica con quien quiera charlar, pero está bien, porque eso no es a lo que vine aquí de todos modos.

Wes saca el teléfono de su bolsillo.

—Debería haber apagado esta cosa —dice. Luego mira de reojo la pantalla.

—¿Qué?

—Es una notificación de Brandr. Alguien está tratando de chatear conmigo. Y dice “a menos de 30 metros de distancia”

Casi me ahogo con un trago de mi cerveza.

—¿Un tipo aquí? —Entonces giro la cabeza en todas direcciones, preguntándome quién es.

Wes me pateo debajo de la mesa.

—Deja de hacer eso.

Pero es muy tarde. En el otro extremo de la sala, hay un tipo usando una camiseta de los Fugees mirando hacia aquí. Me está mirando a mí. Y luego *sonríe*.

—Oh, mierda —siseo.

Wes se está riendo.

—Amigo, acabas de levantar a un chico.

—¿Qué? —Estoy sudando ahora. Y no puedo matar a golpes a mi mejor amigo porque el chico casi ha llegado a nuestra mesa.

—Hola —dice, y me sonríe. Luego mira a Wes—. Espera. —Ríe—. ¿Cuál de ustedes...?

Oh por Dios, ¡Joder!

—Es mi perfil —dice Wes, y me doy cuenta de que está haciendo un gran esfuerzo para no morir de risa—. ¿Te gusta?

—¿Estás buscando un elogio? —El tipo guiña el ojo. Es un par de años mayor que nosotros, tiene el pelo brillante y oscuro—. Necesito otra cerveza. ¿Puedo comprar una ronda?

—Yo estoy bien —digo rápidamente.

—Uno para ti, entonces —dice, señalando a Wes. Luego se escabulle a la barra.

Cuando se ha ido, Wes pone su cara entre las manos y se ríe.

—¡Dios! ¡La expresión en tu rostro!

Ugh.

—¿Por qué pensó que era yo, de todos modos?

—No tengo mi rostro en la foto de perfil. —Wes apenas puede hablar de la risa.

Me doy cuenta de algo.

—No me mostraste tu perfil.

—No me digas —dice, tranquilizándose por fin—. No te voy a mostrar eso.

—¿Por qué? —Cuando se encoge de hombros, de repente me pregunto si...—. ¿Es una imagen de una polla?

Otra carcajada sale de su boca.

—Abdominales. —Ríe—. Mis abdominales.

Obvio.

El nuevo “amigo” de Wes vuelve a nuestra mesa, deslizándolo una botella delante de Wes, quien apenas tomó la que tenía. Pasamos los próximos minutos charlando. Bueno, *ellos*. Yo sólo escucho, sintiéndome incómodo. Hay algo un poco... sórdido en todo el asunto, en este *tipo*, pero tal vez sólo estoy de mal humor. Quería pasar el rato con mi mejor amigo esta noche, no verlo follarse con la mirada a otro tipo.

—Enseño en el segundo año en la escuela pública —le cuenta el tipo a Wes. Su nombre es Sam, y es un poco difícil odiarlo ahora que sé que trabaja con niños. Parece decente. Y es muy guapo. No tanto como Wes ni nada, pero... Dios. ¿De verdad estoy sentado aquí comparando el nivel de atractivo de los dos chicos a mi lado?

Doy un buen trago a mi cerveza. A la mierda. Si voy a ser la tercera rueda esta noche, mejor me emborracho.

—La mesa de billar está libre —dice Sam mirando al otro lado de la sala—. ¿Quieren jugar?

—Claro —responde Wes por los dos y trago mi irritación con más cerveza.

—Yo sólo miraré —murmuro mientras llegamos a la mesa—. No estoy de humor para jugar.

Wes me mira un momento.

—Muy bien.

Sam prepara las bolillas y le sonríe a Wes.

—Parece que seremos sólo tú y yo. Para ser completamente sincero, te voy a patear el trasero.

Sin embargo, este tipo no conoce a Wes. Yo solía ver a mi amigo ganarle a cada inocente que alguna vez lo había desafiado a jugar.

Wes sonríe tímidamente.

—Sí, puede que tengas razón en eso. No soy muy bueno.

Reprimo un bufido.

—¿Quieres que empiece? —se ofrece Sam.

Wes asiente. Su mirada se encuentra con la mía brevemente, y veo el brillo en sus ojos antes de que la aleje.

Me apoyo contra la pared de paneles de madera mientras Sam se inclina en el otro extremo de la mesa, el taco de billar colocado hábilmente en sus manos. Su disparo dispersa todas las bolillas en un remolino vertiginoso, pero sólo mete una, una roja lisa. Se queda con las lisas, metiendo una más antes de perder el próximo tiro.

Le toca a Wes. Estudia la mesa con el ceño fruncido, como si no pudiera decidir a donde golpear. Mentiras. Como si su sagaz cerebro no hubiera planeado cada tiro todo el camino hasta meter la bola ocho.

Sam se pone a su lado, descansando suavemente la mano en el hombro de Wes.

Entrecierro los ojos. Resultó ser un toquetón hijo de puta, ¿no?

—Ve por la once —le aconseja Sam—. El de la esquina.

Wes se muerde el labio.

—Estaba pensando tirar la 13. —Lo que requeriría un tiro combo que haría sudar incluso a los jugadores de billar más avanzados.

Sam se ríe.

—Eso sería un poco difícil, considerando que no...

Wes tira antes de que Sam pueda terminar la frase. Mete la trece. Y la nueve. Y la doce. En un combo impresionante que hace que la mandíbula de Sam caiga hasta el suelo.

No puedo evitarlo. Empiezo a reír.

—¿No eres muy bueno, ja? —Sam suspira pesadamente.

Wes tuerce los labios.

—Puede que haya subestimado mi nivel de profesionalidad.

Una parte de mí espera que Sam sea uno de esos ególatras sensibles que no pueden soportar perder, pero el Sr. “enseño en segundo grado” parece encantado con la genialidad de Wes. Se queda ahí parado silbando mientras mi amigo da vueltas por la mesa como el tiburón que es, incluso empieza a aplaudir una vez que Wes despeja la mesa sin dejar jugar a Sam ni una vez más.

Sam acepta su derrota resoplando el resto de su cerveza, y luego poniendo la botella vacía en la repisa detrás de la mesa de billar.

—¿Otra? —pregunta Wes.

Wes me mira como si quisiera comprobar si estoy bien con eso. Simplemente me encojo de hombros. Sé que no hay manera de alejar a Sam de Wes ahora. Está jodidamente enamorado de mi amigo.

Juegan otra vez.

Pido otra cerveza.

Juegan un tercer partido.

Pido una tercera cerveza.

Cuanto más borracho me pongo, más se toquetean *ellos*. La palma de Sam roza la parte baja de la espalda de Wes cuando se inclina para alinear su siguiente tiro. Wes mira por encima del hombro le guiña el ojo a Sam, sus ojos grises brillan.

Con el tiempo pienso en volver a la mesa, el alcohol zumba en mi torrente sanguíneo a medida que una molestia se asienta en mis entrañas. Joder con este tipo Sam. Me retracto, no es decente. No parece tener ningún problema en monopolizar el tiempo de mi mejor amigo. Ni siquiera le importa una mierda que ambos estén ignorándome.

Y no deja de tocar Wes.

Mis dedos se enroscan alrededor de la botella de cerveza. Cuando Sam se acerca a Wes y le susurra algo al oído, mis nudillos se vuelven blancos cuando mi puño se aprieta. ¿Está preguntándole si quiere salir de aquí?

¿Diciéndole lo mucho que se lo quiere follar en este momento?
¿Ofreciéndole chupársela en el baño?

Termino el resto de mi cerveza. Sí, estoy bastante ebrio ahora. Y el alcohol le ha hecho algo a mi cerebro. Un cortocircuito de alguna manera, lo inundó con recuerdos que no suelo permitirme tener.

La música de ese último día en el campamento de hace cuatro años suena en mi mente.

—¿Qué estás esperando, Ryan? Chúpala de una vez.

—Joder, Wes, vas a hacer que me corra.

Me molesta recordar cada una de las palabras que le dije. He estado en el extremo receptor de algunas mamadas bastante fenomenales estos últimos cuatro años, pero ¿puedo recordar lo que se dijo durante las mismas? ¿Puedo repetir, palabra por palabra, cada cosa que les dije a esas chicas? ¿A Holly? ¿Cada orden sucia que salió de mi boca?

No, no puedo.

Mi mirada se desplaza de nuevo a la mesa de billar, fija en la boca de Wes. Mi polla se agita, recordando esa boca envuelta alrededor de ella.

Mierda, tal vez estoy más borracho de lo que pensaba.

Sam y Wes se ríen hacia mí. Parece que Sam finalmente ganó un juego, y conociendo a Wes, está burlándose del hombre diciéndole que ganó de casualidad. O joder, tal vez Wes lo dejó ganar. Tal vez decidió lanzarle un hueso al chico antes de que... *lanzarle un hueso al chico*.

Mi pecho se pone rígido. Pensar en Wes conectando con alguien esta noche me molesta.

¿Celoso? Se burla una vocecita.

A la mierda. ¡Joder! No estoy celoso. No me importa lo que haga Wes... o con quien lo haga, pero se suponía que esta noche íbamos a pasarla juntos. Él y yo. No él y un tipo cualquiera que conoció a través de una aplicación para citas.

Bruscamente me bajo de mi taburete y camino de regreso a la mesa de billar. Ya ni siquiera están jugando, sólo están parados, muy juntos, riéndose de algo. La mano de Sam se apoya en la cadera de Wes. Un gesto casual. Ligerero, inofensivo.

Pero me causa resentimiento. ¿Por qué diablos lo está tocando? Ni siquiera lo conoce. Imbécil presuntuoso.

—¿Estás listo para ir de regreso? —Levanto la voz, porque ninguno de los dos me ve de pie allí.

Wes parpadea.

—¿Ahora?

Respondo con los dientes apretados.

—Sí. Me quiero ir. —No puedo evitar parecer relajado—. Tú me llevas, ¿recuerdas?

Veo en su expresión que lo recuerda. Luego asiente rápido y se vuelve a Sam.

—Gracias por los juegos, hombre. Parece que nos vamos ahora.

La decepción del otro tipo es imposible de perderse. Me mira y luego a Wes.

—Eh, sí... seguro. ¿Me dejas anotar tu número antes de irte?

Estúpido.

Rechino las muelas cuando los veo intercambiarse los números de teléfono. Muy bien entonces. Supongo que van a reunirse de nuevo. Menos mal que iba a pasar el verano volviendo a conectar con mi mejor amigo.

Wes no dice nada mientras nos dirigimos hacia la salida. La música en el bar había estado demasiado alta para escuchar lo que sucedía afuera, pero cuando damos un paso fuera de la puerta, nos encontramos en medio de una lluvia torrencial.

Una ráfaga fría de lluvia me da una bofetada en el rostro, empapando mi ropa en cuestión de segundos.

—Mierda. ¿Una corrida hasta el auto? —grito sobre el latido ensordecedor de la lluvia golpeando el pavimento.

Wes se queda quieto. Su expresión es tan atronadora como el clima.

—¿Qué diablos fue eso?

Apenas lo puedo oír sobre el viento y la lluvia.

—¿Qué?

—Actuaste como un idiota total allí. —Entonces se aleja, sus botas salpican en los charcos que se forman en el asfalto.

El pequeño toldo que abarca el lado del edificio no hace nada para protegernos de la lluvia. Nuestras prendas están pegadas a nuestros cuerpos. El agua se aferra a mi pelo y gotea por mi rostro mientras corro detrás de él.

—¿Yo era el idiota? —le grito.

Se detiene, se da la vuelta para mirarme.

—Sí. Dios, hombre, por la forma en que trataste a ese tipo se podría pensar que portaba el virus del Ébola

—¡Tal vez sólo no me gustó la forma en que te estaba toqueteando justo enfrente de mí! —le contesto.

Wes queda boquiabierto.

—¿Qué?

Cierro la boca. ¡Joder! ¿Por qué dije eso?

—Quiero decir... —trago saliva—... fue grosero.

Wes me mira fijamente. Las gotas corren por su rostro cincelado, quedándose en la barba crecida. Sus labios se separaron ligeramente. No puedo dejar de mirarlos.

—¿Qué está pasando ahora? —pregunta suavemente.

Siento un nudo en la garganta de malestar. No lo sé. Sinceramente, no sé lo que está pasando. La lluvia cae con más fuerza. Un relámpago atraviesa el cielo negro. Debería tener frío, pero no. Mi cuerpo se siente como un horno. Tres cervezas no deberían estar teniendo este efecto sobre mí.

¿Tal vez es él? ¿Tal vez *él* me pone caliente?

La lengua de Wes sale para lamer las gotas de lluvia de su labio inferior, y logro ver el arito de su lengua. No estaba allí cuando teníamos dieciocho años. No estaba allí cuando su lengua había rodeado la cabeza de mi polla la noche en que me dio la mejor mamada de mi vida.

Y eso era.

Ryan Wesley me había dado la mejor mamada de mi vida.

—Canning... —dice, mirándome de nuevo. Parecía incómodo, pero... hay algo más en su mirada. Un destello de confusión. Un atisbo de interés.

Doy un paso más cerca, pero no estoy seguro de por qué. Mi corazón late más fuerte que la lluvia. Mis ojos están pegados a su boca.

—Jamie. —Hay una nota de advertencia en esta ocasión.

Inhalo profundamente.

E ignoro la advertencia.

Sus ojos se abren cuando meto mis dedos en su pelo y acerco su cabeza.

—¿Qué...?

No llega a terminar la frase, porque estrecho mi boca contra la suya.

Capítulo 14

Wes

Jamie está besándome.

Jamie está besándome.

Jamie está besándome *a mí*.

Nop, sin importar de qué forma lo diga en mi cabeza, todavía no tiene sentido. ¿La presión de su boca? No tiene sentido. ¿La pasada de su lengua por mi labio inferior? No tiene sentido.

Pero jodida mierda, lo quiero.

La lluvia cae de la marquesina y se desliza sobre nuestras cabezas mientras los labios de mi mejor amigo se clavan en los míos. Saboreo la lluvia, la cerveza, algo adictivamente masculino. Su boca roza la mía, una y otra vez, y cuando abro mis labios para respirar temblorosamente, toma ventaja y desliza su lengua dentro.

Es como sentir una picana en la espina dorsal. El deseo surge dentro de mí y baja hacia mis bolas, tensándolas. Cuando su lengua toca la mía casi me desmayo. Tengo que tomar su camiseta y apretarla entre mis dedos para evitar ser arrastrado por la tormenta. No la que está iluminando el cielo, sino la que ruge dentro de mí.

Sé el momento exacto en el que toca mi anillo en la lengua, porque la suya se envuelve alrededor del trozo de metal y gime contra mis labios. Profunda y roncamente.

Es ese sonido lleno de lujuria el que me regresa a la realidad. Esto *puede* sentirse bien, pero está mal. Se encuentra borracho de nuevo. No piensa con claridad. Por alguna razón, decidió que meter su lengua en mi garganta era una buena idea, pero, joder, no lo es. Al final del día, sigo siendo gay... y sigue siendo heterosexual. Peor aún, sigo *enamorado* de él.

Con un gemido torturado, alejo mi boca. No puedo hacer esto de nuevo, joder. No puedo desearlo o emocionarme con la idea de nosotros dos. Es mi amigo. Siempre será mi amigo y nada más.

Sus ojos, nublados con pasión, me destruyen por completo. Pestañea como si estuviera desorientado, como si no entendiera por qué rompí el beso.

—Tu aro en la lengua. —Su voz es ronca por la excitación—. Quiero sentirlo en mi polla.

Oh, dulce Jesús.

Bien, está más borracho de lo que pensaba. No lo había visto tomarse más que un par de cervezas, pero debe haberse bebido más cuando no estaba mirando.

—Sí... —digo con una rápida risa—. Eso no va a pasar, hombre.

Jamie entrecierra sus ojos.

La lluvia se detiene un poco, haciendo que sea más fácil hablar sin tener que alzar mi voz.

—No vamos a ir por este camino de nuevo, Canning. —Trago fuertemente—. La última vez que lo hicimos, arruinó nuestra maldita amistad.

Inclina su cabeza, esos grandes ojos marrones brillando con un desafío.

—¿Estás diciendo que no me deseas?

Oh, demonios.

—No, estoy diciendo que esto es una mala idea.

Jamie se acerca, empujándome hacia la pared hasta que mi espalda choca contra los ladrillos mojados. Ahora me tiene fijo en el lugar. Hay una dura pared detrás de mí y una igualmente dura frente a mí. Haciendo énfasis en *dura*, porque demonios, tiene una enorme erección. Presiona mis muslos cuando se acerca aún más, hasta que sus labios están a centímetros de los míos.

—Eres el rey de las malas ideas —me recuerda—. Al menos, ésta termina con los dos sintiéndonos bien.

Va a matarme. El cambio de papeles derrite mi cerebro, porque usualmente soy yo el que está al mando, quien tiene el poder, pone los límites.

Jamie mueve sus caderas, un suspiro sale cuando su erección roza mi pierna. Si estuviera sobrio, probablemente estaría horrorizado. Cuando se

encuentre sobrio, *estará* horrorizado. Se disculpará por ligar conmigo y terminaremos teniendo esa incómoda conversación que deberíamos haber tenido después de que le hice una mamada hace cuatro años. Me dirá que es heterosexual, que estaba tonteando, que no le gusto.

Y me quedará destrozado.

Sé todo esto, pero no me detiene de obtener una probada más. Mencioné que soy masoquista, ¿verdad? Es la única explicación que tengo para poner mi mano en la parte posterior de su cuello y atraerlo hacia mí.

Nuestras bocas se encuentran en otro beso. Suave esta vez. Agonizantemente lento, no es suficiente. Lo detendré pronto, en cualquier momento, pero no ahora. No hasta que me dé más.

Gimiendo, empujo mi pecho contra el suyo y nos doy la vuelta para que él sea el que esté contra la pared y yo el que se frote. Hace un sonido de sorpresa, pero se vuelve un rugido ronco cuando profundizo el beso y meto mi lengua en su boca.

Ahora estoy ávido. Desesperado. Follo su boca con mi lengua como quiero follarlo con mi polla. Caricias profundas y hambrientas que nos dejan jadeando, y ahora él es el que está agarrando mi *camiseta*.

A mi derecha, la puerta del bar se abre. Suena el chillido de una mujer. Probablemente está gritando por el clima, no por los dos chicos contra la pared tratando de devorarse. De cualquier manera, su grito me devuelve mis sentidos. Me tambaleo hacia atrás, estoy jadeando como si hubiera corrido tres maratones.

Ahora me encuentro bajo el aguacero, pero Jamie no. Así que puedo ver su expresión perfectamente... el pánico en sus ojos amplios. La incredulidad.

Mierda. Mi amigo completamente heterosexual está a punto de enloquecer. En una hora, probablemente tendrá una crisis de identidad terrible, ¿y para qué? El mejor beso de mi vida no va a arruinar *su* vida.

He pasado por esa confusión. No es agradable.

Ahora, tengo que alejar la mirada. Si no lo hago, verá mis ojos y sabrá que estoy muriendo por dentro. Lo deseo más que nada en este maldito mundo. Consume todo mi poder, pero me giro y camino bajo la lluvia hacia mi auto.

La lluvia cae con fuerza, así que comienzo a correr. Ni siquiera sé si me sigue hasta que se desliza en el asiento del pasajero a mi lado y cierra la puerta.

En menos de treinta segundos, tengo el motor encendido. Vamos por la 73, yendo hacia Lake Placid, antes de que haya pasado un minuto. Hay un silencio terrible en el auto. Si no estuviera lloviendo, probablemente doblaría el límite de velocidad para llevar a Jamie de vuelta a la ciudad.

Todavía no ha dicho una palabra.

—Lo siento —grazno—. No quise que pasara.

Hace un sonido irritado. Estoy muriendo por saber qué significa, pero tengo mucho miedo de preguntar. Nunca vamos a hablar de esta noche otra vez. Jamás. Incluso si estamos borrachos la noche antes del matrimonio de Jamie. Incluso si estamos atrapados en una mina con treinta minutos de oxígeno. Ni siquiera en ese momento.

Antes, le dije que había actuado como un idiota. Pero es mentira. Soy yo el que está enamorado de mi mejor amigo y finjo que no.

La lluvia aumenta. Unos cuantos minutos después —aunque parecen horas—, me detengo frente al edificio de dormitorios y piso el freno. Jamie no se mueve.

—Voy a encontrar un lugar donde estacionar y luego caminaré —digo. No hay manera de que pueda regresar a nuestro dormitorio en este momento. Espero que lo entienda.

Luego, cuando esté dormido, puede que sea posible respirar el mismo aire que Jamie Canning de nuevo.

No se mueve.

Por favor, le ruego internamente. Por favor, vete a la cama. Es lo suficientemente difícil mirarlo todos los días y no sentirme con el corazón roto. No puedo estar tan cerca de él ahora mismo. Estoy asustado de que termine cediendo y lo bese de nuevo. La forma en cómo su duro cuerpo se alineó tan perfectamente con el mío, está grabado en mi conciencia. Intentaré no recordarlo durante semanas.

Espero y anhelo.

Finalmente, la puerta se abre. Lo escucho salir del auto. Cuando la puerta se cierra, siento un mazo caer sobre mi corazón. *No mires*, me digo.

Pero mi autocontrol no es infinito. Su cabello claro brilla bajo las luces mientras sus largas piernas recorren el camino en unos cuantos pasos. Verlo alejarse de mí destruye algo en mi interior.

Capítulo 15

Jamie

Subo rápidamente los escalones del edificio, mi corazón latiendo aceleradamente, mi piel mojada por la lluvia, el sudor y los nervios.

—Jamie.

Mierda, casi llego adentro. Pero Pat está sentado en la oscuridad sigilosamente en una de las mecedoras del porche delantero. Probablemente está en el puesto de vigilancia, revisando que no haya adolescentes escabulléndose. En cambio me encontró a mí escabulléndome dentro. Y con el sonido de su voz siento tanto terror como un niño escapado.

Tambaleándome, me detengo antes de llegar a la puerta.

—Hey —digo, tratando de sonar normal. Al menos está oscuro. No confío en mi rostro ahora mismo.

—¿Tienes un minuto?

¿Lo tengo? Lo que necesito es estar solo unas cuantas horas para golpear mi cabeza contra la pared. Para tratar de entender qué acaba de pasar en la tierra verde del señor. Pero Pat es como un segundo padre para mí, y ser grosero con él es algo que no puedo hacer.

No respondo pero me siento en la mecedora junto a él. Mis manos están temblando tanto que las pongo en los brazos de la silla. Doy un par de respiraciones lentas para ayudarme a calmar.

Al otro lado de la vía, el lago es un oscuro vacío. Las luces de los restaurantes de Lake Placid brillan en el neblinoso aire nocturno. Todo se ve tan calmado y ordinario. El mundo tendría más sentido para mí si los edificios comenzaran a caer en el lago o las tiendas estuvieran en llamas. Pero lo único estremeciéndose soy yo.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí —digo entre dientes, mi voz como una motosierra—. Quedé atrapado en la lluvia.

—Puedo verlo. —Se queda en silencio por un momento—. Sólo quería preguntarte cómo está Wesley. ¿Crees que la primera semana estuvo bien para él?

La sola mención de su nombre hace que mis tripas se tensen.

Bueno, Pat, acabo de lanzármele. Nos besamos como estrellas porno contra un lado de un bar. Luego me alejó. Y no tengo idea de qué significa eso.

—Él está, uh, bien —tartamudeo. Ni siquiera recuerdo lo que preguntó.

—Si tiene problemas en el mundo real, espero que me lo digas. No lo despediré, simplemente le conseguiré ayuda.

Me compongo y trato de concentrarme en la conversación.

—Ser entrenador requiere práctica.

Pat sonríe.

—Eso es muy diplomático de tu parte. Ser entrenador requiere práctica, sí, pero no todo el mundo es uno natural como lo eres tú.

—Gracias. —El cumplido es inesperado.

—Y creo que los chicos sacarán mucho de su tiempo con Wes, no lo habría contratado si no estuviera seguro de eso. —La silla de Pat rechina mientras la mece suavemente—. Me sorprendió, sin embargo, recibir esa llamada suya. Fue un par de horas después de la victoria de Frozen Four. Había visto el juego, hace mi año cada vez que tengo la oportunidad de verlos en televisión. Pero es gracioso, cuando vi quien llamaba. —Él se ríe para sí mismo—. Ese no es el estilo de Wes, así que no sé por qué esperaba escuchar eso. Pero sí, cuando dijo, “estoy llamando por el trabajo que me ofreces cada año”, estuve bastante sorprendido.

Yo también. De hecho, muchas cosas sobre esta información me sorprenden.

—¿Lo has estado reclutando todos estos años?

—Claro. Todos mis chicos que se convierten en exitosos jugadores reciben una llamada mía. Wes nunca dijo que sí, sin embargo. Luego recibí *esta* llamada... —Hace una pausa—. Tomó mucho coraje, de verdad. Él dijo, “quiero entrenar para usted este verano. Pero necesita saber que soy

gay. Nadie lo sabe, pero si le molesta, por manejar un campamento y todo eso, lo entiendo.

Una gota de sudor cae por mi espalda.

—¿Qué le dijo usted? —Aunque sé que Pat lo contrató, mi respiración aún se atasca por el Wes al otro lado del teléfono, esperando que alguien lo juzgue.

Tal vez eso requiere más coraje de lo que me doy cuenta.

—Dije que era su problema y me importaba una mierda siempre y cuando fuera todas las mañanas para entrenar. Después le pregunté si quería dormir contigo después de todos esos años. Él dijo, “claro, pero tengo que decirle a Jamie también. Si él tiene problemas, tal vez tengas que mover todo”.

Problemas. Tengo uno. Mi *problema* es la enorme erección que me dio esta noche. Dios, es una lucha no enterrar mi cabeza en mis manos y gritar por la confusión.

La noche más rara de mi vida. Justo aquí. ¡Ganadora!

Y el Entrenador Pat todavía está esperando que yo diga algo.

—Um, le dije que soy de Carolina del Norte.

Pat se ríe.

—Ya veo. No creí que tuvieras un problema. Ustedes fueron inseparables todos esos años.

Inseparables. Hace unos momentos mi lengua era inseparable de la suya. Y fue todo gracias a mí. Arremetí contra mi mejor amigo. Su sabor sigue en mis labios.

Necesito retirarme de esta conversación antes de que pierda mi cabeza.

—No hay problema en absoluto —digo gruñonamente—. Creo que tengo que irme a dormir, sin embargo. Buenas noches, entrenador.

—Buenas noches.

Subo las escaleras y camino por el pasillo hacia nuestra habitación. Ninguna de las habitaciones tiene luz filtrándose por debajo, pero puedo escuchar voces y risas masculinas mientras paso. Wes y yo habíamos sido iguales a la misma edad, hablando hasta altas horas.

¿Ahora? No creo que hablemos en absoluto.

Me detengo en el baño para cepillar mis dientes. Cuando veo mi rostro en el espejo, parece igual que siempre. La misma mandíbula cuadrada. Los mismos ojos cafés. Mi piel está un poco pálida debajo de las luces fluorescentes del baño. No hay nada que ver aquí, pero como un idiota me quedo mirando un poco más, buscando por Dios saber qué. Un cambio. Una señal.

¿Cómo se ve un chico que no es tan heterosexual cómo creía, de todos modos?

—Como tú, aparentemente. —Mis labios se mueven con estas palabras, no estoy más cerca de entender lo que sucedió.

Pero ahora hablo conmigo mismo. *Genial.*

No puedo evadirlo más, así que me dirijo a nuestra habitación. Encender las luces me hace entrecerrar los ojos así que las apago de nuevo. Me desnudo hasta quedar en pantaloncillos y trepo a la cama. Ahora estoy sobrio, lo cual es una lástima. No va a ayudarme a dormir. Pero al menos ya no estoy temblando como una hoja.

Wes no está aquí, pero siento su presencia. Y estoy tendido despierto, esperando escuchar su voz ruda y engreída en el pasillo. No es una exageración decir que me he sentido más vivo cuando él está alrededor. La vida es un poco más brillante, un poco más ruidosa cuando Wes está presente.

Pero ahora es tentador reexaminar mis impresiones de él. Estoy *casi* seguro de que lo he querido como un amigo y el impulso de esta noche fue sólo un nuevo deseo originado por la combinación de cerveza, celos ordinarios, calentura y una especia de sobrecarga emocional amistosa. La tormenta perfecta. Mi deseo es una extraña criatura de la noche, que cobró vida por un rayo en el lugar preciso.

¿Cierto?

Suspiro.

No soy un pensador. No me siento a inventar teorías complejas para explicar mi comportamiento. Pero esta noche es imposible no estar acostado y preguntarme... Todas esas veces lo vi volar por la pista con el disco bajo su mando, ¿era simple admiración? Todas esas veces que miré su engreída

forma de patinar con una sensación cálida en mi pecho. O cuando me sonreía desde el otro lado de la mesa. ¿Estaba escondiéndome algo a mí mismo? ¿O no había nada que suprimir? Mierda, ¿eso si quiera importaba?

El deseo es química. Y en una clase de bioquímica que tomé una vez, nos enseñaron que toda esa química es sólo electricidad. Todos somos bolsas de átomos cargados caminando y chocándonos los unos con los otros.

Mis electrones seriamente tuvieron sobrecarga esta noche, sin embargo. Partículas *colisionaron*.

Presionando mis caderas contra el colchón, deseo sentirlo de nuevo, la presión de su cuerpo. El roce de manos duras en mis antebrazos.

No sé por qué lo quiero, no sé si el deseo desaparecerá con la lluvia de esta noche. Pero en este momento está aquí. Y es real.

Ahora la noche se siente infinita. Y mañana será una eternidad incómoda.

Yupi.

Ni siquiera puedo imaginarme lo que Wes está pensando en este momento. Me quería, lo sentí. Pero se detuvo porque esto arruinaría nuestra amistad. Este hombre que folla extraños en una aplicación.

Sigo tendido boca abajo en mi almohada cuando su llave finalmente da vuelta en nuestro cerrojo. Me congelo, por supuesto. Él entra de puntitas. Escucho el sonido de sus botas de senderismo golpeando el suelo, y el suave siseo de la ropa saliendo.

Mi pene se endurece contra el colchón. En verdad estoy duro, y todo lo que él ha hecho es entrar y desnudarse. *Interesante*.

Sus sábanas se mueven cuando entra a la cama. Y luego hay silencio. Un minuto pasa, luego dos. No estoy durmiendo y él puede notarlo. Lo cual significa que somos como dos chicas después de una pelea en una pijamada, ignorándose.

Me volteo para mirarlo.

—Si estás tratando de evitarme, tal vez tendrías que dar otras diecisiete vueltas alrededor de la ciudad. Sigo despierto.

Wes suspira.

—¿Cómo te sientes?

—Caliente.

Él resopla.

—Esa es la cerveza hablando. ¿Sabes que te vuelves gay cuando tomas?

Cuando escucho la palabra “gay”, casi discuto. Pero ese no es el punto.

—No estoy borracho, Wes.

Lo que estoy es curioso, muy curioso. Wes cree que me hizo un favor esta noche al no seguir pero ahora tengo esta inmensa duda dentro de mí, y no creo que se desvanezca en la mañana. Pero *hará* las cosas incómodas. Lo miraré en el espejo cuando ambos nos estemos afeitando, preguntándome cómo habría sido. Preguntándome si es algo que podría gustarme o simplemente un extraño momento de casualidad.

—No quiero joder tu cabeza —susurra—. Desearía no haberlo hecho.

Pero no es mi cabeza lo que necesita joder.

—Ven aquí —digo—. Por favor.

—De ninguna jodida manera.

—Puedo obligarte.

Él se ríe.

—¿Fumaste hierba cuando yo no estaba, Canning?

Yo me río también y es un alivio. Porque significa que no he dañado todo. Pero luego levanto mis caderas, me quito mis pantaloncillos y los tiro a su cabeza. Los aleja, sonriendo en la oscuridad.

Quitando la sábana, pongo mi mano en mi pene. Y él deja de reírse.

Capítulo 16

Wes

Maldita sea. Soy un tipo fuerte. Soy un tipo duro. Pero no fui hecho para soportar la visión de Jamie Canning acariciándose así mismo.

El fragmento de la luz de la luna brillando a través de la brecha en las cortinas lo muestra reclinado sobre su espalda, su rodilla doblada ampliamente. Su cuerpo es perfecto, fuerte y esbelto recostado en la cama. Su palma esta acunada sobre su pene, las puntas de sus dedos sólo rozando la cabeza. Toma aire profundamente y luego lo deja salir lentamente, su espalda arqueándose un poco, sus caderas rotando un par de grados.

Y estoy sufriendo una muerte tranquila. Mi boca de hecho se vuelve agua, y tengo que tragar con fuerza. Está *justo* ahí. A dos pasos podría tenerlo en mi boca. Es como si Jamie Canning mirara en mi mente sucia y extrajera mis fantasías. Bueno, al menos la parte de la apertura, de todos modos.

No gira su cabeza para mirarme, porque no tiene que hacerlo. Ambos sabemos dónde está mi atención. Aprieta su eje una vez. Dos veces. Luego abre su mano, dejando que sus dedos caigan. Acuna sus testículos, su piel rozando la delicada piel

Escucho un caliente jadeo, y me doy cuenta de que viene de mí.

¿Luego? El maldito *sonríe*.

Eso me despierta, al menos un poco.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—De verdad necesito masturbarme. ¿Te importa?

¡Santa...! Maldigo el estúpido día que le dije esas mismas palabras a él. Tenía dieciocho, y pensé que era tan tranquilo. Pero sólo estaba poniendo en movimiento un verdadero dolor para todos. Y *todavía* está sucediendo. Hay sangre latiendo en mis oídos ahora.

Y otros lugares.

Mi mano se arrastra dentro de mis bóxers sin mi aprobación. Jamie está bombeándose a sí mismo ahora. Lentamente, de arriba abajo. Se detiene para frotar su pulgar sobre su cabeza, y mi garganta se cierra.

—Wes —dice, su voz es como grava—. Necesito tu ayuda.

Es un milagro que pueda responder en una voz casi normal.

—Parece que lo estás haciendo bien por tu cuenta.

Es ahí cuando finalmente gira su cabeza para mirarme. Mientras se frota a sí mismo, traga, y veo su manzana de Adán subir y bajar con fuerza.

—Necesito saber.

¿Saber qué? Casi pregunto. Pero está estudiándose ahora. Sus ojos están vagando a lo largo de mi pecho y bajando por mi brazo. Está viendo la mano en mis pantalones cortos. Y lo entiendo. Quiere saber porque se siente de esta forma, si es atracción, o la cerveza o una locura temporal.

Más temprano esta noche estaba diciéndole la verdad cuando dije que no quería ayudarlo a hacer este descubrimiento. No estoy seguro de que lo sobreviviría.

Esto es, por supuesto, toda mi culpa.

Fijamos la mirada. La suya tiene los parpados pesados. Siempre he querido otra oportunidad para ver su rostro lleno de lujuria. Ahora sus labios se abren en la carrera ascendente, y es casi suficiente para tenerme cruzando el cuarto. Pero aun así dudó, y no porque tenga miedo de que se arrepienta de esto mañana.

Porque sé que yo lo haré.

—Por favor —dice.

Esa sola palabra es suficiente para hacerme bajar de mi cama. Estoy de pie en el centro de nuestro cuarto ahora, las manos en la cinturilla de mis bóxers. Los tiro y los dejo caer al suelo.

Y ahora él está mirando mi polla, acariciando la suya.

—¿Qué quieres? —pregunto. Y necesito que sea específico. Este es un juego muy peligroso el que jugamos. Probablemente terminará en desastre. Pero si hay una forma en que pueda prevenirlo, lo haré.

Se mueve en la cama, haciendo espacio para mí. Luego me hace señas. Y no hay suficiente dinero, fama o fortuna en el mundo que vayan a evitar

que obedezca. Estoy sobre esa cama un segundo después. Su brazo se estira por mí, acercándose.

Estamos lado a lado, pecho a pecho. Y Jamie Canning está besándome de nuevo.

No sabe más a cerveza, sino a pasta de dientes. No hay forma de que ninguno de nosotros pueda culpar de esto al alcohol mañana. Su lengua está en mi boca y recibo ávidos empujes de esta, amando cada segundo de ello.

Nuestras partes inferiores se chocan juntas, y deja salir un suave gemido, moviéndose con más fuerza contra mí. Su polla se desliza sobre mi vientre, alineándose con mi propio eje adolorido. Esa poca cantidad de fricción lleva estrellas a mis ojos.

—*Mierda*—me ahogo.

Sus ojos se abren, buscando mi cara mientras su lengua sale y lame su labio inferior.

—Si te detienes ahora, voy a patear tu trasero.

¿Detenerse? ¿Esa es una palabra? ¿Qué quiere decir? Probablemente lo opuesto de lo que estoy haciendo cuando deslizo mi mano entre nuestros cuerpo y agarro ambas pollas en mi mano.

La espalda de Jamie se arquea con otro jadeo ronco.

—Oh mierda. Eso es bueno.

Nos muevo lentamente, apretando en cada caricia. Su boca encuentra la mía de nuevo. Su barba de un día raspa mi mejilla cuando inclina su cabeza para profundizar el beso. Esa mágica lengua se desliza entre mis labios de nuevo, hambrienta y ansiosa. No puedo creer que estemos haciendo esto. No puedo creer que me esté *dejando* hacer esto.

Ambos estamos goteando, haciendo malditamente fácil para mi puño deslizarse sobre nuestras resbalosas pollas. Mis testículos están pesados, hormigueando por la necesidad de liberarse. Un par de caricias más y probablemente me correré, pero Jamie no deja que suceda.

Se sale de mi agarre y planta ambas manos en mi pecho para empujarme sobre mi espalda. Mi pene se dispara hacia arriba y golpea mi ombligo, y gruñe ante la visión antes de envolver sus dedos alrededor de mi eje.

—¿Puedo...? —Su voz sale apresuradamente—. ¿Puedo succionarte?

Santa madre de Dios. Estoy atrapado en alguna clase de sueño febril. *Tengo* que estarlo, porque no hay otra explicación por la cual mi mejor amigo este ofreciendo poner su boca en mi pene.

Pensé que toda esta sesión exploratoria de necesito-saber-si-me-gustan-los-hombres me involucraría haciendo todo el trabajo, asolándolo de la forma en que siempre he fantaseado hacerlo. ¿Pero algo sobre Jamie Canning? Está lleno de sorpresas. Cada vez que solía aceptar alguno de mis locos desafíos, mis cejas se alzaban, mi mente no podía comprender cómo este chico relajado de Cali quien siempre seguía las reglas podría estar tan dispuesto a seguirme a cualquier madriguera que lo estuviera guiando.

No estoy guiando a nada esta noche, sin embargo. Esto es todo de Jamie. Son los dedos de Jamie los que viajan a lo largo de mi longitud. El cálido aliento de Jamie en la punta de mi pene mientras se desliza hacia abajo y lleva a su boca a pulgadas de mí.

—Alguna vez... —Trago la grava en mi garganta—. ¿Has hecho esto antes?

—No. —Sus labios vacilan mientras mira la cabeza de mi polla—. Podría chupar.

Una risa se me ahoga.

—Chupar es más o menos el punto.

Levanta su cabeza, sus cejas se fruncen.

—Podría ser *malo* en esto —corrige.

—No lo serás. —Porque no hay forma de que pueda hacerlo. Estoy muy cerca de venirme ahora, sólo por estar en la misma cama que él. No necesita habilidad, sólo necesita estar aquí. Él. Aquí. Conmigo.

Casi pierdo la cabeza cuando su lengua me toca. Cada centímetro de mí está caliente, tenso, cosquilleando de necesidad. Lame un lento círculo alrededor de mi punta, luego besa su camino bajando por mi eje. Está *besando* mi pene, ligeras caricias con la boca abierta que explotan mi maldita cabeza. Santa mierda. Jamie Canning es un tiente pollas. ¿Quién lo habría pensado?

—¿Intentas volverme loco? —gruño después de que besa otro camino subiendo por mi polla.

Su risa vibra a través de mí.

—¿Está funcionando?

—Sí. —Deslizo ambas manos a través de su cabello, acunando su cabeza—. ¿Qué hay de ti? ¿Disfrutando tu primera probada de un tipo?

Se ríe con más fuerza ahora, los amplios hombros sacudiéndose mientras se agacha entre mis muslos.

—Es... —Su lengua me encuentra de nuevo, haciéndole cosquillas al lado inferior de mi eje—. Diferente.

Envuelve su mano alrededor de mi base y cierra su boca alrededor de la cabeza de mi polla, dándole una lenta y decadente succión.

—Es...

Succiona de nuevo, llevándome más profundo esta vez, y mi polla late incontrolablemente. Debe sentirlo en su lengua porque gruñe, con fuerza, desesperadamente. Levanta su cabeza, su expresión es nublada de lujuria, cargada de confusión.

La alegría surge a través de mí. Y la aprehensión, porque no sé qué hacer con su desconcierto. ¿Le aseguro que no es la gran cosa? ¿Que está perfectamente bien para un tipo heterosexual gustar de hacer una mamada a otro hombre?

Pero él no me da oportunidad de decir *nada*. Sólo hunde su cabeza y su caliente y húmeda boca me rodea.

Mis caderas se mueven en el colchón, pura lujuria candente en mi polla y mis testículos mientras mi mejor amigo trabaja sobre mí. Mantengo una mano enredada en su cabello. La otra agarra la sábana, apretándola entre mis dedos. Mi corazón está golpeando. Es lo único que puedo escuchar, un frenético *thump-thump* sacudiendo mi caja torácica. Eso y los sonidos que Jamie está haciendo. Ásperos quejidos, húmedos *pops*, un profundo aullido cuando me toma casi todo el camino por su garganta.

Jesucristo. Este hombre está destrozándome. Estoy *destrozado*. Voy a...

—Voy a venirme —dejo salir un gruñido.

El clímax se apodera de mis testículos y se dispara subiendo por mi eje, disparos calientes chorrean por mi polla justo cuando la boca de Jamie

me suelta. Me acaricia a través de la liberación, su respiración es pesada y sus ojos brillan mientras observa mi semen caer en mis abdominales, en mi pecho.

No puedo respirar. Estoy jadeando, soy un desastre tembloroso, y él sólo sigue observando. Y luego el maldito lo hace de nuevo—*sonríe*. Maldita sea sonríe mientras baja su cabeza y lame una gota perlada de mi estómago.

—Eso fue muy caliente —me dice.

¿Caliente? Trata con ardiente. Abrasador. Un maldito infierno.

Soy incapaz de hacer nada más que yacer ahí como un saco de patatas. Luchando por respirar. Parpadeando como un búho mientras miro al hombre más hermoso agarrar mi camiseta descartada del piso y limpiarme. Una vez que termina, arroja la camiseta y se inclina para besar mi cuello. Luego mi hombro. Mi otro hombro.

Sigue besando mi piel afiebrada, lamiendo, mordiendo, y sólo lo dejo explorar, ofreciéndome a mí mismo como su conejillo de indias sexual. Está probando cada centímetro de mí, su boca moviéndose tentadoramente sobre los bordes de mis abdominales, mis caderas, mis pectorales. Gimo cuando lame uno de mis pezones, y me mira, sus labios curvándose.

—Te gusta eso.

Logro hacer un asentimiento.

Lo hace de nuevo, esta vez cerrando sus labios alrededor de la pequeña protuberancia y succionándola. Puedo sentir su erección contra mi muslo, dejando líneas de humedad contra mi piel. Tomando aire, estiro la mano y lo agarro, y ahora yo estoy *sonriendo*, porque su lengua se congela en mi pezón y todo su cuerpo se tensa.

Empuja contra mi mano, y es toda la invitación que necesito.

—Sobre tu espalda —murmuro.

Jamie se da vuelta tan rápido que me hace reír. Se pone las manos detrás de su cabeza, una ceja se arquea mientras mueve sus caderas hacia arriba, casi burlándose de mí con su perfecta polla.

—Veamos si todavía lo tienes —bromea.

Mi risa es ahogada contra su estómago.

—Sabes, eres un bastardo engreído cuando eres gay.

—Supongo que lo soy.

Lentamente me subo sobre su cuerpo, apoyando mis codos a cada lado de su cabeza. Nuestras miradas se enfocan. Abre sus labios, mirándome con los ojos nublados. Tragando, bajo mi boca a la suya para un suave beso. Mierda, me saboreo a mí mismo en su lengua, y eso es suficiente para poner mi mente a girar. Este chico... maldición, este chico. Nunca he querido a nadie de la forma en que quiero a Canning. De la forma en que *ansío* a Canning.

Cuatro años de encuentros sexuales sin sentido destellan a través de mi cabeza mientras rompo el beso me deslizo por su cuerpo de nuevo. Todos esos tipos con los que me enredé en el pasado... son un borrón. No tienen rostro. Algunas veces no tenían rostro incluso cuando estaba *con* ellos. Me vine, ellos se vinieron, pero no estaba completamente presente. Siempre contuve algo con ellos.

Ahora con Jamie. No puedo contenerme con él, y nunca podría.

—Confía en mí, todavía lo tengo —susurro mientras mi boca desciende sobre su polla. Y voy a probárselo a él. Mostrarle lo mucho que lo amo, porque seguro como la mierda no puedo *decírselo*.

Tomo aire. Su erección está a milímetros de distancia y es mía. Esta noche, *él es* mío. Agarro su eje y le doy un ligero apretón. Se estremece en respuesta, observándome. Esperando.

Lamiendo los labios, me inclino y paso mi lengua sobre la pequeña abertura en su punta. Él me tentó antes y ahora es tiempo de algo de venganza. Voy a adorar cada pulgada del pene de Jamie Canning. Voy a atormentarlo con mi lengua hasta que no pueda recordar un tiempo cuando polla estuvo sobre su pene dándole placer. Voy a...

Jamie se viene al segundo en que envuelvo mis labios alrededor de él.

Síp, él maldita sea se *viene*, y no sé si reírme o gruñir cuando comienza a sacudirse con su clímax. Al final no hago ninguna de las dos —lo succiono todo el camino hasta la base—, arrancándole un grito estrangulado de sus labios mientras me trago las gotas saladas que se disparan a mi garganta.

Cuando finalmente se queda quieto, levanto mi cabeza con un suspiro.

—¿En serio, amigo? Eso fue como *dos* segundos. Tienes la energía de un pre adolescente.

Sus hombros tiemblan mientras rueda sobre su costado en un ataque de histeria.

—Supongo que todavía lo tienes.—Se ahoga entre risas.

Subiendo al colchón, me acomodo detrás de él, tirando de su gran cuerpo hacia mí. Se tensa por un segundo, luego se relaja, su culo tenso acunado contra mi ingle, su espalda rozando mi pecho.

Envuelvo una mano alrededor de su cintura. Si soy honesto, quería tanto esto como la mamada —el derecho de sólo tocarlo. De inclinarme contra él, piel a piel.

Pero está en silencio. Demasiado callado, probablemente.

—Jamie —murmuro en su oído, antes de dejar un beso en su hombro—. ¿Vas a enloquecer ahora?

La pausa antes de que hable me corta a la mitad.

—¿Quieres que lo haga? —Hay humor en su voz.

—No. —Es mi turno de detenerme—. ¿Quieres que vuelva a mi cama?

Se acurruca aún más cerca, aplastándose a sí mismo a mi cuerpo como manta tibia.

—No. —Suspira con satisfacción—. Buenas noches, Wes.

Un nudo sube en mi garganta.

—Buenas noches, Canning.

Capítulo 17

Jamie

Wes no estaba a mi lado la mañana siguiente. Me giré y estudié la habitación. Su cama estaba vacía. No parecía como si hubiese dormido en ella y no lo recuerdo saliendo de la mía durante la noche. Lo que recuerdo es despertar a las seis de la mañana para encontrar el brazo de Wes rodeándome apretadamente. Después me volví a quedar dormido, así que debió marcharse en algún momento después de eso.

Probablemente me convierte en un imbécil, pero estoy aliviado. No estoy seguro de qué habría dicho si me despertaba encontrándonos acurrucados.

Según el despertador en la mesa, son casi las once y media. El comedor deja de servir el desayuno a las once. Me quedé dormido, pero está bien. Es nuestro día libre así que no me necesitan en la pista de hielo.

Por otro lado, *es nuestro día libre*. Eso significa horas y horas de tiempo libre. Tiempo que, probablemente, pasaré con Wes. Con el que tuve sexo anoche.

Aunque no sentía nada diferente. Tontee con un chico anoche... ¿no debería sentirme diferente?

¿Sentirte gay, quieres decir?

Una risa burbujeó en mi garganta. ¿Uno se *siente* gay?

Y, maldita sea, estoy desconcertado al descubrir que visto una erección y es más que solo un caso de erección mañanera. Es una erección Wes, resultado de pensar en nosotros jugando.

Yo... creo que tal vez quiero hacerlo otra vez. ¿Y cuan jodido es *eso*? Había estado completamente preparado para ver la pasada noche como un experimento de química. Una prueba. No había esperado la cosa más malditamente alucinante.

De repente, la puerta se abre y Wes entra penosamente, con el rostro rojo y respirando con dificultad. Está con su ropa de correr, el frente de su

camiseta sin mangas empapado en sudor. Se la quita de su musculoso pecho y la tira a un lado.

—Hace muchísimo calor ahí fuera —murmura sin mirar hacia mí.

¡Oh, mierda! Va a hacerlo extraño. Ni siquiera puede mirarme a los ojos.

—¿Por qué no me despertaste? —pregunto—. Habría ido a correr contigo.

Se encoge de hombros.

—Pensé en dejarte dormir.

Se quita las zapatillas y los calcetines, después se saca el pantalón corto.

Ahora está desnudo. Y yo estoy aún más duro.

Aún sigue apartando la mirada, así que no tiene ni idea de que estoy admirando sus fibrosos músculos esculpidos y la tinta negra serpenteando alrededor de su fuerte bíceps. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que lo he visto desnudo a la luz del día y su piel brilla a la luz del sol que traspasa las cortinas. Es todo músculo. Todo un hombre.

Y todas esas preguntas que me hice la pasada noche, *¿Estoy realmente atraído por él? ¿Me gustaría si follamos? ¿Estoy completamente loco?*, ahora sé sus respuestas. Sí, sí y, tal vez.

Pero no había esperado despertar con *más* preguntas.

Salgo de la cama y noto que ahora está haciendo un esfuerzo aún mayor para no mirarme. Porque... sí, también estoy desnudo. Nos quedamos dormidos desnudos. En brazos del otro.

Me da la espalda mientras busca en el taquillón.

—Wes —susurro.

No reacciona. Toma un pantalón de deporte azul del cajón de arriba y se lo pone.

—Wes.

Sus hombros se tensan. Muy lentamente, se gira y centra sus ojos grises en mi rostro. Hay una pregunta implícita ondeando allí... *¿Ahora qué?*

Joder si lo sé.

¿Qué *hago* ahora? No estoy equipado para tener esta pregunta ahora mismo. No hasta que lo haya pensado un poco y averigüe qué quiero de esto. De *él*.

Así que pongo un tono despreocupado y pregunto:

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Se queda en silencio por un rato. Puedo decir que esperaba que me comportase como una chica y exigiese que hablásemos sobre anoche. Además puedo decir que está aliviado de que haya elegido la ruta de los chicos y lo ignorase.

Hace su pequeño gesto característico con los labios.

—Bueno, necesitamos darte un poco de comida y luego ir al campo de fútbol. Los chicos ya vuelven de pescar porque nadie estaba picando excepto los mosquitos. Así que Pat está organizando un partido.

Y simplemente así, volvemos a estar bien. Seguro, estamos fingiendo que anoche no nos la chupamos el uno al otro, pero por ahora, estoy feliz con fingir. Aún no estoy preparado para tratar con esto.

Frunzo el ceño.

—¿Para los niños?

—No, los entrenadores. Pero un grupo de niños ya están apostando qué equipo ganará.

—¿Ya hay equipos? ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

Wes vuela a sonreír.

—Pat lo está llamando chicos contra hombres. Él y los entrenadores mayores contra los jóvenes.

—Dulce. —No soy un entusiasta del fútbol, pero la mínima competición hace que mi adrenalina circule.

—Además... los perdedores tienen que cantar para los campeones en el comedor esta noche —añade Wes.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué canción?

—Los “ganadores” eligen —se burla.

—Solo por curiosidad, ¿quién sugirió esa apuesta?

Mi mejor amigo pestañea con suma inocencia.

Eso es lo que pensaba.

—Sabes que si perdemos Pat va a obligarnos a cantar a Mariah Carey o alguna mierda así —me quejo mientras busco mi pantalón.

—Que es por lo que no vamos a perder —comenta alegremente.



Paramos en una pastelería en la ciudad, así puedo tomar un café y algo para comer, engullo dos muffins de plátano mientras nos encaminamos al campo de fútbol. Es otro precioso día y los turistas salen en manada, animando la acera y llenando los patios que pasamos en nuestro camino.

Dos chicas se detienen en seco cuando Wes y yo pasamos. Tienen veintipocos, ambas rubias, ambas increíblemente atractivas. Una de ellas viste una camiseta con tanto escote que sus tetas prácticamente están asomando y una chispa de calor se inicia en mi ingle. Jo-der. Ese escote es espectacular.

Wes les da un guiño y continúa caminando. Igualo sus zancadas, tratando de no mirar sobre mi hombro para ver si las chicas nos están mirando.

De acuerdo, solo un vistazo. Giro la barbilla para una rápida mirada, lo que hace que una de las chicas le dé un codazo a su amiga.

Ups.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta Wes.

Siento un golpe de incomodidad que no había estado ahí hace veinticuatro horas.

—Solo meditando las cosas —murmuro.

—Lo apostaría. —Su voz es débil.

Ya no hablamos más de ello, porque no necesito involucrar a Wes en mi confusión. Pero estoy bastante seguro que a mi polla le gusta jugar en

ambos lados. Porque me gustan las mujeres. Me gusta lo suaves que son, cómo huelen y cómo se sienten en mis brazos. Me gusta follarlas y darles sexo oral. Y nunca lo fingí.

Anoche, tampoco lo estaba fingiendo. Y ahora, no tengo ni idea de qué significa todo eso.

Wes me da un codazo, luego apunta a la señal que estamos pasando. *Caminos de llegada.*

—Como que no se ha hecho antes esa broma. ¿Quién es el preadolescente ahora?

Se tensa por un momento, como si no esperase a que yo hiciese referencia a lo de anoche. Luego resopla.

—Juguemos al fútbol, Canning.

Claro.

Primero, Pat reúne a todo el mundo. No puedes pedirle a un grupo de atletas increíblemente competitivos que jueguen un amistoso partido de fútbol sin repasar unas cuantas reglas primero. Habrá dos tiempos de veinte minutos. ¿Y contará la regla del fuera de juego? Sí, lo hará. ¿Y vale hacer entradas? No.

—Porque mataré a cualquiera que se haga daño —añade Pat.

Es bueno saberlo.

Estamos jugando cinco contra cinco y, por supuesto, estoy en la portería. Puedo ver a Killfeather en la banda, mirándome con una sonrisa. No es un mal chico cuando se olvida de estar estresado.

Tampoco estoy estresado. Estoy aburrido hasta las lágrimas, porque Wes y los otros chicos los están machacando en la otra área. Estamos ganando 1-0 para el momento en que tengo que hacer mi primera parada. Una portería de fútbol es mucho más grande que una de hockey, así que guardar la portería parece un poco más al azar. Pero paro el tiro de Pat con las manos y mi equipo aplaude.

Pongo el balón en la línea, retrocedo y lo pateo campo abajo. Antes de que Wes la alcance, me da una pequeña sonrisa, luego para la pelota con el pecho. Esta cae al suelo entre sus piernas musculadas y luego sale corriendo, controlando la pelota, belleza masculina en acción.

De repente, vuelvo a estar pensando en sexo otra vez. En medio de un partido.

Eso nunca había pasado antes.

La siguiente vez que la pelota se acerca a nuestra portería las cosas no van tan bien. Nuestra defensa fracasa cuando Pat es capaz de engañar a mi compañero de equipo Georgie, dejando a nuestro entrenador más mayor indefenso. El viejo inmediatamente lanza un platillo volante hacia mí.

Salto, pero pasa mi mano y llega a la esquina de la red.

Wes hace un sonido irritado y puedo ver que está a punto de arremeter contra Georgie por dejarnos totalmente sin defensa.

Mientras tanto, Killfeather y el resto están observando. Camino hacia Wes y pongo una mano en su hombro.

—Oye —digo alzando la mano para que la choque—. Marcaremos el siguiente.

Wes es de aprendizaje rápido, así que no me sorprende que lo entienda. Golpea mi mano.

—Sí, hombre.

¿Luego? Alcanza mi espalda y le da a mi culo un rápido apretón.

¡Mier...!

No puedo evitar mirar alrededor, buscando en los rostros de todo el mundo una reacción. Pero no hay ninguna, porque nadie lo vio. E incluso si lo hubiesen hecho, eso es algo tan típico de Wes que nadie pensaría en ello dos veces.

Pero yo lo hago. Porque, incluso si no estoy alucinando por lo que hicimos anoche, no quiero que nadie más lo sepa.

Aunque si Wes fuese una chica no me importaría.

¿Y eso por qué? pregunta mi conciencia. Es una buena pregunta y que no estoy preparado para responder. Y, de todos modos, hay diez minutos más de fútbol por jugar.

Nos mantenemos 1-1 hasta que quedan solo dos minutos. Entonces Wes tiene suerte con un saque de córner de Georgie, rematándolo con la cabeza en la portería. Y hemos ganado. Me desplomo en la hierba y le grito a Killfeather que me traiga una botella de agua.

Lo hace, pero me echa un poco en el rostro antes de darme el resto.

—Eres un chiquillo —me quejo y él se ríe.

La vuelta a casa lleva más tiempo del que debería, porque los entrenadores están sudados y cansados.

—Entonces, ¿con quién compartes habitación? —le pregunto a Killfeather.

—Oh, con Davies.

—¿En serio? ¿Y cómo está saliendo?

—Está bien —responde—. No es malo cuando no está en el hielo.

Archivo eso para analizarlo después. Y vago la mirada en Wes. Su paso me es tan familiar. El modo en que lleva los hombros no ha cambiado en los nueve años que lo he conocido. La forma en que sus muslos se aprietan me es tan familiar como mi propia mano.

Hay un sentimiento cálido en mi barriga cuando lo miro. Y no es solo sexual. Es... *agradable*. Como si estuviésemos cerca incluso cuando está a veinte metros. Llevo una consciencia de él como una segunda piel.

Bien, eso suena un poco espeluznante. Un poco como *El silencio de los corderos*. El sol y la confusión sexual se me han subido a la cabeza.

Justo antes de que él alcance el dormitorio, veo a Wes responder su teléfono. Y cuando llego a nuestra habitación un minuto o así después de él, está frunciendo el ceño hacia la ventana mientras habla:

—¿Y si no quiero una entrevista? —pregunta. Su tono es temerariamente beligerante si está hablando con un relaciones públicas.

Cuidado me gustaría decir.

—No es una buena idea. ¿Por qué haces que mienta? —Hay una pausa cuando Wes acaba. Patea los zapatos con más fuerza de la necesaria y vuelan con un golpe enfadado hasta el escritorio que nunca usamos—. Papá, si les digo que hay una novia, van a preguntarme su nombre. Y luego, ¿Qué quieres que diga?

Ah. La conversación tiene más sentido ahora. Wes nunca se ha llevado bien con su padre. Cada llamada de teléfono a casa siempre acababa con Wes avergonzado e irritado. La única vez que conocí al señor Wesley, lo

encontré terriblemente arrogante y exigente para alguien que está sentado todo el día.

El hecho de que el señor Wesley no esté feliz con la sexualidad de su hijo no me resulta una sorpresa.

Frente a mí, hunde los hombros. Sin pensarlo demasiado, me acerco y pongo las manos ahí, apretando los músculos entre su cuello y hombros. Hundo mis pulgares en sus trapecios y empujo.

Al principio se tensa. Luego hace un esfuerzo por relajarse. Y cuando me lanza una pequeña mirada sobre su hombro, es de gratitud.

—Tengo que irme —está diciendo Wes, su voz aún gruñona—. Pensaré en ello. Pero no te atrevas a organizar nada sin mi permiso.

Acaba la llamada y deja el teléfono en la mesa. Luego baja la cabeza y se inclina hacia mi toque.

—Gracias, hombre —comenta bruscamente.

—¿Qué quiere de ti? —Trabajo mis manos en la parte de atrás de su cuello. ¿Le habría tocado de este modo ayer? ¿Tal vez? Probablemente no. Pero no es sexual. Aunque se siente bien bajo mis manos. Cálido y vivo.

Wes gime.

—Tiene un amigo en *Sports Illustrated*. Lo conoces, tiene un amigo *en todos lados*. Mi padre salió del útero con tarjetas de negocio en las manos. Está convenciendo al tipo para que me entreviste por mi temporada de novato. Como... siguiendo los altibajos.

Estoy horrorizado.

—Esa es una idea terrible. —En primer lugar, las temporadas de novato son salvajemente impredecibles. Wes podía acabarla como suplente durante veinticuatro partidos antes de, de repente, ver montones de juegos. ¿Y quién quiere la presión de hablar con un periodista todo el maldito tiempo?—. No quieres ser ese *novato* en el equipo, al que un reportero sigue todo el maldito día.

Suspira, noto como su espalda sube y baja en mis manos.

—¿Tú crees?

Me invade una sensación de... *algo* por él. Solidaridad. Afecto. Tal vez no necesite un nombre. Pero deseo que su padre no se hubiese entrometido.

—¿Qué vas a hacer?

—Mentir —responde, con tono plano—. Le diré que hablé con el equipo de Relaciones Públicas de los *Panther* y que vetaron la idea.

—¿Te creerá?

—¿Importa?

—Sí —murmuro—. Porque no quieres enojar a *Sports Illustrated* cuando ni siquiera has afilado tus patines en Toronto.

Wes hace un sonido frustrado mientras bajo las manos por su columna.

—Mi maldito padre, volviendo a meter las narices donde no le llaman. También piensa que está ayudando. Quiere que su amigo escriba un tipo de historia del chico americano. Tarta de manzana y toda esa mierda. Como si el que estuviese impreso en una revista pudiese hacerlo real.

Wes se gira de repente, interrumpiendo el increíble masaje que le había estado dando. Estoy extrañamente decepcionado. Disfruté teniendo las manos en él. Sé que él también lo disfrutó, pero su expresión cae de nuevo, justo como esta mañana.

Abro la boca. Luego la cierro. No, aún no estoy preparado para tener esta conversación.

Aparentemente él tampoco.

—Vayamos por algo de comer —sugiere.

Dudo, luego niego.

—Ve tú. Creo que dormiré un poco. Estoy... cansado después del partido.

Es una excusa patética y sé que se da cuenta. Pero solo asiente.

—De acuerdo, seguro. Te alcanzaré después.

Un momento después, se va.

Capítulo 18

Wes

Al final no voy a comer. En cambio, camino sin rumbo durante al menos una hora, luego me siento en un banco del parque y observo a la gente.

Canning está alucinando. No necesito leer la mente para saberlo. Pero joder, desearía *poder* leer su mente. Quiero saber cuánto volví a joder nuestra amistad de nuevo.

¿O no lo he hecho? Ni siquiera lo sé. Una parte de mí asume que sí, lo he perdido de nuevo. Pero otra parte sigue diciendo *hombre, solo te dio un MASAJE*. Eso significa que seguimos siendo amigos, ¿cierto? Excepto... ¿los amigos realmente se frotan las espaldas? Una vez que tuve un tirón en el cuello y le pedí a Cassel que me lo deshiciese, casi se ahoga de la risa.

Y, hablando de Cassel, tengo dos mensajes de texto suyos en el móvil, ambos de principios de semana. He estado demasiado ocupado readaptándome a la rutina de Lake Placid para responderle.

Rápidamente tecleo una respuesta:

El campamento está bien. Aquí hay alguno con talento de verdad. ¿Cómo está tu hermana? ¿Te has hecho amigo de alguna langosta?

Me reí para mí mismo. Cassel está pasando el verano con su hermana mayor en Maine, sirviendo mesas en su marisquería.

Responde más rápido de lo que esperaba:

Todo bien por aquí. Mi hermana te dice hola.

Hay un gran retraso. Luego llega un segundo mensaje.

Rompí con Em.

Sentado allí en el banco, dejo salir un grito de alegría. Ya era hora. Esto es demasiado importante para mandarse mensajes, así que busco su número y lo llamo.

Responde al segundo tono, su voz familiar deslizándose en mi oreja.

—Hola.

—¿Cómo se lo tomó? —suelto de golpe.

—Como esperaba.

—Volviéndose loca y pegándote, ¿quieres decir?

Un profundo suspiro hace eco en la línea.

—Bastante parecido. Me acusó de engañarla durante cuatro años. Le recordé que solo llevábamos saliendo uno y, en ese momento, me llamó maldito insensible y se marchó.

—Mierda. Lo siento hombre. ¿Estás bien?

—Oh sí. Nunca me di cuenta de lo mandona que era hasta que la dejé libre. Ahora solo estoy disfrutando de mi libertad, copiando el manual de Ryan Wesley y follando todo lo que se mueve.

—El año que viene ese no será mi manual.

Se queda en silencio por un segundo.

—¿Vas a tratar de mantener tus actividades extracurriculares escondidas?

—Creo que tengo que mantener la cremallera del pantalón arriba, en su lugar. Un novato no puede permitirse rumores. En la escuela... Eso era diferente. Las expectativas eran menores.

—Sí. Supongo. Lo siento hombre. Suena solitario.

Trato de tomármelo a risa.

—Suena *cachondo*.

—Será mejor que tengas algo de diversión este verano, antes de que te hagas famoso y esa mierda. —Cassel se ríe de su propia broma.

—Me pondré a ello.

—¿Cómo es la zona de ligueo en Lake Placid? No puedo imaginarme que allí haya un bar gay. Tendrás que asustar un atleta o dos.

Se me tensa el estómago. *Si no hubiese intentado eso ya.*

—Será mejor que me vaya —comento. Porque hoy realmente no estoy para una conversación.

—Es bueno hablar contigo, hombre.

—Mantente fuerte si Em llama —adviento.

—No te preocupes —suspira—. Lo haré.

Capítulo 19

Jamie

Miro a la puerta por centésima vez en una hora. Sólo, ya sabes, para asegurarme de que pequeños duendes no salieron a gatas de algún conducto de ventilación y la abrieron. Pero no, aún sigue cerrada.

Se siente como que estoy haciendo algo malo. Como cuando metía la mano en el tarro de galletas cuando mi madre no miraba. Pero, tal vez, estoy siendo demasiado duro conmigo mismo. No hay nada malo con mirar porno. Soy un hombre de veintidós años con sangre en las venas. No soy virgen. No soy un mojigato. Sólo un tipo tratando de averiguar cuáles son sus fetiches.

Suspirando, me reclino contra las almohadas, con el portátil apoyado en los muslos mientras paso a través de las imágenes en la pantalla. Me quedo sobre una de las imágenes, que muestra un adelanto de lo que puedo esperar. De acuerdo. Parece bien.

Clico sobre el título: *Atletas calientes chupar y diversión*.

¿He mencionado que estoy hojeando porno gay?

Sí, soy un sucio mentiroso. Le dije a Wes iba a tomar una siesta y mírame ahora.

Dejo salir un suspiro tembloroso mientras el vídeo se carga. Es un vídeo corto y empieza de golpe, en el medio de una escena de cualquier película de la que la página web sacase el trozo. Tengo el sonido bajo, pero puedo escuchar cada palabra baja y clara. Bueno, sólo uno de los tipos está *hablando*. El otro sólo es capaz de sorber ruidosamente y gemir profundamente mientras disfruta de la polla del primer tipo.

—Joder sí... oh joder sí... chupa esa gran polla...

Está bien, eso es simplemente cursi. Me rio mientras me imagino ordenándole a Wes “chupa esa gran polla”.

Siguiente vídeo. Este no está hecho para mí.

Pulso en algo llamado *Follada al lado de la piscina*. Suena prometedor. Me gustan las piscinas y follar. Nada puede ir mal con ese,

¿cierto?

—¿Te gusta esa gran polla en tu agujero chico? Eso es chico, tómala...

Yyyyyyy pulso detener. Nop. Simplemente nop.

Gano el premio gordo con mi siguiente selección. Dos tipos muy atractivos están estirados en una cama, acariciando sus duras pollas juntos.

Mi polla sale a saludar.

Interesante. Hay algo en el agarre que tienen en el otro que me excita. No es amable. Hay un hambre lleno de energía en sus besos que aprecio. Que mi polla aprecia.

Mierda, que *realmente* aprecia. Ahora estoy endurecido, con la mirada fija en la pantalla mientras veo a un tipo besar al otro mientras baja por su estómago. Cuando su boca engulle la erección de su amigo, un golpe de calor se dispara por mi columna.

Tomando aliento, estiro la mano y tomo mi dolorida polla. Oh, joder, eso se siente bien.

Sigo mirando. Sigo masturbándome.

Y lo extraño es que no le estoy cambiando el rostro al tipo por el de Wes. Esa había sido una de las razones para este pequeño experimento, para averiguar si es sólo Wes el que me excita o los hombres en general.

El tipo recibiendo una mamada deja salir un gemido ronco. El sonido masculino me hace algo. Su amigo le chupa más fuerte.

Estoy, literalmente, a cinco segundos de correrme.

Cálmate, le ordeno a mi polla. *Sólo estamos empezando*.

Pero el pequeño portero tiene mente propia. No deja de latir, así que pulso la tecla de avance rápido para llegar a la *verdadera* prueba.

El anal.

Y, maldita sea, es una mierda seria. Hago una mueca cuando el sonido de carne golpeando carne estalla por los altavoces del ordenador. Jesús. ¿Cómo es que ese tío no está gritando de dolor?

Aunque está gritando. Bueno, gimiendo. Y hay gruñidos. No son cuidadosos el uno con el otro, pero todo ese entusiasmo torpe parece

divertido. Sigo mirando al tipo que está recibiendo. Su bíceps se hincha mientras se masturba, cerrando los ojos de golpe, su cuello tenso de placer.

Y entonces se está corriendo. Y yo no estoy lejos. El ordenador cae de mi regazo mientras me acaricio más rápido, tomando mis pelotas con la otra mano. Jadeo en busca de aire, con los ojos pegados a la pantalla, a la vista de dos *hombres* follando. Mi espalda se arquea mientras mi polla tiembla en mi mano, derramándose por todo mi estómago.

Jo... der.

A mi corazón le lleva casi todo un minuto tranquilizarse. Una vez que mis extremidades ya no se sienten débiles, alcanzo la caja de pañuelos a mi lado y me limpio. Luego miro el techo por un tiempo.

Aunque no he acabado. Esa era sólo la primera parte del experimento. Vuelvo a tomar el portátil y entro en una nueva categoría. El clásico buen porno de lesbianas.

Estoy demasiado agotado como para endurecerme de nuevo, pero aun así pincho en la imagen, una que muestra a dos increíblemente atractivas morenas enredadas en un sofá blanco. Me subo el pantalón de nuevo y apoyo la mano en la entrepierna mientras me pongo cómodo para disfrutar la vista.

Y la disfruto. Estoy endurecido de nuevo. La lujuria no es tan fuerte como antes, pero eso es por el orgasmo que acabo de tener, no porque las chicas no me estén excitando. Lo están. A lo grande. Sus suaves curvas, hermosos coños y dulces gemidos.

Me atraen las mujeres, no tengo duda.

También me atraen los hombres, aparentemente.

Maravilloso. Compañero complicado, mi polla.

Cuando suenan pasos en el pasillo, cierro el portátil de golpe, casi golpeándome los dedos. Luego, dejo el ordenador a un lado y me levanto, tirando rápidamente los pañuelos usados a la papelera al lado de la cómoda.

Un segundo después, una llave tintinea en la cerradura y Wes cruza la puerta. Meve de pie en medio de la habitación, alza una ceja y pregunta:

—¿Cómo estuvo la siesta?

Tengo el presentimiento de que sabe exactamente qué he estado haciendo, pero simplemente me encojo de hombros.

—Justo lo que necesitaba. ¿Cómo estuvo la comida?

—No tuve ninguna. Acabé dando un paseo.

—¿Tienes hambre? —Recojo mi camiseta del suelo y me la pongo—. Porque yo sí.

Cuando paso la cabeza por el cuello de la camiseta, me encuentro a Wes mirándome con cautela.

—¿Estás bien, Canning?

—Sí.

Camino hasta la puerta, mirándole sobre el hombro.

—Así que... ¿comida?

Frunce el ceño, llevando mi atención a la barra en su ceja izquierda. Le da todo ese aspecto de chico malo que me pone un poco... cachondo

—¿Wes?

Deshecha cuales fueran los pensamientos que le tenían preocupado.

—Uh, sí. Comida suena bien.

Dejo la habitación sin comprobar si me está siguiendo. Sé que lo hace. Puedo sentir su mirada perpleja fija a mi espalda.

Después del modo en que pasé la tarde, no creo que esté ni de cerca tan perplejo como yo.

Capítulo 20

Wes

Compramos burritos y los comemos en el lago. Después de eso, vamos por un helado en uno de los muchos lugares en la calle principal. Jamie quiere hablar sobre el entrenamiento, al parecer. Así que lo hacemos.

—Muchos de estos niños todavía no entienden lo que es el “primer toque”. —Teorizó—. Si hubiera una cosa que pudiesen llevarse a casa, sería eso. En un juego de alto nivel, sólo tienes una oportunidad con el disco. Si pierden el tiempo reposicionándose, se acabó.

—A-ja. —Pero cada vez que dice “primer toque” mi mente está en un tipo de toque completamente diferente. Él está hablando mucho con sus manos, y estoy hipnotizado con sus bíceps, y el pelo rubio en sus brazos, que ahora sé que es muy suave al tacto. Pienso en sacarle esa camiseta y besar su pecho, y mi pene comienza a crecer pesado.

¿Usar pantalones cortos deportivos de nylon? No fue inteligente. Y la calentura ni siquiera es mi único problema.

Ayer por la noche le pregunté a Jamie si se estaba volviendo loco. Divertido, ahora he pasado un día entero haciendo precisamente eso.

El chico está jodiendo con mi mente. En primer lugar actúa como si nada pasó. Luego me hecha para que él pueda tomar una “siesta”. Pero de ninguna manera estuvo haciendo eso. Es decir, no nací ayer. Cuando llegué a la habitación y lo vi de pie allí con aire de culpabilidad, era obvio lo que había estado haciendo. El hijo de puta se había estado masturbando.

Hubiera estado feliz ayudándolo con eso, pero claramente prefirió hacerlo solo antes de dejar que lo tocara de nuevo.

Excepto... que él me había estado observando. Una vez más, no había nacido ayer. Noté la forma en que me estaba mirando antes de salir.

Jesús. Qué bueno que él no sea un policía de tráfico, porque está enviando suficientes señales mezcladas para causar un choque de diez autos.

He jugado al buen amigo, pero por dentro soy un desastre. Porque una vez no fue suficiente, y sin embargo no tengo ni idea de qué está pensando Jamie.

Ninguna pista.

Empujando lo último de mi cono de helado en mi boca, lo único que quiero es arrastrarlo de nuevo a nuestra guarida y hacer cosas muy sucias con él. ¿Pero eso incluso está en las cartas? Sé dos cosas hasta ahora. En primer lugar, Jamie Canning se excitó por mí. Lo vi anoche. Y en segundo lugar, no está horrorizado por lo que hicimos.

Eso es increíble, y siento como que debería pellizcarme porque incluso tuve una noche impresionante con el amor de mi vida. Pero eso no me garantiza una puta cosa. Él no me debe nada. Él podría cansarse de este pequeño experimento. Probable que ya lo ha hecho.

Es aterrador. Porque quiero probarlo de nuevo. Infiernos, quiero atragantarme con él. Soy un glotón por Jamie Canning.

—Wes?

—¿Qué? —Oh, mierda. He estado mirándolo, y no tengo idea sobre qué estamos hablando.

—Te pregunté si querías nadar. Todavía hace calor.

—Uh. —Realmente sólo quiero ir a casa y estar muy, muy desnudo—. No estoy usando un traje de baño.

Sus ojos se estrechan.

—¿Quién eres tú?

Claro. Cuando te pasas la vida dando cero mierda sobre la vestimenta apropiada, la gente lo nota.

—Está bien—concedo—. Vamos a nadar.

El teléfono de Jamie suena.

—Oh. ¿Aguantas dos minutos? Si no contesto, van a seguir llamando. —Él desliza la pantalla, pero mantiene el teléfono lejos de su cuerpo—. ¡Hola chicos!

Un coro de voces sale desde su teléfono, el cual está en Skype o algo así.

—¡Jamie!

—¡Jamester!

—¡Hola bebé!

Había olvidado de esto. Toda la familia de Jamie tiene una gran comida juntos el domingo cada semana, y al parecer es un sacrilegio faltar a una. Así que cuando su pequeño estaba lejos en el campamento, tenía estas llamadas cada semana. Es probable que también las tuviera cuando estaba en la universidad.

—Necesitas un corte de pelo. —Suelta una voz femenina.

—Sí. —Reconoce, pasándose una mano por su pelo de oro. Estoy celoso de esa mano—. ¿Qué hay de nuevo en Cali?

Escucho mientras toda su familia trata de hablar a la vez.

—¿Adivina quién está jodidamente embarazada de nuevo? —pregunta una voz masculina.

—¡El lenguaje!

Al parecer, la hermana de Jamie está embarazada otra vez. Y uno de sus hermanos consiguió una promoción. Su otro hermano rompió con su novia de mucho tiempo.

—Lo siento por eso —dice Jamie.

—¡Nosotros no lo sentimos! —grita una hermana

—¡Vete a la mierda!

—¡El lenguaje!

Basta decir que la llamada de Jamie desde casa no es nada como la mía.

—Así que, hijo —una voz de más edad retumba. El padre de Jamie siempre se las arregla para sonar al mando sin salirse del emplazamiento como un idiota. Mi padre podría tomar algunos consejos—, ¿qué has estado haciendo esta semana?

Resoplo con tanta fuerza que los ojos de Jamie se fijan en mí antes de pasar rápidamente de nuevo a la pantalla.

—Lo de siempre —dice, y me da una patada por debajo de la mesa—. Un montón de tiempo de hielo. Fuimos de excursión.

Mi amigo gay Wes me hizo una mamada.

Él mantiene sus ojos firmemente en la pantalla, así que realmente no puedo decir si está sudando esta parte de la conversación o no.

—Suenan bien —su padre retumba—. Tu madre está ocupada en la cocina, pero ella dijo que te dijera que te asegures de volver a casa antes de dirigirte a Detroit.

—Voy a tratar—promete—. Depende de si Pat me puede reemplazar por esa semana.

—Tu madre también te recuerda que debes tratar de obtener suficiente fibra y comer cosas orgánicas.

Hay un auge de risa en el teléfono ante eso.

Jamie sonríe.

—Lo haré.

—¡Sé bueno, Jamie!

—¡Te quiero!

—¡Usa tu suspensorio! —Más risas. Más afecto. Y luego Jamie termina la llamada, metiendo su teléfono en el bolsillo de la camisa, moviendo la cabeza.

—Lo siento.

—No hay problema. ¿Todavía quieres nadar? —Por favor, di que no.

—Sí. Vamos a hacerlo.

La playa de la ciudad está en el extremo sur del Lago Mirror, muy cerca de la residencia. Todo en Lake Placid está cerca de todo lo demás. Esta ciudad era un lugar de veraneo para los ricos antes de que fuera un destino de deportes de invierno. Así que pasamos toda clase de atractivos edificios antiguos en la corta caminata hasta la pequeña playa.

Jamie tira a un lado sus sandalias y se despoja de su camisa. Entra en el agua, donde sus pantalones cortos empiezan a aferrarse a su cuerpo, incluso antes de que él se haya sumergido.

Lo sigo, por supuesto. Me podría llevar a cualquier lugar en este momento, y no discutiría.

El agua fría se siente muy bien, sin embargo. Cuando estoy hasta mis muslos me sumerjo, persiguiendo a Jamie más allá de la zona arenosa. Hay una balsa flotando a unos cien metros, y nado hasta la misma.

Jamie está sonriéndome cuando emergo en la superficie. Con una palma le salpico, luego me sumerjo de nuevo para escapar de su retribución. Me le adelanto, pasando hacia el otro lado de la balsa.

Cuando se me ocurre tomar una respiración, una gran mano me empuja hacia abajo de nuevo. Así que por supuesto estoy tosiendo cuando me balanceo un segundo después.

—Idiota —suelto, aunque pasamos la mayor parte de nuestros veranos tratando de ahogarnos entre sí todas las tardes después de la práctica.

Él tiene un codo en la balsa ahora, también, impidiéndome mojarlo. Lo pienso. Así que hago lo mismo, colocándome junto a él.

Nuestros hombros se están tocando. Todo lo que tiene que hacer es girar la cabeza y su boca estaría a pulgadas de la mía. Y entonces todo lo que tendría que hacer sería inclinarme hacia adelante y su boca estaría en la mía.

Pero él no se gira hacia mí. Él sólo mira al frente.

Jodido infierno. No puedo soportar más esto. Necesito saber dónde estamos. Debido a que la idea de pasar un minuto más, incluso adivinar lo que este hombre quiere de mí es una tortura absoluta.

Bajo el agua, me estiro y toco su vientre con las yemas de mis dedos.

Los ojos de Jamie se ensanchan. Pero no dice nada. Me muevo para estar un poco más cerca. Luego aplano la palma de mi mano sobre su fría y húmeda piel, mi dedo meñique tirando del elástico de sus calzoncillos. No creo que nadie pueda ver lo que estoy haciendo. Pero los ojos de Jamie hacen un circuito alrededor del lago. Está preocupado.

Joder, no quiero asustarlo.

—¿Quieres ir a casa ahora? —pregunto. Es un código para, *¿vamos a enrollarnos juntos otra vez?* Si no es así, me gustaría que me lo dijera. Que me sacara de mi miseria. Se lame los labios.

—Sí —dice. Luego empuja mi mano lejos—. Pero corta eso, o no seré capaz de salir del agua.

Obedezco inmediatamente.

Cinco minutos más tarde estamos entrando en el dormitorio, la ropa goteando en los pisos antiguos. Pero así es como la gente anda por aquí en el verano. El lugar es en su mayoría tranquilo, lo que significa que todos los niños están en la cena. Sin una palabra entramos en nuestra habitación y cierro la puerta. La primera cosa que hago es dejar caer mis pantalones cortos y mi bóxer al piso donde hacen una bofetada húmeda. Jamie sigue mi ejemplo.

A continuación, los dos estamos de pie allí, en cueros, mirándonos el uno al otro. Sus ojos están sorprendidos, y mi corazón tiembla con el temor de lo que él está a punto de decir: “No puedo hacer esto de nuevo.”

—Tenemos que estar en silencio —dice en su lugar. Mi sonrisa es del tamaño del Lago Mirror.

—Puedes morder la almohada cuando te haga gritar.

Toma una respiración entrecortada cuando me muevo más cerca de él, al instante me congelo.

—¿Estás seguro que quieres hacer esto? —Me muerdo la parte interna de la mejilla—. Has estado corriendo de caliente a frío conmigo todo el día.

Él asiente.

—Necesito enderezar algunas cosas en mi cabeza. —Resoplo ante su elección de palabras.

—Enderezar, ¿eh? —Le ofrezco una mirada significativa ante su muy notable erección.

Su boca se contrae.

—Mi pene y yo llegamos a un acuerdo.

—¿Sí? ¿Y cuál es ese? —pregunto con curiosidad. Se encoge de hombros.

—A ambos nos gustas.

Joder.

Desvanezco el resto de la distancia entre nosotros. Ya estoy duro, lo cual no es sorprendente, porque he estado pensando en esto durante todo el día. Mis manos se posan sobre su piel fresca por el agua. Rozo sus pezones

con mis dedos, y ellos se ponen rígidos inmediatamente. Su oído está justo al lado de mi boca, así que meto mi lengua en él, haciéndole jadear.

—Recuéstate en mi jodida cama —susurro.

Dos segundos más tarde, él está allí. Y estoy extendiéndome sobre él como una manta, y explorando con mi lengua su boca. Jamie gime, pero estoy demasiado envuelto en su sabor como para preocuparme por ello. Tengo mis dedos en su pelo y su caliente y duro cuerpo bajo el mío y es todo lo que siempre he querido.

Él no está odiando la vida, tampoco. Sus caderas se mecen debajo de mí, su pene golpeando y rozándose contra el mío. Duele. Mis bolas ya están tensas. Frotarme contra él se siente increíble, y me encanta que su dulce boca sea prisionera de la mía. Pero no quiero venirme todavía.

Así que me obligo a retroceder. Cuando miro hacia abajo hacia Jamie, sus ojos están nublados con la lujuria, y sus labios están hinchados y rojos. Hago la seña de “tiempo fuera”. Él inclina su cabeza en la almohada y suspira, y no puedo evitar dejarme caer y besar su garganta expuesta.

Te quiero. Las palabras están siempre allí en la punta de mi lengua traviesa. Las trago de vuelta como debo y digo algo mucho más práctico en su lugar.

—¿Alguna vez te has familiarizado con tu próstata?

Él sacude la cabeza.

—¿Confías en mí?

Jamie asiente inmediatamente, y mi corazón se contrae. Debo estar loco para empujarlo así, pero las cosas que anhelo están en guerra con mi mejor juicio. Así que ahora estoy saliendo de la cama para escarbar en mi bolsa de lona por una botella de lubricante que mantengo allí.

Sus ojos siguen la botella cuando me siento en la cama. Él probablemente está a segundos de decir: “Espera, eso es demasiado gay para mí”. Así que me inclino y tomo la punta de su erección en mi boca.

—Mierda —jadea, arqueando la espalda.

Una vez más, estoy conmocionado y con la certeza de que soy el bastardo manipulador más grande del mundo. Pero estoy tratando de hacer volar su mente, y estoy esperando que eso sea suficiente justificación. Lo torturo con mi lengua hasta que prácticamente está levitando de la cama.

—Levanta esta pierna —susurro.

Borracho por mi boca, eleva la rodilla sin quejarse, y lo posiciono para poder alcanzar su abertura fácilmente. Aplico un poco de lubricante en los dedos de una mano. Entonces dejo caer mi cabeza y tomo su pene en mi boca. Cuando comienzo a succionar, se queda sin aliento. Pero cuando deslizo mis dedos entre sus nalgas, se queda en silencio.

Por un momento no sé lo que está pensando. Libero su pene y coloco un beso en la punta.

—¿Estás bien?

Él toma una respiración lenta.

—Sí —dice mientras pruebo su agujero—. Es extraño.

—¿Puedes tomar más? —Si dice que no, lo dejaré ir.

—Está bien.

Aplico un poco más de lubricante y luego lo penetro con la punta de mi dedo.

—Relájate para mí, bebé.

Él trata. Así que lo recompenso con algunos besos justo donde los quiere.

—Mmm —dice—. *Eso me gusta.*

Le doy un poco más. Desde que lo incité a este juego con su culo, él ya no está dudando en el borde. Me inclino, chupando, lamiendo y en general sacando mis mejores movimientos. Y, al mismo tiempo, estoy introduciendo un dedo lentamente hacia su próstata.

Cuando por fin llego, todo cambia.

—Ohjoder ohjoder ohjoder —susurra Jamie, los músculos de sus muslos temblando.

Froto su próstata de nuevo y chupo una vez más.

Él gime, y con mi mano libre cubro su boca.

—Shh —le recuerdo—. No hagas que pare.

Él aleja mi mano de su boca.

—Es... Eres... Mis pies están hormigueando.

Eso es una buena señal.

Sonriendo, reanudo mis servicios malvados, mi dedo se desliza dentro de él a la vez que hago movimientos largos y perezosos con mi boca. Jamie empieza a mover sus caderas, empujando en mi boca. Y no es sólo su pene lo que está empujando. Es su culo, también. Está saltando sobre mí, buscándome. Jesús. Está tratando de follar mi dedo.

—¿Estás bien? —murmuro.

—Más que bien. —Su voz es un susurro ahogado.

Él cierra los ojos. Un rubor se levanta en sus mejillas, sus cejas se juntan como si sintiera dolor. Pero sé que dolor es lo último que siente en este momento. Su pene se vuelve increíblemente duro en mi boca, y gimo cuando su culo baja sobre mi dedo.

—Wes... —suspira mi nombre, sus muslos temblando mientras levanta sus caderas de nuevo—. Me estás volviendo loco.

Eso es lo que me gusta escuchar. Su excitación nos rodea como una niebla espesa, latiendo en el aire, en mi pene. Deslizo la yema de mi dedo sobre su próstata de nuevo, y él suelta una maldición, y me encanta.

—¿Alguien alguna vez te dijo antes que eres sexualmente aventurero?

Él abre un ojo.

—Todo el tiempo —murmura, y experimento una sacudida de celos, preguntándome qué chica suertuda le ayudó a descubrirlo. Jamie gime de nuevo.

—Sigue haciendo eso. Por favor... no pares...

Este hombre está bajo la impresión de que parar es siquiera una *opción*. Lo haría, por supuesto, si él me lo pidiera, pero ¿mientras que él estuviera rogando por mi boca? ¿Por mi dedo? Nada menos que la muerte me impediría dárselo. Le voy a dar todas mis jodidas partes, se las serviré como en un banquete.

Jamie Canning no tiene ni idea de la clase de poder que tiene sobre mí.

Capítulo 21

Jamie

Creí que tenía el sexo dominado. Lo digo en serio, no es difícil. Besar, el juego previo, la relación sexual. He intentado casi todas las posiciones conocidas por el hombre, incluso las alocadas que ves en la pornografía, donde la chica hace alguna maniobra exorcista-contorsionista mientras golpeo en ella.

Pero mi culo nunca fue parte del asunto.

Justo ahora, es el asunto. Porque incluso a pesar de que la boca de Wes engulle mi polla como si intentara tragarme entero, la excitación rondando en mi sangre está concentrada solamente en la presión entre las mejillas de mi culo. Es una buena presión. Un ligero ardor que se convierte en un torrente de placer cada vez que golpea este punto dentro de mí.

Me está destruyendo. Está trayendo a la vida terminaciones nerviosas que no sabía que existían. Es desconocido. Es nuevo. Una experiencia que es un millón de veces más excitante que ver a un tipo pasarle en un video porno.

—Tan bueno —me ahogo—. Jesús, no pares...bebé. —Me llamó así antes y lo estoy probando ahora. Se siente raro dejando mi boca. Tan raro como las nuevas sensaciones atravesándome y hormigueando en mi culo.

No estaba seguro de que esto me fuera a gustar, pero lo hace. Dios, lo hace. Cuando el aro de su lengua raspa la parte inferior de mi pene, tiemblo, mi respiración deteniéndose. Su dedo se mete dentro de mí, y me pregunto cómo se sentiría si deslizara otro allí. O si usara otra cosa en lugar de un dedo...

De pronto, pienso en la porno que miré más temprano, los gemidos roncacos del tipo que estaba siendo follado, y el recuerdo sucio me hace apretarme más duro alrededor de Wes.

Él levanta su cabeza de golpe, su dedo deteniéndose pero no retirándose.

Inquietud ronda mi estómago cuando encuentro sus ojos. La lujuria los ha oscurecido a un plateado tormentoso, y su garganta trabaja mientras traga.

—¿Por qué te detuviste? —trago, también—. ¿Vas a...follarme ahora?

La pregunta trae una sacudida de pánico. Tan caliente como era mirarlo en una pantalla, no creo estar listo para experimentar eso por mí mismo aún. No estoy seguro de que alguna vez vaya a estar listo.

—No. —Se apresura a asegurarme, su rostro se suaviza cuando ve mi rostro—. No a menos que tú quieras.

—Yo... —muerdo mi labio—. Yo...no lo sé. Quizás en otro momento. —¿Quizás en otro momento? Dios, cuando me pongo gay, en verdad me pongo gay.

Los labios de Wes tiemblan.

—Le pondremos un alfiler a eso.

Me estremezco con una risa.

—¿Entonces por qué te detuviste?

—Solo quería hacer esto —dice con voz ronca, y luego su dedo desaparece cuando se desliza hacia arriba y roza su boca sobre la mía.

El beso va de dulce a caliente en cuestión de segundos. Su lengua llena mi boca con golpes profundos que me hacen jadear. Estoy ansioso por más, desesperado por ello, pero él se ha ido otra vez antes que pueda parpadear, arrastrándose entre mis piernas.

Esta vez su dedo se desliza pasando el anillo de músculos fruncidos, doy la bienvenida al ardor. Lo anhele. Wes lame una línea desde la punta de mi pene hasta mis pelotas adoloridas, burlándose del delicado saco mientras su dedo juega conmigo. Cuando intento empujar mi culo contra él, se retira, una oscura risa cae sobre mi pene.

Jesús. No puedo soportarlo más. Necesito venirme antes de explotar.

—Deja de burlarte de mí —gruño—. Dame lo que quiero.

El aro de su lengua se burla de mi raja.

—Sí, ¿y qué es lo que quieres, bebé?

—Que me chupes hasta dejarme seco.

Wes empuja su dedo más profundo, frotando ese punto que me hace ver las estrellas. Mi próstata. ¿Por qué nunca nadie me dijo que la próstata era alguna especie de zona mágica del placer? ¿Hay unicornios y hadas del orgasmo danzando allí?

—Pregúntame de buena manera y lo consideraré. —Sonríe.

Entrecierro mis ojos.

—Hazme venir, idiota.

Su risa envía a mi corazón a volar. Lo cual es la cosa más confusa de todas, porque le añade al sexo un elemento que no esperaba. Estoy cómodo con él. Me divierto con él. No estoy intentando impresionar a nadie. Es... fácil. Al igual que chapotear en el lago. Pero con orgasmos.

—Eres un bastardo mandón, Canning. —Sus labios hacen cosquillas en la cabeza de mi pene—. Malditamente lo amo.

Y yo amo lo que está haciéndome. Esa succión, la yema de su dedo frotándose dentro de mí. No pasa mucho antes de que la tensión se reúna otra vez. Un nudo de placer se enrolla más y más fuerte hasta que finalmente ahueco la nuca de Wes y me impulso hacia atrás en su dedo cuando el orgasmo se dispara a través de mí. Fuera de mí.

Wes bebe de mí como si no pudiera tener suficiente, tarareando alrededor de mi polla, y yo tengo que tirar de su cabello para hacer que pare una vez que mi polla ha tenido suficiente.

Me quedo allí, jadeando. Cuando mi respiración finalmente se detiene hasta un ritmo normal, Wes está a ahorcajadas en mis muslos, su polla dura en sus manos. Se masturba lentamente. Mi mirada descansa en su erección, larga y orgullosa, la cabeza llena de sangre haciendo mi boca agua. Es la misma respuesta que tengo cuando una chica separa sus piernas para mí, ofreciéndome ese dulce paraíso para mi boca o polla. Nunca pensé que el paquete de otro tipo pudiera lucir atractivo también, y en verdad deseo saber lo que significa.

Sin embargo, ahora no era el momento de pensar en ello.

—Dámela —digo con voz ronca, señalando su erección.

Sus cejas se alzaron, las pestañas atrapando la luz.

—¿Quieres devolver el favor?

Cuando asiento, se acerca y se coloca a ahorcajadas en mis hombros, luego toma la segunda almohada de la cama y la mete bajo mi cabeza. La altura añadida lleva mi cabeza al nivel de su polla. Trago, luego paso mi lengua alrededor de la cabeza.

—Casi estoy allí —admite.

—¿Sí? —Inclino mi cabeza, pero mantengo mi boca en él, raspando mis dientes ligeramente sobre su polla.

Deja escapar un suave gemido.

Lo suelto con una risa.

—¿No tuvimos toda una charla sobre la resistencia anoche?

—Eso fue antes de que pasara veinte minutos follando tu culo con mis dedos.

Tiemblo ante la memoria. Jesús, estoy poniéndome duro otra vez. Es como si no pudiera tener suficiente de este hombre.

—¿Te excito, huh? —digo, arrastrando las palabras.

—Oh sí. —Empuja su polla hacia adelante, y abro mi boca, dejándolo deslizarse dentro.

Mis manos viajan por su cuerpo para ahuecar su culo. Aprieto mientras el gime otra vez, empujando un poco más profundo. Con mis manos ocupadas, es difícil controlar cuanto tomo de él, pero él no es un idiota con ello. No empuja profundo y no fuerza ninguna acción de garganta profunda conmigo. Parece sentir mis límites, de la misma forma que siente la mierda en el hielo —cuándo pasar el disco, cuándo tomarse su tiempo hasta esa perfecta apertura se revela así puede golpear uno dentro.

Folla mi boca con embestidas rápidas y superficiales que igualan su respiración rápida y poco profunda. Pruebo su líquido pre seminal en mi lengua. Es un sabor fuerte que me hace preguntarme cómo sería sentirlo inundando mi boca, deslizándose por mi garganta. Nunca en un millón de años creí que estaría contemplando eso. O que estaría amasando las nalgas de otro hombre, urgiéndolo a venirse mientras aprieto mis labios alrededor de su polla.

—Ve vengo —advierte.

Esta vez me pego a él hasta el final. El primer choro caliente golpea mi lengua, el segundo va a la parte de atrás de mi garganta, provocando mi reflejo nauseoso. Respiro por la nariz y trago, mi corazón latiendo mientras mi mejor amigo jadea a través del orgasmo.

Eso no estuvo...mal. Su sabor es extrañamente atractivo.

Le doy una última chupada antes de permitirle alejarse. Cae a mi lado, descansando su cabeza en mi hombro. Ambos dejamos salir un suspiro satisfecho, luego reímos.

El silencio se extiende entre nosotros, pero no es uno incómodo. Estamos relajados. Mi mente va a la deriva en la neblina post sexo, donde pensar esta sobreestimado.

—Probablemente deberíamos ir al comedor antes que termine la cena —dice Wes—. No quiero perderme el gran show.

Cierto. La canción. Alguien—Wes—había decidido que los entrenadores debían cantar a los niños una buena canción de Britney Spears. Pat se había quejado y protestado, diciendo que no conocía la letra de ninguna de sus canciones. Wes, por supuesto, había tomado rápidamente su teléfono y envió un mail a los entrenadores más viejos con las letras de todo el álbum de Britney. Muy ingenioso, mi mejor amigo.

Estoy demasiado relegado para moverme, sin embargo.

—Cinco minutos más —le digo, envolviendo mi brazo alrededor de su hombro para evitar que se levante.

Su mejilla acaricia mi pectoral izquierdo.

—Eres una puta que se acurruca, ¿huh?

Lo soy. Absolutamente. Solo que nunca soñé que estaría acurrucándome con otro chico.

—Miré porno antes —dejo escapar.

El ríe.

—Sí, lo imaginé. Tenías esa mirada culpable de acabo-de-mastúrbame cuando entré.

Hago una pausa.

—Porno *gay*.

Levanta su cabeza y me mira, sus ojos grises brillando juguetonamente.

—Uh-huh. Ya veo. ¿Lo disfrutaste?

Otra pausa. Luego lo dejo escapar.

—Sí.

Wes vuelve a bajar su cabeza, frotando su mano en mi estómago para tranquilizarme.

—¿Te asustó, cierto?

—Bueno...—No es fácil de explicar—. Estoy un poco asustado sobre no estar asustado. Si eso tiene sentido.

Nos quedamos en silencio otra vez. Puedo decir que está procesando lo que acabo de decirle.

—¿Puedo preguntarte algo? —murmuro.

—Dilo. —Su aliento le hace cosquillas a mi pezón, y se endurece. Instantáneamente.

—¿Alguna vez te han... —no estoy seguro de cómo decirlo—... penetrado? ¿Esa es la palabra correcta?

Sus hombros tiemblan, como si intentara no reírse.

—Tan correcta como cualquiera. “Follado” también sirve. “Tomado por el culo”, también es buena.

—Está bien. ¿Bueno?

Se mueve un poco.

—Sí. Lo he hecho. Una vez.

—¿Solo una vez? —Supongo que no estoy sorprendido. Wes tiene “en la parte de arriba” escrito sobre todo él—. ¿Te gustó?

Lo piensa.

—No al principio. Y definitivamente no al final. Pero fue bastante bueno en el medio.

Típica respuesta de Wes. Estallo en risas, mi palma deslizándose sobre su brazo desnudo antes de darle un pellizco a su bíceps.

—Um...¿Qué sucedió al comienzo y al final?

—Al comienzo, dolió. —Su tono es triste—. Pero probablemente fue porque ambos éramos idiotas de dieciocho años y ninguno pensó en traer lubricante.

Dieciocho. Por alguna razón eso me enoja. Me pregunto si fue antes o después de nuestra última noche en el campamento. Antes, estaría bien con eso. Pero después...No estoy seguro de porqué, pero el pensamiento de Wes sacándome de su vida y luego yendo a perder su virginidad con algún chico me molesta.

—Escupir solo te ayuda un poco —dice, ajeno a mis turbulentos pensamientos—. Así que llevó un rato que él...sí.

Fuerzo un tono casual.

—¿Pero entonces se puso bueno?

Se detiene otra vez. Luego asiente, su barbilla golpeando mi hombro.

—Sí, se puso bueno.

Una ráfaga caliente sube por mi espina. Estoy sorprendido al darme cuenta que son celos.

—¿Y al final? —incito, con la esperanza de que escuchar cómo el sexo se arruinó otra vez libere la presión en mi pecho.

Wes suspira.

—Él no era nadie que quisiera ver otra vez. Se esforzó en hacerlo degradante para mí. Como que me agrió toda la experiencia.

Acaricio la cima de su cabeza. Puedo decir que se siente incómodo hablado de ello, pero aprecio que me lo haya dicho. Es raro para Wes baje su actitud de a la mierda con el mundo y se deje vulnerable.

—¿Entonces eso es todo? ¿No dejaste que otro...uh...pusiera su bandera allí después de eso?

Ahoga una risa.

—No. Después de eso decidí que dejaría lo de clavar la bandera para mí.

Rio, acariciando otra vez su cabello. Es suave como la seda bajo mi palma, en comparación con la barba raspando mi hombro.

—Yo...—aclara su garganta—. Te dejaría hacerlo, sin embargo.

Mi mano se congela en su cabello.

—¿Lo harías?

Asiente.

—Te dejaría hacerme cualquier cosa, Canning.

Cuando su voz se rompe, algo dentro de mí también lo hace. No tengo idea de que está pasando aquí o que somos para el otro.

Amigos. Somos amigos. Excepto que eso no se siente como el nombre apropiado.

¿Amigos con beneficios? No se siente bien, tampoco.

Debo haberme quedado en silencio por mucho tiempo, porque Wes se sienta de pronto, el calor de su cuerpo abandonándome.

—Vamos —dice con voz ronca—. Deberíamos irnos.

Capítulo 22

Wes

Nuestro horario de entrenadores nos levantó otra vez a la mañana siguiente, y llego al hielo preparado para darles un gran entrenamiento a estos niños. Tuve un inicio duro la semana pasada, dejando que su impulsividad e inutilidad para seguir mis instrucciones me afectara, pero estoy determinado a tomar nota de Jamie y ejercer un poco de paciencia.

No me entiendas mal, sé ser paciente, cuando estoy *jugando*. ¿Pero mirar a otros tipos jugar? ¿Viendo los errores que están cometiendo y verlos cometerlos otra vez en lugar de corregirlos basándose en mi consejo? Es una locura.

Aunque hoy los chicos estás escuchándome mejor. Estoy practicando algunas jugadas de pases básicas con mis delanteros, cambiando las trayectorias cada poco tiempo para que obtengan la sensación del estilo y técnica de sus compañeros de equipo. Para la mayoría está yendo bien, pero un niño, Davies, acapara el disco sin importar en qué trayectoria esté jugando.

Me trago mi silbido, tentado a arrancarme el pelo de raíz. Davies simplemente ha ignorado mis instrucciones *otra vez*, lanzándole un débil tiro de muñeca a Killfeather en vez de dar un pase atrás a Shen, como se suponía que debía hacer.

Lo llamé y patiné hacia mí sonrojado y hosco.

Desde la esquina del ojo, veo a Jamie observándonos con atención, como si estuviese valorando mi capacidad como entrenador. Pat también está mirando, desde el banco, y estoy contento de que por fin ha dejado de fruncirme el ceño. Anoche Canning y yo habíamos aparecido demasiado tarde al comedor para ver la actuación en directo, pero afortunadamente, Georgie lo grabó con su iPhone. Y créeme, nunca voy a olvidar la visión de Pat y sus cuatro entrenadores moviéndose de un lado a otro y cantando la interpretación más desafinada de *Oops, I did it again*.

No creo que Pat tampoco la olvide. O deje de odiarme por elegir la apuesta de ese partido de fútbol.

Centrándome en Davies, cruzo los brazos sobre mi sudadera de Northern Mass y pregunto:

—¿Qué tipo de ejercicios estamos practicando?

—¿Uh...?

—Pases —aclarar.

Asiente.

—Cierto.

—Lo que significa que necesitas *pasar* el disco, niño.

—Pero en la última práctica nos diste todo un discurso sobre no vacilar. Nos dijiste que si teníamos un tiro, fuésemos por ello. —Inclina la barbilla defensivamente—. Tenía un tiro.

Finjo un jadeo.

—Espera, ¿el disco pasó a Killfeather? Debí perderme ese gol.

Ahora su expresión es avergonzada.

—Bueno, no, fallé, pero...

—Pero *querías* marcar gol. Lo entiendo. —Le ofrezco una sonrisa amable—. Mira, estoy contigo, niño. No hay mejor sensación en el mundo que ver iluminarse el marcador. Pero permíteme preguntarte algo, ¿cuántos delanteros hay normalmente en el hielo?

—Tres...

—Tres —confirmo—. No estás jugando solo ahí. Tienes tus compañeros de equipo contigo y no están ahí para patinar y verse hermosos.

Sonríe.

—Shen tenía un tiro. Si se la hubieses pasado, hubiese metido ese bebé justo dentro, por la esquina superior izquierda. Y tú habrías obtenido la asistencia. En cambio, no tienes nada.

Davies asiente despacio, y una ráfaga de orgullo me atraviesa. Santo Dios, estoy llegando hasta él. Puedo verle absorber las palabras, *mis* palabras. Y, de repente, entiendo por qué Canning trabaja tan duro en esto de entrenar. Es... valioso.

—Necesitas confiar en tus compañeros de equipo —le advierto a Davies.

Pero por alguna razón eso borra la sonrisa de su rostro, que cambia por fruncir el ceño de forma oscura.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Murmura algo que no logro entender.

—No puedo escucharte, niño.

Me mira a los ojos.

—Es un poco difícil confiar en ellos cuando sé que quieren que falle.

—Eso no es cierto. —Excepto que incluso cuando expreso una protesta, sé que en cierto modo tiene razón. Algunos jugadores tienen la tendencia de ser feroces, preocupándose únicamente de ellos mismos. De repente, tiene sentido el por qué Davies siempre está buscando ser la estrella, porque cree que es lo que el resto está haciendo.

—Es verdad. —Dirige la mirada hacia la portería, donde Jamie está hablando con Killfeather—. Especialmente con Mark. Jodidam... malditamente —se corrige—. Malditamente disfruta viéndome estropearlo. Y luego cita todo lo que hice mal al día siguiente en el desayuno, o en la cena, o cuando estoy intentando dormirme. Siempre está con juegos mentales.

Sofoco un suspiro.

—Tu compañero de cuarto, ¿cierto?

—Desafortunadamente —murmura.

—¿Han quedado fuera de las prácticas? ¿Hablaron sobre otra cosa que hockey?

—No realmente —responde con un encogimiento de hombros—. Quiero decir, habla sobre su padre a veces. No creo que se lleven bien. Pero eso es todo.

—¿Quieres mi consejo?

Su expresión es sincera cuando asiente.

—Trata de llegar a conocerlo. Desarrolla alguna confianza fuera del hielo. —Señalo a Jamie con la cabeza—. El primer día que me enfrenté a Jamie, uh, el entrenador Canning, quiero decir, fui un completo idiota. Engreído, fanfarrón. Lo molesté cada vez que lanzaba un tiro a la portería, haciendo un pequeño baile de la victoria cada vez que marcaba. Lo juro,

cuando la práctica acabó quería asesinarme. Le dijo al entrenador Pat que odiaba mi carácter y le sugirió que me enviasen de vuelta al planeta de imbéciles de donde había salido.

Davies se rio.

—Pero ahora son como hermanos.

—Sí. Y también fuimos compañeros de cuarto por aquel entonces. Cuando volvimos a nuestro cuarto después de ese primer entrenamiento, simplemente se sentó allí y me miró fijamente durante una hora.

—¿Así que qué hiciste? —preguntó Davies con curiosidad.

—Le sugerí que jugásemos al “Nunca-nunca”. Llevó un tiempo convencerlo, aún estaba bastante molesto conmigo, pero con el tiempo lo desgasté.

Sonreí con el recuerdo. Nos pasamos algunas latas de Red Bull que le había robado a uno de los entrenadores y nos llegamos a conocer el uno al otro diciendo las cosas más locas. *Nunca me oriné en el pantalón en un partido de los Bruins. Nunca le enseñé el culo a un autobús lleno de monjas durante un viaje escolar a una fábrica de chicle.* Esas fueron más, por supuesto.

Las de Jamie habían sido más serias. *No soy hijo único. Algún día no quiero jugar en los profesionales.* Sí, no había practicado mucho la parte de “nunca del juego, pero no me había importado. Mi yo de trece años se había estado divirtiendo colocándose con azúcar y cafeína. Nos quedamos despiertos hasta las cuatro de la mañana y a duras penas pudimos levantarnos a la mañana siguiente.

—Después de eso, fuimos inseparables —afirmo con una sonrisa.

Davies se muerde el labio.

—Pero el entrenador Canning es genial. Mark es... un poco imbecil.

Sofoco una risa.

—Nunca se sabe, puede acabar siendo el tipo más genial que conocerás jamás.

—No sé...

Le doy un golpecito natural en el hombro.

—Simplemente dale una oportunidad. O no. Haz con ese consejo lo que quieras. —Luego vuelvo al modo entrenador Wesley, soplando el silbato lo suficientemente fuerte para sorprenderlo—. Ahora vuelve allí y comparte la abundancia, niño. Acapara una vez más el disco y te mando al banquillo el resto de la práctica.



Tres semanas pasan rápido.

Cuando Jamie y yo éramos adolescentes, todo duraba para siempre. Un verano era una vida entera. Pero estoy en la segunda semana de mi estancia de seis semanas en Lake Placid y no puedo comprender cómo pasó el tiempo.

Después de la cena con los niños el viernes por la noche, Jamie y yo tenemos obligaciones de dormitorio. Eso significa contar cabezas y gritar “apagar las luces” cuando son las diez en punto. Luego, volver a gritarlo de nuevo cuando fallan en seguirlo.

A las once todo está totalmente en silencio. Jamie está tumbado en su cama mandándose mensajes con alguien. Y no me gusta. No del todo. Así que me subo sobre su cuerpo, poniéndome a horcajadas sobre su culo y mi pecho tocándole los hombros.

—Hola.

—Hola —responde sin levantar la vista.

Hundo la nariz en su cabello y tomo un hondo respiro. Huele a verano y no puedo tener suficiente.

—Hombre, ¿estás olisqueándome la cabeza?

—Simplemente comprobando si estabas prestando atención.

—Ajá —dice, sin dejar de teclear en el teléfono.

Me muevo un poco más cerca, mi polla despertándose por el hecho de que estoy *así* de cerca al culo de Jamie. Es divertido que piense que olerle el cabello es raro, pero esté totalmente de acuerdo con que esté a dos segundos de manosearle el trasero.

Los tiempos están cambiando.

Hemos estado haciéndolo cada noche como los conejos en celo esta semana. Pellízcame. Esto es como una verdadera carrera de mamadas. Y nos estamos haciendo realmente buenos en pasarnos el *bastón*.

Pero mi cosa favorita es simplemente hacerlo mientras nos frotamos. Besar a Jamie Canning es espectacular. Soy codicioso con ello, porque en mi instinto sé que no durará. El verano acaba para mí en cuatro semanas y el interés de Jamie en mí puede durar menos. Así que tomaré todo lo que pueda.

Es cien por cien honesto decir que nunca he sido más feliz. Pero, por supuesto, no puedo decirlo en alto.

El problema es, que es más difícil cada día expresar nada de mi actitud de “que te den” por la que soy famoso. Y *no* voy a mirar sobre su hombro y leer el mensaje. Eso sería una imbecilidad para hacer, ¿cierto?

Miro. La pantalla pone HOLLY.

Al siguiente instante me siento insanamente celoso.

—¿Quieres ir a ver una película? —Excepto que no quiero ir a ver una película y probablemente ya habrán empezado—. Se todos modos, ¿qué hay en el teatro esta semana? —pregunto. Como si me importase. En cambio, quiero desnudarme y hacerlo.

—Una película para chicas y otra para niños —responde—. Lo miré.

—Que fastidio. ¿Mamadas, entonces?

Sonríe. Pero sigue sujetando ese maldito teléfono. Aunque no voy a decir una palabra.

Correcto.

—¿Qué estás haciendo?

—Mandando mensajes a Holly.

No puedo evitarlo, hasta el sonido de su nombre en sus labios me tensa. La primera y única vez que conocí a la chica, tenía el cabello con aspecto despeinado por el sexo y una sonrisa soñadora en el rostro. Me molesta que Jamie fuese el responsable de ambas cosas.

—¿Qué está tramando? —Trato de sonar casual.

Fallo, porque gira la cabeza poniéndome los ojos en blanco.

—¿Esa es tu forma de preguntarme si nos estamos mandando mensajes sexuales?

Me encojo de hombros.

Jamie empieza a teclear en el teléfono de nuevo.

—No nos estamos mandando mensajes sexuales. Ya no hacemos eso, de todos modos. Y esta noche está atascada como niñera de su prima pequeña en Cape Cod. Siguen viendo la misma película una y otra vez y está a punto de dejar la familia y unirse al circo. —Se gira para sonreírme—. Sugerí tragafuegos, pero piensa que trapequista será divertido. —Deja de hablar, sus ojos manteniendo una pizca de regocijo. Creo que está a punto de echarme en cara mi comportamiento estúpido.

Luego no lo hace. Maldito Jamie. Siempre tan tolerante. Algunos días daría un miembro por ser así. Pero no una pierna, porque la necesito para patinar, tampoco un brazo... Dios, tengo la cabeza aturdida esta noche.

¿Necesito una mamada o qué?

Jamie vuelve a leer la pantalla y se ríe, quiero tomar el teléfono y tirarlo contra la pared. Lo único que me detiene es que Cape Cod está a unas cinco horas de aquí. Tal vez seis.

Así que en cambio, empiezo a besarle el cuello.

Después de un tiempo, funciona. Aparta el teléfono y pone a cabeza en la almohada.

—Te sientes bien ahí arriba.

—¿Sí? —Empujo mis caderas hacia abajo y él me devuelve el movimiento.

Deslizo una mano bajo su camiseta, acariciándole el costado. Luego subo su camiseta y le beso la espalda y se tensa bajo mi toque, su cuerpo moviéndose perezosamente en la cama.

—Te quiero —susurro. Más tarde, esas dos palabras me definen.

—Me tienes —contesta.

El corazón se me altera, y mi polla se endurece hasta tener la textura parecida a una barra de hierro. ¿Si quiera entiende en la forma que suena?

No hemos hablado de follar desde esa única vez. Lo quiero desesperadamente, pero solo si él lo quiere.

Solo hay un modo de averiguarlo.

Me aparto de él y le bajo el pantalón. Y los calzoncillos. Su culo es perfecto, duro y redondo, con una línea morena dividiendo su cintura. Beso la línea morena, porque tengo que hacerlo.

—Mmmm —concuerda, tiene los ojos cerrados. Observo mientras empuja las caderas contra el colchón. Al igual que yo, Jamie tiene dos velocidades: cachondo y dormido.

Me quito la camiseta y después el pantalón. Cuanta más de mi piel toque, más feliz soy.

¿Entonces? Suena su teléfono.

Lo juro por Dios, si es Holly...

Desde que estoy acostado sobre su cuerpo, me trago mi molestia y le pregunto si quiere que se lo consiga.

—Solo comprueba el número —pide perezosamente—. Probablemente no sea nada.

Pero el teléfono de Jamie normalmente no suena a esta hora, así que lo miro. No es Holly. El identificador pone KILLFEATHER.

—Esto... Es un campista.

Alza la cabeza con rapidez.

—¿En serio?

Le entrego el teléfono y responde:

—¿Hola? —Frunce el ceño—. ¿Dónde estás? ¿Dónde? —Otra pausa—. Estaré allí enseguida. —Corta la llamada.

—¿Cuál es el problema con tu portero?

Jamie frunce el ceño y no puedo evitar notar que hasta su gesto enfadado es caliente.

—Ese fue Shen usando el teléfono de Killfeather. Aparentemente mi portero está borracho con dos de tus delanteros. No están lejos, pero Killfeather no quiere volver y no saben qué hacer.

Alcancé mi camiseta.

—Vamos. ¿Dónde están?

—Detrás del instituto.

—Qué original. Cuando yo te emborraché, fue en el tejado de Hampton Inn.

Jamie ríe, volviéndose a colocar la ropa.

—No todos pueden ser Ryan Wesley. La ciudad tendría el doble de tamaño por su policía.

Con silencio mutuo acordado, dejamos el dormitorio como ladrones en la noche. Si es necesario llamar por refuerzos, estoy seguro de que Jamie lo hará. Pero, a veces, es simplemente mejor manejar las cosas silenciosamente.

Una vez fuera, nos encaminamos hacia el instituto. Hay una vaya rodeando el lugar, pero Jamie señala un hueco de unos sesenta centímetros. Cuando me deslizo delante de él, pone una calurosa mano en mi espalda y me estremezco ligeramente.

Estoy tan desesperado por él. Espero que no pueda notarlo.

Encontramos a nuestras cargas sentados en sus traseros en la grava bajo una señal que pone “Basura azul”. Concuerda, porque estos niños están hechos un asco. Especialmente Killfeather.

Jamie se agacha para hablar con ellos.

—¿Cuál es el problema aquí?

—Estamos, como, borrachos —explica Davies—. Yyyyyyy Killfeather no quiere volver a casa. Pero no podemos dejarlo aquí.

—Ya veo. —De algún modo Jamie mantiene un gesto serio—. ¿Por qué no quieres ir a casa? —le pregunta a su portero.

—Solo... cansado de todo —pronuncia mal Killfeather, golpeándose la cabeza con la pared de atrás—. Mañana simplemente volveremos a hacerlo de nuevo.

—Ya veo —repite Jamie—. ¿Cuánto bebisteis?

Shen hace una mueca.

—Un paquete de seis.

Espera, ¿qué?

—¿Cada uno? —pregunto bruscamente.

Killfeather niega.

—No. —Enseña una malla de seis. Las botellas están vacías, por supuesto.

—¿Qué más? —demando.

Pareciendo tímido, Davis saca de las sombras una pequeña botella vacía de una cerveza local.

Jamie la toma y lee la etiqueta.

—De acuerdo. ¿Algo más?

Los tres niegan.

—¿De dónde lo conseguiste? —interroga Jamie.

—Pagamos a un tipo.

Jamie alza el mentón para mirarme y puedo ver que está luchando por no reírse. Así también es como conseguimos nuestra cerveza a su edad.

—Hablemos —dice, levantándose y acercándose a mí.

Giro la esquina del edificio con él. Solo nos alejamos un metro, así que pone los labios justo en mi oreja.

—¿En serio? ¿Consiguen emborracharse con menos de tres cervezas cada uno?

Girándome para susurrar mi respuesta, le acaricio el hombro con el pecho. Dejo que mis labios toquen su mandíbula antes de hablar:

—Tienen cero tolerancia y un metabolismo realmente rápido. ¿No éramos igual?

Jamie se ríe y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Entonces, nada de hospital.

—Nah —respondo rápidamente—. Nunca ha muerto nadie por dos cervezas y media. Hagámosles andar alrededor, que se pongan sobrios y metámoslos en la cama.

—Suenas como un plan. —Jamie camina airadamente hacia ellos—. De acuerdo, señoritas. Vamos. Vamos a hacer un trato. Los tres van a hacer una pequeña caminata con nosotros y los llevaremos a casa sin advertir a las autoridades.

—Como, ¿la policía? —pronuncia mal Shen.

—Nah, se refiere a Pat —aclaro.

Shen lucha por ponerse en pie.

—De acuerdo, vamos. —Se levanta también Davies.

Eso deja a Killfeather aún sentado allí. Sin moverse.

Jamie se inclina ofreciéndole una mano.

—Vamos ya. Tienes práctica por la mañana.

—No seré lo suficientemente bueno —balbucea Killfeather.

—Tendrás un poco de resaca —asegura Jamie—. Pero eso nunca mató a nadie.

Killfeather niega inflexiblemente.

—No seré lo suficientemente bueno para mi padre. Nunca lo seré. Nada lo es.

Ah. Podría haber escrito ese discurso yo mismo.

—No juegues al hockey por tu padre, amigo. Tienes que jugar por ti.
—También lo intento extendiendo una mano.

Esta vez la toma. Tengo que tirar de él, lo que funciona en su mayoría. Tiene que apoyarse contra el muro por un segundo, pero luego se pone vertical por sí mismo.

—En serio. Que le jodan. Es tu vida.

La cabeza de Killfeather cuelga un poco, en la clásica postura de borracho.

—Necesita relajarse.

—Pero nunca lo hace —le comento. La verdad duele, pero debería entenderlo lo más pronto posible—. Y tú tienes que vivir tu vida. Si no lo haces, entonces él gana. Qué desperdicio, ¿cierto?

El joven portero asiente con todo el cuerpo, como un caballo. Pero me está escuchando.

—Vámonos entonces.

—¿Dónde nos van a llevar? —pregunta Davies.

—Vamos a tener una pequeña lección de historia —contesta Jamie—. Eligieron emborracharos a cuarenta y cinco metros de un lugar legendario.

Dirige a los chicos a través de la Carretera de Llegada y me controlo para no hacer una broma. Caminan arrastrando los pies detrás de él hasta que estamos en un estacionamiento vacío detrás del Estadio Olímpico.

—De acuerdo, ¿qué tiene de famoso este lugar?

—Um —dice Shen—. El estadio. Fue donde Estados Unidos machacó a Rusia, ganando el oro en 1980.

—Ah —interviene Jamie, alzando un dedo—. Estados Unidos machacó al impresionante equipo Ruso cuatro a tres, con un equipo de veinte universitarios. Pero el partido por la medalla de oro fue dos días después, contra Suecia. Cuatro a dos. Pero ese no es el por qué estamos aquí.

—¿No?

Jamie niega.

—¿Ven esa colina? —Apunta sobre su hombro y todos miramos arriba.

—Veo otro estacionamiento —murmura Killfeather.

Con el puño, Jamie le golpea débilmente bajo el mentón.

—Eso no es simplemente un estacionamiento y no es solo cualquier colina. Herb Brooks fue el entrenador del equipo de Estados Unidos. Ese el por qué ahora el edificio lleva su nombre. Les puso a esos hombres todo su equipamiento y los hizo subir y bajar esa colina.

—Suenan divertidísimo —farfulla Davies.

—Vamos a averiguarlo. —Jamie se frota las manos—. A la cuenta de tres, todo el mundo va a correr hacia allí arriba. Iremos juntos. Tú también, Wesley.

—No voy a correr —se queja Shen—. Demasiado borracho.

—Noo —aseguro, sujetándole el hombro—. Deberías haberlo pensado antes. Vamos. —Choco las manos.

—Uno. Dos. ¡Tres! —Jamie sale disparado por la grava. Hay un poco de hierba cuando comienza la colina y la alcanza con rapidez.

Me mantengo al final para asegurarme que los chicos le siguen. Y lo hacen, con un paso lento. Lo que está bien, porque realmente no necesitamos que se hagan daño. Aunque hay luna. No está totalmente oscuro y hay farolas en la cima de la colina.

Con los minutos todos estamos respirando con dificultad. La colina es realmente dura y estoy agradecido de no estar vistiendo mi equipamiento. Eventualmente los niños llegan a la cumbre, quejándose todo el camino. Entonces los cinco estamos jadeando en el estacionamiento, con las manos en las caderas, deseando tener agua.

—No me siento muy bien —murmura Shen.

—Si vas a vomitar hazlo en los arbustos —indico rápidamente. Este estacionamiento pertenece a un club de golf. En realidad, estamos entrando ilegalmente.

Se tambalea, simplemente haciéndolo hasta un arbusto, después hay sonidos de arcadas.

—Bajaremos despacio —menciona Jamie, golpeándose el mentón—. Y compraré un poco de agua.

—Y Advil. Tengo en nuestro cuarto.

—Por supuesto que tienes.

Tengo que evitar sonreír. Otra ridícula y estúpida noche en Lake Placid con Jamie. Espero que las siguientes cuatro semanas sean más tranquilas.

En nuestro camino de vuelta, tengo una pequeña charla con Davies.

—Entonces... ¿Por qué tuvisteis que salir y emborracharte? Podían ser expulsados del campamento.

Alza la barbilla.

—Me lo dijiste.

—¿Qué dije?

—Dijiste que pasara algo de tiempo con él fuera del hielo. Lo hice.

Pienso en ello.

—De acuerdo. Es mi trabajo decirte que rompiste las normas. Pero sé de quién viene. Y me gusta que llamas al entrenador Canning cuando Killfeather no podía irse a casa.

—No podía simplemente *dejarlo* allí.

Consigue un golpecito amistoso en la espalda por eso.

—Buen chico. Mantente alejado de problemas y podemos mantener esta travesura en privado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Volvemos al dormitorio a través del fresco aire del verano mientras vemos la luna alzándose sobre el lago. No puedo esperar llegar a casa.

Capítulo 23

Wes

Cuarenta minutos después tengo la polla de Jamie en mi boca y estoy acariciándole la próstata como un campeón. Está retorciéndose y suplicando:

—Dame más —gimotea—. Dame la P. Sabes que lo quieres.

Lo suelto con un pop y prácticamente me trago la lengua. El modo casual con el que me pide que lo folle simplemente me aturde.

—No sé —tartamudeo.

Abre un ojo apasionado y me mira.

—Cristo. A veces se siente como si tuvieses todo el brazo ahí, de todos modos. ¿Cuál es la diferencia?

Porque simplemente la hay.

No se me entienda mal, quiero entrar en ese excelente trasero más de lo que quiero mi siguiente respiro. Pero también estoy asustado. No es una sensación familiar. Nunca me solía preocupar las consecuencias de mis actos. Pero si hacemos esto, no quiero simplemente follar a Jamie. *Significará* algo para mí. Y la cuestión es, que para él no lo hará.

Para él, solo será otra pequeña experiencia que se puede llevar consigo antes de marcharse y casarse con alguna chica.

Ahora me está mirando, esperando a que me decida. Y mientras espera se está masturbando y mirándome a los ojos.

Santo Dios, voy a hacerlo.

Voy a follar con el hombre que siempre he amado.

Apenas puedo respirar mientras busco el lubricante. Entonces me doy cuenta que necesito un condón, así que salgo de la cama en busca de mi bolsa de lona. Metí en ella una caja entera de condones, aunque no sé por qué. Cuando tomé el trabajo en el campamento, fue con el único propósito de pasar tiempo con Jamie, no ir a algún tipo de juerga sexual con los gays locales.

Nunca pensé que abriría esta caja. Con Jamie. *Para Jamie.*

—¿Estás *seguro*? —pregunto densamente.

Asiente. Sus ojos marrones están ardiendo con hambre. Brillan con confianza. Memorizo esa expresión, el modo que luce tumbado ahí a mi merced, grande, duro y meciéndose con poder masculino.

Me tomo mi tiempo con él, más generoso que de costumbre con el lubricante. Joder, no quiero hacerle daño y, absolutamente, no quiero que odie esto. No puedo evitar recordar mi primera vez, lo barato que me hizo sentir, siendo usado por un tipo que le importó una mierda si yo lo disfrutaba o no.

Quiero que esto sea muy bueno para Jamie.

—Un dedo no será suficiente esta vez. —Mi voz es tan ronca que me pica la garganta—. Necesitará estar más usado antes de que yo... uh...

Él suena tan ronco como yo.

—¿Te detendrás si no me gusta?

Mi corazón se aprieta.

—Por supuesto. —Me inclino sobre él y le doy un beso tranquilizador en los labios, luego le guiño un ojo—. Simplemente di *escroto* si quieres que pare.

Una ola de risa lo atraviesa.

—Oh mierda. Olvidé eso completamente.

También me rio mientras pienso en la palabra clave tan ridícula que nos inventamos cuando teníamos catorce años. No estoy seguro de quién la inventó, ¿a quién estoy engañando? Obviamente fui yo, pero la usamos durante nuestra fase de lucha libre. Decidimos que el MMA era la mierda más *asombrosa* de todas y pasamos horas en el gimnasio practicando nuestros “movimientos”. Excepto que la mitad del tiempo cuando uno estaba agotado el otro no lo notaba, así que inventamos una palabra segura.

Creo que jamás olvidaré cuando Pat entró en el gimnasio y nos encontró, a mi tumbado bocabajo en el suelo con la rodilla de Jamie hundida en la nuca mientras gritaba ¡Escroto! Una y otra vez.

—¿Preparado para correrte con más fuerza de lo que has hecho en tu vida? —pregunto seriamente, alzando una de sus rodillas.

Sonríe.

—¿Estás seguro de que quieres ponerte tanta presión a ti mismo, amigo?

—Sin presión. Un simple hecho. La ciencia lo ha probado.

Ahora se ríe, pero el sonido muere cuando hago círculos con la punta del dedo alrededor de su ano. Sus nalgas se tensan, pero no con miedo, sino con anticipación. Lo veo en sus ojos, un fuerte rayo de calor, antes de que levante su otra rodilla y poniéndose totalmente a mi disposición.

Jesús. No, no voy a sobrevivir a esto.

Lo probé y me ocupé por largos momentos antes de deslizar dentro el dedo. Con la otra mano tomo su polla. Soy egoísta, pero no quiero que se corra antes de que esté enterrado en él, así que no lo tomo en la boca o lo acaricio tan fuerte como quiere. Lento, golpes ligeros es todo lo que consigue mientras trabajo mi dedo en su agujero apretado.

Cuando un segundo dedo se une a la fiesta, frunce el ceño. Gotas de sudor cayéndole de la frente. A mí también. Prepararlo es una de las cosas más calientes que he hecho jamás. Me toma toda la concentración. Acariciarlo, probarlo, girarlo, teniéndolo preparado para mí.

Con tres dedos, gime lo suficientemente alto para despertar a un muerto y suelto su erección para ponerle la palma en la boca.

—Silencio, nene.

—Wes... —Ahora se está retorciendo, moviendo el culo hacia mis dedos penetrantes. Cada vez que le toco la próstata deja salir un jadeo—: Necesito más.

Es hermoso. Malditamente hermoso. Y estoy tan duro que duele. Mi latido se dispara como si despegase mientras rompo el paquete del condón con los dientes. Me cubro con una mano, luego coloco lubricante en el condón para hacer que el látex se deslice más fácilmente. Con los dedos sigo atormentando el culo de Jamie.

—¿Estás preparado para esto? —digo con voz áspera.

Separa los labios con un tembloroso respiro. Asiente.

Tomando mi erección, me coloco entre sus grandes muslos. Mi respiración es igual de inestable. Demonios, mi mano está temblando

alrededor de mi polla, como si nunca antes hubiese hecho esto. Pero *no* he hecho esto. No con alguien que amo.

La punta de mi polla toca su agujero. Se tensa de nuevo, cerrándose para negarme la entrada.

Alcanzo su erección y la acaricio con el puño.

—Respira —susurro—. Relájate para mí.

Traga saliva. Luego deja salir otro respiro.

Vuelvo a empujar y, esta vez, soy capaz de entrar fácilmente. Solo la punta, pero joder, la presión es increíble. Está caliente y tirante, apretándome hasta el olvido.

—Ohjoderohjoderohjoder. —Es todo lo que parecer ser capaz de decir mientras mi polla se hunde más. Tiene las mejillas sonrojadas y sus ojos están brillantes.

Si duro más de cinco golpes será un milagro. Además, estamos en Lake Placid, que simplemente pasa a ser Miracle Central.

Su erección pulsa en mi puño, pero no la acaricio. Aún no. No hasta que me lo suplique.

—Jamie... ¿estás bien?

Gime como respuesta.

Ahora estoy totalmente dentro y mi polla está en el cielo. *Estoy* en el cielo. Me inclino y cubro su torso con el mío, con los codos a los lados de su cabeza y me inclino para besarlo. Luego empiezo a moverme.

—Oh... Dios... —susurra las palabras en mis labios y me las trago con otro beso de tornillo.

Lo follo lentamente, permitiéndole acostumbrarse a la sensación, pero Jamie Canning es un maestro en adaptarse. Es él quien me rodea con los brazos, el que pone sus piernas en torno a mi culo. Es él quien empieza a mecerse para encontrarse con cada una de mis embestidas y quien dice “*Más rápido, Wes*” mientras trato desesperadamente de ir despacio.

—No quiero hacerte daño —murmuro.

—Quiero correrme —farfulla.

Sonrío cuando serpentea una mano entre el apretado sello de nuestros cuerpos, tratando de alcanzar su polla. Está ardiendo, tiene el rostro y pecho sonrojados con deseo. Se acerca a mi culo y gime con frustración, me compadezco de mi hombre y me vuelvo a poner de rodillas, tirando de sus caderas para acercarlo.

El nuevo ángulo le hace maldecir. Sus dedos buscan su erección, pero los aparto suavemente.

—Mi trabajo, bebé. Yo hago que te corras.

Me retiro antes de que la cabeza de mi polla le siguiese en su interior. Nos miramos fijamente. Su respiración se acelera.

Entonces le acaricio la polla con un largo y duro movimiento al mismo tiempo que vuelvo a entrar en él.

Tengo que darle crédito, de que al mismo tiempo se las apañe para mantenerse callado. Se muerde los labios para evitar gemir, sus preciosos rasgos endurecidos. Está cerca. Puedo verlo en sus ojos, sentirlo en la urgencia con la que machaca su culo contra mi ingle.

Estoy recubierto de sudor. Mi propia liberación es inminente y quiero alargarlo desesperadamente, pero es como pasarle el disco a Gretzky y pedirle que no haga un lanzamiento. No hay forma de detener el orgasmo. Chisporrotea en mis pelotas y ondula a través de mi erección y me corro mientras masturbo a Jamie.

Mi mundo es reducido al hombre debajo de mí. Casi hago una escena como en una película de chicas y grito “¡Te amo!” y me estremezco con la liberación. Pero lucho contra la tentación y me centro en llevar a Jamie donde necesita llegar. Mi polla sigue dura a pesar del alucinante clímax. Sigo follándolo, sigo empujando mientras mi mano trabaja en su erección.

—Oh... síiiii...

Pura felicidad me atraviesa cuando su liberación humedece la punta de mis dedos. Se corre con un quejido estrangulado. Y se sigue corriendo. Y luego se corre un poco más.

Supongo que nadie puede decir que él no lo disfrutó.

Cuando finalmente acaba, colapso sobre su pegajoso pecho y le farfullo en el oído:

—Esa fue la cosa más caliente que he visto jamás.

Se aferra a mí, su gran mano presionada en mi húmeda espalda.

Permanecemos ahí tumbados un largo tiempo. Simplemente estoy a la deriva de mi propia felicidad. Llevo una gran vida y es un viaje impresionante. Pero no hay muchos momentos como este. Quiero embotellarlo y llevármelo a donde quiera que vaya.

Finalmente Jamie habla:

—¿Crees que alguno seguirá enfermo?

—¿Qué? —Solo hay dos personas que existan para mí ahora mismo, así que no tengo ni idea de qué está preguntando.

—Solo estaba esperando que lo hubiesen sacado todo de camino a casa.

Está hablando sobre los adolescentes borrachos a los que les llevó una maldita hora volver a casa. Habíamos seguido deteniéndonos mientras ellos vomitaban.

—Están bien —murmuro. Beso el cuello sudado de Jamie y sabe a cielo.

—¿Deberíamos limpiarnos? —pregunta.

Ya no puedo mantener más este momento. No se alargará y quedará conmigo, no importa lo desesperadamente que lo quiera.

—Sí. ¿Quieres ir primero?

—Ve tú delante.

Llevo a mi pegajoso yo a una ducha de un minuto. Cuando vuelvo a la habitación, Jamie se marcha para darse su propia ducha. Miro mi cama, maldiciendo su tamaño. Las camas gemelas están construidas en la pared, así que la única vez que las uní ha sido en mi imaginación.

A veces nos quedamos dormidos juntos, pero es realmente difícil encajar. Aunque tengo una idea. En realidad he pensado en esto antes, pero soy demasiado gallina para llevarlo a cabo. Aunque, que le den. El verano está a medio acabar.

De perdidos, al río.

Mi colchón se desliza del marco de madera cuando le doy un tirón. Lo dejo en el suelo al lado de mi cama. Hay justo la habitación suficiente para que Jamie haga lo mismo.

Allí de pie mirando mi colchón, me siento expuesto de un modo que no he sentido antes. Jamie y yo tonteamos, pero no hablamos de ello. No le pido nada más que orgasmos.

Tiene que ser así. Me dirijo a Toronto en un mes, donde prometí mantener mi cabeza abajo y jugar el mejor hockey que esos imbéciles han visto jamás. Mi temporada de novato va a ser limpia, sin escándalos, ni travesuras.

Es chocante, pero mi padre y yo por fin estamos de acuerdo en algo en nuestra triste relación: exponer mi sexualidad no es una buena idea ahora mismo.

Lo que es el por qué me aterroriza estarme sintiendo tan atraído por Canning.

Dice el tipo que ya está estúpida y asquerosamente enamorado de él...

Lo estoy y siempre lo he estado. Amo todo de él. Su fuerza silenciosa, su humor seco, su acercamiento despreocupado a la vida que contrasta con su manera controlada en el hielo. Ese cuerpo sexy como el pecado...

Aunque tengo que asegurarme de mantener mis sentimientos bajo control. Él cree que simplemente estamos tonteando. Un buen rato Wes, simplemente teniendo algo de diversión. Pero he cambiado el juego yo mismo esta noche. Y si le dejo saber lo mucho que le quiero junto a mí en la cama, eso también cambiará para él...

Que es el por qué estoy aquí de pie en ropa interior, peleando conmigo mismo sobre si debería o no haber tirado el colchón al suelo.

La puerta se abre a mi espalda y soy totalmente agarrado.

Jamie se quita la toalla del cabello. Mira hacia el colchón en el suelo.

—Nunca pensé en eso —comenta. La toalla aterriza en nuestra no usada silla del escritorio y luego, también tira su colchón al suelo.

Me arde el rostro mientras apago la luz. Es difícil moverse por la habitación con el espacio del suelo reducido por los colchones.

Jamie se mete en la cama por su lado y yo también me tumbo. Le rodeo la cintura con el brazo y acaricio su bajo vientre con la mano.

—¿Estás bien? —murmuro. Como si tengo que cambiar nuestro acuerdo para dormir para consolarlo.

Como sí.

—Voy a estar dolorido, ¿no? —pregunta.

Dudo.

—Tal vez un poco. Lo siento.

Alza mi mano y la besa.

—Lo merece completamente.

Ahora estoy sonriendo en la oscuridad. Lo mantengo tan cerca cómo puedo. Como si toda mi vida se fuera a la mierda después del desayuno de mañana, siempre tendré esta noche.

Capítulo 24

Jamie

Los niños no están ni de cerca tan cansados como deberían. Me había olvidado de cómo el cuerpo adolescente puede recuperarse de cualquier cosa. Todos los ejercicios del día han terminado ya y nadie ni siquiera se ve verde.

Ahora los adolescentes están en la línea de ataque en la pista de hielo de entrenamiento y Killfeather está pateando algunos culos seriamente. Cada vez que se realiza una parada siento que hice algo bueno. Este chico va a ser *grande* algún día. Es material de beca, y espero que el padre que se queja de Killfeather pueda apreciarlo.

Los jóvenes delanteros entrenados por Wes finalmente están jugando como equipo. Ya han tirado un buen número de disparos de gol. Y Wes arbitra el juego. Incluso los círculos perezosos que hace hacía atrás con los patines son fluidos y poderosos. Hay tanto talento en esta habitación ahora mismo que me cuesta creerlo. Es por esto que hago el viaje de cuatro mil kilómetros cada año. Para esto.

Hay otro ataque en la red. Shen realiza un pase de palo a palo a Davies, que no duda. Dispara a la meta antes de que Killfeather pueda detenerlo.

Un pequeño grito de victoria se eleva desde el equipo de puntuación.

—¡Toma esa, Killfeather! —grita Davies—. ¡Eres un colador, debilucho!

Oh, mierda. Aquí vamos. Miro a Killfeather subir su máscara. Luego toma la botella de agua de la parte superior de la red y vierte un poco en su boca. Estoy medio esperando que le escupa en el rostro a Davies, porque mi chico está colorado. Me preparo para el desastre.

Killfeather lanza la botella en la red. Luego me mira fijamente.

Por favor, no explotes como una mina terrestre, le pido silenciosamente.

Mi portero en realidad me da una pequeña sonrisa antes de hablar.

—Sí, Davies. Me la jugaste. Sólo te tomó dos docenas de intentos, una gran cosa mala. —Se pone de un tirón la máscara sobre su rostro y recoge su palo.

Wes está sonriendo cuando patina para recuperar el disco.

—Buena actitud la de hoy, chico —le dice a Killfeather.

El adolescente se ve un poco presumido cuando lanza el disco a la mano de Wes.

Estoy tan absorto en este pequeño drama que no noto las cabezas girándose hacia alguien que ha aparecido detrás del banquillo.

—¡Jamie! ¡Aquí!

Me doy la vuelta para encontrar a Holly allí de pie, agitando los brazos.

—Holly —digo estúpidamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Pone los ojos en blanco, las manos en las caderas de un pequeño par de pantalones vaqueros cortos.

—Qué mierda de saludo es ese, Canning. Puedes hacerlo un poco mejor.

—Joder —suelta Killfeather—. La novia del entrenador Canning tiene un buen par de tetas.

—Cállate —murmuro, fulminándolo con la mirada.

Más de una docena de adolescentes ahora están follando con la mirada a Holly en sus pantalones cortos y reveladora camiseta sin mangas. Mi cuello arde de repente. Y eso es *antes* de echarle un vistazo a Wes.

Patina erguido, una pequeña sonrisa torcida en sus labios.

—¿Tienes visita, Canning?

—Um. —He perdido la capacidad de hablar, porque estoy ocupado tratando de armar una estrategia para pasar por todas las conversaciones incómodas que vienen—. Holly, este es mi amigo Wes.

—Me acuerdo de ti del hotel —dice con un guiño.

Wes mantiene su propia sonrisa fija, y tendrías que conocerlo tan bien como yo para ver la mueca debajo de ella. Uff.

—Parece que debes irte temprano, entrenador. Lleva a tu chica a tomar algo. Ponerse un poco al día.

—Eso sería increíble —dice Holly—. Me detuve en el dormitorio primero, y el entrenador Pat dijo que probablemente podría liberar a Jamie.

—Sí, está bien —digo lentamente—. Vamos.

—Niños, diviértanse —dice Wes. Luego me da la espalda y hace sonar su silbato—. ¡Vamos, damas! Suficiente descanso.

Así es como me encuentro quitándome los patines y saliendo de la pista una hora más temprano con Holly.

—¡Dios, te ves bien! —Se detiene en las escaleras del edificio para darme otra sonrisa cegadora y luego se pone de pie de puntillas y... me besa. Su boca es más pequeña y más suave de lo que esperaba. Debo tener una expresión confusa, porque dice—: Siento que te sorprenda, pero pensé que sería divertido.

—Es... vaya —tartamudeo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Bueno, cuando amenacé con subir al trapecio, mi tío me prestó su auto. Pensó que me escaparía por la noche.

Hago los cálculos. Tiene que ser un viaje de cinco horas desde Cape Cod.

—Vaya —repito. Al parecer, “vaya” se ha convertido en tres cuartas partes de mi vocabulario.

—Jamie —dice, mirando hacia mí—. Deja de enloquecer.

—¿Qué?

Ladea la cabeza y me estudia con sus familiares ojos azules.

—Estás entrando en pánico. ¿Por qué?

—Um... —No puedo decirle. Pero no puedo *no* decirle. Debido a que Holly tiene la intención de quedarse conmigo esta noche. De hecho, el verano pasado le dije que podía visitarme y lo haría funcionar, pero no había podido venir entonces.

Mierda.

—Cariño. —Toca un lado de mi cuello—. ¿Hay alguien más?

Mi corazón tiene un espasmo, porque hay otra persona. Más o menos. Wes y yo no somos una pareja exactamente. Nunca hemos tenido una

conversación al respecto. Pero no hay manera de que duerma con otra persona en este momento... no sería correcto.

—La hay —admito.

Sus ojos se amplían. Ha hecho la pregunta, pero todavía parece bastante impresionada por mi respuesta.

—¿Quién es ella?

Niego.

—No la conoces. Lo siento —digo rápidamente.

Aparta su mano de mí y retrocede.

—Está bien. —Se muerde el labio—. Debería haber llamado.

—Lo siento —repito.

Y de verdad lo siento. Holly sólo ha sido buena conmigo. Pero después de la graduación, habíamos tenido una pequeña charla. Había dicho, “Quiero verte cuando estés en Detroit”, y yo dije: “Eso probablemente no va a funcionar”.

Y luego dijo: “Veremos”. Y ahora aquí está ella, su rostro enrojeciéndose.

—Mira —digo—. Vamos a ir a tomar un helado. O tequila, si lo prefieres. Quiero pasar el día contigo.

—Seguimos siendo amigos —habla en voz baja.

—Siempre.

Sus ojos se alejan de mí y hacia el lago. Inhala lentamente y exhala.

—Está bien, Jamie Canning. Muéstrame Lake Placid. Siempre hablas de lo mucho que amas este lugar. —Su mirada vuelve a la mía—. Enséñame por qué.

Por un momento, mi mente piensa en cosas sucias, debido a que Lake Placid significa algo un poco diferente para mí este verano de lo que nunca ha hecho antes. Pero aparto ese pensamiento y extendiendo una mano hacia ella.

—¿Qué tal unos conos de waffle?

Enlaza sus dedos con los míos.

—Me gusta la idea de conos de waffle.

Pasamos la tarde juntos caminando por toda la ciudad. A Holly le gusta curiosear en las pequeñas tiendas turísticas, lo cual se pone aburrido muy rápido. Pero desde que ya he arruinado su día una vez, sólo la sigo. Le muestro la tienda de juguetes con los impresionantes fusiles de gomas de caucho, y compra uno para su hermano. Tienen objetivos fijados en el interior de la tienda, así que pasamos mucho tiempo tratando de disparar el uno al otro.

Un poco más abajo hay otra tienda cursi, y contengo un suspiro cuando me lleva dentro. Se detiene para mirar un montón de tazas de café de “Miracle on Ice”, mientras me acerco a la parte trasera donde tienen un montón de dulces para la venta al por mayor. Y cuando tomo una mirada más de cerca, dejo escapar un sonido de incredulidad.

—¿Qué es? —pregunta Holly.

—¡Skittles púrpuras! —Tomo una bolsa y la coloco bajo la rampa—. Tira de la palanca —digo a Holly. Lo hace, y no le digo “detente” hasta que la bolsa está llena. Entonces me rio todo el camino a la caja.

—¿Qué es tan gracioso?

Lanzo mi billetera sobre el mostrador.

—Tengo un amigo —comienzo. Me siento como un canalla describiendo a Wes de esa manera, pero es lo mejor que puedo hacer en este momento—. Solíamos enviar esta caja de ida y vuelta con regalos de broma en su interior.

—Eso es gracioso. ¿Y le gustan los Skittles púrpuras?

—Sí. Excepto la última vez que le envié Skittles púrpuras en la caja, hubo que comprar de todos los colores a la vez. Compré cuatro bolsas gigantes en BJ... —Santo Dios, el nombre de la tienda provoca que una inapropiada burbuja de risa suba por mi pecho—. Los clasifiqué y le envié sólo los morados. Luego compartí como dos kilos de los demás con mis compañeros de secundaria en una fiesta. Fue una fiesta con barriles de cerveza, y cuando hicieron el bostezo tecnicolor⁶, fue *realmente* tecnicolor.

Choca su cadera con la mía.

—Gracias por esa imagen.

—El gusto es mío.

Cuando salimos, se aclara la garganta.

—Jamie, tengo que encontrar un sitio para pasar la noche. ¿Podemos sentarnos en algún lugar así puedo utilizar mi teléfono?

No contesto de inmediato, porque estoy buscando en mi cerebro una solución. Lo cual no es fácil, porque el dormitorio está siempre completo.

—Déjame buscarte una habitación de hotel —sugiero.

—Ya lo tengo —dice rápidamente—. En serio. No es gran cosa.

De todas formas.

—Vamos a sentarnos en el porche de la residencia. Puedes utilizar el Wi-Fi. Y si todo está reservado, voy a pedir a Pat ayuda.

—Gracias. —Su voz es baja.

Otra disculpa está en la punta de mi lengua. Pero no lo digo, porque no creo que quiera escucharlo.

No hay nadie en las mecedoras, así que dejo a Holly con la contraseña Wi-Fi y le digo que voy a por un par de bebidas.

—Regreso en un minuto —prometo. A continuación, salgo disparado a subir las escaleras y hacia la habitación, con la esperanza de que Wes esté allí.

La habitación está vacía.

Antes de irme de nuevo, saco la caja de regalo que Wes me había enviado en Boston. La había traído todo el camino a Lake Placid, porque estaba tratando de decidir si debería reiniciar nuestra broma. Pero entonces se presentó aquí y lo olvidé por completo.

Ahora vuelco una gran cantidad de caramelos de color púrpura en la caja y cierro la cubierta. La pongo en su almohada, me pregunto si debería dejar algún tipo de nota. ¿Pero qué demonios diría?

Antes de que Holly se presentara, no parecía importar que Wes y yo estuviéramos follando sin ningún tipo de discusión sobre el tema. No necesitábamos una etiqueta. Esta habitación era como nuestra burbuja privada... todo lo que pasó aquí fue sólo entre nosotros. El resto del mundo no importaba.

Y estaba bien. Excepto que el resto del mundo todavía existe, si lo recuerdo o no. De repente, todo esto se ha hecho toda clase de difícil... y no

a causa de Holly, eso fue sólo un momento incómodo con una amiga. En unas pocas semanas, sin embargo, él y yo estaríamos en dos equipos de la NHL diferentes en dos ciudades diferentes. Nos acercamos a una situación molesta en cualquier caso, y simplemente no me había dado cuenta.

Bajando las escaleras deprisa, sujeto dos refrescos y los llevo al porche donde espera mi ex follamiga.

—He encontrado un lugar a las afueras de la ciudad —explica—. Ni siquiera es caro.

—¿Estás segura? No quiero que...

Levanta una mano, silenciándome.

—Está bien, cariño. Y por la mañana voy a conducir de vuelta a Massachusetts, ¿de acuerdo?

—Podríamos...

Holly niega.

—Tienes un trabajo que hacer. Y no es tu *culpa*, Jamie. Yo no... no estaba siendo inteligente. —Las palabras son firmes, pero sus ojos se aguan un poco, y me mata verlo.

—Lo siento —susurro—. Me preocupo por ti, pero...

Una vez más, alza la mano.

—Nunca has sido deshonesto, Jamie. No comiences ahora.

Pues bien, entonces.

Vamos a cenar juntos. Escojo un buen restaurante de mariscos, pero a medida que comemos nuestros pasteles de cangrejo, el humor decae.

—¿Quieres contarme de ella? —pregunta en un momento dado.

Niego.

—No vamos a hacer eso.

Holly me da una sonrisa triste.

—Sólo estaba tratando de ser una adulta sobre eso.

La miro por un rato.

—¿Puedo decirte algo sobre lo que *estoy* tratando de ser una niña grande?

Holly ríe, y estoy feliz por eso.

—¿Qué?

—La idea de trasladarme a Detroit me deprime mucho. —No se lo he dicho a nadie todavía, y se siente bien sacarlo de mi pecho.

Agita su bebida con la pajita.

—Sé que no es la ciudad más bonita del mundo, pero se puede encontrar un lugar agradable allí, lo apuesto.

Niego.

—La decadencia urbana no es el problema. —Aunque eso no me está ayudando a imaginar una vida allí—. No conozco a nadie. Y no voy a jugar ni una vez el próximo año. Seamos honestos.

—Oh, cariño. —Suspira—. El primer año podría apestar. Pero eres bueno en lo que haces.

—Mira, sé eso. No me falta confianza. Pero las probabilidades de en realidad llegar a lucirme como portero son terribles. No es sólo el primer año el que podría apestar. Podrían ser cinco años donde sólo juegue dos veces por temporada y simplemente esté esperando por mi gran oportunidad. O me envían con los menores y juego siete partidos en vez de dos.

—O alguien podría salir lastimado y tu número podría subir. —Pone su mano sobre la mía—. Pero sé lo que estás diciendo. Es una posibilidad muy remota. Y no será tu culpa si no funciona.

Un camarero viene a quitar nuestros platos y Holly pide un trozo de tarta de chocolate.

—Y dos cucharas.

Nunca he sido un fan de la tarta chocolate, pero ahora no es el momento para señalar eso.

—No me gusta sentirme desagradecido —digo—. Todo el mundo está contento conmigo, escuchan “NHL” y les brillan los ojos. No estoy seguro de qué hacer.

—Creo que debes presentarte y probar. ¿Dale un año?

—Tal vez. —Esa es la opción más fácil. Pero puedo ver cómo podría terminar probando para siempre. Podrías seguir diciéndote: *¡sólo un poco*

más!—. Tal vez hay algo más que podría hacer con ese año, sin embargo.

—¿Qué piensa tu amigo Wes? —pregunta de repente.

—¿Qué? —La mención de su nombre me sobresalta.

—¿Qué piensa sobre Detroit? —Espera mi respuesta.

—Yo, eh, no le he pedido su opinión —confieso—. Él quiere estar con los profesionales tanto como yo. No estoy seguro de que lo entendería. Pero es diferente para él. Hay más demanda de centros. Y tiene ese triunfo en el Frozen Four...

—Debería haber sido tuyo —dice Holly con firmeza. Es leal hasta la médula.

Miro a través de la mesa a los ojos muy separados y deseo que las cosas fueran diferentes. Si estuviera enamorado de Holly, la vida sería menos confusa.

Pero no lo estoy. Y no lo es.

Cuando llega el pastel de chocolate negro, le digo que estoy demasiado lleno para tener algún bocado. Entonces, tomo la cuenta en mi camino al baño de hombres, así ella no puede conseguirla primero.

Capítulo 25

Wes

Es más de medianoche cuando tropiezo de vuelta a la habitación. Por suerte, Pat no está montando guardia en una de las mecedoras, porque no hay forma de que pueda seguir una conversación normal ahora mismo. Caminar en línea recta también es un desafío.

Síp, puede que esté un *poquito* borracho.

Me acerco a la puerta de Canning y mía, y la miro por un buen minuto. Joder, ¿y si la chica está allí? Me mantuve lejos tanto como pude, pero un hombre tiene que dormir a veces. Y no voy a jodidamente hacerlo en el porche.

Él debería haberme escrito si ella iba a pasar la noche aquí y dicho que me mantuviera alejado.

¿Cierto?

El pensamiento es como un cuchillo caliente en el estómago. No puedo creer que su jodida *novia* apareciera en el campamento. Pasó todo el día con ella. Toda la noche también, probablemente.

Mis manos se curvan en puños mientras una serie de imágenes desagradables pasan por mi cabeza. Las grandes manos de Jamie vagando por las curvas femeninas de Holly. Su polla deslizándose dentro de ella. Sus labios elevándose en esa sucia sonrisa que siempre me da justo antes de poner su boca en mi polla.

Soy un maldito imbécil. No debería haber comenzado nada con él. Iba a terminar una vez que me fuera a Toronto, de todos modos. Así que, demonios, tal vez es mejor si sólo termina ahora.

Finalmente aguanto y giro el pomo de la puerta. Está abierto. Y cuando entro en la habitación, veo el colchón de Jamie en el suelo de nuevo, justo donde había estado anoche. Pero el mío está en la estructura de la cama, donde lo había puesto esta mañana. Jamie es el único en la habitación, también. Mi presión sanguínea se alivia, pero sólo un poco.

Él está dormido. Bien, porque no estoy de ánimos para hablar con él ahora mismo. Puedo sentir mi temperamento palpitando a través de mis venas junto con todo el alcohol que bebí.

La habitación está irritantemente oscura. Tropiezo hacia adelante, chocando mi brazo con el costado del armario mientras me inclinaba para desabotonar mis vaqueros. Los saqué de una patada, luego mi camisa. Ahí. Estoy en mis bóxers ahora. Sólo necesito llegar a la cama sin despertar a Canning, y luego ambos estaremos profundamente dormidos, podemos lidiar con la Gran Charla en la mañana.

Descanso mi cuerpo en el colchón tan silenciosamente como puedo. Demonios, sí. Lo hice. Mi trasero borracho ahora está en la cama y Jamie todavía está durmien...

Mi cabeza choca con algo duro, y luego una explosión de sonido estalla a través de la habitación. Una cacofonía de *pings* y *dings* y *clangs* asalta mis oídos. Es como si alguien le diera con un mazo a una máquina de chicles y desatara una ola de dulce.

Me pongo de pie tambaleante, maldiciendo en voz alta cuando piso algo duro y redondo.

—¡Hijo de jodida *puta*! —Salto en un pie alrededor mientras uso mi mano para frotar el dolor disparándose a través del otro pie.

Jamie se sienta de golpe, su voz aterrada cortando a través de la oscuridad.

—¿Qué *demonios*?

—¿En serio? ¿Me estás preguntando *a mí*? —chillo—. ¿Qué pusiste en mi almohada?

—Skittles.

Dice esto como si se supusiera que tuviera sentido.

—¿*Por qué*?

Me arrodillo, hurgando la caja con la que acabo de golpear mi cabeza. Escucho los pasos de Jamie dirigiéndose a la puerta, y entonces mueve un interruptor y la luz inunda la habitación.

Jesús. Un mar de Skittles púrpura cubre el suelo y el colchón de Jamie.

Y un bulto crece en mi garganta mientras me doy cuenta del significado de lo que estoy viendo. Canning guardó la caja que le había dado en Boston, la llenó de mis dulces favoritos y la dejó en mi almohada.

¿Como disculpa por pasar el día con su ex?

¿O es una disculpa por algo más? Algo peor... como *follarse* a su ex.

Jamie se acucilla a mi lado.

—Ayúdame a limpiar esto.

Él suena enojado. Lo parece, también. Lo cual sólo me enoja *a mí*, ¿por qué demonios tiene que estar enojado él? Soy el único que fue abandonado hoy.

No hablamos cuando comenzamos a recoger los Skittles. Su mandíbula fija en una línea tensa, y está tirando los dulces de vuelta a la caja con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué? —murmuro cuando lo atrapo frunciéndome el ceño.

—Regresas tarde. —Su voz es tensa.

—Es nuestra noche libre. Tomé un trago en Lou's. —Meto una mano bajo mi cama y reúno más Skittles.

—Diría que tuviste más de uno. Tu aliento huele como una fábrica de cervezas. —Su tono repentinamente agudo—. No condujiste, ¿o sí?

—Nah. Conseguí un aventón.

—¿Con quién?

—¿Qué pasa con las Veinte Preguntas?

Jamie tira un Skittle en la caja, pero rebota de vuelta hacia afuera, patinando bajo el escritorio.

—Ninguno de los demás chicos tiene auto, Wes. Por favor, no me digas que tomaste un aventón con cualquier extraño al azar.

Culpa pincha en mis entrañas. Pero, ¿por qué demonios me siento culpable? A diferencia de algunas personas, no pasé el día socializando por ahí con un ex.

—¿Quién te trajo a casa? —demanda cuando no respondo.

Encuentro su mirada de frente.

—Sam.

La respiración de Jamie se eleva. Hay una nube inconfundible de dolor en sus ojos.

—¿Me estás jodiendo? ¿El chico de esa aplicación de parejas?

—Me encontré con él para un trago —dije con un encogimiento de hombros—. ¿Cuál es el problema?

Él no responde. Sólo se arrodilla en su colchón, recogiendo más dulces.

—¿De verdad estás enojado ahora mismo? —Lucho contra una explosión de irritación—. Porque no eres el que fue abandonado hoy, Canning.

—¡Y un demonio! Primero que todo, *tú* me dijiste que saliera temprano. Y no sabía que ella iba a venir, ¿de acuerdo? Apareció de repente, ¿y qué? ¿Se supone que la ignore? Es mi amiga.

—Es tu folla-amiga. —Le lancé de vuelta.

—Ya no.

Se pone de pie y pasa ambas manos por su cabello, luego agarra la caja y la estrella contra el escritorio. El suelo se ve bastante limpio, pero sé que no hay forma de que nos las arreglemos para recoger todos los dulces. Canning debe haber vaciado toda la jodida tienda de dulces.

De todas maneras, los Skittles están casi olvidados cuando Jamie nivela una mirada irritada en mi dirección.

—Pero sólo porque no estemos tonteando por ahí no significa que ya no sea mi amiga. Ella condujo todo este camino para verme. Así que sí, pasé el día con ella. Fuimos de compras, cenamos algo.

No puedo controlar el caliente rayo de celos que me recorre.

—Apuesto que fue divertido. ¿Comiste algo de coño para el postre?

Su boca cae abierta.

—¿En serio acabas de jodidamente decir eso?

Claro que lo hice, y ni siquiera me arrepiento. Estoy cansado hasta la muerte de no saber dónde estoy. Dónde *estamos*. Anoche, estaba *dentro* de este chico. Y al segundo en que Holly apareció, actuó como si fuéramos extraños. Ni siquiera me *miró* antes de que se hubiera ido con ella.

No voy a mentir... Dolió.

—¿Estoy equivocado? —pregunto sin emoción.

Jamie suelta una respiración lenta y regular, como si estuviera tratando de calmarse.

—Quiero darte un puñetazo ahora mismo, Wesley. Como, en serio.

Endurezco mi mandíbula.

—¿Qué, por *atreverme* a gritarte por el hecho de que todavía sigas en lo de las mujeres?

—¿De verdad crees que acabaría de salir de la cama contigo e iría a la cama con ella? ¡No conecté! Lo cual es más de lo que puedo decir de ti y tu precioso *Sam*.

—No conecté con él tampoco. —La frustración da vueltas a través de mí—. Sólo nos reunimos por un trago y hablamos de *ti* todo el tiempo. Idiota.

Jamie parpadea.

—Entonces, ¿por qué demonios estamos discutiendo justo ahora?

Titubeo.

—Uh. Ya no estoy seguro.

Pasa un latido. Luego ambos soltamos una risa tensa. Me siento mucho menos hostil y mucho más sobrio mientras camino a apagar la luz de nuevo. Cuando me vuelvo hacia Jamie, está haciéndome señas en la oscuridad desde su colchón en el suelo. Cuando me siento en el borde, me tira hacia su almohada.

Nos echamos sobre nuestros costados, mirando al otro. Ambos estamos esperando que el otro hable. Entonces Jamie suspira, su expresión vacilando con resignación.

—No me gusta la idea de que estés con alguien más.

Me trago mi sorpresa.

—Lo mismo para ti, bebé.

—Le dije a Holly que había alguien más —admite—. Prácticamente cuando llegó aquí.

Mi corazón se dispara.

—¿Lo hiciste?

Su voz es fuerte.

—Sí.

—Le dije lo mismo a Sam —confieso—. Trató de meterme mano cuando nos abrazamos para saludar, y directamente le dije que no estaba allí para eso.

Sus ojos se estrechan. Se desliza hacia mí, un brazo rodeando mi cintura mientras su cálida palma se posa en mi trasero.

—¿Dónde te tocó? —Jamie aprieta una de mis nalgas—. ¿Aquí?

Río.

—Síp.

—Cabrón.

Me inclino más cerca y beso la punta de su nariz.

—Eso es lo más lejos que llegó, hombre. Lo prometo.

—No tienes que prometerlo. Confío en ti.

Mi estómago se revuelve ante su sincera declaración. Confía en mí. Joder, soy tan imbécil. Porque *confianza* era la última cosa que sentí hoy cuando estaba imaginando las manos de Jamie sobre toda esa chica. Y el hecho de que ella luzca una vagina lo hace mil veces peor. Nunca he tenido que preocuparme de que el chico en mi cama eligiera a una chica por encima de mí.

Aunque en realidad, nunca me ha importado lo que los chicos en mi cama hicieran después de que *dejaran* mi cama. Es diferente con Jamie. Me siento enfermo cuando me lo imagino dejándome. Me siento más enfermo sabiendo que estoy compitiendo no con uno, sino *dos* géneros por su cariño.

Excepto que no tendré su cariño por mucho más tiempo. Una vez que el campamento termine, seguiremos nuestros caminos separados. No había estado bromeando el otro día con Cassel; si quiero triunfar en los profesionales, tengo que mantener mis pantalones cerrados.

—Pero creo que tenemos que fijar unas reglas o algo —dice Jamie con pesar.

Trago. Las reglas y yo siempre hemos tenido una relación de amor-odio.

—¿Como cuáles?

—Como que, mientras estemos tonteando, somos exclusivos.

Já. Porque estoy *tan* interesado en liarme con alguien más. Aun así, asiento en acuerdo, porque sucede que sí estoy *muy* interesado en asegurarme de que *él* no va a acostarse con nadie más.

—Trato. ¿Qué más?

Frunce los labios.

—Ah... Eso es todo lo que tengo ahora mismo. ¿Tú?

Reticencia se atasca en mi garganta. Sé que tengo que decir esto, pero no quiero. He querido a este chico por tanto jodido tiempo. Por siempre. Y la idea de dejarlo ir en menos de un mes me destroza.

Pero voy a tener que hacerlo.

—Lo terminamos cuando salgamos del campamento de entrenamiento.

—Mi voz sale ronca, y rezo para que no pueda escuchar la nota de dolor en ella—. Sólo tenemos el verano.

Jamie se queda en silencio por un momento.

—Sí. —Suena igualmente ronco—. Me lo imaginé.

No puedo decir cómo se siente sobre eso. ¿Decepcionado? ¿Triste? ¿Aliviado? Su expresión no revela nada, pero decido no presionar por respuestas. Además, fui yo el que salió con esa regla. Debería estar contento de que no esté peleando conmigo por ella.

—Deberíamos ir a dormir —murmuro.

—Sí. —Cierra sus ojos, pero en lugar de darse la vuelta, se mueve más cerca y me besa.

Le regreso el beso suavemente. Cuando pongo una mano en su cadera, la tela se arruga bajo mis dedos en una forma que se siente rara. No son su ropa interior habitual, así que rompo nuestro beso para darles un vistazo en la oscuridad.

—Canning —susurro—. ¿Estás usando tus calzoncillos de gatitos?

Incluso en la tenue luz puedo ver las esquinas de su boca curvarse.

—¿Qué si lo estoy?

Por alguna razón, esto me hace inimaginablemente feliz. Me inclino para tocar mi sonrisa con la suya. Pero Jamie se retuerce un poco, como incómodo. Entonces mete una mano por la parte trasera de los ya mencionados calzoncillos y saca algo.

—¿Todo bien allí atrás? —pregunto, preguntándome si les había dejado la etiqueta.

—Sólo, uh, un Skittle en mis shorts.

Ambos reímos a la vez mientras nuestros labios se encuentran de nuevo. Y otra vez. Finalmente, soy capaz de relajarme. Sus brazos se cierran a mi alrededor y se siente como llegar a casa.

Nuestras bocas encajan tan perfectamente. Cada vez que nos besamos, me enamoro aún más de él, y no tiene nada que ver con el sexo o deseo. Es *él*. Su cercanía y su olor y la forma en que me calma.

Mi vida ha sido caótica por tanto tiempo como puedo recordar, y siempre traté con ello solo. Las críticas de mis padres, mi confusión sobre mi sexualidad. Pero por seis semanas cada verano, tenía que estar solo. Tenía a Jamie, mi mejor amigo, mi roca.

Ahora tengo incluso más de él. Tengo sus fuertes brazos a mi alrededor y sus labios rozando perezosamente los míos, me mata absolutamente que tenga que renunciar a él cuando me vaya a Toronto.

Nos besamos por un rato. No hay urgencia de hacer nada más que eso. Nuestras pollas ni siquiera entran en la ecuación. Sólo nos recostamos allí besándonos, mientras sus palmas acariciaban mi espalda de arriba abajo con dulces y tranquilizadores movimientos.

Eventualmente nos dormimos con mi cabeza en su pecho y el sonido de su firme latido bajo mi oreja.

Capítulo 26

Julio

Jamie

Varios días después, recibo un correo electrónico de mi agente.

Hace un año, me encantaba decir eso. Mi agente. Suena bastante importante, ¿no?

No tanto.

Cuando era un niño había recogido tarjetas de hockey. Llegaron en paquetes de diez con un trozo de goma de mascar que tenía un sabor horrible. En cada paquete habría un buen jugador, esperemos que no sea un duplicado de una tarjeta que ya tenía y nueve chicos de los que nunca había oído hablar. Aquellos nueve iban en el fondo de mi caja de zapatos, donde esperaban. Quizás una luna azul⁷ de uno de esos tipos se elevaría en las filas, pero por lo general no lo hacían.

Un avance rápido de diez años. Para mi agente, soy una de esas tarjetas en la parte inferior de la caja de zapatos. De hecho, es poco probable que los correos electrónicos que recibo de él estén escritos por él.

Éste me pide la fecha en la que me mudaré a Detroit.

—El club te pondrá en un hotel cerca de la pista hasta que hayas encontrado una casa. Adjunto encontrarás información de contacto con el agente de bienes raíces. Por favor, haz una cita con la inmobiliaria una vez que hayas llegado a Detroit.

El final del verano se arrastra cada día más cerca. No voy a ser capaz de salir de estos planes por más tiempo.

Entre las sesiones en la pista el jueves, busco a Pat en su pequeña oficina de mierda. Desde que había prometido a mi madre que iba a tratar de volver a casa, necesito averiguar si eso es posible.

—¿Tienes un segundo? —pregunto desde la puerta.

Pat me hace señas, entonces se aparta de su pantalla de ordenador.

—¿Qué pasa, entrenador?

Aún me da cosquillas cuando me llama así. Los campistas solo le dicen ¿qué pasa, niño?

—Estoy tratando de planear mi vida, que siempre es un momento de diversión. Así que necesito saber si tienes problemas con escasez de personal a fin de mes.

Me da una mirada reflexiva.

—Siéntate, Canning.

Me dejo caer en una silla, sintiéndome como un niño que ha sido llamado a la oficina del director. Y no estoy seguro de por qué. Pero hay algo serio en su expresión, y creo que estoy a punto de descubrir lo que es.

—No te he escuchado mencionar Detroit durante todo el verano — dice, cruzando las manos como una tienda de campaña— ¿Por qué?

—Um. He estado ocupado. —Y no quieres saber con qué.

Pat me sonríe, ladeando la cabeza.

—No me convence. Lo lamento. Un hombre que está recibiendo todo lo que quiere en la vida no puede permanecer en silencio sobre el tema. Ni siquiera tú.

Maldición. El entrenador se está poniendo en su estado terapeuta conmigo.

—Es... no sé. No estoy seguro de cómo va a funcionar, eso es todo. Tal vez en un año no voy a ser capaz de dejar de hablar de ello.

Su gesto es lento. Pensativo. Me siento como una ameba bajo un microscopio.

—Sabes que creo que eres un infierno de portero. Pones tu corazón en ello, y alguien lo va a notar. Incluso si toma tiempo.

Es un poco difícil tragar, de repente.

—Gracias —me las arreglo para decir.

—Pero me pregunto si lo sientes. No todo el mundo quiere entrar en esa rueda de molino cuando podría estar, por ejemplo, entrenando en su lugar.

Ahora es mi turno para mirar por encima del escritorio.

—¿Quién me contratará como entrenador?

Pat hace un espectáculo de mirar hacia el techo antes de mirarme a los ojos de nuevo.

—Un montón de gente, Canning. Has estado entrenando el culo aquí cada verano desde que empezaste la universidad. Estaría feliz de poder decirle a quien quiera oírlo. Y has tenido grandes estadísticas en la universidad. Las mejores estadísticas de tu equipo. Rainier podría incluso quererte.

Hay una especie de marea que no me permitirme permite pensar acerca de esto. ¿Entrenamiento? ¿Cómo un concierto de tiempo completo? Eso suena como una explosión. Como entrenador a nivel universitario me pagarían un salario digno, también. Sólo que nunca había imaginado que podía tener un trabajo como ese.

Pero Pat conoce gente. Muchos de ellos. Por todo el país. ¿Dónde quisiera estar?

La idea sale de mi boca antes de que pueda pensarlo mejor.

—¿Crees que alguien en Toronto podría necesitar un entrenador defensivo?

Las cejas espesas de Par se elevan, pero sólo por una fracción de segundo.

—No sé, Canning. No juegan un montón de hockey en Canadá. — Luego se echa a reír—. Déjame ver lo que puedo hacer.

Dejo su oficina sintiéndose más ligero, a pesar de que nada ha cambiado realmente, excepto que hay una nueva idea en la cabeza.

Pero es un infierno de una idea.

Es el viernes del fin de semana de padres, por lo que los entrenadores tienen esta noche fuera en lugar del sábado porque estamos obligados a estar en una cena especial con los padres mañana.

Cuando Wes y yo éramos campistas, ninguno de los dos había tenido visitantes en el fin de semana de padres. Mi clan no podía comprar exactamentelos pasajes aéreos para siete personas y dejar todo para verme jugar un partido de práctica en el estado de Nueva York. Y los padres de Wes... Ellos simplemente no se molestaron. Su padre le gusta el hecho de que su hijo ganó a veces los juegos del campeonato del estado, pero si no había ninguna manera de presumir de un evento, no veía el punto de

aparecer. ¿Y la madre de Wes? Nunca he conocido a la mujer. A veces me pregunto si aún existe.

Como entrenadores, el fin de semana de padres significa que tenemos que aparecer y lucir atentos. El campamento de Pat es financiado por los controles de matrícula de los padres, y cuando los padres pasan, ellos quieren estar seguros de que sus hijos están recibiendo atención 24/7.

Los niños no quieren realmente recibir atención 24/7, por supuesto. Pero ese no es nuestro problema.

Wes y yo acabamos de volver de la pista y tratamos de resolver nuestras opciones.

—Así que dime sobre este concierto al aire libre —dice—. ¿Eso es lo que haremos esta noche? —Wes se desplaza a través de sus mensajes.

—Creo que la música podría estar bien.

Él mira hacia arriba.

—Dice el hombre con bandas de chicos en su teléfono.

—Eso fue una broma —espeto—. Ya hemos pasado por esto.

Wes ríe.

—Te diré que... vamos a hacer un trato. Ha pasado un tiempo desde que tuve una cena de bistec. Encuéntrame un filete, y voy a someterme a ese concierto.

—Aquí, hombre. —Pretendo desabrochar la bragueta.

Me lanza una almohada.

—Dame de comer, Canning. La mala música local es más fácil de tolerar después de un bistec.

Saco mi teléfono.

—Podemos usar tu auto, ¿verdad?

—Por supuesto.

La mayoría de los restaurantes en Lake Placid son articulaciones de hamburguesas, pero el Squaw Logia BoatHouse en West Lake se ve como un verdadero negocio. Y puesto que el concierto es al aire libre en la misma dirección, hago una reserva y espero lo mejor.

Luego voy al armario que compartimos y saco la camisa de polo de Wes.

Dejándola caer sobre la cama de Wes, me encuentro con una camisa de botones para mí, y un par de pantalones cortos de color caqui limpia.

—¿Quieres que me vista? —pregunta Wes, levantando la camisa por su cabeza—. ¿Vamos a una cita, Canning?

—Parece. El lugar de carne se ve más bonito que traje de baño y chanclas.

—Entonces es mi culpa. —Sus palabras son de mal humor, pero está admirando mi pecho mientras abotono mi camisa—. Limpias bonito, cariño.

Le doy un empujón.

Wes se dirige al baño a cepillarse los dientes, y lo veo irse. Incluso me sorprende admirando su culo. Últimamente me encuentro a escondidas mirándolo, tratando de tener algún tipo de reacción de santa mierda por la idea de que estoy involucrado con un chico.

Cuando era joven solía tratar de asustarme a mí mismo caminando por el bosque solo. Me asomaba a las sombras e imaginaba algo aterrador allí, sólo para darme un poco de emoción. Pero nunca funcionó del todo bien, y tampoco lo hacen mis intentos de asustarme a mí mismo sobre los acontecimientos recientes.

Debido a que es Wes. No es aterrador. Y las cosas que hacemos en la cama son simplemente calientes.

Como suele suceder, el albergue es un buen restaurante. Pero no estamos mal vestidos, porque el lugar tenía una estación de barcos. En otras palabras, algunos de los invitados a la cena habían llegado en embarcaciones pequeñas, luciendo despeinados por el viento y bronceados.

No conseguimos una mesa fuera, porque sólo hice la reserva hace una hora. Pero el interior era oscuro y elegante, con tapicería de cuero y velas encendidas en las mesas. Se nos muestra una cabina cómoda en la espalda, y me deslizo en el asiento, siento que esto era una muy buena idea. Huelo pan de ajo, y hay una lista de cerveza artesanal de una yarda de largo.

—Vamos a comer como vikingos —dice Wes, dando su sonrisa anfitriona arrogante—. ¿Qué bistec es el mejor?

La chica está muy feliz de quedarse y charlar.

—El criollo es muy popular —dice ella con un movimiento de su cabello—. Me gusta la tira de Nueva York, sin embargo.

—Lo sabes ahora. Gracias por el consejo.

Se aleja, moviendo sus caderas, y le devuelvo la sonrisa.

—Estabas tan cerca de hacer una mala broma sobre tirar, ¿verdad? Se honesto.

Wes llega a través de la mesa para cubrir mi mano con la suya. Él hace una cara muy seria, el tipo que sólo hace cuando él está tirando de mi cadena.

—Estaba tan cerca de hacer una buena broma sobre tirar. Duh.

Fue entonces cuando el chico aparece.

—¡Buena noches! Soy Mike, y seré tu servidor esta noche...

Con calma, Wes quita su mano de la mía y mira hacia el camarero.

El hombre mira desde Wes a mi mano y viceversa.

—Bienvenidos al Squaw Lodge Boathouse. ¿Han cenado con nosotros antes? —Su voz se ha tornado un tono ligeramente diferente. Más suave, con un tono de afectación en ella.

Estoy distraído, pero Wes le mira directamente a los ojos y dice:

—En realidad, es nuestra primera vez.

—¡Oh! Bueno, estás por comer una delicia.

Él y el camarero discuten el menú, pero me desconecto. Esta es la primera vez que alguien me ha mirado y pensó que era un hombre gay en una cita, y estoy tratando de averiguar lo que siento acerca de eso. No me malentiendan, podría ser visto en cualquier lugar con Wes. Cualquier día de la semana. Pero hay algo extraño acerca de convertirme en su cita para la cena. Como si hubiera escogido el traje de alguien más y estuviera actuando un papel.

Pido una cerveza y un filete cuando es mi turno, y el chico se escapa para dejar nuestro pedido.

—¿Te molesta? —pregunta Wes, empujando mi pie debajo de la mesa.

—No —digo rápidamente. De hecho, no—. No me importa una mierda si nos pusimos en alerta el gaydar⁸ de ese tipo o no.

Wes realidad se estremece.

—No te culparía si lo estuvieras. Mira, ese tipo sólo es celoso. Sin embargo, algunas personas son idiotas al respecto. Es decir, las cosas que tú y yo hacemos todas las noches son ilegales en algunos lugares.

—Realmente me estás convenciendo entonces.

Su sonrisa es irónica.

—Hay beneficios.

—¿Sí? Dispáralo. ¿Qué es lo bueno de ser gay? —Lo empujó de vuelta debajo de la mesa.

—Bueno, pollas —dice—. Obviamente.

—Obviamente.

Sonríe.

—Bien, ahora imagina esto. Te despiertas en un fin de semana al lado de tu novio muy caliente y follan como erizos calientes durante un par de horas. Y luego, pasan el resto del día viendo deportes en la televisión, y nadie dice —eleva la voz— “¡Cielo, me dijiste que podíamos ir al centro comercial!”.

Ahora me río.

—Y supongo que puedo dejar la tapa del inodoro arriba, ¿verdad?

Wes extiende sus manos.

—¿Ves? Beneficios por todas partes. Y aquí está uno más, los padres no fastidian por nietos.

—Tengo cinco hermanos —señalo—. Están garantizados al menos un equipo de baloncesto.

El camarero trae nuestras cervezas, y en realidad le dio un guiño antes de irse.

—¡Mírate! —dice Wes después de que él se aleje—. Podrías ser bueno en esto.

—¿Es difícil? —Wes me está sonriendo, y odio matar el estado de ánimo. Pero soy consciente de que tengo una pregunta para él que me ha

estado molestando—. ¿Qué dijeron tus padres cuando les dijiste?

Su rostro decae.

—Bien. Al principio no me creyeron. Mi madre dijo: “Esto es sólo una fase”. Y mi padre no dijo nada.

—¿Cuándo fue esto?

—El primer año de la universidad. Decidí contarles en el camino a casa de mi abuelo por Acción de Gracias. Todos nos quedamos atrapados en el auto, juntos.

—Un buen tiempo.

Se encoge de hombros.

—Ni siquiera sabía qué hacer con esa reacción. Nunca se me ocurrió que me ignorarían de alguna forma. Aunque en retrospectiva tiene mucho sentido.

Su admisión oscura trae un dolor en mi corazón. También me pregunto cómo mi propia familia reaccionaría si supieran que estaba conectando con un chico. Pero no importa cuántas veces trato de imaginar sus expresiones llenas de horror o disgusto, no puedo verlo. Apoyo es todo lo que he recibido de ellos.

—Entonces, ¿qué hiciste? —pregunto, esperando que mi angustia interior no se muestre en mi cara.

—Bueno, Canning, este soy yo del que estamos hablando aquí. Así que me puse realmente jodidamente enfadado. Y la siguiente vez que estuve en casa durante las vacaciones encontré a un chico en una fiesta y lo follé en la habitación familiar cuando sabía que estaban de camino a casa.

Uff.

—Eso probablemente tiene que haberlos jodido.

Wes toma un largo trago de su cerveza y observo su fuerte trabajo de garganta.

—Tuvo su punto. Mi padre grito todo lo que esperé la primera vez. Me dijo que era repugnante. Y que iba a joder mi carrera de hockey. Infierno. Eso sigue siendo su mayor preocupación.

Ouch.

—¿Qué dice tu madre? —Él nunca la menciona. ¿Cómo puede una madre no defender a su hijo?

—Ella está de acuerdo con mi padre en todo y es la jefa en chismosear. Así que nunca dice mucho.

Mierda, realmente mató al estado de ánimo. Pero por suerte nuestros aperitivos llegan un momento después, y estamos felices de nuevo. A veces es así de fácil.

Capítulo 27

Wes

Nos conduje a una milla más arriba por la carretera al parque donde la banda está tocando. Ninguno de nosotros ha estado alguna vez en este lugar antes, pero es agradable. El césped corre todo el camino bajando hasta el agua. Una banda se ha establecido cerca de la orilla, y gente de todas las edades está sentándose en la hierba.

Encontramos un lugar bastante fácil. Me senté, pero Jamie no.

—Mierda. No creo que esto lo logre —dijo él, ojeando sus bastante lindo par de pantalones cortos color caqui.

Levanto la mirada hacia él.

—Y yo que pensaba que era el tipo gay aquí.

Él le da una palmada a la parte superior de mi cabeza.

—Mañana es el fin de semana de padres de Pat. Sólo estoy tratando de representar.

—Bien. —Me levanto—. Espera aquí un segundo. —Troto hacia el auto y saco una vieja manta a cuadros de la parte posterior. Cuando me vuelvo a reunir con Canning, le doy una sonrisa arrogante—. ¿Ves? Es una *buena* cosa que nunca limpie mi auto. —La extiendo sobre la hierba y me dejo caer.

Jamie se sienta a mi lado. Ambos nos inclinamos hacia atrás al mismo tiempo, y mi mano baja hasta la parte superior de la suya. Así que muevo la mía un par de pulgadas para darle su espacio.

Pero el mueve la suya también, cubriendo la mía.

No quiero que él sepa cuánto me gusta eso, así no lo miro a los ojos. En cambio, miro fijamente arriba al oscuro cielo sobre el lago y me pregunto cómo he llegado a la de edad de veintidós sin si quiera ir a una cita. Me había *burlado* de Jamie sobre eso temprano, también. Pero aquí estamos. Cena y música en vivo. Sentado sobre una jodida manta en el parque. Nunca he tenido una cita con nadie antes, y probablemente no soy muy bueno en ello.

Después de un rato la banda arranca. Hay cuatro de ellos, un cantante, un guitarrista, un bajista y un baterista. La primera canción que tocan es un débil cover de una canción de Dave Matthews.

—Oh.

—¿Qué?

—Estaba preocupado.

—¿Por la música? —Estoy de humor para ser generoso—. Ellos sólo están calentando, ¿no? Cada banda hace covers de Dave Matthews. Es una ley, creo.

Desafortunadamente, las cosas no mejoran.

—¿Podría eso ser una vieja canción de Billy Joel? —pregunta Jamie.

Escucho con fuerza por un segundo.

—Dios, tal vez. Suena como si ellos trataras de tocar “New York State of Mind”.

—No estoy seguro que ellos lo hayan conseguido totalmente.

Volteo mi mano y aprieto sus dedos mientras el cielo se vuelve más oscuro.

Para la tercera canción, es tan malo que es gracioso. El cantante principal se asoma a la multitud y anuncia:

—Vamos a tocar una canción original que mi amigo Buster escribió.

Jamie y yo aplaudimos, como si conociéramos a Buster. *Vamos Buster.*

—Se llama “Lluvia Confinada”, y estamos presentándoles esta canción como un estreno mundial.

El baterista cuenta luego, y las primero cuatro barras no son tan malas. Pero la letra es... horrible. No sé sobre qué está cantando el chico. Lluvia confinada vendrá a él como un... tren.

—Oh mi Dios —susurra Jamie. Su mano aterriza sobre la mía de nuevo.

Mientras la canción avanza, puedo sentirlo comenzar a sacudirse a mi lado.

—¡Shh! Estoy tratando de escuchar la música —digo, y él me pincha con su mano libre—. Hombre, él acaba de rimar “pollo” con “pegando”.

Jamie esnifa y yo me estiro al otro lado de mi cuerpo para sujetar una mano sobre su boca. Así que saca su lengua y lame mi palma. La limpio sobre mi camisa. Viendo como estamos a un segundo de distancia de repetir nuestro experimento con MMA, hago una sugerencia.

—¿Tiempo para nadar?

Sus ojos cortan sobre los míos.

—No tengo un traje de baño.

—¿En serio?

Cuando la canción finalmente termina, Jamie salta y se dirige hacia los árboles que bordean el césped. Meto la manta bajo mi brazo y lo sigo.

Él está esperando unas cuantas yardas dentro del bosque.

—Cuidado con la hiedra venenosa —dice, y me congelo, mirando hacia abajo—. ¡Te hice mirar!

—Jesús, Canning.

Él se ríe y retoma su camino hacia el borde del agua.

No podemos ver a la gente en el césped desde aquí, pero aún podemos escuchar a la banda. Está casi completamente oscuro, lo cual es bueno para nosotros. Hay algunas rocas en el borde del agua, así que me quito mis zapatos y los pongo en un lugar seguro. Luego me saco mi polo.

Jamie está poniendo su ropa en la roca casi delicadamente. Incluso está removiendo sus pantalones cortos. Había olvidado que él estaba tratando de mantenerlos limpios.

—Te atreves a bañarte desnudo.

—Claro que estoy desnudo.

Bien entonces. No puedo dejarlo hacer eso solo. Dejo caer cada pieza de ropa sobre las rocas. No es una noche calurosa, pero cuando camino dentro del agua, la temperatura no es demasiado mala. Me vuelvo para ver a Jamie dar un paso hacia el borde del agua, y me gusta lo que veo. La tenue luz crea sombras en el valle de sus abdominales.

Avanzo a más profundidad, y el agua acaricia mi piel desnuda. Esto es decadente. El sonido de la risa ahogada de Jamie me hace sonreír en la oscuridad. Cuando me alcanza, tomo su mano, y él me lo permite. Juntos nos sumergimos bajo el agua, nadando hacia afuera solo un poco. Algunas

de las personas en el césped probablemente tienen una vista oblicua de nosotros para ahora. Por otra parte, está terriblemente oscuro.

Estamos sumergidos hasta nuestro cuello, y el lago es hermoso y un poco espeluznante si tu mente funciona de esa forma. Me pregunto si la de Jamie lo hace.

—Creo que acabo de sentir algo rosar mi pie. —No es cierto, pero Jamie no sabe eso.

Él se estremece un poco.

—Probablemente sólo es un pez lunar.

—A-ja. Tienes razón. —Maniobro mi pie bajo el agua, encontrando la pantorrilla de Jamie y lo rozo con mi dedo del pie.

Él se tambalea lejos de mí.

—Imbécil.

Eso me hace reír, y Jamie me salpica.

—La parte inferior es lodosa aquí. —Y esto es verdad—. Me preocupan las sanguijuelas. ¿Si quiera viste *Stand by Me*?

—Ugh. —Se queja—. Camino a arruinarlo. —Él se mueve más cerca de mí. Y surge de repente frente a mí, agarrando mis hombros, envolviendo sus fuertes piernas a mí alrededor—. Ahora ellas sólo pueden encontrarte.

Me besa.

Jesús. Tan sexy. Me abro para él y nuestras lenguas se enredan enseguida. Gimo dentro de su boca, y no importa, porque la música está en marcha de nuevo, y la oscuridad nos da bastante privacidad. Los dedos de Jamie se tejen dentro de mi cabello en la parte trasera de mi cabeza. Él sabe como a buena cerveza y sexo. Estoy de pie en el lago con el más hermosos hombre envuelto alrededor de mi cuerpo, y su pene ya está duro contra mi vientre. Esto debe ser a lo que el cielo se parece.

Ahueco su culo, incapaz de resistirme de deslizar un dedo abajo por sus pliegues y burlarsu agujero. Él gime en mi boca.

—Tú eres malditamente adictivo, Wes.

Eso es lo que me gusta escuchar. Sólo lo he follado otra única vez desde aquella primera noche hace casi una semana. Nuestra segunda vez, lo

tomé por detrás y había tapado su boca todo el tiempo para detenerlo de hacer ruido.

Lo deseo de nuevo ahora, pero enroscarnos en el lago no es realmente una opción. Sin condón o lubricante, un campo lleno de gente a menos de unas cien yardas de distancia.

Muevo mi mano hasta su ingle y le doy a su erección una suave estocada mientras nuestras lenguas se enredan en un beso hambriento. Luego salto, porque *su* mano esta en mi parte trasera ahora, *sus* dedos viajando entre las mejillas de mi trasero.

—Voy a follarte uno de estos días —susurra él.

Sí, sé que lo hará. Sé que lo dejaré, también. Tal vez un tipo me arruinó ante la idea de tomarlo, pero con Canning, tomaré todo lo que tiene para darme. Lo tomaré por completo.

Su dedo atraviesa mi agujero y yo siseo en una respiración. Jesús, había olvidado cuan sensible son todas esas terminaciones nerviosas.

—Te gusta eso, ¿eh? —Gotitas se aferran a su perfecto rostro mientras me sonrío. Una sucia y hermosa sonrisa.

—Mmm-hmmm. —Atasco mi lengua en su boca de nuevo, muelo mi polla contra la suya mientras él tentativamente juega con mi culo.

Me besa de vuelta, solo una breve probada, antes de apartar nuestras bocas. Él está de ánimo para hablar. No, él está de ánimo para *atormentar*.

—Tan fuerte —suspira.

El ángulo solo le permite a la punta de su dedo penetrarme, pero incluso eso es lo suficientemente profundo para hacerme gemir.

—A mi polla le va a gustar estar dentro de ti, Wes. —Sus labios se cierran en mi cuello, dejando codiciosos besos en mi piel mojada—. Y tú vas a estar pidiéndolo.

Me estremezco. Creo que tiene razón.

Cuando su dedo desaparece, lanzo un gemido de decepción. Esa fugaz broma me había encendido como nadie.

—Pero no esta noche —dijo decisivamente, como si estuviera llevando a cabo alguna conversación en su propia cabeza. Esa sucia sonrisa vuelve

mientras se inclina para mordisquear mi mandíbula—. Esta noche, quiero que me folles. He estado pensando en eso todo el día.

Gruño.

—Necesitas callarte, Canning. De otra forma lo haré ahora mismo. Inclinar te sobre ese tronco de allí y tomar lo que es mío.

Labios húmedos plantan un beso justo bajo mi mandíbula.

—Promesas, promesas. —Entonces se desenreda de mi cuerpo y nada de espaldas como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Nadar con una erección es extremadamente difícil. Pero tal vez debería estar pensando en mi dureza como un dispositivo de flotación. O un remo. Porque Dios sabe que está lo suficiente larga y dura como para impulsar con una simple brazada a toda una jodida canoa. Nadamos lado a lado por un rato, luego flotamos sobre nuestras espaldas y miramos hacia el cielo negro como la tinta.

Me río cuando noto ambas pollas sobresaliendo como si saludaran a la luna.

—¿Deberíamos hacer algo acerca de eso? —digo.

Jamie se ríe entre dientes.

—Sí, probablemente. Estoy muriendo por aquí.

—Yo también.

En un acuerdo silencioso, nadamos de vuelta a la orilla, nuestros cuerpos desnudos chorreando agua del lago sobre todo el banco de barro. Jamie se queda mirando su prístina ropa, luego dice:

—A la mierda. —Él se pone sólo sus bóxers ajustados, y sostiene el resto.

Hago lo mismo, y afortunadamente no encontramos a nadie en la rápida caminata de vuelta al estacionamiento. Su ropa interior es negra y mis bóxers son azul marino, así que no hay sorpresillas ocurriendo con nuestros penes, pero aun así, andar tranquilamente alrededor en nuestra ropa interior podría ser demasiado picante para el Lake Placid.

Un momento después, estamos en el auto. Lo pongo en marcha y salgo de nuestro estacionamiento, tensándome cuando Jamie se extiende y acaricia mi paquete sobre mi ropa interior mojada.

—No seré capaz de manejar en línea recta si sigues haciendo eso —le advierto.

—Ojos en la carretera —se burla—. No te preocupes, no vamos muy lejos.

Arrugo mi frente. Yo estaba pensando en manejar de vuelta a los dormitorios, pero Canning aparentemente tiene otras ideas. Hemos viajado no más que cinco minutos cuando él asiente hacia un camino de grava a nuestra derecha.

—Gira allí.

Una sonrisa tira de mis labios cuando me doy cuenta de lo que tiene en mente. Es uno de nuestros viejos caminos de senderismo. El área generalmente está desierta, así que por la noche allí definitivamente no estaría nadie alrededor.

Estaciono en un pequeño claro de tierra cerca de la ruta, y antes de pueda si quiera apagar el motor, Jamie está subiendo a mi regazo.

Capítulo 28

Jamie

Antes no estaba exagerando. Soy adicto a Ryan Wesley. Y ahora mismo, necesito desesperadamente un arreglo. Hace un par de semanas, follar con un hombre me hubiese asustado. Ahora es increíblemente obvio que todo sobre este chico me enciende... su voz ronca, su poderoso cuerpo, los tatuajes sobre su piel dorada. Mi boca está sobre la suya en un latido. Mi lengua en su garganta mientras me pongo a horcajadas sobre sus muslos musculados.

Suspira contra mis labios.

—Estás muy cachondo.

Lo estoy completamente. Me empujo contra la parte baja de su cuerpo, acariciando con las palmas su ancho pecho. La pregunta ya no es de si quiero tontear con este hombre. La pregunta es cómo voy si quiera a renunciar a esto. Aunque alejo ese pensamiento, porque estoy a punto de arder.

Pero puede que haya sido muy precipitado con mi elección del sitio para follar, porque el asiento delantero es demasiado pequeño para acoger a dos jugadores de hockey demasiado salidos. Ya me están empezando a doler las piernas y cuando me muevo para intentar ponerme más cómodo, toco el claxon con la espalda y una ráfaga de sonido golpea el aire.

Wes deja salir una risa. Luego se ríe más fuerte cuando hago otro intento de recolocarme.

—¿Asiento trasero? —dice ahogadamente.

Una idea mucho mejor. Salta primero, golpeándome en el rostro con las nalgas mientras se arrastra a la parte de atrás. Aterrizo sobre él con un golpe seco y ahora no paramos de reírnos. Ahí atrás es igual de apretado. No podemos ponernos de lado, así que estoy sobre él y cuando me inclino para besarlo, golpeo con la frente la manilla de la puerta. Y cuando me agarro la cabeza por la sorpresa me las arreglo para darle un codazo en el ojo.

—¡Joder! —grita Wes—. ¿Estás tratando de matarme, Canning?

—No, pero...

—¡Aborta! —sugiere entre risas.

Que le den a eso. Todo este deslizarse y maniobrar ha hecho que frote mi dolorida polla contra todo su cuerpo. Si no consigo correrme pronto, voy a volverme loco.

—Lo tenemos —le aseguro. Luego me siento y golpeo la cabeza contra el techo del auto.

—Ajá —comenta solemne—. Eso parece.

—A los jugadores de hockey les gusta duro —argumento, estirándome hacia el asiento delantero por el pantalón corto de Wes. En el bolsillo trasero encuentro su cartera. Un segundo después le paso el condón y le ordeno—: pónelo.

—Sí, entrenador. —Aún parece como si estuviese tratando de no reírse, pero ahora sus ojos grises están brillando con lujuria. Mirándonos a los ojos, se baja el calzoncillo.

Me bajo el calzoncillo mientras se cubre a sí mismo, luego me inclino y lo tomo en mi boca. El sabor medicinal del látex me llena la boca, pero lo ignoro. Esta es la primera vez que el lubricante no entra en la ecuación, así que quiero asegurarme de que el condón está agradable y húmedo antes de que me atreva a montar su polla.

Dios, y eso es algo que nunca me había imaginado que haría. Montar la polla de otro hombre.

—Cariño. —Su voz es suave y ronca—. Me está encantando esto, pero no tienes que hacerlo. Pásame la billetera.

Me dejo caer sobre el asiento delantero una vez más y se la paso. Saca otro paquete y lo abre. Este está lleno de lubricante. Un segundo después, una deliciosa mano resbaladiza sube hasta mi agujero, lo acaricia y hace que me estremezca.

—Eso es práctico —jadeo.

No responde. Está demasiado concentrado trabajando en abrirme con los dedos.

Cuando hacemos esto, siempre hay un primer momento extraño cuando me invade. Antes de que mi cuerpo entienda el chiste. Pero ahora que sé cómo funciona, ni siquiera me detiene. Estoy impaciente por ello. Y es solo un par de minutos después cuando estoy alejando la mano de Wes y me vuelvo a poner a horcajadas sobre su regazo.

La forma en que lo trato no se parece en nada a cómo lo hago con una mujer. Es tan fuerte y grande como yo y no me preocupa hacerle daño. Sus anchos hombros son un sitio robusto donde poner mis manos. Alzándome, espero por él. Se coloca debajo de mí y ambos suspiramos cuando me deslizo sobre su dura polla.

Durante un momento no me muevo. Estamos nariz con nariz, pestañeando en el ojo del otro. Wes saca la lengua para lamerme el labio inferior. Y me hundo en su boca, metiendo la lengua. No hay mucho espacio para moverme, pero no importa. Lo monto con golpes cortos y rápidos. El ángulo es celestial, puedo empujarme sobre él simplemente cuando lo necesito.

Wes me sujeta fuertemente el culo con las manos y con cada golpe, deja salir un sexy gruñido. Nuestros pechos se frotan mientras volvemos a besarnos. Mi polla está atrapada entre nuestros estómagos, mojándolos con pre-semen.

Mi clímax me toma por sorpresa. Un segundo estoy luchando con Wes sobre qué lengua pertenece a qué boca. Y al siguiente estoy luchando contra la urgencia de explotar. Y pierdo.

—Joder. Tengo que correrme.

Wes gime en mi boca y me impulso sobre él una vez más. Entonces es cuando lo siento, el orgasmo sobre todo el cuerpo. Mis extremidades hormiguean caprichosamente mientras me hundo aún más, con el rostro descansando en el cuello de Wes. El mudo se emborrona en los bordes, pero siento cómo me corro sobre él mientras corcovea debajo de mí.

Deja salir un gruñido y, a la vez, los músculos de su cuello se tensan. Luego deja caer la cabeza y tiembla mientras se corre.

Después de eso, todo lo que puedo escuchar en el auto son respiraciones agitadas y latidos silenciosos. Estoy descansando sobre su pegajoso pecho, demasiado extasiado para moverme. Mueve perezosamente las manos por mi espalda.

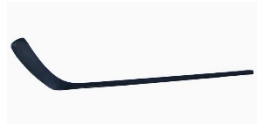
Podría acostumbrarme a esto. Realmente podría.

Después de un poco, me golpea en el culo.

—Levanta, cariño. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Odio la forma en que eso suena, pero es difícil discutir la verdad. Así que despego mi cuerpo satisfecho del suyo y comenzamos con el ridículo proceso de tratar de limpiarnos en un espacio diminuto sin hacernos más daño.

Lo conseguimos, pero por poco.



Wes y yo arrastramos nuestros agotados cuerpos fuera de la cama a la mañana siguiente y vamos a la pista, donde ya están esperando los otros entrenadores.

Los padres llegan a las nueve y el primer partido está programado para las diez y Pat tiene una lista de tareas enorme. Empieza a gritar instrucciones una vez que Wes y yo llegamos al grupo, luego para de repente cuando nota el rostro de Wes.

—¿Qué demonios te pasó ayer, Wes?

Junto los labios, luchando contra una risa. Nuestro acto sexual circense en el auto la otra noche dejó a Wes con un bonito morado en el ojo izquierdo, cortesía de mi díscolo codo. No está negro, pero definitivamente púrpura y visiblemente hinchado.

—Canning me golpeó —responde seriamente.

Pat pasa su mirada a mí y luego a Wes.

—¿Qué hiciste para enfadarlo?

Wes finge un suspiro.

—¿Estás diciendo que me lo merezco, entrenador?

—Estoy diciendo que eres un listillo, es un milagro que no consigas que te peguen cada día de tu vida. —Pero Pat está sonriendo mientras lo dice. Luego aplaude y vuelve a los negocios—. Tal vez ustedes chicos

puedan besarse y perdonarse durante el viaje al supermercado. Les toca el asunto del hielo. Asegúrate que usas un poco en ese ojo.

Siento mi cuello arder ante la mención de Pat de besarse. *Entrenador, si tú supieras...*

Wes alza una ceja.

—¿Hielo?

—La máquina de la cafetería se rompió, así que necesito que vayan al supermercado y compren unas cuantas bolsas. —Ya nos está despidiendo, dirigiéndose a Georgie y Ken—: Comprueben el equipamiento, necesitamos más cascos y almohadillas del almacén por si algún padre quiere jugar un partido con nosotros después.

Salimos mientras Pat aún está dando instrucciones como un sargento. Subo en el asiento del copiloto de su auto, sonriéndole mientras recuerdo las aventuras automovilísticas de la pasada noche.

Lanza una mirada triste sobre el hombro.

—Nunca volveré a mirar el asiento trasero del mismo modo.

—Espera, ¿estás diciendo que nunca follaste en tu auto hasta ayer?

—No. Tenía un auto pequeño en Northern Mass, así que normalmente llevaba las folladas a casa. O iba yo a las suyas. —Hace una pausa—. Esa era la mejor opción. Significaba que no tenía que echarlos cuando querían pasar la noche.

Frunzo el ceño.

—¿Nunca pasas la noche con nadie? —Él y yo hemos estado durmiendo juntos con regularidad.

—No —repite.

—¿Por qué no? —De repente siento curiosidad sobre su vida amorosa. No el sexo, la idea de él con otro me enferma, sino las cosa de la relación. Desde que le conozco, Wes ha estado soltero. Ahora, sabiendo que es gay, tiene sentido el por qué nunca tuvo una novia. Pero, ¿ha tenido algún *novio*?

—No quería a nadie volviéndose demasiado encariñado conmigo — responde encogiéndose de hombros, con los ojos fijos en la carretera.

La respuesta solo hace que tenga más curiosidad.

—¿Siquiera te has sentido encariñado con *ellos*?

—No. —Esta parece ser su respuesta favorita del día.

—¿Has salido alguna vez con alguno? —pregunto lentamente.

Se queda callado por un momento.

—No —admite—. No hago la cosa de novios, Canning. Es demasiado complicado.

Por alguna razón, se me encoje el corazón. Quiero preguntarle qué soy yo, entonces. ¿Una follada larga? ¿Un rollo de verano? Sé que esta cosa entre nosotros estaba destinada a acabar con el tiempo, pero al menos pensé que el tiempo que estuviésemos juntos significaba algo para él.

Porque significa algo para *mí*. No estoy seguro de qué o por qué, pero sé que esto no se trata de simplemente sexo para mí.

—Y una vez que esté en Toronto, no estaré haciendo *nada* —comenta de modo melancólico—. El celibato va a apearar.

Un sentimiento inseguro me atraviesa.

—¿Hablaste con tu padre sobre lo de *Sports Illustrated*?

—Aún no he hablado con él. Pero no voy a hacer la entrevista. No es algo en lo que esté interesado. —Rápidamente cambia de tema, como hace normalmente cuando la conversación está demasiado centrada en *él*—. ¿Qué hay de ti? ¿Ya compraste un billete a Detroit?

Genial. Elije el único tema que no quiero discutir.

—No.

—Amigo, necesitas ocuparte de eso.

Wes estaciona al frente del supermercado y salimos del auto. Espero que deje el tema una vez que estamos aquí, pero sigue hablando de ello mientras entramos en la tienda con aire acondicionado.

—Se supone que debes presentarte allí en tres semanas —me recuerda mientras toma un carrito—. ¿Piensas alquilar una casa en los suburbios? Donde suelen vivir los jugadores en Detroit.

Asiento, pensando en mi conversación con Pat. Me llevó a un lado hace unos días para decirme que estaba haciendo unos sondeos en la

comunidad de entrenadores. Se supone que vamos a volver a hablar el lunes, pero aún no le he hablado a Wes de ello.

Decidiendo probar las aguas, Tomo otro carrito y comento:

—Honestamente, no sé cómo sentirme acerca de Detroit.

Parece sobresaltado.

—¿Eso qué significa?

—Significa... —Tomo un respiro. Que le den. Más valdría decírselo.

Nos encaminamos hacia los congeladores, en la parte de atrás y Wes escucha sin expresión mientras repito casi todo lo que le comenté a Holly... cómo no quiero jugar de suplente toda mi carrera, mi falta de entusiasmo sobre ir a Detroit, la posibilidad de ser enviado a una liga menor y ni siquiera jugar un partido profesional. La única parte que dejo fuera es que estoy pensando en tomar un trabajo como entrenador. Aún no estoy preparado para hablar de eso, especialmente cuando nada es siquiera oficial.

Una vez que acabo, sigue sin decir nada. Se muerde los labios, pensativamente. Luego abre el congelador y saca una bolsa de hielo.

—¿Estás considerando realmente no jugar esta temporada? —cuestiona finalmente.

—Sí. —El aire frío me golpea en el rostro cuando tomo otras dos bolsas y las dejo en mi carrito—. ¿Crees que estoy mal de la cabeza por dejar pasar una oportunidad con los profesionales?

—Sí y no. —Pone otra bolsa en su carrito—. Creo que todas tus preocupaciones son válidas.

Dejamos la conversación cuando una mujer empujando un carrito aparece por la esquina. Sus pasos vacilan cuando ve el ojo morado de Wes y luego continúa con una mirada preocupada.

Wes se ríe.

—Piensa que somos malos.

Pongo los ojos en blanco.

—Piensa que *tú* eres un malvado. Y debería. Yo, por otro lado, soy un santo.

Resopla.

—¿Debería llamarla y explicarle cómo conseguí el morado, San Jamie?

Le hago un gesto y luego tomo otras dos bolsas. Empujamos nuestros carritos uno al lado del otro y deambulamos hasta la caja, nos ponemos en la cola detrás de una pareja mayor con el carrito lleno de cajas de cereal. *Solo* cajas de cereal y nada más.

—Así que mis preocupaciones son válidas —suelto de golpe mientras esperamos nuestro turno.

Asiente.

—Los porteros las tienen. No puedo negar eso.

—¿Pero?

—Pero esta es tu única oportunidad. —Su voz se suaviza—. Si no la tomas, puedes arrepentirte el resto de tu vida. Mira, si fuese tú, puede que también estuviese cuestionando mi decisión, pero...

—No, no lo harías. Te habrías presentado al segundo, incluso si eso significa pasar esperando años para un lanzamiento.

—Cierto. —Descansa la frente en el carrito—. Pero eso es porque me encanta el juego. Incluso si solo consigo jugar cinco minutos toda la temporada, para mí lo vale. El hockey lo es todo para mí.

¿Pero lo es todo para mí?

Estoy aún más preocupado mientras pienso en todo el trabajo duro que implica una carrera profesional de hockey. El constante entrenamiento, la dieta rígida, el duro horario. Me gusta el hockey, pero no estoy seguro de que me guste tanto como a Wes. Y si comparo el nivel de satisfacción que obtengo de parar un gol con el orgullo que siento de enseñar a alguien como Mark Killfeather a convertirse en un mejor portero, un mejor *hombre*... honestamente no sé cual significa más para mí.

—Pienso que simplemente necesitas darle una oportunidad —afirma Wes, sacándome de mis pensamientos—. Al menos ir al campamento de entrenamiento, Canning. Qué si estás allí y de repente ellos se ponen como: “Te vamos a dar el puesto principal, chico”.

Cierto, y luego volaré al trabajo con Pegaso, me hago amigo de un genio y me pagan con el oro de los duendes.

Wes nota mi expresión y suspira.

—Puede pasar —insiste.

—Sí, tal vez —contesto evasivamente.

La pareja mayor aleja su carrito de cereales y Wes y yo avanzamos, cargando el hielo a la cuenta de Elite. Cinco minutos después, estamos dejando las bolsas en la camioneta de Wes.

No estoy ni de cerca, de llegar a alguna conclusión sobre mi dilema y Wes parece notarlo. Apunta hacia la gasolinera, a unos quince metros del supermercado.

—Vayamos por unos granizados —sugiere.

—El hielo se derretirá si lo dejamos mucho tiempo en la camioneta —señalo.

Pone los ojos en blanco.

—Nos llevará cinco minutos. Además, la ciencia ha probado que los granizados conducen a hacer importantes decisiones vitales.

—Hombre, realmente necesitas dejar de citar a la “ciencia” todo el tiempo.

Riendo, cerramos el auto y hacemos el corto trayecto a la gasolinera, donde Wes toma dos copas vacías y me lleva a la zona de granizados. Llena su Copa del de sabor a cereza y luego espera. Pero no he tomado granizado en mucho tiempo y no logro decidirme. Así que pongo un poco de cada sabor en mi copa.

En el mostrador, el empleado de mediana edad se ríe ante la vista de mi invento arcoíris.

—Hice eso una vez —indica—. Me sentí enfermo durante días. Estás avisado, hijo.

Wes se ríe.

—A mi amigo le gusta un poco de todo.

Lo miro de soslayo por la terrible broma. Pagamos nuestras bebidas y dejamos la tienda, pero damos apenas dos pasos cuando Wes se golpea la frente.

—Olvidamos las pajitas. Espera ahí, las traeré.

Mientras vuelve dentro, espero cerca de la puerta, admirando el impecable Mercedes clase-S plateado que estaciona junto a una manguera. Un hombre canoso sale del Mercedes y se acaricia la corbata plateada. Mierda, el tipo lleva un traje que probablemente cuesta más de los que mis padres ganan en un año.

Dirige su mirada en mi dirección.

—¿Eres el encargado? —grita.

—Es auto-servicio —respondo.

—Por supuesto. —Su tono es increíblemente condescendiente y hay un gesto de desprecio en su rostro mientras saca la tapa de la gasolina de su auto.

Frunciendo el ceño, me aparto de Snobby McSnobbers justo cuando Wes sale por la puerta. Me pasa un pajita, frunciendo también el ceño cuando nota mi expresión. Claramente piensa que mi ceño es el resultado de mi dilema con Detroit, porque deja salir un suave suspiro.

—Lo resolverás, cariño —dice suavemente—. Aún tienes tiempo.

Luego se inclina hacia mí, rodeándome los hombros con un brazo. Me da un beso tranquilizador en la mejilla y todo mi cuerpo se tensa, porque Snobby McSnobbers elige ese momento exacto para mirar en nuestra dirección.

La mirada en el rostro del hombre se me clava como un cuchillo.

Repugnancia.

Pura y maliciosa repugnancia.

Jesús. Nunca, *nadie* me ha mirado antes así. Como si fuese un cacho de mierda de perro en la que han tenido la desgracia de pisar. Como si quisiese borrar toda mi existencia de la faz de la tierra.

A mi lado, Wes se tensa. Se acaba de dar cuenta de que estamos siendo observados.

No, de que estamos siendo *juzgados*.

—¿Conoces a ese tipo? —pregunta con cautela.

—No.

—Parece familiar.

¿Lo hace? Estoy demasiado centrado en su expresión para saberlo.

—Ignórale —murmura Wes, dando un paso hacia el auto.

Mi respiración es temblorosa mientras le sigo. A menos que rodeemos toda la gasolinera para volver a nuestro auto, lo que estoy increíblemente tentado a hacer ahora mismo, no tenemos otra opción que pasar al lado del Mercedes. Mientras nos acercamos al hombre trajeado, me encuentro alentándome del modo que lo hago en el hielo antes de que un disco se dirija a mí. Estoy en modo de defensa, preparado a defenderme a toda costa, incluso aunque sé que estoy siendo ridículo. Este hombre no va a atacarme. No va a...

—Putos maricas —murmura mientras pasamos.

Esas dos palabras son como un golpe en el estómago. Desde la esquina del ojo veo a Wes estremecerse, pero no dice una palabra. Sigue caminando y lucho por devolverle su enérgico golpe.

—Lo siento —dice cuando alcanzamos el auto.

—No hay nada que sentir, hombre. Pero no puedo negar que estoy conmocionado.

Esa burbuja en la que Wes y yo hemos estado viviendo todo el verano simplemente ha estallado. Si de algún modo, nos las arreglamos para seguir viéndonos después del campamento, puedo encontrarme este tipo de mierda todo el tiempo.

Increíble.

—Las personas son una mierda. —Su tono es amable mientras entramos en el auto—. No todos, sino algunos.

Me tiembla la mano mientras pongo mi granizado en el posavasos.

—¿Esto te pasa mucho?

—No a menudo. Pero pasa. —Alcanza mi mano y sé que la siente temblar mientras entrelaza nuestros dedos—. Apesta, Canning. No digo que no. Pero no puedes dejar que los mierdas como esos te afecten. Que les jodan, ¿bien?

Aprieto mi agarre en su mano.

—Que les jodan —concuerdo.

Aunque la vuelta a la pista es en silencio. No decimos mucho mientras llevamos el hielo a la cafetería. Realmente desearía poder borrar ese comentario intolerante, esa *mirada*, pero permanece conmigo. Me corroe. Y al mismo tiempo, siento estallido de orgullo por Wes. No, es impresionante, porque implica una inquebrantable gran fortaleza sobre su sexualidad. Sus propios padres se niegan a aceptarlo y ni siquiera eso lo oprime.

—¡Entrenador Canning, Entrenador Wesley! —grita Davies cuando Wes y yo llegamos a la pista—. Vengan a conocer a mi padre.

Las escaleras frontales están llenos de adolescentes y sus padres, que están entusiasmados de conocer a los entrenadores que están acicalando a sus hijos en campeones. Shen está en el medio de una animada conversación con sus padres, sonriendo frenéticamente mientras habla sobre su progreso. Alejado un par de metros, Killfeather está de pie solo, mordiéndose el labio inferior mientras mira alrededor.

Wes y yo acabamos de alcanzar a Davies y sus padres cuando un destello plateado aparece en mi visión periférica.

Giro la cabeza y se me cae el alma a los pies, cuando el Mercedes de la gasolinera de repente estaciona en el bordillo. Noto que Killfeather se acerca, ahora más intranquilo.

Se abre la puerta del conductor.

El intolerante sale del auto y se dirige a Killfeather con voz enfadada:

—¿No hay ningún estacionamiento cerca?

Mi portero traga saliva visiblemente.

—No. Solo el que hay detrás del edificio.

—Entonces dejaré aquí el auto.

—Es una boca de incendios —protesta Killfeather—. Simplemente déjalo en el estacionamiento, papá. Por favor.

Oh mierda. ¿Papá?

El pavor llena mi estómago al mismo tiempo que Killfeather Señor nota mi presencia. Gira la cabeza con brusquedad, esos ojos oscuros aterrizando en mí. Luego en Wes.

Mientras curva los labios con una mueca de desprecio, un único pensamiento corre por mi cabeza.

Joder.

Capítulo 29

Wes

Maldición. *Sabía* que el cabrón en la gasolinera lucía familiar. Aguanto la respiración mientras mi mirada se bloquea con la del hombre en la cuneta. Pero el señor Killfucker no me deja contenerlo por mucho.

—De ninguna jodida manera —escupe—. De ninguna *jodida manera*. ¿Dónde está Pat?

—Aquí —dice una calmada voz. Pat aparece en la entrada abierta, un fruncimiento tocando sus labios—. ¿Hay algún problema?

—Tienes malditamente razón en que lo hay. ¿*Esto* es lo que me costó miles? ¿Estoy pagando a un par de *pervvertidos* para que pasen cada día con mi hijo? Esto es una jodida *mierda*.

Cabezas se giran más rápido que los espectadores de Wimbledon. Y cuando miro, el rostro de Pat palidece. Sus ojos rebotan hacia mí por una fracción de segundo y mi corazón se hunde.

Voy a ser una carga aquí. Un jodido cráter para Pat y su negocio.

Killfucker nota también toda la atención que se está ganando de los padres.

—No me voy a quedar tranquilo sobre esto.

Lo que da pie a que su hijo se implique.

—¡Papá! —grita el niño—. ¿Qué demonios estás diciendo?

La mandíbula de Pat se endurece hasta que parece un bloque de granito.

—Necesita seguirme, señor. Si va a difamar a mis entrenadores vinculados con la NHL, puede hacerlo en la privacidad de mi oficina. —Se gira y desaparece en el edificio.

Espero hasta que Killfucker me pase. En su camino a las escaleras, me dirige una mirada fulminante y malvada. Entonces lo sigo adentro. Justo detrás de mí está Jamie, cabizbajo.

—Voy a oír lo que tiene que decir —susurro—. Pero no tienes que venir.

Jamie me mira exasperado y me sigue de todas maneras.

Putra mierda. Acabo de joder el último verano de Jamie en Elites. ¿El trabajo que ama tanto? Boicoteado por este servidor. Va a lamentar el día que me conoció.

Un momento después, los cuatro nos reunimos en la pequeña oficina de Pat y cierro la puerta de golpe.

Killfucker obviamente sabe no vacilar antes de tomar un disparo. Habla antes de que Pat pueda hacerlo primero.

—No intente decirme que no sabía sobre estos dos. ¿Cómo *coño* puede contratarlos para trabajar con adolescentes influenciables?

Pat respira profundamente, pero su rostro está rojo.

—No tengo ni idea de qué le puso así. ¿Alguien quiere decirme?

Jamie abre su boca para hablar, pero alzo una mano. Puedo sentir cómo tiemblo de ira, pero mi voz suena razonablemente firme.

—Vamos a dejar que el señor Killfeather le diga al entrenador Pat *exactamente* lo que vio. — Me giro hacia Killfucker—. Y no te calles nada, hombre. Dile cada detalle.

Ese bloqueo funciona, porque Killfucker empieza a parecer incómodo. Simplemente he usado su propia homofobia contra él. Ni siquiera puede hacer que las palabras salgan, está tan disgustado.

—Ellos...—Aclara su garganta y me señala—. Lo besó.

Y ahora tengo que darle crédito a Pat. Hay un destello de sorpresa en su rostro, pero desaparece un nanosegundo después.

Insisto de nuevo antes de que Pat tenga la oportunidad.

—Esa no es una descripción lo bastante buena, hombre. ¿Qué *más* viste? Estoy esperando para oír la perversión.

Killfucker niega.

—Eso fue suficiente, confía en mí.

—¿De verdad? —gruñí—. ¿*Dónde* besé al entrenador Canning?

Claramente encuentra mi ofensivo juego exasperante, así que sé que voy por buen camino.

—¡En la gasolinera!

—¿En qué parte de su cuerpo, amigo? —Entonces casi suelto una risita, porque ahora hay una vena palpitante en el centro de la frente de Killfucker.

—Uh, *aquí* —dice, apuntando hacia su mejilla—. Pero ese no es el punto.

Sigo presionando.

—Oh, ¿en serio? Porque pensé que ese era *exactamente* el problema. He conocido a Jamie desde siempre y simplemente me contó algo importante de su carrera y lo abracé. Con un brazo. No escatimes en los detalles, ¿está bien? *Consolé* a mi amigo con todo ese cruento detalle... mitad de un abrazo y un beso en la mejilla. Ponme las esposas, ¿por qué no? —Extiendo mis muñecas.

Killfucker está a punto de explotar.

—Pero vi... Pensé que ustedes dos *claramente*...

Pat interviene ahora:

—Realmente no importa lo que pensase. ¿*Este* es su gran problema? ¿Un momento privado entre amigos apto para todos los públicos?

—Amigos que...

—¡Eso no es su asunto! —grita Pat—. Ni mío tampoco. Nunca he visto a mis entrenadores haciendo nada inapropiado. Ellos son *muy profesionales* en esta pista de hielo. Y para eso es para lo que paga, señor.

—¡No! —argumenta—. Estoy pagando por un buen criterio y le voy a decir a todo el mundo que esté dispuesto a escuchar que no restringe a sus empleados. Sólo está esperando un desastre, de todos modos. Estos dos causan un revuelo...

Pat lo corta:

—El único *revuelo* que el entrenador Canning causó fue el día en que su novia se presentó en la pista de hielo. Y su hijo hizo un comentario inapropiado sobre su anatomía.

Killfucker se queda boquiabierto.

—Entonces es peor de lo que sabe, entrenador, porque el señor Canning aquí obviamente es promiscuo. Porque sé lo que vi. Y mi hijo y yo estamos fuera de aquí.

Mierda. Pobre Killfeather. Tiene un imbécil por padre, ¿y lo saca del campamento?

El rostro de Pat es de piedra.

—Es libre de hacer lo que quiera. Pero si difama a mis entrenadores con alguien *no* lo voy a tomar sin protestar.

—No como *ellos* hacen, ¿eh?

Después de tener la última palabra, Killfucker se va.

La oficina permanece en un silencio ensordecedor. El único sonido es el alto suspiro de Pat, hasta que Jamie trata de decir algo.

—Entrenador, yo...

Pat alza una mano.

—Dame un momento para pensar.

Escarmentado, Jamie se queda en silencio otra vez. No mira hacia mí, sin embrago, y desearía que lo hiciera.

—Bien —dice el entrenador—. Pueden dirigirse a su habitación, les enviaré un mensaje cuando sea obvio cómo va a jugar con esto ese malnacido. Y me quiero disculpar, Jamie, por sacar a colación a tu amiga...

—No es necesario —dice rápidamente.

Pero Pat niega.

—No. ¡No debería importar! Me importan dos mierdas si tienes novia o no. Pero lo dejé aturdirme. El hecho es que esta situación me tomó por completo por sorpresa, lo que sólo significa que el comportamiento de los dos ha sido impecable.

Ahora *eso* no es verdad. Es bueno que el entrenador Pat no nos siguiera cuando nadamos desnudos y follamos en el auto.

—He dirigido este campamento durante veinte años —añade, turnándose para mirarnos a los ojos—. Ha habido momentos cuando les he pedido a los empleados más discreción. Pero ese no es el caso aquí.

Y ahora Jamie está del color del tomate. Parece como si felizmente activara una trampa en la oficina de Pat.

Mi puño finalmente se relaja.

—¿Pat? Me disculpo si te compliqué el día, pero no voy a subir a esperar tu mensaje. Se supone que estemos en la línea de ataque, ¿verdad? No huyo. Mi vida privada es mi asunto. No muchas personas saben sobre mi secreto. Pero si algún idiota decide confrontarme, *nunca* lo evado. Eso sólo luce débil. Tengo todo el derecho de estar aquí. Tengo todo el derecho de entrenar a esos chicos.

Pat pellizca el puente de su nariz.

—Claro que lo tienes. Sólo estaba tratando de protegerte de cualquier mierda ignorante más. Saca tus patines, entonces. Que le jodan.

Capítulo 30

Jamie

Quizás eso me hace una niñita, pero tomé la oferta de Pat sobre sentarme fuera de la línea de ataque. No le tengo miedo al padre de Killfeather. Y no tengo miedo de tener gente susurrando sobre mí.

Sino que estoy *triste*. Y no quiero mostrarlo.

Antes de hoy realmente no entendía en contra de lo que estaba Wes. Nunca escuché a nadie vociferando por ser homofóbico excepto en las películas. No sabía que ese único hombre con un auto de cientos de miles pudiera causar tanto caos.

Desde que se supone que todos estén en la pista de hielo, el segundo piso del dormitorio se oye desierto mientras giro mi llave en la cerradura. Dentro, me extendo en mi cama.

Triste como estoy, puedo al menos tomar un revolcón en el corazón de esta experiencia. Una pieza de reconocimiento con la que había estado siendo reacio a darle una etiqueta.

Soy... bisexual.

Sí, lo sé, no es exactamente una retorcida revelación destruye-mentes de M. Night Shyamalan⁹, pero es la primera vez que le permití a la palabra echar raíces en mi conciencia. Soy bisexual y no es sólo una conexión física lo que siento por Wes.

También puedo verme en una *relación* con él. Puedo verme siendo feliz con él y nunca sintiendo como si hubiera cosas que faltaban.

Tengo la idea de que puedo conseguir un trabajo cerca de Toronto. Así Wes y yo podemos mantener... lo que sea que somos el uno para el otro. Pero eso no va a pasar. Wes me dijo que me valla a Detroit. Me *necesita* para quedarme a cuatro horas de distancia.

Solo tenemos el verano, dijo la noche que peleamos. Eso es todo lo que vamos que tener.

Un tiempo después escucho una conmoción en el pasillo. El lugar hace eco, así que aunque la habitación de Killfeather está el extremo opuesto del edificio es fácil escucharlo.

—No *quiero* irme —grita antes de que la puerta se abra con fuerza.

—*Vas* a poner tu culo en mi auto ahora mismo.

—No puedes obligarme. —El niño estaba poniendo su mejor esfuerzo en la resistencia. Pero sé muy bien quién siempre gana estas peleas.

La voz que le responde es suave y dura.

—Si no estás en el auto en sesenta segundos, no estarás jugando en el torneo del Día del trabajo este año.

Auch. Pégale al niño donde le duele, ¿no?

Oigo lo inevitable, el sonido de una maleta rodando a través de las losas y pies en las escaleras. Cuando doy una mirada fuera de la ventana un minuto más tarde, veo a mi portero encorvándose hacia el asiento del pasajero, y a su padre cargando la maleta en el maletero. Ese idiota ni siquiera tomó un boleto para el estacionamiento en el carril de bomberos.

Se pierden un minuto más tarde, y ese es el final de los Killfeathers, ambos, el joven y el mayor.

Vuelo hacia la parrillada, también.

Desde que me perdí la línea de ataque, Pat realmente no me necesita, y uso el tiempo para reagruparme. Necesito enfrentar el hecho que el verano va a terminar pronto.

Así que llamo a mi mamá al teléfono de su trabajo, el mismo que siempre está manchado de barro.

—Hola, bebé —chilla cuando contesta—. ¿Me estas llamando para decirme que vuelves a casa? —La mujer siempre va al grano. Con seis hijos, siempre lo ha tenido que hacer. No hay suficientes horas en el día para una corta conservación.

—Lo estoy, para lo que importa. El entrenador Pat no me ha remplazado aún, pero le voy a decir que necesito esa semana fuera.

—Excelente —dice en el mismo tono de voz que reserva para una buena noticia—. Necesitamos verte antes de que te unas a la NHL. Mientras aún mantienes tus dientes.

—Eso es tan inspirador. —Me quejo.

—No sé por qué mis chicos escogieron carreras peligrosas —dice—. Siempre le digo a tu hermano que se asegure de visitarme mientras aún mantiene todos sus órganos vitales.

Mi hermano es un policía.

—Asqueroso, madre. Y Scott nunca ha utilizado su arma en la línea de labor.

—Ciertamente, las facturas no son el mayor problema ahora mismo. —Me llena con los hechos de que mi hermano se ha mudado otra vez a casa por un tiempo. Es el único al que su novia lo ha botado recientemente. Y ya que vivían juntos, necesita un sitio temporal.

—¿Así que está en su antigua habitación? —pregunto, tratando de imaginármelo. Scott tiene veintiocho años.

—Lo está, pero raramente. Toma muchos turnos extras recientemente. Creo que está tratando de mantenerse ocupado.

—Auch —murmuro.

—*James*. —Mi madre dice rápidamente—. ¿Por qué estas azul?

—No lo estoy. —Trato. Pero la mierda de mi madre es imposible. No crías seis hijos si tener habilidades perceptivas agudas.

Chasquea su lengua.

—Si tú lo dices. Pero voy a tomar una buena mirada a ti más tarde este mes, jovencito. Voy a hacer lasaña y sostenerla bajo tu nariz mientras te interrogo.

La lasaña de mamá es malditamente buena. Probablemente voy a confesar todo si hace eso.

—No puedo esperar —le digo de verdad. Casa suena muy bien ahora mismo.

—Te amo, niño Jamie —dice—. Compra tu boleto de avión.

—Lo haré.

Hablar con mamá mejoró mi humor. Así que salgo y me consiento a mí mismo con una hamburguesa de queso y tocino en el bar de Maine Street. Mientras como, miro a los Red Sox perder, y pienso en Wes. Él está en la

parrillada ahora mismo, donde los padres están probablemente interrogándolo sobre el proceso de reclutamiento de la NHL. Y es el mejor hombre para contestar sus preguntas.

Eso no me amenaza, sólo es un hecho. Wes siempre quiso jugar en la NHL. Fue la primera cosa que me dijo sobre sí mismo cuando éramos adolescentes.

¿Yo? Escogí el hockey porque mis hermanos habían roto cada record de fútbol que se ha tomado en nuestra escuela superior. Amo el hockey. Pero no puedo decir que lo amo más de lo que Wes lo hace. Porque nadie ama el hockey más que él.

Cuando estoy de vuelta en el dormitorio, el lugar sigue vacío. Me cepillo los dientes, saco una novela militar que me compré para el campamento y no había tenido tiempo de leer. Me deslizo en la cama en ropa interior. Quizás Wes pueda venir a casa de ánimo para quemar algo de tensión.

Me quedo dormido con el libro en mi pecho.

Algo de tiempo después me despierto con el sonido de la llave girando en la cerradura. Borrosamente, parpadeo hacia Wes mientras camina hacia mi cama.

—¿Cómo estuvo? —Mi voz está ronca por el sueño.

Wes no me responde. Pero quita el libro y lo pone en el suelo.

—¿Estás bien?

Sigue silencioso, pero no se ve raro. Porque se está posando a un lado de mi cama ahora, solo admirándome. Levantando una mano, empuja todo mi cabello fuera de mi frente. Se dobla y me besa en la mejilla que había causado todo el problema temprano. Exactamente en el mismo lugar.

El roce de sus labios me hace temblar y me inclino por más.

Labios suaves continúan presionando besos en mi cara. En mi cuello. Su gentileza se siente poco familiar para mí ahora. Y el contraste entre el tamaño y la fuerza de este hombre y la suavidad de su toque pone la piel de gallina en mi pecho.

Una cálida mano aterriza en la unión entre mis piernas, levantando la delgada tela de mi ropa interior. La suave presión me estimula a rodar mis caderas en su mano. Una pequeña fricción podría sentirse terrible ahora

mismo. Pero todo lo que tengo es un suave movimiento circular de sus pulgares cruzando mi ingle.

Aparentemente Wes está de humor para torturarme amablemente. Y estoy de humor para dejarlo. Hundiéndome en mi cama, cierro mis ojos mientras me moja con suaves besos y toques incluso más suaves. Cuando me estiro pongo mis manos en su pecho, me corrige, gentilmente moviendo mis manos otra vez en el colchón.

—Bien. Se de esa forma —me quejo.

Ni siquiera se ríe. En vez de eso, apaga mi lámpara y empieza a quitar su ropa. Cada pieza. Me acuesto ahí mientras mis ojos crecen acostumbrándose a la oscuridad, admirando cada pulgada nuevamente expuesta de su suave piel y fuertes músculos. Una impresionante erección se mece contra su estómago. Quiero sentarme y tomarlo en mi boca, pero espero perezosamente en su lugar. Cualquier cosa que Wes haya planeado, estoy bastante seguro que lo voy a disfrutar. Está inclinado encima de mí, besando la línea de mi piel expuesta entre mi camisa y mi bóxer.

—Mmm —suspiro. Estoy tan duro, y realmente no me ha tocado aún. Sus manos se deslizan dentro del elástico de mis pantalones cortos y levanto mis caderas. *Whoosh*, me voy a venir. El segundo siguiente, pone su mano a través de mi boca y entonces introduce mi polla profundamente en su garganta de un solo golpe.

El calor y el placer es tan veloz y sorprendente que es un milagro que no esté mordiendo su mano. Wes me trabaja con su ansiosa boca, mientras mi estómago tiembla y mis caderas se mueven. Jesucristo. Sé que necesitamos estar en absoluto silencio, pero puede que no sobreviva.

Para el momento en que me suelta en un pop, estoy temblando por todos lados. Wes desaparece de mi línea de visión por un momento. Cuando regresa con un condón y una botella de lubricante, suspiro de alivio.

Me ofrece una mano, la tomo, dejándolo ponerme en una posición sentada, así puede quitarme la camisa. Entonces se sienta a horcadadas en mis muslos, agachándose sobre sus rodillas. Por primera vez desde que entró a la habitación, nos estamos besando realmente. Y estoy tan hambriento por eso. Toda la suavidad de hace unos minutos se desvanece como vapor, dejando un rastro de fuego en su estela. Estos besos son duros y fundidos. Capturo la lengua de Wes y la succiono con fuerza.

Gime, el primer sonido real que he escuchado de él esta noche, y trago el sonido en mi ansiosa garganta. En sus rodillas, rueda suavemente contra mi cuerpo, nuestros pechos sacudiéndose y nuestras pollas adoloridas. Tan bueno.

Eventualmente se sienta un poco, rompiendo nuestro beso. Me estiro para tomar el condón, esperando avanzar. Pero lo toma de mi mano, rasgando el paquete.

En lugar de cubrirse a sí mismo, lo baja y lo enrolla en mi polla.

Mi respiración se detiene en mi pecho.

—¿En serio?

Wes me besa en lugar de responderme. Otro embrollo de lengua abrasador. Entonces abre el lubricante y aplica un poco en su propia mano. Se estira hacia su espalda, una expresión seria en su cara. Puedo decir cuando se penetra a sí mismo, porque muerde su labio.

—Déjame hacer eso para ti —susurro. Lubrico mi mano y la llevo entre sus piernas. Wes pone sus puños en la cama e inclina su cuerpo, besando mi mandíbula.

Acaricio su hueco y suspira en mi oído. Cuando toco su arruga, descansa su cabeza en mi hombro.

—Eso es —digo suavemente. Cuando lo penetro, se congela por un segundo. Entonces lo escucho tomar una respiración profunda y lo siento relajarse.

Es caliente y apretado y nada como lo que he sentido antes. Me acomodo dentro. Él alterna entre resistirse y luego relajarse. Me detengo para aplicar una ridícula cantidad de lubricante en mi mano. Y ahora soy capaz de alcanzar su sitio. Muevo mi dedo con movimiento de señas, y tiembla contra mi cuerpo.

La cara de Wes continúa enterrada en mi cuello. Me gusta ahí. Desearía que nunca se fuera.

Capítulo 31

Wes

Estoy en apuros.

Aparentemente, ese es el tema de hoy: en apuros por completo. Pero este es un apuro que he elegido. Dejar a otro hombre en mi cuerpo no es fácil para mí. No sé por qué. No lo es.

Sin embargo, quiero. Cada vez que me tenso contra la intromisión, me digo a mí mismo lo mismo: *es Jamie. Está bien*. Y entonces soy capaz de relajarme. Jamie lo está haciendo lentamente. Me lee como un portero talentoso haría. Es firme y gentil en esto como en todo.

Joder, lo quiero tanto.

Hoy era otro recuerdo de cómo eran las cosas. La primera vez que toqué a Jamie, pretendí que le estaba dando algo cuando en realidad lo estaba *tomando*. Él me perdonó, por supuesto. Desafortunadamente, este verano ha sido más de lo mismo. Le doy mi afecto. Y de vuelta, lo pongo a merced de imbéciles como Killfucker.

Hoy Jamie perdió a su jugador estrella. Probablemente no volverá a ver a ese chico otra vez. Y es todo culpa mía.

La mano libre de Jamie calienta mi espalda mientras la otra me prepara.

—Nene —susurra—. ¿Puedes tomar más?

Asiento en su cuello. Un segundo dedo se une al primero. Al principio lucho contra la quemadura. *Es Jamie. Está bien*. Otra respiración profunda y me relajo.

—Eso es —insta—. Quiero que me montes, ¿está bien? Y cuando te corras, quiero que lo hagas por todo mi pecho.

Un rayo de deseo se apresura por mi espalda. Presiono hacia sus dedos, y soy recompensado con una caricia contra mi próstata. Sí. La chispa de placer me hace temblar, y puedo sentir la sonrisa de Jamie contra mi mejilla.

Después de unos minutos, consigue los tres dedos. Y empiezo a montar su mano en pequeños empujes. Murmura ánimos mientras le pido a mi cuerpo que se estire un poco más. Han pasado años desde que intenté esto. Estaba esperando que fuera fácil, pero como todo lo demás en mi vida, tenía que trabajar para eso.

Pero lo hago. Y eso me deja con otra razón para apreciar a Jamie. Mi querido hombre de gran corazón. Él hace esto para mí, y lo hace parecer fácil.

Es increíble.

Me siento un poco más recto, besándolo fuerte para dejarle saber que estoy listo. La boca de Jamie me da la bienvenida. Tomo unos pocos sorbos exquisitos de él. Para dar valor. Entonces me levanto sobre mis rodillas, preparándome para él.

Jamie se ajusta así está apoyado en el cabecero de la cama, las almohadas en su espalda. Pone un poco de lubricante en su polla, y la vista de él acariciándose hace mi boca agua. Se posiciona debajo de mí.

Justo entonces, con esos ojos marrones mirando, llenos de lujuria por mí, él es lo más sexy que he visto nunca.

Así que lo hago. Me hundo en su polla. La boca de Jamie se abre en un gemido silencioso, y esos ojos hermosos se entrecierran. La quemadura vuelve, pero no es algo que no pueda aguantar. Me doy un minuto para ajustarme, y uso ese minuto para tomar el rostro hermoso de Jamie entre mis manos. Por un segundo solo admiro la vista. Está sonrojado y despeinado por el sexo, ardiendo de excitación. Vine a Lake Placid esperando que todavía pudiéramos ser amigos. Conseguí mucho más que eso, Y estoy muy agradecido.

El beso que le doy intenta dejarle saber eso. Está casi gimoteando ahora en mi boca, así que tal vez me oiga. Le doy a mis caderas un empujón experimental, y me gusta el resultado. Así que me agarro a los hombros de Jamie y empiezo lentamente a follarme con él. Muevo mis caderas hasta que el ángulo es el correcto. Y cuando lo hago, es milagroso. El placer pulsa por mi cuerpo cada vez que empujo. Es muy, muy bueno.

Debajo de mí, Jamie toma mi pene lloroso en su mano. Sus labios se separan, y su garganta trabaja. Lo veo deseoso donde sea que lo mire. En su mandíbula y en la onda de su antebrazo mientras me acelera.

Lame sus labios.

—Si te corres, me llevarás contigo.

Ahora que lo dijo, de verdad quiero correrme. Cerrando mis ojos, ralentizo mi ritmo y me concentro en el placer de cada golpe. Dentro y fuera se mezclan juntos. Sólo está la oleada de felicidad que recibo de él.

Cuando abro mis ojos de nuevo, es la expresión de Jamie la que finalmente me lleva ahí. Es una mezcla de deseo y asombro tan potente que me siento volcar sobre el borde.

—Jamie —jadeo, persiguiendo la sensación. Inclinándome hacia ella.

Me corro y él se estremece debajo de mí. Colapso en su pecho hecho un desastre antes de que acabe. Mis labios aterrizan en su oreja y gimo mientras mi culo se tensa alrededor de su polla.

—Jesús —susurra.

Estoy de acuerdo. Envuelvo mis brazos a su alrededor y aguanto tanto como me atrevo.

Honestamente no sé cómo lo dejaré cuando acabe el verano.

Capítulo 32

Jamie

El campamento casi ha acabado. En serio, estas últimas cinco semanas han pasado volando. Y ahora solo queda una semana y no puedo hacerme a la idea. Supongo que el tiempo vuela cuando estás jugando hockey cada día y echando un polvo cada noche.

A medida que el entrenamiento de la tarde termina, los chicos están de muy buen humor. Corrijo, los jugadores ofensivos están de muy buen humor. Mis porteros, por otra parte, están muy gruñones. Era un juego de alta puntuación para ambas partes, y no había nada que parase los progresos de Wes hoy.

La ausencia de Killfeather definitivamente se nota. De verdad tenía talento. *Tiene*, me corrijo, porque no es como si estuviera muerto. Su padre homofóbico decidió quitar a su hijo en uno de los centros de capacitación más prestigioso de todo el país era un *buen* movimiento. Ya sabes, porque la Elite se arrastra con los perversos. Idiota.

Patino hacia la red, donde mi portero de quince años se detiene, ceñudo mientras se quita el casco.

—Fui una mierda hoy —me informa Brighton.

—Tuviste un mal día —le digo con una sonrisa—. Pero no fuiste una mierda. Paraste más de los que dejaste entrar.

—Dejé entrar *siete*.

—Pasa, chico. Lo hiciste todo bien. —No estoy mintiendo, Brighton prestaba atención a cada consejo que le di hoy. Solo pasó que los consejos de Wes a sus delanteros fueron mejores.

Hago sonar mi silbato para hacerle señas al otro portero, quien se ve igualmente abatido mientras patina hacia nosotros.

—Jugué como...

—Déjame adivinar, ¿una mierda? —Corto, sonriéndole a Bradowski—. Sí, Brighton y yo acabamos de pasar por eso. Pero ustedes jugaron duro

hoy, y jugaste *bien*. No quiero que vuelvan a las habitaciones y estén de mal humor toda la noche. ¿Bien?

—Bien —dicen al unísono, pero no suena muy convincente.

Suspiro.

—Míralo de esta manera. Brighton, dejaste pasar siete de... —Llamo a Georgie y patina hacia nosotros—. ¿Cuántos tiros hicieron los chicos de Wes?

—Treinta y cinco —dice de vuelta sin parar.

—Siete de treinta y cinco —le digo a Brighton. Hago unas mates rápidas—. Ese es el veinte por ciento. Y Bradowski, ocho te pasaron, pero paraste tantos como Brighton. No es una estadística horrible. —Me río—. El entrenador Wesley y yo solíamos retarnos el uno al otro a penaltis todo el tiempo cuando entrenábamos aquí. Había días en los que me dispararía cinco y cada uno marcaría.

Los oídos de Wes deben estar pitando, porque de repente aparece detrás de mí.

—¿Está todo bien aquí?

—Síp. Estaba diciéndoles a los chicos como solías patearme el culo en los penaltis.

Cuando sus cejas se disparan, me doy cuenta de que está pensando en la última vez que nos enfrentamos. Increíble. Ahora también estoy pensando en eso, y espero que los chicos no vean el sonrojo en mis mejillas.

—Sí, Canning no soportaba una contra mí —dice Wes, recuperándose rápidamente—. En realidad en ambos lados de la portería. No importaba si estaba con el stick o si tenía el equipo de portero, él perdía cada vez.

Entrecierro mis ojos.

—Mierd...eh, tonterías. ¿Estás olvidando quién ganó la última vez?

Tengo que darle crédito a Wes, ni siquiera parpadea esta vez, incluso cuando ambos sabemos cómo acabó el último penalti.

Los chicos se ríen.

—Revancha —deja escapar Brighton

Los ojos de Bradowski se iluminan.

—¡Mierda! ¡Sí!

Wes y yo intercambiamos una mirada. Realmente deberíamos apresurar a los chicos a las duchas, así no llegarán tarde a la cena, pero los chicos no van a hacerlo. Bradoski y Brighton ya están zumbando, llamando a los adolescentes quienes todavía no están.

—El entrenador Wesley y el entrenador Canning están teniendo penaltis.

Bueno, entonces. Supongo que vamos a tener penaltis.

Wes me guiña y dice:

—¿Mismas reglas?

—Ahí le has dado.

Ambos sonreímos a la elección de mis palabras.

Diez minutos después estamos vestidos y en posición. Nuestro público ha crecido, incluso los entrenadores están reunidos, incluido Pat, estoy llevando todo el relleno porque no hay manera de que me deje desprotegido mientras el nuevo delantero de Toronto me lance balas.

Wes muestra sus movimientos llamativos mientras patina hacia la línea azul, luego para y me mira. El brillo malicioso en sus ojos hace que mi pulso se acelere. Prácticamente puedo oír su burla muda, *prepárate para chupármela, Canning*.

Respiro profundamente y golpeo el stick contra el hielo. Suena un silbato, y entonces Wes viene disparado hacia mí. Un lanzamiento a la velocidad del rayo y una ovación suena en el rink. *Gol*.

Mierda. Hoy no está de bromas, lo menosprecio y me enfoco, defendiendo contra sus dos próximos lanzamientos, y ganándome mi propia ovación entre la multitud.

Wes me sonríe y se alinea para el siguiente disco.

—¿Preparado para esto?

El imbécil acaba de repetir las mismas palabras que me dijo la última noche justo antes de que metiera su polla en mi culo. Todo sobre juegos mentales, mi novio.

Espera, ¿qué?

El disco vuela pasándome y ni si quiera tengo una oportunidad, porque mi cerebro todavía está atrapado en el último pensamiento.

¿*Mi novio*? Pensé que me resignaría al hecho de que no íbamos a estar juntos. ¿Y ahora estoy pensando en él como mi *novio*?

Me encojo de las telarañas de la cabeza y me obligo a concentrarme en la defensa de la red. Cuando mi guante se traga el último disco, respiro de alivio. Yo sólo dejo en dos. Lo que significa que necesito para anotar en él dos veces para empatar, tres para la victoria. Teniendo en cuenta que es ni de lejos tan bueno como yo en el pliegue, ya puedo saborear la victoria.

Pero se ve demasiado cómodo en frente de esa red. Sus ojos grises se burlan de mí detrás de esa máscara, y cuando dice:

—Muéstrame lo que conseguiste. —Hay una burla en su voz.

Bastardo engreído, cree que de verdad puede pararme.

Joder. Y el bastardo lo hace. Mi primer lanzamiento aterriza en su guante.

Aprieto los dientes para intentar sacarlo con el siguiente intento, pero su mirada como un halcón no es tonta. Para este con sus almohadillas, el siguiente con su stick. Mierda. Necesito los siguientes dos para empatar.

Los chicos gritan en deleite cuando mi cuarto lanzamiento es fructífero. Vuela pasando el hombro de Wes y golpea la red.

—Último tiro —dice con una voz melodiosa—. Vas a joderlo totalmente, Canning.

Sé exactamente de qué tipo de joder está hablando.

Brighton simula tocar los tambores golpeando sus manos contra el tablero y los otros chicos rápidamente le siguen. El ritmo coincide con el golpeteo de mi corazón. Respiro y entonces patino hacia delante. Echo mi brazo hacia atrás, y libero mi lanzamiento.

El disco sisea en el aire.

Pierdo.

Los chicos se vuelven locos cuando Wes deja la red y patina de arriba abajo por los tableros para aceptar sus choques. Lo observo sospechando, preguntándome cuando se había vuelto tan bueno defendiendo contra el disco. Hace cuatro años era un inepto.

Alejando el pensamiento, acepto las condolencias de mis porteros, quien en realidad se ven agradecidos porque haya perdido, supongo que les hice darse cuenta de que incluso los mejores porteros la joden a veces.

Mientras los chicos desfilan hacia las taquillas, Wes patina hacia mí y alza una ceja.

—O estás aflojando con tus tiros, o me dejaste ganar.

—No te dejé ganar —digo entre dientes. Excepto que es entonces cuando se me ocurre algo. El último penalti antes de la universidad... ¿Me dejó ganar? Porque el chico que vi hoy en la red no era el que vi hace cuatro años.

Estoy por preguntarle cuando Pat interrumpe.

—Canning —dice, apareciendo cerca de la valla—. Tenemos que hablar.

Wes pone una mano sobre mi hombro.

—Te veré en el cenador.

Patinamos en direcciones opuestas, pero Pat no habla hasta que Wes está fuera del alcance auditivo.

—Recibí una llamada de un amigo en Toronto esta mañana. —Como siempre, Pat va directo al punto.

Me tenso.

—¿Sobre la posibilidad de que entrene?

Asiente.

—Mi colega es Rodeny Davenport. Esta con la OHL, entrena uno de los equipos junior A en la liga. Está en Ottawa, pero es cercano al entrenador jefe en el equipo de Toronto, Bill Braddock. Habló con él en tu nombre.

Me sorprendo.

—¿Lo hizo?

—Le dije a Davenport todo sobre ti. —Pat se encoge de hombros—. Has conseguido una entrevista en Toronto el día veintiocho.

—¿Lo hago? —Estoy confundido. Una parte de mí no esperaba que Pat viniera por mí.

—Es una posición de entrenador asistente, coordinador defensivo para los mayores del equipo junior, así que estarías trabajando con chicos de dieciséis a los veinte años. La entrevista es solo una formalidad. La liga estaba bastante impresionada por tu nivel de experiencia.

Bueno, demonios. Supongo que todos esos años entrenando aquí a las Elites están siendo prácticos.

—Yo... —No sé qué decir. Pero entonces me doy cuenta de que hay una pregunta importante que hacer—. Y si estoy en Toronto con... —Aclaro mi garganta. No estoy avergonzado, es solo que nunca he tenido experiencia hablando sobre esto—. ¿Qué si hay otros hombres como el Seños Killfeather?

Pat saca un trozo de papel del bordillo de su camisa.

—Esta es la política de antidiscriminación de la liga, lo miré, todo está, eh, cubierto.

Echo un vistazo a las palabras en la página. La liga se ha comprometido a no discriminar en base a raza, religión, creencia u orientación sexual.

—Eso es... de ayuda —digo, y Pat sonríe—. Veintiocho de Julio, ¿eh? —Mierda, eso es la semana que viene. Y Tres días antes de reportarme a Detroit. Si me reporto en Detroit. El pensar en aparecer en el campo de entrenamiento parece menos y menos apetecible cuanto más me acerco a la fecha.

¿Quiero jugar con los profesionales?

¿O quiero entrenar a chicos jóvenes y talentosos para llegar a los profesionales?

—Braddock necesita una respuesta para finales de semana —me dice Pat—. Tienen otro candidato que estaban considerando, así que si decides no hacer la entrevista por la actuación, mejor que se lo den.

Mi mente todavía está corriendo, surgiendo la indecisión de mí. De verdad debería hablar con Wes antes de hacer nada. Dejó más que claro que no estaría saliendo con nadie cuando esté en Toronto. Me dijo que fuera a Detroit.

Así que sí, necesito hablar con él antes de tomar ninguna decisión.

Pero tengo la sensación de que sé exactamente lo que va a decir.

Capítulo 33

Wes

Canning está actuando raro. Apenas ha dicho una palabra durante la cena, y luego rechazó mi idea de ver una película en el centro, diciendo que solo quería volver a la habitación.

Mientras subimos en silencio la escalera a la habitación, desearía saber qué estaba sucediendo en esa sexy cabeza suya. No parecía enojado, o incluso triste. Más como preocupado, lo cual es inusual en Jamie y me preocupa.

—¿Entonces de qué quería hablar Pat contigo antes? —Estoy intentado hacer conversación, pero mi pregunta tiene el efecto opuesto.

—Solo algunas cosas del entrenamiento —responde. Y luego se calla otra vez.

Ahogo un suspiro y lo sigo hasta el segundo piso, admirando la forma en la que sus vaqueros desteñidos abrazan su culo. Hemos estado en pantalones cortos y chanclas todo el verano, pero esta noche esta sorprendentemente fría, así que ahora puedo experimentar a Jamie en vaqueros. Luce tan malditamente espectacular.

—¿Quieres ver algo en tu portátil? —pregunto mientras entro a nuestra habitación—. Cassel me envió este video gracioso de...

Sus labios están en los míos antes que pueda terminar la oración.

Me empuja contra la puerta y mete su lengua en mi boca, instintivamente le devuelvo el beso a pesar de las campanas de sorpresa sonando en mi cabeza. Aprieta mi cintura y frota su parte inferior contra la mía, gimiendo roncamente.

Jesucristo. No estoy seguro de dónde vino este repentino ataque de pasión, pero mi pene seguro que lo aprecia. Después de un minuto o dos, estoy duro como el hierro detrás de mi cremallera. Jamie lo nota, y sus manos son casi frenéticas mientras busca a tientas el botón de mis pantalones.

—Te debo una mamada —murmura.

Cierto. Los lanzamientos. Me había olvidado del premio. No es que importara, viendo como nos dábamos mamadas regularmente sin la necesidad de unos lanzamientos para justificarlo.

Tira de mis pantalones y bóxers por mis caderas, poniéndose de rodillas casi con desesperación. Las alarmas en mi cabeza suenan más fuerte.

—Oye. —Meto mis dedos en su cabello para detener sus movimientos frenéticos—. ¿Qué se te ha metido?

—Nada aún. —Lame la cabeza de mi polla, y veo estrellas—. Pero espero que *esto* se meta en mí pronto.

Luego, toma toda mi longitud en su boca, probándome que sin duda ha aprendido nuevos trucos este verano. Ahora puede hacer garganta profunda como un campeón, y normalmente yo soy bueno en eso.

Esta noche, algo se siente raro.

Su urgencia impregna el aire. Me apoyo contra la puerta e intento entregarme a él, pero a pesar de su boca mágica, no puedo concentrarme. Metiendo una mano bajo su barbilla, lo levanto.

—Ven aquí.

Me da una última chupada, la cual siento hasta mis pies. Cuando se pone de pie, nos doy la vuelta, así su espalda esta contra la pared. Ahuecando su barbilla con las dos manos, reviso su hermoso rostro. Sus mejillas están sonrojadas, y sus enormes ojos marrones están llenos de alguna emoción que no puedo leer.

Voy a descubrir que sucede, pero primero lo beso. Una vez. Dos veces.

—Canning —susurro—. No follamos hasta que me digas qué está en tu mente.

Baja la mirada.

—Quizás sea entrenador el próximo año —dice, su voz ronca.

—¿Enserio? —Esa es una idea que no sabía que había considerado. Dependiendo del trabajo, quizás sea una solución interesante para su problema de portero. Aunque una parte de mí todavía piensa que estaría loco para tirar una carrera de jockey profesional—. ¿Dónde?

—Hay un trabajo de coordinador defensivo en un equipo de tercer año... —Traga—. En Toronto.

En Toronto. Las palabras rebotan en mi mente. Por el más breve segundo, mi corazón despegas como un cohete. Podría haber tenido tiempo de dar un grito de júbilo, excepto que todavía estoy mirando los ojos recelosos de Jamie. Él siempre ha sido el más inteligente de los dos.

Pero aprendo rápido. Así que solo pasa medio segundo hasta que mi pecho se aprieta, y mis manos caen de su rostro. Él en realidad se estremece cuando caen.

No puedo estar con Jamie en Toronto. Porque si somos descubiertos, no habrá razón en absoluto para que esté en la ciudad. Soy un maldito novato, esperando ser lo suficientemente afortunado para hacerme valer en el equipo.

Pasan otros segundos antes que pueda señalarle esto. Porque es de Jamie Canning de quien estamos hablando aquí. Las posibilidades de mí amando a alguien como lo amo a él son tan buenas como ser atacado por un tiburón.

En Toronto.

Pero las probabilidades de Jamie de seguir adelante son exponencialmente mejores. Nos hemos divertido mucho este verano, pero no puede significar más para él de lo que significa para mí. Este hermoso hombre es probablemente más heterosexual que gay. E incluso si me equivoco en eso, ahora hay el doble de parejas disponibles para él en el planeta de lo que lo había hace seis semanas.

Él puede tener a cualquiera. Y no le pediría que espere por mí.

—Di algo —murmura.

No quiero. Hay calor detrás de mis ojos, y mi garganta puede romperse. Pero no me acobardaré. Merece mi honestidad por una vez.

—No podemos estar juntos en Toronto —digo.

Solo seis palabras. Pero hacen que sus ojos se vuelvan rojos.

—Lo siento —añado. Lo siento ni siquiera comienza a describirlo.

Da un paso lejos de mí, moviéndose de la puerta. Tomo un momento para volver a meterme en mis pantalones. Para el momento que he subido

mi cierre, Jamie se ha cambiado rápidamente a unos pantalones cortos de correr. Mete sus pies en sus zapatillas, ni siquiera tomándose el tiempo para atarlas.

—Iré a correr —gruñe.

Cuando se dirige a la puerta, salgo del camino. Es precisamente el movimiento opuesto que quería hacer, y mi corazón está gritándome para que lo llame de vuelta.

Pero la puerta se abre y se cierra con un golpe, y él se ha ido.

Ahora entrando en pánico, me apresuro hasta nuestra ventana. Un minuto después sale por el pórtico de adelante y va corriendo por la calle, sus cordones aun arrastrándose tras él.

Incluso después que esta fuera de la vista, necesito un minuto para calmar mi respiración y recomponerme. No puedo creer que acabe de hacer eso. No es lo que quiero. Mis pensamientos se revuelven como un pinball mientras busco en mi mente la solución al problema.

Pero no hay una. Acabo de pasar una década de mi vida intentando conseguir este trabajo en Toronto. Tengo un título universitario en comunicaciones, como cualquier otro maldito idiota en el planeta. Y un padre que me cubrirá de alquitrán y plumas si lo arruino en Toronto.

Jamie Canning fue mi primer enamoramiento y mi primer amor. Pero nunca fue mío para tenerlo.

Hay un resquicio aquí. Solo uno. Sé que Jamie está enojado ahora porque se siente rechazado. Eso nunca es divertido. Pero sé que seguirá adelante. Las Hollys del mundo están esperando para tomarlo de vuelta. Algunas chicas lindas llamaran su atención antes de esta semana, y a partir de unos meses, el desastre de hoy será solo un mal recuerdo.

Como yo lo seré.

Trago ese pensamiento, luego busco en el suelo del armario por mi valija.

Capítulo 34

Jamie

Es la cena de domingo en la casa de mis padres en San Rafael, California. Esta vez no la veo por Skype... preparo la pasta yo mismo. He picado una montaña de ajo, varias cebollas y cortado una montaña de aceitunas. Somos diez para la cena de esta noche, nosotros ocho además del esposo de Tammy y el nuevo novio de Jess. Mamá me ha tenido en la cocina durante una hora y media y no estamos ni cerca de estar listos.

Como suele suceder, la cocina es muy terapéutica. Tengo algo que hacer con mis manos y no tengo que mirar a nadie a los ojos.

Llevo en casa cuarenta y ocho horas y mamá me acecha como un tiburón. Es consciente de que algo malo me pasa. Todo lo que le he dicho es que estoy teniendo una crisis con mi carrera. Sabe sobre la entrevista programada para dentro de tres días, la cual entra en conflicto con el hecho de que debo estar en Detroit dentro de seis días.

Todo lo que le he dicho es verdad. Pero no es *toda* la verdad. Elegir entre dos carreras es algo grande, pero no es ni de cerca tan doloroso como lo que Wes me ha hecho.

Después de esa horrible escena en nuestra habitación, salí para correr. Cinco kilómetros después, Wes se había ido. No quiero decir que fuera por una bebida... se había ido del campamento. Toda su ropa había desaparecido de nuestro armario. Sus artículos de aseo no estaban.

Sus patines no estaban.

Supe sin preguntar que no volvería. Cuando bajé a desayunar la mañana siguiente, el rostro de Pat estaba lleno de lástima. Y cuando le pregunté si estaba seguro de que tenía suficientes entrenadores a mano la semana siguiente para que pudiera irme a Cali, dijo que sí sin siquiera una discusión.

Pero me *duele* la pérdida de mi mejor amigo-noviolo que sea. Nunca nos preocupamos por ponerle un nombre. Y ahora nunca lo haremos.

—¡Joder! —maldigo cuando el cuchillo de cocina corta la parte superior de mi dedo. El cuchillo se desliza de mi mano cuando aprieto el corte.

—James. —La voz de mi madre es suave—. Quizás necesites un descanso. —Ni siquiera se preocupa por la palabra con J que dije. Así que debo estar actuando como un verdadero dolor de cabeza—. Déjame buscarte una venda —dice en su lugar.

Dos minutos después, ha cubierto la herida.

—Puedo saltar con una sola mano —ofrezco.

—¿Qué tal si en su lugar me dices lo que te molesta?

Ahora, *podría* hacer eso. Mis padres ni siquiera se estremecerían con la idea de que me involucre con un hombre. Ambos son hippies de California hasta el alma. Y si Wes y yo nos hubiésemos quedado juntos, lo contaría en un latido. Pero no hay punto en compartir la historia ahora. Sólo estaría comprándome una vida de burlas de mis hermanos. —¿Necesitas saber qué camisa va con esos pantalones? Pregúntale a Jamie. Fue gay una vez durante unas semanas—. No puedes simplemente dar ese tipo de información a cinco hermanos a menos que sea relevante.

Y de todos modos, soy salvado de responder las preguntas de mi madre, porque la puerta de la cocina se abre cuando llega la primera ola.

—¡Jamester! —grita mi hermana Tammy—. Aquí. Sostén esto.

Antes que pueda discutir, hay un niño en mis brazos.

—¡Carne fresca! —cacarea mi hermana. Y su esposo pasa a nuestro lado para conseguirse una cerveza.

Miro al bebé.

—Eh, hola —le digo a Ty. No lo he visto en dos meses y juro que está el doble de grande.

—Ah —responde alrededor de los cuatro dedos que tiene metidos en su boca. Luego saca su babosa manita y la usa para agarrar mi nariz.

La sonrisa de Tammy se amplía.

—Es bueno tenerte de vuelta, chico. —Tiene treinta años, pero me dice “chico” desde que tenía doce y yo cuatro.

Ty y yo tomamos una cerveza del refrigerador y nos dirigimos hacia el pórtico, donde hay una vista panorámica de la bahía de San Rafael. Mis padres compraron esta casa hace treinta y cuatro años antes que Joe naciera. Esa es la única razón de que puedan permitirse esta dulce vista en un gran vecindario. Lo llamamos la Casa del Revoltijo. En su distribución normal, hay cinco dormitorios. Como el más joven, tuve mi propia habitación en esta casa durante exactamente un año antes de irme a la universidad. Mi vida fue una serie de literas, peleas sobre los mejores cereales y ruidosas cenas familiares.

Joder, amo estar aquí.

—Creo que necesito agregar una tercera cosa a la lista —le digo a Ty. Cuando lo miro, me está observando con amplios ojos marrones que no son diferentes a los míos—. ¿Detroit, Toronto o California? —pregunto.

Frunce el rostro y parece considerar la pregunta. Está pensando *mucho* en ello. Pero entonces hay un sonido flatulento. Su rostro se relaja cuando comienzo a oler algo horrible.

—¿Acabas de hacerte caca en mi presencia? —pregunto al bebé.

Me mira, todo inocente.

—¡Ahí está! ¡Jamie!

Me doy la vuelta para encontrar a mi hermana, Jess. Y antes de que ella pueda reaccionar, me acerco y le entrego al bebé. Luego le doy un gran beso en su mejilla.

—Es bueno verte, hermana.

—¿Acabas de entregarme un sobrino cagón?

—¿Eso es a lo que huele?

—¡Tú! —escupe Jess. Ella y yo somos los más jóvenes de la familia. Tiene veinticinco y es la hermana a la que me siento más cercano. Lo cual significa que nos volvemos locos el uno al otro.

—No hay reembolso —añado.

Pone los ojos en blanco.

—Bien. Iré a encontrar una bolsa de pañales. Consigue una cerveza para Raven, ¿quieres? Haz algo útil. —Deja el pórtico, pasando junto a un hombre que nunca antes he visto.

—Eres... —¿Ha dicho *Raven*? ¿Qué nombre de mierda es ese?

—Raven —dice, y sostiene su puño para que lo choque.

¿*En serio*? Lo choco, para no ser grosero.

—Eres el jugador de hockey —dice. Su voz es algo ahumada, me doy cuenta.

—Claro —respondo sin comprometerme. Porque quién demonios sabe qué decidiré hacer al final de la semana.

—Genial —dice, sonando bastante drogado. Mi hermana seguro que puede elegirlos. Pero cuando Raven pone su cadera contra la baranda del pórtico y cruza sus brazos, noto los tatuajes asomando fuera de las mangas de su camiseta y la curva de su bíceps. No está mal.

Jesucristo... ahora estoy comprobando al novio de mi hermana. ¡Argh! *Jódate, Ryan Wesley*. ¿*Ves lo que me haces hacer*? Sin embargo, es un pensamiento ridículo y ahora tengo la urgencia de reírme como una hiena.

—Tú —ahogo una risa—, ¿quieres una cerveza?

—Claro —gruñe. Seguro que es un hablador, nuestro Raven. Si Wes estuviera aquí...

Correcto.

Suspiro.

La cena es ruidosa y divertida, de la forma que siempre ha sido. Escuchando la charla de mis hermanos, me olvido de Wes por al menos un par de horas.

—Tenemos un atleta profesional en la familia —se queja Scott—, y lo desperdicia en el hockey.

—No es demasiado tarde —discute su gemelo Brady—. James podría practicar fútbol. Los Niners necesitan defensa, también.

—Tengo todo resuelto —anuncia mi padre—. El equipo de Jamie juega en Anaheim en noviembre...

Mi estómago cae, porque casi no hay posibilidades de que me vea jugar en ese partido.

—¡Lo cual significa que podemos ir todos juntos al juego de los Niners! —termina mi padre.

Típico. Al menos, si renuncio a la NHL, nadie estará molesto.

Nos burlamos de Tammy por su vientre redondo. Y nos burlamos de Joe por su escaso cabello. Y cuando es mi turno de ser burlado, apenas puedo escucharlo.

El día pasa volando en un remolino de chismes y burlas. Ahora, los platos están limpios y la tarta de melocotón comida. La mayoría de la familia ha ido a casa y sólo quedamos mis padres, Brady, Scotty y yo.

Estamos de vuelta en el pórtico, los pies en la baranda, observado el sol ponerse mientras Scotty me cuenta su historia de dolor.

—Ella dijo: “no quiero estar casada con un policía”. Y, para ser honesto, intenté averiguar cómo no ser uno. Tengo un grado en justicia criminal y siete años de experiencia en el trabajo. Y en verdad pensé en dejarlo.

La voz de mi hermano es áspera y siento mucho más que una simple punzada de compasión.

—Pero entonces me di cuenta de que probablemente no importaría. Si me amaba, el trabajo no importaría. Pero no lo hacía. No lo suficiente, de todos modos.

Está bien, *frena, por favor*. Hay una pequeña pero estadísticamente significativa probabilidad de que vaya a llorar en mi cerveza en un minuto. ¿Y eso no sería divertido de explicar?

—Al menos, sé que hice todo lo que pude —añade—. Le dije que la amaba, que quería algo verdadero. Presenté mi caso y lo hice fuerte. Así que no tengo arrepentimientos.

Joder. No es como si pudiera decir lo mismo. Wes me alejó, ¿y qué hice? Fui a correr. Lo dejé irse como un ladrón en la noche. No dije “te amo”. No lo dije. En su lugar, sólo me lo guardé.

Soy un idiota.

—¿Jamie? —dice mi madre suavemente.

—¿Qué? —grazno.

—¿Estás bien ahí?

¿Dónde consiguen las madres esa habilidad? Es tan malditamente inconveniente.

—Estoy bien —murmuro, sin convencer a nadie.

—Quien quiera que ella sea, cariño...si es importante para ti, espero que se lo digas.

Argh. Supongo que hay alguien más que necesito ver después de la entrevista en Toronto.

Capítulo 35

Wes

Me acerco a los grandes ventanales de la sala de estar de mi potencial apartamento, contemplando la vista panorámica de la costa de Toronto. Es definitivamente la mejor vista de todos los otros apartamentos que he visto hoy, pero la calmada agua del lago Ontario me recuerda demasiado a Lake Placid. A Jamie.

¿Pero a quién engaño? *Todo* me recuerda a Jamie. Anoche no podía siquiera sentarme en el bar del hotel sin recordar el lugar al borde de la carretera en el campamento, donde compartimos nuestro primer beso. Esta mañana pasé junto a una tienda de dulces y pensé en los Skittles color púrpura que él me había comprado. En el último apartamento que recorrí, pasé diez minutos mirando el sofá cama en el suelo recordando los dos colchones que desplazamos en el dormitorio.

No puedo escapar de Jamie Canning, no importa cuán fuerte lo intente.

—No vas a encontrar una mejor oferta en este vecindario —gorjea la corredora. Ella se mueve un poco más y se detiene junto a mí, admirando la vista—. El alquiler es bajo para un condominio de dos dormitorios en Harbourfront. Es insólito.

Me aparto de la ventana para estudiar la enorme sala de concepto abierto. El apartamento no está amoblado, pero ya me puedo imaginar cómo se vería con muebles. Un sofá de cuero y una enorme pantalla plana en la sala de estar. Una mesa de comedor. Algunos taburetes altos para desayunar en el mostrador.

Puedo imaginarme viviendo aquí, no hay duda de ello. Y tengo que admitir que estoy mucho menos propenso a romper mi regla del celibato autoimpuesto en este vecindario. El ambiente gay no es tan prominente aquí en comparación con las otras áreas que he visitado. El apartamento estaba calle debajo de no uno, sino de *tres* bares gays.

No es que esté buscando entrar en alguno de los bares y probar el mercado de la carne. La idea de estar con alguien que no sea Jamie absolutamente me mata.

—Y no estoy segura de si esto es una ventaja o un inconveniente para ti —continúa la corredora—, pero los propietarios me dijeron que están planeando la venta en uno o dos años. Si ya aún estás viviendo aquí y buscas invertir en el sector inmobiliario en la ciudad, estarías en una gran posición para comprar este lugar.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa si deciden vender antes y no estoy interesado en comprar? ¿Voy a tener que recoger todo y mudarme?

Ella niega.

—Estarás firmando un contrato de arrendamiento de un año. Tienes garantizado el lugar hasta que el contrato de arrendamiento venza.

A la mierda.

—Lo acepto —le digo. Porque sinceramente, estoy cansado de buscar apartamentos. Sólo necesito un lugar para dormir. No importa dónde.

Sea como sea, mi corazón no estará en ello. Mi corazón está en Lake Placid. O tal vez en California. Irá a donde quiera que Jamie Canning vaya.

Me siento como una mierda por alejarme de él de esa manera. Pero nunca he sido bueno con las despedidas. Lo cual demuestra que soy tan inmaduro e inconsciente como lo era hace cuatro años. Lo saqué de mi vida en ese entonces también. Supongo que es mi “rollo”.

Realmente soy un idiota.

Ajena a mi fiesta de uno de me-odio-a-mí-mismo, el rostro de la corredora se ilumina.

—Maravilloso. Voy a preparar el papeleo esta tarde.

Cinco minutos más tarde, salgo del vestíbulo de vidrio sobre la acera, respirando el aire caliente de julio. Hay una parada de tranvía a una cuadra de distancia, así que meto las manos en mis bolsillos y me dirijo hacia allí. Sólo quiero volver a mi hotel y pasar el resto del día sin hacer nada, pero a medida que subo al tranvía, decido lo contrario.

No puedo seguir revolcándome en la miseria. Canning y yo terminamos. Y en algunos días, voy a estar inmerso en el entrenamiento, lo que no me dejará mucho tiempo para explorar mi nuevo hogar.

Tomo un almuerzo tardío en una pequeña cafetería con vista al lago, luego paseo alrededor por un rato, un poco sorprendido por mi entorno. Las calles están muy limpias, y la gente es tan malditamente educada. Ni siquiera puedo contar cuántas veces escuché las palabras “perdón” y “lo siento” y “muchas gracias” en las dos horas que pasé explorando.

Finalmente voy de regreso al hotel, donde tomo una ducha rápida antes de abordar el siguiente asunto del día en la lista de tareas. Correo del agente, listo. Encontrar apartamento, listo.

Lo siguiente es una llamada telefónica a mi padre. Vaya. No puede esperar.

Marco el número de mi casa, luego me siento en el borde de la cama, ya temiendo escuchar el sonido de su voz. Pero mi mamá es quien toma el teléfono.

—Ryan, es un placer tener noticias de ti —dice ella en su tono tajante, sin emociones.

Sí, estoy seguro de que ella está encantada.

—Hola mamá. ¿Cómo va todo en Boston?

—Es precioso. Acabo de entrar por la puerta, en realidad. Me reuniré con la sociedad histórica esta noche. Estamos hablando sobre restaurar la antigua biblioteca en Washington.

—Suenas divertido. —Como sí—. ¿Está papá cerca?

—Sí. Déjame llamarlo por el intercomunicador.

Síp, nuestra casa en Beacon Hill tiene intercomunicadores en todas las habitaciones, porque es como la gente rica circula. ¿Quién tiene tiempo para entrar en otra habitación y entregarle a alguien un teléfono cuando están tan ocupados contando sus montones de dinero?

Mi padre viene a la línea un momento después, me saluda con frialdad.

—¿Qué pasa, Ryan?

Hola a ti también, papá.

—Hey. Sólo quería hablar contigo acerca de la entrevista en *Sports Illustrated*.

Él inmediatamente se pone en guardia.

—¿Qué pasa?

—No voy a hacerla. —Hago una pausa. Cuando él no responde, me apresuro—. Las temporadas de novatos son demasiado impredecibles, papá.

—Ya veo. —Su tono es entrecortado—. ¿Y esto no tiene nada que ver contigo queriendo ocultar tus... actividades... de la revista?

—No se trata de eso —insisto—. No puedo tener a un reportero siguiéndome por todo un año, sobre todo si este año termina siendo un fracaso. —Aprieto los dientes—. En lo que respecta a mis *actividades*, tú no tienes que preocuparte por eso. A partir de este momento, se trata de un problema inexistente.

—Ya veo —dice de nuevo—. Entonces *fue* una fase. —Él suena satisfecho.

Sí papá. Mi sexualidad era una fase. Quién soy, mi esencia, es una fase.

La amargura obstruye mi garganta, amenazando con ahogarme vivo. No puedo lidiar con él en este momento. O nunca. Pero especialmente en este momento.

—De todos modos, agradezco la oportunidad, pero la entrevista no va a ocurrir. Por favor, agradece a tu amigo por mí.

Cuelgo sin despedirme, a continuación salgo corriendo, resistiendo las ganas de golpear algo. ¿Soy una mala persona por odiar a mis padres? No, ¿por *aborrecerlos*? A veces me siento como si estuviera yendo directamente al infierno por los pensamientos que albergo.

Mordiendo el interior de mi mejilla, miro alrededor de la habitación. Creo que puedo ver la TV. Solicitar servicio a la habitación. Hacer *algo* para distraerme a mí mismo de pensar en Jamie, o mis padres, o mi jodida vida.

Pero se siente como si las paredes estuvieran cerrándose sobre mí. Tengo que salir de esta habitación. Necesito salir de mi *cabeza*.

Agarrando mi cartera y la tarjeta de acceso, las meto en mi bolsillo, y salgo rápidamente del hotel. Una vez que estoy en la acera, titubeo, porque honestamente no sé a dónde diablos voy. Considero meterme en el bar cruzando la calle para tomar una copa, pero tengo miedo, no voy a detenerme en una. Mi primera noche en Toronto, voy a emborracharme,

alternando entre arrodillarme sobre el inodoro vomitando mis entrañas, y acurrucarme en mi cama extrañando a Jamie. Me niego a hacer de eso un hábito.

Empiezo a caminar. Son las ocho en un día laborable, así que las tiendas siguen abiertas y las aceras están llenas de gente. Nada ni nadie llama mi atención sin embargo. Así que sigo caminando. Y entonces camino un poco más, hasta que un letrero de neón de una tienda en la distancia capta mi atención.

El salón de tatuajes me atrae como una luz al final de un túnel. Me encuentro caminando hacia él sin pensar realmente en ello, y de repente estoy en frente de la puerta.

He estado considerando hacerme esto desde hace un tiempo, pero se sentía demasiado cursi. Ahora, se siente agri dulce. Y apropiado.

Dudo por un instante, y luego estudio los horarios de las tiendas publicados junto a la puerta. La tienda cierra a las nueve. Son las ocho y veinte ahora. Es probable, que no haya tiempo suficiente para que el artista me vea, pero soy nada más que impulsivo.

Una campana suena sobre la puerta cuando doy una zancada dentro y me acerco al chico de cabello largo detrás del mostrador. Él está con una camiseta sin mangas de color negro, recostado en una silla giratoria con una revista en su regazo. El cuello, los brazos y los hombros están cubiertos de tatuajes.

—Hey —dice fácilmente—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Aceptas sin cita? —pregunto.

—Sí, pero depende de lo que quieras hacerte. Las piezas más grandes requieren múltiples sesiones. —Él mira a los tatuajes que asoman fuera de mis mangas—. Pero, probablemente ya sabes eso.

Miro alrededor, examinando las fotos pegadas en las paredes. Hay algunas piezas increíbles allí.

—¿Has hecho todo eso?

—Malditamente, cierto yo lo hice. —Él sonríe—. ¿Estás buscando una pieza personalizada?

—No, sólo algo sencillo. —Sostengo mi muñeca derecha—. Una línea de texto aquí.

—Puedo hacer eso para ti sin problemas. —Se levanta de la silla y coloca la revista a un lado, entonces habla de precios conmigo.

Es asequible, y siento una confianza inmediata hacia el chico, entonces, cuando dice:

—¿Por qué no vienes a la parte trasera? —Lo sigo sin más preguntas.

Me conduce a través de una cortina oscura a un espacio de trabajo que está limpio y ordenado. Esa es una buena señal.

—Soy Vin —dice.

Arqueo una ceja.

—¿Tu apellido es Diesel?

Él suelta una risita.

—No. Es Romano. Vin es la abreviación de Vincenzo. Mi familia es italiana.

—Soy Wes.

Nos damos la mano, y luego hace un gesto hacia la silla.

—Toma asiento. —Después de que me siento, me pregunta—: Entonces, ¿qué texto quieres tatuarte?

Busco en mi bolsillo mi teléfono, tocando en la pantalla para conseguir la nota que había dejado en mi aplicación de bloc de notas. La encuentro, entonces le entrego el teléfono.

—Estos números exactamente.

Él estudia la pantalla.

—¿Los quieres como número o deletreados?

—Números.

—¿Cuán grande?

—¿Media pulgada, tal vez?

Asintiendo, Vin agarra un bloc de dibujo y garabatea los números antes de entregarme el teléfono de nuevo. Su lápiz vuela a través del block mientras esboza algo. Un momento después, él levanta la página.

—¿Algo como esto, tal vez?

Asiento.

—Perfecto.

—Eres fácil de complacer. —Con una sonrisa, rápidamente corre de un lado para preparar su estación, agarrando provisiones de un armario cercano mientras escudriño todos sus movimientos. Me complace ver que la aguja médica que él trae está empaquetada, lo que significa esta tienda se deshace de las agujas después de cada uso.

Vin se sienta frente a mí. Se coloca un par de guantes de látex, toma la aguja de su envase, luego alcanza la pistola de tatuar.

—Entonces, ¿dónde está? —pregunta él.

Yo arrugo la frente.

—¿Dónde está qué?

Desliza desinfectante en el interior de mi muñeca derecha.

—Esos números... son longitud y latitud, ¿verdad? ¿Coordenadas? ¿Dónde terminaría el mapa si estuviera mirando de arriba?

—Lake Placid —le digo con voz ronca.

—Huh. —Parece intrigado—. ¿Por qué Lake Placid? Y siéntete libre de decirme que me meta en mis asuntos, si quieres.

Yo trago.

—No, está bien. El lugar significa mucho para mí, eso es todo. Pasé los mejores veranos de mi vida allí.

Vin vierte tinta negra en uno de los vasos de plástico en la bandeja delante de él.

—Odio el verano.

No puedo menos que sonreír. Uno pensaría que alguien que trata con el gélido invierno Canadiense para la mitad del año le daría la bienvenida a las altas temperaturas.

—¿Eso por qué?

—Porque siempre termina. —Él deja escapar un melancólico suspiro—. ¿Nosotros tenemos, qué, dos o tres meses? Y luego termina y estamos de nuevo temblando en nuestros calzoncillos largos. El verano es un total calientapollas. —Se encoge de hombros, repitiéndose a sí mismo—. Siempre termina.

Él tiene razón en eso. El verano siempre termina.

Capítulo 36

Jamie

Estoy atrapado en esta entrevista. No es porque sea arrogante, es simplemente la verdad.

Mi jefe potencial, Bill Braddock, tiene aproximadamente unos cuarenta años de edad, y un buen tipo, también. Lo puedo decir ya. Acabamos de pasar cuarenta minutos intercambiando opiniones acerca de los mejores métodos para entrenar delanteros para ser más responsables defensivamente. Cuando Bill habla de estrategias, sus ojos se iluminan.

Quiero este trabajo. En serio.

—Lo siento —dice Bill—. Nos saqué del tema otra vez.

—Está bien —contesto—. Ese es el punto crucial, ¿verdad? Enseñarles a los chicos a relajarse para que puedan defender su zona eficazmente.

Él asiente con entusiasmo.

—¿Cómo aprendiste a ser tan calmado, de todos modos? He visto tu cinta.

—Ah. —Suelto una risa—. Soy el menor de seis chicos. Nací en el tumulto. Es todo lo que sé.

Tengo a Braddock riendo ahora. Él realmente golpea su rodilla.

—Graciosísimo. ¿Fue alguna vez un problema?

—Por supuesto. Cuando tienes seis niños, siempre estás perdiendo uno. Y cuando eres el más pequeño, normalmente eres tú. Recuerdo estar de pie en el pasillo de cereales del supermercado, tratando de decidir entre Cheerios y Chex. Levanté la vista y todos se habían ido. Una vez me dejaron en una parada de descanso en las afueras de Lake Tahoe. Al menos ellos solamente llegaron a veinticuatro kilómetros de distancia antes de que se dieran cuenta de que no estaba en el auto.

El rostro de Bill está rojo de la risa.

—¿Cuántos años tenías?

—¿Siete? ¿Ocho? No sé. Pero sabía no entrar en pánico.

—Increíble. —Se ríe, y luego extiende a una mano por encima del escritorio. Ven a trabajar para mí, Jamie. Creo que nos vamos a llevar muy bien.

Me inclino para el apretón de manos.

—Me gustaría hacer eso.

—Es una gran decisión, puedes tomarte el fin de semana...

Niego, ahora.

—*Quiero* entrenar. No necesito el fin de semana.

Él se recuesta, su expresión me dice que está impresionado.

—Bueno, está bien entonces. ¿Puedo conectarte con una agencia de alquiler? La vivienda va a ser complicada. Toronto es caro. Les pagamos a nuestros entrenadores lo que podemos, pero nadie se está haciendo rico...

—Sí, voy a tener que resolver eso. —Por primera vez en una hora, pienso en Wes. Podría estar a solo unos pocos kilómetros de distancia en este momento, en busca de un apartamento, también.

Necesito hablar con él, ya he decidido eso. Pero luego voy a tener que encontrar una manera de sacarlo de mi mente. No quiero estar siempre buscando su rostro cuando camino por la calle.

Seguir adelante va a ser difícil.

Me levanto y le ofrezco mi mano una vez más. Bill la sacude, sin dejar de sonreír como si acabara de ganar la lotería. Al menos voy a estar trabajando para un buen hombre. Esperando que signifique cosas buenas en cuanto a esta organización, también.

—Déjame saber cómo puedo ayudarte a instalarte —dice Bill, levantándose de la silla—. Lo digo en serio. Mándame un correo si tienes alguna pregunta sobre los vecindarios o lo que sea.

—Haré eso.

Cinco minutos más tarde, estoy otra vez fuera en las calles de Toronto, aflojando la corbata que había llevado a mi entrevista. Perdí mi almuerzo hoy, así que tomo un asiento en un café al aire libre en Lakeshore y pido un sándwich y café helado.

Toronto es un lugar agradable. Una gran ciudad, también. De alguna manera tengo que encontrar a Wes hoy. Intenté llamarlo esta mañana

después de que bajé del avión, pero su número estaba desconectado. Al principio entré en pánico, pensando que él había hecho grandes esfuerzos para no verme. Pero cuando mi compañía de teléfono me envió un texto explicando los cargos internacionales que estaba acumulando en Canadá, me di cuenta de que Wes probablemente se había cambiado a un operador canadiense.

Eso tiene que ser, ¿verdad?

De cualquier manera, necesito otro plan para llegar a él rápidamente. Podría ir a la pista de hielo, pero dudo que me dejen simplemente entrar. E incluso si lo hacen, Wes no podría apreciarlo...

Mi teléfono suena, sorprendiéndome, y por un segundo mi corazón salta. Pero, por supuesto, la persona que llama no es Wes. El teléfono dice HOLLY.

—Hola —le respondo, tratando de mantener mi tono ligero. No hemos hablado desde nuestra incómoda noche en Lake Placid, pero realmente espero que ella quiera decir lo que dijo acerca de nosotros todavía siendo amigos—. A que no adivinas dónde estoy en este momento.

Ella se ríe, y el sonido es reconfortante.

—¿No en Detroit, entonces?

—No. En Toronto. Estoy tomando un trabajo de entrenador.

—¿De veras? Eso es genial, Jamie. Estoy tan orgullosa de ti. Me alegra de que fueras con valentía.

Mi corazón se hincha un poco. A todos les gusta escuchar lo han hecho bien.

—Gracias. Va a haber un ajuste. El dinero canadiense es un aspecto divertido.

Holly ríe.

—¿Por qué Toronto? ¿Vas a contarme acerca de tu misteriosa mujer?

—Um... —*Ouch*—. No estoy seguro si eso va a funcionar. Y no estoy muy feliz por eso.

—Oh, cariño. —Hay una genuina simpatía en su voz—. Lo siento. ¿Por qué no?

La camarera deja mi comida, y me tomo un momento para darle las gracias.

—Así que —digo, mirando por encima del hombro. Estoy solo y afuera, razón por la que contesté el teléfono en el primer lugar—. Eso es algo que podría confesarte enseguida. —Tengo que contarle a alguien. Y Holly guardará mi secreto. Ella es una buena amiga.

—¿Qué?

—¿Mi mujer misteriosa? No hay ninguna. Yo estaba viendo a un chico. Hay un profundo silencio por un momento.

—¿En serio? —Ella suena incrédula.

—En serio. Aparentemente, soy um... —Nunca lo he dicho en voz alta antes—. Bisexual. Vamos. Eso en realidad no fue tan difícil.

—Estoy... guao —dice Holly—. No me lo esperaba.

—Yo tampoco. —Me río—. Ha sido un verano muy interesante.

—¿Quién es? ¡Espera, ese amigo del hotel! ¡Y la pista de patinaje en Lake Placid! Ryan algo.

Bueno, joder. Olvidé de que las mujeres son tan extrañamente intuitivas.

—Holly, no se lo puedes contar a nadie. Esto a mí no me importa mucho, pero podría realmente lastimarlo.

Su suspiro es fuerte en mi oreja.

—No se lo diré a nadie. Pero... ¿él te *dejó*? Voy a matarlo.

Ahora ella me tiene sonriendo.

—Eres la mejor. ¿Alguna vez te ha dicho eso?

—Eh. —Suspira—. Tengo mis momentos. Hey, ahora dejaré de intentar averiguar de qué clase de chica te habías enamorado. Preguntándome qué tenía ella que yo no, eso estaba realmente ocupando mucho de mi tiempo libre. Ahora al menos sé la respuesta, una polla.

Me eché a reír.

—Maldición, Holly. Es bueno hablar contigo.

—Igualmente.

Cuando colgamos, todavía hay una sonrisa en mi rostro. Como mi almuerzo pensando en todas las cosas locas que he hecho en estas últimas seis semanas.

Y un recuerdo, en particular resuelve el problema de encontrar a Wes.

Hago señas a la camarera y saco mi teléfono. Tengo una aplicación para descargar.

Capítulo 37

Wes

Mi primera práctica es brutal, pero así es como me gusta. El entrenador Harvey comienza con un simulacro de cruce diseñado para fortalecer nuestras habilidades para acelerar en las curvas, y sólo me toma cinco segundos para comprender completamente que estoy en las grandes ligas ahora. *Nop, ya no estás en la universidad, Dorothy.*

Este es todo un nuevo nivel de intensidad, y estoy sudando hasta las bolas mientras entro y salgo del tráfico, cambiando direcciones a capricho del entrenador. Presionándome a mí mismo para mantenerme al ritmo de jugadores que han estado entrenando juntos por mucho más que los cinco minutos que he estado con ellos.

Y sólo aumenta su intensidad desde ahí, pero estoy bien con eso. Esto es todo lo que tengo. Esta es la elección que he hecho. Jugar el mejor hockey que puedo será el enfoque de mi vida por los siguientes varios años.

Para el momento que terminamos, estoy tan sudado que hay vapor saliendo del interior de mi casco cuando finalmente me lo quito. Mis piernas están como gelatina y camino por la rampa dentro del cuarto de casilleros.

—Bien hecho ahí afuera, hombre. Vas a hacer una maldita buena adición —mi compañero de equipo Tomkins dice. Él lleva tres temporadas y lo está haciendo bien, así que estoy complacido de oírle decir eso.

—Gracias. Estoy feliz de estar aquí.

Y lo estoy. En su mayor parte.

Después de una ducha, me visto y dejo la pista de patinaje. Estoy cansado, y no necesito ser sociable de cualquier modo, porque hay una cena del equipo comenzando en dos horas.

Reviso mi teléfono por llamadas, pero no hay ninguna. La aplicación Brandr tiene una nueva notificación, sin embargo. Eso es extraño, porque no he enviado mensajes ni a un alma desde que vine a Toronto. He sido un

buen chico. De hecho, sólo debería borrar la maldita aplicación. No llevarme a ninguna tentación, ni nada de eso.

Pero leo las notificaciones de todos modos, sólo en caso de que sea alguien que de verdad conozca. Hay un mensaje de un perfil nuevo, con la fotografía de un pulgar que no reconozco. Mi pulgar se cierne sobre el botón de borrar cuando el nombre del remitente se asienta.

El mensaje es de PurpleSkittle. Y cuando lo abro, su ubicación está a 3.3 kilómetros de distancia.

Hay una vibración excesiva en mi pecho. Jamie Canning está en Toronto.

Me quedo inmóvil mientras abro el mensaje, porque tiene que estar enojado conmigo. Pero es lo mejor.

Wes. Necesito quince minutos de tu tiempo. Voy a tomar este trabajo de entrenador, y hay algo que quiero decir. Vamos a compartir una ciudad. Es una grande, pero aun así. Dime donde nos podemos ver. No importa dónde, un Starbucks o lo que sea su equivalente canadiense.

Hazme este favor.

J.

Estoy respondiendo antes de siquiera pensarlo. Le digo que sí. No porque sea lo correcto de hacer, sino porque soy incapaz de decir que no. una cafetería no es la mejor idea, sin embargo. Demasiado público. Así que le pido que me encuentre en el apartamento vacío que he aceptado rentar.

El agente de bienes raíces me había preguntado si quería ir allí a tomar medidas. Esa es una cosa, aparentemente. Le dije que sí, y me había dejado una llave en la recepción.

Ahora voy corriendo hacia allí.

El conserje me da la llave y le digo que estoy esperando a alguien para ver el apartamento conmigo. Él promete que lo enviara arriba.

Me subo al elevador con el corazón martilleando, y cuando abro la puerta del apartamento, lo miro con nuevos ojos. Es demasiado espacio para solo un chico. Debí haber buscado con un solo baño. Jamie va a mirar este

lugar y va a pensar que me alejé de él para así poder tener un gran estilo de vida de NHL. Como si me importaran un carajo las ventajas.

Pero la encimera de granito y los suelos de madera de cerezo se ríen de mí. *Esto es lo que querías.*

Se supone que esté aquí tomando medidas, pero ni siquiera he traído una cinta de medir. Y no es el apartamento lo que necesito medir, es el tamaño de mis bolas. Jamie está de camino aquí para decirme que soy un imbécil asustado, y de verdad no puedo discutir el punto.

Cuando el golpe suena, no estoy listo.

Pero me porto como un hombre y abro la puerta, y él entra en un maldito traje con corbata, luciendo lo suficientemente caliente como para calentarme. Retrocedo instintivamente, porque no puedo tocarlo. Nunca he tenido ninguna fuerza voluntad cuando se trata de Jamie Canning. Y he terminado de enviarle señales mezcladas. No puedo hacer más eso.

—Hice —dice precavidamente—. Bonito lugar.

Me encojo de hombros porque mi boca está muy seca para hablar. Su grandes ojos marrones observan el cuarto, lo que me da un minuto para admirar a este hombre que amo, tal vez por última vez. Su rostro esta bronceado, y su cabello ha sido cortado. Sé exactamente qué tan suave se siente pasando a través de mis dedos. Y sé que de verdad es de un millón diferente de colores mirándolo de cerca.

Mi trasero golpea el mostrador de la cocina, y casi tropiezo.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta.

Asiento, impotente. Esto es muy difícil. Pero me lo provoqué yo mismo. Coloco una mano sobre el mostrador de granito, y su temperatura fresca me estabiliza.

—Bueno, hay algo que vine aquí a decir, incluso aunque sé que no quieres escucharlo.

Los ojos de Jamie me buscan, pero no sé por qué. Terminé de ser un idiota con él, y no puedo mostrarle como me siento de verdad. Eso me deja mudo. Es lo mejor que puedo hacer.

—No sé qué crees que sucedió este verano —continúa, metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones. Si esta cosa de entrenador no funciona, debería intentar convertirse en el presidente de una compañía en

algún lado. Porque de verdad que sabe lucir como uno—. De hecho, estoy seguro de que has inventado un montón de mierda en esa cabeza terca que tienes. Piensas que me has dañado, o manipulado, o alguna mierda.

Mi rostro está caliente ahora. Porque sí pienso eso.

—Piensas que sólo estuve jugando por ahí. Tomando un paseo por el lado salvaje. Crees que simplemente voy a... —Se roza las manos juntas como quitándose el polvo—...regresar a las chicas. Tachar esto como un experimento.

Sí, pienso eso, también.

—Eso *no* fue lo que sucedió, Ryan. No para mí. Lo que pasó es que tuve a mi mejor amigo de regreso por un tiempo, y también me enamoré de él. —Su voz se pone más grave—. Y no sólo estoy diciendo eso. Maldita sea te *amo*, y sé que eso es inconveniente. Pero no tuve oportunidad de decírtelo en Lake Placid, así que estoy diciéndotelo ahora mismo. Sólo en caso de que no podamos conseguir más que un verano. Te amo, y deseo que las cosas fueran diferentes.

Hay presión en mis oídos, y el mundo se pone un poco borroso. Me encuentro a mí mismo hundiéndome hacia el suelo, mi espalda deslizándose a lo largo del costoso gabinete de madera, mi trasero golpeando el encerrado suelo de cerezo. Mis ojos están húmedos, así que miro hacia la ventana. Veo azul. Esa maldita vista. Es hermosa, y no me importa.

Porque nada es tan hermoso como el hombre que acaba de decirme que me ama mi jodido ser.

—Wes. —La voz es suave, y está acercándose. Escucho el murmullo de la chaqueta de un traje siendo removido. Unos segundos después, Jamie se sienta en el suelo a mi lado.

En mi visión periférica veo antebrazos musculosos sobresaliendo de mangas de camisa. Junta sus manos alrededor de sus rodillas y suspira.

—No quería molestarte —dice en voz baja—. Pero necesitaba ser dicho.

Él está *justo aquí*. La limpia esencia de su champú y la calidez de su codo contra el mío son abrumadoras. Lo he extraño. Maldita sea, demasiado y he estado caminando por ahí con un abismo vacío en mi pecho donde mi corazón solía estar.

Pero ese enorme agujero está lleno de nuevo. Mi corazón está de regreso, porque Jamie está aquí.

Y él jodidamente me *ama*.

Mi siguiente respiración escapa como estremecimiento.

—No puedo elegir —digo entre dientes.

—Ya has elegido, y entiendo porque...

Doy con mi cabeza una violenta sacudida.

—No. Lo digo en serio. *Nopuedo* elegir. No voy a elegir entre tú y el hockey. Los quiero a los dos. Incluso si es un desastre. —Miro a Jamie de nuevo, finalmente, sólo a tiempo para verlo hace una mueca.

—No quiero ser la razón por la que tu carrera en la NHL no funcione —dice vehementemente—. Lo *entiendo*, Wes. De verdad lo hago.

Hay una lágrima bajando por mi rostro y ni siquiera me importa. Tomo la mano de Jamie de su rodilla y la beso. Se siente tan malditamente bien.

—Lo siento —me ahogo—. Tendremos que solucionarlo de alguna forma. *Te amo*, maldición.

Su respiración se atora.

—¿Sí?

—Claro que sí. No voy a dejar que te vayas de aquí.

—¿Nunca? —bromea, apretando mi mano—. Esa es una forma de prevenir los chismes.

Suspiro.

—Necesitamos una estrategia. Debo de permanecer tan lejos de los periódicos como pueda.

—Pero, ves, es por eso...

—Tranquilo, bebé —murmuro—. Déjame pensar un segundo.

No podemos mentir para siempre para salvar mi carrera —eso no es justo con Jamie. Tal vez él no lo ha pensado bien, pero he sido gay por mucho tiempo y sé lo mucho que apesta el armario.

—Necesito ser astuto hasta el próximo junio —decido finalmente—. Pero eso es todo. Y eso es sólo si Toronto llega muy lejos en las eliminatorias. Sólo una temporada.

—¿Y luego qué?

Me encojo de hombros.

—Luego puedes ser mi cita en la próxima parrillada del equipo o fin de la historia.

Jamie se ríe, pero soy mortalmente serio. Sólo se necesitó una mirada a él hoy para darme cuenta de que no puedo mantener partes de mí mismo en cajones separados. Nunca iba a funcionar.

—¿Y qué si algo pasa antes de junio? Quiero decir... —Suspira de nuevo—. No puedo mentirle a mi familia. Puedo pedirles que sean discretos, y ellos lo intentarían. Pero no estoy bromeando cuando digo que no quiero ser tu caída. Piénsalo bien sobre todo el riesgo que estás dispuesto a tomar.

—Tú lo vales —susurro. Mierda, yo lo valgo. Mi cambio de corazón no es pura generosidad. Si Jamie es lo suficientemente valiente para entrar aquí y decirme que me ama, debo de tomar algunos riesgos también—. Voy a hablar con el departamento de relaciones públicas. Voy a advertirles.

Su mano se aprieta sobre la mía.

—No puedes hablar en serio.

Giro mi cabeza contra la pequeña pared de madera donde estamos sentados.

—Hablo muy en serio. Es mi *vida*, y la tuya. Te he amado por años, bebé. Si la NHL no puede lidiar con eso, entonces así es como es.

La expresión de Jamie se suaviza.

—Ese sería un día bastante malo, sin embargo.

—No. un mal día es que te rindas conmigo. —Paso una mano a través de mi cabello, y repentinamente atrapa mi muñeca, sus ojos marrones entrecerrándose.

—¿Cuándo te hiciste esto?

Está mirando mi nuevo tatuaje, y me siento tímido mientras respondo.

—Un par de días después de que dejé el campamento.

Las ásperas yemas de sus dedos siguen la línea de tinta negra.

—¿De qué son estas coordenadas? —No estoy sorprendido de que lo haya adivinado. Mi hombre es inteligente.

—Lake Placid —le digo.

Sus ojos se centran en los míos.

—Ya veo. —Se aclara la garganta, pero cuando habla de nuevo, su voz esta ronca—. ¿De verdad me amas, eh?

—Siempre lo he hecho. —Trago con fuerza—. Siempre lo haré.

No es claro quién se mueve primero. Pero un segundo después nuestros labios se rozan, luego se presionan juntos. Gimo incluso antes de que la lengua Jamie separe mis labios. Lo beso con fuerza, y él da tanto como recibe.

El tiempo pasa. Una vez comenzamos a besarnos no nos detenemos. Mis labios están hinchados y estoy tan duro que es doloroso. Pero no es sobre el sexo. Cada beso es una promesa de uno más por venir. Sé que necesitamos parar. Hay planes que hacer, y hay una cena a la que debo de llegar, pero cada vez que me digo que *este* es el último beso, regreso por más. Y luego uno más.

Retrocedo eventualmente.

—Tienes que vivir aquí —dejo salir.

—¿Qué? —dice Jamie, luciendo mareado. Sus mejillas están sonrojadas y he revuelto su cabello.

—Un novato de veintidós años de edad podría tener un compañero de habitación, en especial un viejo amigo del hockey. La verdad sería extraño si estuvieras yendo y viniendo todo el tiempo.

Sonríe, y creo que va a hacer un chiste sobre yendo y *viniendo*.

—¿Acabas de pedirme que me mude contigo?

—Bueno... sí. ¿Te gustaría?

Los ojos de Jamie barren la habitación.

—No puedo pagar este lugar.

Ya estoy sacudiendo la cabeza.

—Eso no va a ser un problema. Puedes pagar los servicios públicos o alguna mierda.

—No puedo...

—Sí, sí puedes. Considéralo un regalo por los diez meses de esconderse.

—No puedo no pagar *nada*.

—Bien. Contribuye con lo que de otra forma sería tu presupuesto para renta. —Me paro ofreciéndole una mano—. Vamos, demos un recorrido. —No quiero hablar de dinero. A la mierda eso.

Jamie toma mi mano y me sigue por el pequeño pasillo de la cocina.

—Pondremos una cama en este cuarto, pero no va a ser nuestro cuarto. Puedes poner un escritorio aquí, sin embargo, si necesitas uno para tu trabajo. Te dará un lugar para trabajar.

Todo esto parece muy fácil ahora. Toronto acaba de convertirse en un lugar donde quiero estar de verdad.

—Y este es nuestro cuarto. —Lo llevo a la habitación grande, que está encajada a un lado del edificio—. ¿Ves que privado? Cuando follemos, nadie podrá oírnos. —Arriesgo una mirada a Jamie, y sus ojos están fundidos.

Maldito infierno. No debí haber dicho eso. Estoy duro, y no hay tiempo para hacer nada sobre eso.

—Espera. ¿Qué hora es de todos modos?

Revisa su reloj.

—Seis.

¡Mierda!

—Tengo que ir a este restaurante en media hora. Y mi hotel está al otro lado de la ciudad... —Miro hacia lo que estoy usando. Pantalones de chándal y chanclas. Genial. Voy a llegar tarde para mi primer evento del equipo. *Maldición*. Me rio, porque es eso o llorar. Y ya he hecho eso último hoy.

—¿Bebé, te quieres poner esto? —Jamie apunta a su traje.

—¿En serio?

Se encoge de hombros.

—No tienes que hacerlo, pero...

—Intentémoslo. —Me río, porque esto es una locura. Pero eso es lo que pasa cuando él y yo estamos juntos. Las locuras suceden.

Y *somos* casi de la misma talla. La cintura de Jamie puede ser un poco más ancha que la mía, pero tiene puesto un cinturón.

Él está mirándose a sí mismo, haciendo lo mismos cálculos.

—¿Cuánto calzas?

—Diez y medio.

—Yo soy once —dice—. Bastante cerca.

Estamos riéndonos como idiotas mientras nos quitamos la ropa en el gran dormitorio vacío. Jamie queda sólo con sus medias de vestir, y gruño ante la visión.

—Espero que la cena no dure demasiado. ¿Te quedaras conmigo en el hotel esta noche?

Se lame los labios.

—Seguro. Pero tendrás que decirme dónde es eso. —Me pasa su camisa y me la pongo. Huele como él. Voy a estar cachondo toda la noche. La mejor clase de tortura.

Hacemos el cambio y no luzco tan mal. Los hombros de la chaqueta son un poco más amplias de las que he usado, pero a la mierda, a quién le importa.

—Olvidé algo.

—¿Qué?

Trabajo en atar la corbata de Jamie, pero no hay espejo, así que voy lento.

—¿La noche en que estábamos haciendo la lista de los beneficios de ser gay? Prestar la ropa de tu novio.

Chasqueando su lengua, aparta mis manos del camino y endereza el nudo.

—Te ves caliente en mi traje.

—Tú te ves caliente en cualquier cosa.

Se agacha y me aprieta el pene a través de los pantalones de lana.

—Recibirás una mamada más tarde, sólo por decir eso.

Gruño. Luego tengo un pensamiento tan malvado que casi no puedo decirlo con el rostro serio.

—Esta noche, te quiero sólo con mi camisa de Toronto.

Jamie estalla en risas y le da a mi mejilla una bofetada de mentiras.

—Idiota. No soy tu *conejito puck*.

—¿Por favor? Nunca he follado a un *conejito puck*. Esta es mi única oportunidad.

Envuelve sus manos alrededor de mi cuerpo y aprieta mi culo. Recibo un solo beso de roce antes de que dé un paso atrás.

—Ahora dame la llave de tu hotel y vete ya a tu cena. No más labios.

Cuando salgo a la acera unos pocos minutos después, estoy un poco mareado y caminando con cuidado en zapatos que son ligeramente muy grandes.

Y nunca me he sentido mejor en mi vida.

Capítulo 38

Agosto

Wes

Para el final de mi primera semana de entrenamiento, el entrenador Harvey desplaza las líneas y me pone en la segunda línea con Eriksson y Forsberg. Este último llevó a Chicago a ganar una Copa Stanley hace tres temporadas antes de ser trasladado a Toronto. El primero estaba ligado a la puntuación más alta de jugador ofensivo la temporada pasada. Y después era yo, Ryan Wesley, húmedo detrás de las orejas de novato, patinando con dos malditas leyendas.

Es una señal prometedora, porque eso significa que me están considerando seriamente para la alineación de esta temporada, en lugar de mandarme abajo al equipo de granja para un mayor desarrollo.

Nuestro turno dura dos minutos y justo antes que el entrenador grite por un cambio de línea, meto de un golpe más allá del portero —otro ex campeón de la Copa Stanley— y acepto un vigoroso golpeteo de Eriksson en la espalda, quien está sonriendo detrás de su máscara.

—¡Mi-ierda, chico, esto fue muy bonito!

El elogio me calienta por dentro. Y estoy incluso más aturdido cuando observo al entrenador asintiendo en aprobación desde el banquillo.

—Tienes fuertes instintos —me dice cuando me lanzo encima del banquillo un momento más tarde—. Sin vacilar. Me gusta esto.

¿Escuchar esto es bueno para mi ego? Maldita sea claro que lo es. Estas dos semanas pasadas, he aprendido que los elogios por parte de nuestro entrenador llegan tan a menudo como los eclipses solares. Pero a pesar de que él nos aprieta fuerte y es duro como una piedra, es un buen chico cuando no estamos sobre el hielo y el hombre con certeza sabe del hockey.

Forsberg se desliza al lado mío cuando me dirijo por la rampa hacia abajo, despeinando mi cabello como si tuviera ocho años.

—Eres rápido Wesley. Sigue enseñado esta velocidad en práctica, ¿bien? Te quiero en mi línea.

Mi corazón hace un salto mortal. Jesucristo. ¿Cómo es esta mi vida?

Pero mi buen estado de ánimo no se atora. Estoy programado para un encuentro con uno de los publicistas del equipo en treinta minutos y dependiendo de cómo va, la práctica puede que no sea la única cosa que se ha terminado hoy. Mi carrera podría terminar también.

Antes de incluso empezar.

No he cambiado de parecer, sin embargo, no importa cuántas veces Jamie me ha instado para reconsiderar. No voy a dejarle renunciar. Este próximo año puede ser duro para nosotros, especialmente si mi publicista va a todo fuego y azufre detrás de mí para mantener la relación a escondidas. Pero sé que podemos atravesar esto.

Le quiero a Jamie. *Siempre* lo he amado. Y sé que él siente lo mismo, no puedo esperar para verlo de nuevo. Para estar con él otra vez.

Después de aceptar el trabajo de entrenador e informar a Detroit de su decisión, Jamie se fue de vuelta a Lake Placid por dos semanas. Me contó este plan cuando estábamos acostados en mi habitación de hotel después de tener sexo. E incluso en este extático estado, pensé que era una horrible idea.

—No te vayas —discutí—. Acabo de tenerte de regreso.

Sonriendo me besó.

—Podemos aun entrar en el apartamento de todas formas. Y Pat necesita ayuda. Además, esto significa que puedes concentrar toda tu energía en impresionar a tu entrenador.

Lo echaba de menos un montón, pero había hecho lo que me ha sugerido. Todo lo que hago es entrenar y hablar con él por teléfono en la noche. Mi alquiler en el apartamento empezó tres días atrás. Fui de compras por lo esencial, una cama tamaño enorme y una gigante tele de pantalla plana. Pero esto es todo lo que estoy comprando hasta que Jamie vuelva la semana que viene para ayudarme a escoger todo lo demás.

En realidad, encontré un sillón en la cuneta ayer y lo lleve arriba. Pero cuando lo coloqué delante de la ventana del salón me di cuenta que se mueve.

Le tomé una foto y le envié un mensaje a Jamie con una nota sobre haberlo encontrado fuera. Su respuesta fue rápida y furiosa:

*¡Tiene que desaparecer! ¡La gente tira la mierda por una razón!
¡Apuesto que alguien ha muerto en aquel asiento!*

Agenda de esta noche: sentarme en la silla de muerte e ir a comprar alimentos.

Mírame a mí siendo casero. Estoy como descubriéndolo.

Después de ducharme en el vestuario y cambiarme en mi ropa de calle, camino hacia el ascensor al final de la arena de entrenamiento. El tipo de relaciones públicas estuvo de acuerdo para encontrarnos en las oficinas de arriba, evitándome tener que caminar a las oficinas centrales del equipo en el otro extremo de la ciudad durante las horas de alto tráfico.

Él me espera en el pasillo cuando me salgo del ascensor. Ya me lo había encontrado una vez antes. Fue después de firmar mi contrato, cuando me dio información sobre los eventos promocionales donde se espera asistir esta temporada

—Ryan —dice amablemente, extendiendo su mano—. Es bueno verte de nuevo.

—Frank —le saludo mientras nos damos las manos—. Gracias por venir aquí para verme.

—Lo que sea para nuestra nueva superestrella. —Sonríe y me hace señal para seguirlo dentro.

Un momento más tarde, estamos sentados en una pequeña oficina con vistas al estacionamiento. Frank lleva una sonrisa burlona.

—No es exactamente el colmo del lujo aquí. No puedo siquiera ofrecerte algo para beber.

—Está bien. Acabo de tragar dos botellas de agua en el vestuario.

—He visto el final del entrenamiento. Parece ser que estás haciendo equipo con los otros chicos.

—Eso creo yo —admito—. Afortunadamente el entrenador está de acuerdo.

Frank sonríe.

—Confía en mí chico, a Hal le gustas. He oído esto cuando los entrenadores estaban pasando las perspectivas de selección, rehusó mirar a ningún otro central. Eras su primera y única opción.

Placer me atraviesa. Después culpa. Porque la idea de decepcionar al nuevo entrenador me da agonía.

Pero la idea de no tener a Jamie en mi vida me pone incluso más enfermo.

—Así que escúchame. Tengo algo importante para hablar contigo —empiezo nerviosamente.

La expresión de Frank se vuelve seria.

—¿Todo está bien? ¿Alguien te está creando problemas?

Niego.

—No, nada de esto. —Un suspiro de tristeza se escapa—. En todo caso soy yo el que está por *traerles* problemas.

Realmente se ríe.

—Tengo que decirte que muchas de las conversaciones empiezan así. Por el momento, estoy poco sorprendido. Así que, dispara.

Cierro mis manos en el regazo para detenerles de golpetear con los dedos.

—Frank... el compañero de piso que he catalogado como contacto en caso de emergencia es en realidad mi novio. Pero, ehh, nadie lo sabe.

Ni siquiera parpadea.

—Bien.

¿Bien? Confusión llena mis entrañas mientras intento de dar sentido a su respuesta. No ha sonado sarcástico, como *bieeeeen, de seguro lo es*. No ha sonado hostil. No ha sonado como nada.

—Te voy a decir esto, ehh, porque se podría filtrar. Nunca intentaría traer publicidad negativa al equipo. —Me apresuro a decir—. Mi orientación sexual no tiene nada que ver con mis habilidades de jugador de hockey. Tengo planeado romper mi culo por este club y sinceramente espero que con quien me cito en mi tiempo libre no afecte la opinión de mis compañeros de equipo sobre mí como jugador. Pero también sé que los medios de comunicación saltaran encima si esta historia sale a la vista.

Frank asiente ahora.

—Yo... —Hago una pausa—. Quiero decir, estoy viviendo con alguien. Es en serio. Lo único, ehh, escandaloso es que es un él.

Sus labios se curvan.

Jodido infierno. ¿Está *riéndose* de mí?

Aprieto mis dientes y me obligo a continuar.

—Estamos deseando ser tan discretos como el equipo necesite que seamos, pero no podemos esconder nuestra relación para siempre. No deberíamos hacerlo. —Mi respiración se acelera—. Así que he asumido revelar esta información y dejarte a ti y al equipo decidir qué va a pasar.

Frank se inclina adelante apoyando sus brazos en el escritorio.

—Ryan. —Se ríe—. Aprecio que hayas venido de frente, pero... ya conocíamos tu orientación sexual.

Toso por sorpresa.

—¿Lo sabían?

—Hijo, tenemos un riguroso proceso de investigación para todos nuestros procesos de selección. La última cosa que un club necesita es fichar un chico en la primera ronda, solo para darse cuenta más tarde que tiene unos antecedentes penales de hace un tiempo o es adicto a pastillas o tiene algún que otro esqueleto escondido en su armario que pueda tener un impacto negativo en la liga.

Jesús. ¿Así que sabían que era gay *antes* de ficharme? ¿Cómo?

Pronuncio el preocupante pensamiento.

—¿Cómo lo sabían?

Ríe otra vez.

—¿Estabas intentando mantenerlo en secreto? Porque lo hemos averiguado de tus compañeros de equipo y entrenadores, que estaban al tanto de ello.

Estoy... atontado.

—¿Mi entrenador les ha *dicho*?

Se encoje de hombros como si no fuera nada sorprendente.

—El entrenador no quería que llegaras a un equipo donde no te trataran bien. Te hizo un favor. Y como has dicho, Hal estaba impresionado por ti y no solo con el nivel de talento que traes al equipo. Eres inteligente, discreto, tienes una buena cabeza en tus hombros. Esto es todo lo que le importa. Que *nos* importa.

—Así que... —Intento encontrar mi voz—. ¿A ustedes no les importa que esté involucrado con otro hombre?

—Para nada. —Junta sus manos—. De hecho, ya he escrito el comunicado de prensa por cualquier eventualidad. La organización ha dado su consentimiento. Estamos preparados.

Simplemente permanezco sentado ahí, con mi mente dando vueltas. Hay algo haciendo cosquillas detrás de mi cerebro en cuanto a esta discusión. Suena casi como si estuvieran esperando emitir este comunicado de presa.

—¿Qué hay en ello para ustedes? —espeto.

Sonríe.

—¿Fe en nuestro compañero?

—Tonterías. ¿Qué les trae esto a ustedes?

Frank abre sus manos en un gesto de humildad.

—El año pasado se trasladó a Kim para Anaheim y Owens para Miami. Porque teníamos...

—... demasiados centros derecha —termino.

Frank asiente.

—Solo que Kim es de origen Coreano y Owens era... —Mira fijo al techo intentando recordar—. Me he olvidado. Pero algunos mierdosos periodistas de deportes hicieron un gran revuelo sobre cómo no queríamos ser un equipo diverso. Alguien se metió en esto y empezó una petición que recogió veinticinco mil firmas.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Así que han fichado al maricón.

Frank pone los ojos en blanco.

—Tengo que pedirte que no uses esta palabra, hijo. No es bonito.

Mi gruñido resuena en todas las paredes del despacho.

—Por favor dime que no vas a filtrar mi orientación sexual la próxima vez que un idiota escriba que Toronto no es una organización políticamente correcta. No quiero ser su peón.

Sonríe.

—No estamos interesados en transformarte en un sex simbol de los deportistas gay. No necesitamos invitar al circo en la ciudad, siempre aparece en realidad. Pero no vamos a enviarte para encararte a los medios revoleando una bandera arco iris, o pedirte darnos entrevistas promocionándote como el primer jugador gay en NHL.

Cita el título riéndose otra vez y me doy cuenta que han pensado mucho en esto. Y mientras tanto, yo he pasado cada momento despierto desde que fui fichado preocupándome sobre cómo iba mantenerlo en secreto.

—Tengo que decirte sin embargo. Si me estás diciendo que estas en una seria relación sentimental, voy a hacer el baile feliz. Cuando la prensa te pille finalmente, que no sea alguna foto tuya en algún cutre baño público de Jarvis Street. Prefiero la imagen tuya y tu novio teniendo una cena con velas.

Abro la boca para discutir con esta pizca de cinismo y después descubro que no me importa lo suficiente para pelear en esta lucha. Toronto me cuida, incluso si Jamie y yo estamos fuera del armario. *Eso es todo lo que importa*, me digo. Y el hombre delante de mí esta pagado para pensar como un imbécil, al igual que yo estoy pagado para pensar como un matón.

—¿Hay algo más que quieras hablar, Ryan?

Parpadeo.

—Umm... no. Esto era todo.

Frank empuja su silla atrás y se pone de pie.

—Entonces espero que no te importe si dejamos esta breve charla. Tengo que hablar con Hal antes de irme a casa con mi mujer y los niños.

Mis piernas están temblorosas cuando lo sigo hasta la puerta, donde se detiene para palmearme en el hombro.

—Deberías venir a cenar en nuestra casa una vez. Tu novio será bienvenido también.

Parpadeo otra vez. ¿En qué jodido *planeta* estoy ahora?

Sonríe por mi confusión.

—Sé que eres nuevo en la ciudad y probablemente no has conocido a muchos del grupo aun. Y a mi esposa le gusta ser anfitriona para los miembros de equipo. Estará entusiasmada si vienes.

—Oh, por supuesto, entonces. Aprecio la invitación.

Vamos por nuestros caminos separados una vez alcanzamos la entrada. No me siento demasiado estable en mi pies mientras me dirijo afuera y camino hacia la parada del metro. Es como si un enorme peso ha sido levantado de mis hombros y no estoy seguro cómo manejar la sensación de dejarlo atrás. Alegría, aturdimiento, alivio.

No puedo aguantar para contarle a Jamie.

Capítulo 39

Jamie

Ha sido un largo día de entrenamiento.

Pat dirige dos semanas de entrenamiento intensivo al final del campamento y realmente llenamos el lugar. Desde que los dormitorios están abarrotados, los chicos que aparecen se quedan en los condominios con sus padres. Maximizamos nuestro tiempo de hielo y nuestras horas de caminata.

Es duro, pero me encanta.

Aunque estoy hecho un manojo de nervios todo el día, porque Wes tiene su encuentro con el relaciones públicas. Así que después de la última sesión del día, corro de vuelta al dormitorio. Esta mañana dejé intencionadamente el teléfono en la habitación así no pasaría todo el día comprobándolo.

Hay algo frente a mi puerta. Es un paquete de FedEx. Cuando la alzo, es ligero.

Abro la puerta y entro en mi habitación casi vacía. A Pat aún le faltan entrenadores, lo que significa que es algo bueno que volviese para ayudarlo.

Lo primero que hago es comprobar el teléfono. No hay ningún mensaje de voz y el único mail es una oferta de descuento para lentes de sol. Así que centro mi atención en el paquete, sacando la cinta del borde y desenvolviéndolo.

Y aparece una caja de regalo, la misma que recientemente llené de Skittles morados. Quito la tapa y encuentro una hoja de papel dentro, sonriendo cuando veo un único Skittle morado sobre la hoja.

Es el resultado de un análisis médico reciente al señor Ryan E. Wesley, Jr. Cada enfermedad de transmisión sexual conocida por el hombre está citada allí y la palabra “negativo” aparece después de cada una.

Garabateó algo al final: *Iba a llenar la caja de condones morados, pero luego tuve una mejor idea.*

Yyyyyy ahora estoy cachondo además de impaciente.

Así que empiezo a pasear por la habitación.

Cuando la aplicación del correo electrónico en mi teléfono suena unos minutos después, lo saco del bolsillo para leer el mensaje.

Pero no es de Wes.

Querido Entrenador Canning:

No puedo creer que no lograste acabar la temporada contigo. Sigo sin hablarle a mi padre. Trabajar contigo ha sido el mejor verano de mi vida y estoy enfadado de que acabase con una nota amarga.

Mi equipo de este año es Storm Sharks U18. Aquí está el enlace, sólo en caso de que tuvieses un poco de curiosidad por mis estadísticas. Creo que van a mejorar y todo gracias a ti.

Sinceramente

John Killfeather, Jr.

Leo el e-mail dos veces. Y luego lo leo una vez más. No dice nada de Wes y yo, y no hay ningún insulto. Sólo un niño que quiere jugar al hockey y sabe lo suficiente como para darle las gracias a la gente que ha intentado ayudarlo.

Maldita sea, estoy orgulloso de este correo. Y me siento un poco más optimista sobre la vida que hace cinco minutos.

Tecleo una rápida respuesta, para asegurarme de no olvidarme.

Killfeather, eres un portero increíble y para mí fue un placer trabajar contigo este verano. Por supuesto que comprobaré tus estadísticas y tus progresos durante el invierno. Vas a tener una gran temporada.

Sinceramente, Jamie Canning.

Después, vuelvo a pasearme y a preocuparme por Wes. ¿Qué pasa si le echan y no estoy ahí para él?

¿Y dónde puedo conseguir un análisis de sangre en Lake Placid, como, para mañana?

Cuando me suena el teléfono, doy unos saltitos y luego me apuro a contestar.

—¡Hola, cariño! ¿Estás bien? ¿Qué pasó?

—Sí, estoy bien. —Su voz ronca se desliza por mi oído y me rodea el corazón. Puedo escuchar que está en la calle y me pregunto qué podrá contarme—. Maldita sea, deseo que estuvieses aquí ahora mismo —menciona.

Me preparo.

—Te llevaría a ese restaurante italiano en Queen Street que le encanta a los chicos. Estoy muerto de hambre y quiero contarte cada palabra de la conversación tan surrealista que acabo de tener.

Prácticamente estoy mareado por el estrés ahora mismo.

—¿Qué tipo de conversación?

—Del buen tipo —asegura.

Mi acelerado corazón se refrena un poco, pero aún estoy asustado de ser optimista. Porque parece imposible de creer que un equipo de alto nivel de la NHL haga caso omiso a la confesión de Wes. Nada de esto cuadra.

—Pero... ¿no deberíamos evitar los lugares donde a tu equipo le gusta comer? —pregunto lentamente—. Sabes que eso significa que la gente nos verá, ¿no?

—Sí, pero pronto, algún día cercano, eso no va a importar.

—¿De verdad? —Quiero una garantía. Quiero un documento ante notario.

Quiero un Valium. O una mamada. O ambos.

—Realmente estoy teniendo un buen día —susurra Wes.

Mi presión arterial se vuelve a alterar.

—Me alegro —murmuro.

—Te amo —añade.

—Lo sé.

Wes se ríe en mi oído y ese sonido feliz es lo que me convence de que podemos estar bien.

Capítulo 40

Jamie

Un viernes a mediados de agosto me mudo a nuestro apartamento. Aunque “mudar” requiere unas comillas, porque no tenemos mucho de nada.

A principios de semana Wes ordenó un sofá, una cosa de cuero muy de macho, si he entendido la descripción correctamente. Parece que su gusto es del tipo “hombre de las cavernas” y no puedo decir que me importe. También eligió tres taburetes para la isla de la cocina, lo que significa que podemos posponer el preocuparnos sobre una mesa de verdad.

Anoche, después de nuestra primera ronda de maratón de sexo de te-he-echado-de-menos, Wes hizo un espectáculo yendo al supermercado, pero sólo volvió con patatas, salsa y cerveza, lo que significa que necesito volver otra vez y comprar comida de verdad. Puede que aún no le haya mencionado que soy bastante buen cocinero. Wes parece preparado para sobrevivir con comida para llevar, y en Toronto eso es bastante fácil. Voy a tener que conseguir algunas ollas y sartenes y volverlo loco uno de estos días. En realidad, eso suena como un montón de diversión.

Mientras tanto, nos volvimos locos el uno al otro en nuestra nueva habitación la otra noche. Luego perdimos el conocimiento y dormimos durante nueve horas en nuestra nueva cama gigante.

Ahora es sábado y aún hay mucho que hacer. Esta mañana, después del desayuno al mediodía, arrastro a Wes alrededor de Toronto en busca de artículos muy necesarios. En el momento en que finalmente llegamos a casa, Wes está en un estado de agitación. Estoy bastante seguro de que voy a tener que tranquilizarlo con una mamada.

—Esas son tres horas de mi vida que no voy a recuperar nunca —grita mientras entra. Sus palabras hacen eco, porque nuestro apartamento aún está terriblemente vacío.

La razón para el mal humor de Wes es el hecho de que comprar le llevó tres horas, porque sólo somos una pareja de deportistas que no distinguen una tienda de otra. Entramos en cuatro tiendas antes de encontrar una que

no parecía como si la Reina de Inglaterra estuviese planeando una visita. Ahí fue donde elegimos una alfombra y una mesa de café, que compramos. Pero el lugar no tenía cafeteras, así que tuvimos que seguir de compras.

—Un buen café no es negociable —le aseguré mientras se quejaba. Pero después de que elegí una máquina de café expreso con molinillo incorporado, empecé a mirar toallas. Ahí fue cuando Wes se enfadó un poco más y me rendí y lo traje a casa.

Oh, la ironía se queja, quitándose los zapatos. Mi novio me arrastró a un maldito *centro comercial*.

—Tienes razón —afirmo burlonamente—. El viaje fue totalmente en vano. ¿Quién necesita toallas? Podemos simplemente secarnos con aire.

El malhumorado Wes entra pisoteando en la habitación y lo sigo, porque es una de las dos habitaciones funcionales en nuestra casa.

Dejo la cafetera y observo mientras se quita la camiseta de un tirón y sube a nuestra cama gigante.

—¿Por favor, podrías venir aquí? —gimotea—. Es una emergencia.

Es algo bueno que seas tan atractivo —murmuro mientras me quito los zapatos—. No tenía ni idea de que entrar en esa tienda te convertiría en un Ryan llorón. —Camino hacia la cama, donde un hombre sin camiseta está tumbado, esperándome, su expresión ardiendo con lujuria.

—Normalmente no —susurra—. Pero tenemos una situación. —Me toma de la mano y tira.

Me subo sobre su cuerpo, inclinándome para lamer su pezón y gime.

—¿Qué tipo de situación? —pregunto entre lametazos.

Deja salir una respiración temblorosa.

—Pensé que sería divertido llevar un plug hoy durante el desayuno. De ese modo podrías follarme cuando llegásemos a casa...

Lo miro de golpe a los ojos.

—¿En serio?

Asiente, con expresión miserable.

—Pero luego dijiste “vayamos a mirar unas alfombras”. Y eso fue hace horas. Cada vez que entraba en una tienda está cosa me masajeaba la

próstata. Si no me follas en cinco minutos voy a explotar.

Estoy sin palabras. Pero mi polla tiene mucho que decir. Ya estoy duro con la idea de Wes siendo preparado y estando listo para mí. Bajo mi boca a la suya y vuelve a gemir. Deslizo la lengua sobre su perforación y nos convertimos en dos perros cachondos.

Nos besamos como si hubiese un meteorito dirigiéndose directamente al área metropolitana de Toronto. Wes me manosea entusiasmado el trasero mientras chupo su lengua. Su entusiasmo es como una droga y deseo golpe tras golpe. Puedo sentir lo endurecido que está, incluso a través de toda nuestra ropa. Quiere que lo folle y ¿está todo listo y preparado?

—Mmmm —gimo en su boca. La cosa más sexy que he escuchado nunca.

Ahí es cuando suena el timbre de la puerta.

—Mantén ese pensamiento —le indico, levantándome con un brazo.

—¡Nooooo! —Wes levanta las dos piernas para atraparme entre ellas—. No. —*Beso*—. No. —*Beso*—. Ni siquiera pienses en ello.

Sujetarle las manos al edredón es fácil, porque está cachondo hasta el punto de la distracción.

—Detente, cariño. Es la entrega del colchón. Estamos pagando setenta y cinco dólares para que aparezcan un sábado.

—Te odio —comenta, pero me suelta.

—Puedo notarlo —discuto, apretando su pene mientras me aparto de él. Gime una vez más, maldiciéndome a mí, al sofá y al universo.

Cierro la puerta de la habitación por la privacidad de Wes y mi cordura. Uso el intercomunicador para llamar a recepción y le pido al portero que mande el sofá en el montacargas. Luego me recoloco y trato de pensar en cosas aburridas para desinflar la tienda de campaña que tengo en mis pantalones cortos.

Pero no *hay* cosas aburridas. Empiezo mi trabajo la semana que viene y no puedo esperar. Mientras tanto, consigo explorar esta magnífica ciudad donde estoy viviendo con el hombre cuya compañía he ansiado desde que tenía trece años. Y mudarnos juntos ni siquiera da miedo. Si cuentas todas las semanas que pasamos en el campamento a lo largo de los años, en realidad hemos vivido juntos durante casi un año.

Hay un montón de sexo involucrado ahora, por supuesto. Todo es diferente y aun exactamente lo mismo. Y eso es mucha diversión.

Cuando dejo entrar a los repartidores, son tres.

—¿Dónde lo quiere? —preguntan.

—En cualquier parte de allí. —Indico el salón—. Vamos a tener que moverlo cuando llegue nuestra alfombra, así que no importa dónde.

—Bonito lugar —comenta el hombre al mando, mascando un chicle.

Sus hombres dejan el sofá en medio del lugar. Está envuelto con un motón de plástico, así que espero que sea el que Wes pidió.

—Gracias. —Señalo el sofá.

Después de que salgan, cierro y bloqueo la puerta, después camino hacia el sofá y paso una mano a lo largo.

—¡Oye, Wesley! —grito lo suficientemente alto para que me escuche a través de la puerta de la habitación—. ¡Trae tu culo hasta aquí!

—¡No! —me lleva a contraria.

Me quito la camiseta. Después dejo caer el pantalón corto.

—¡Estoy desnudo!

Eso es todo. Abre la puerta de la habitación de golpe y camina rápidamente por el pasillo, desnudo, llevando una botella de lubricante. En el momento en que me alcanza, estoy sentado con las piernas abiertas en el respaldo del sofá como una estrella porno, masturbándome.

Wes le lanza al sofá una sola mirada.

—Hombre, mi sofá está llevando un condón.

Le sujeto las caderas y lo acerco a mí.

—Lo noté —aseguro, besándole la mandíbula—. Eso es porque sabe que estoy a punto de inclinarte sobre él.

Wes gime.

—Promesas, promesas.

Desliza una mano entre nuestros cuerpos y cubre mi mano. Nos masturbamos el uno al otro mientras nuestros besos se hacen más profundos y ardientes.

Le rodeo el cuerpo y le agarro el culo. Cuando mi mano encuentra el juguete allí alojado, gimo en su boca.

—Hazlo —jadea.

Todo empieza a ocurrir muy deprisa. Con un firme apretón, quito el juguete, mientras Wes me acaricia la polla. Me aparta del sofá de un tirón y se inclina sobre él.

—Vamos —ordena.

Me pongo detrás de él y tomo sus caderas, deslizando la cabeza de mi polla entre sus firmes nalgas. Justo como la otra noche, estoy anonadado por la sensación de estar piel con piel. No hay ninguna barrera entre mi palpitante polla y su apretado culo; y cuando me hundo con el primer golpe, ambos gemimos con abandono.

—*Fóllame* —exige cuando me detengo.

Pero estoy demasiado ocupado saboreando la increíble sensación de estar en su interior sin un condón. Giro las caderas y gruñe como un oso malhumorado.

—Lo juro por Dios, Canning, si no te mueves voy a...

Salgo, luego entro de golpe. Hace un sonido ahogado, su cuerpo entero está temblando.

—¿Vas a qué? —pregunto burlonamente.

En vez de contestar, simplemente vuelve a gemir. Bajo, agonizante. Mierda, está desesperado. Supongo que yo también lo estaría si caminase todo el día con un plug frotándome la próstata.

Paso la mano suavemente por su fuerte espalda, después me inclino y le doy un beso entre los hombros y me retiro de nuevo.

—Me gusta que esto te guste —murmuro—. Ese sexy culo en el aire. Teniéndote a mi merced. Escuchándote suplicar.

Suspira.

—Eres un sádico.

Riendo, aumento el ritmo. Tres, cuatro golpes desesperados antes de que vuelva abajar el ritmo, lo que provoca que salga un gemido estrangulado de sus labios.

—Necesitas aprender a tener un poco de paciencia —le comento. Pero, mierda, me estoy burlando de mí mismo tanto como de él. Tengo las pelotas tan tirantes que duele, hormigueando con los signos reveladores de una liberación inminente.

—Que le den a la paciencia —farfulla—. Quiero correrme.

—Enfurrñarte no ayudará a tu causa, amigo.

—¿No? ¿Qué tal esto? —Empuja su trasero contra mí y empieza a follarme la polla, rápido y codicioso.

Maldita sea. No hay forma que pueda contenerme ahora. Es muy bueno. Estoy demasiado cachondo.

Hundo los dedos en sus caderas y golpeo en él, cada profundo golpe enviándome más y más cerca del borde. Nuestras respiraciones se hacen pesadas mientras nuestros cuerpos se golpean, pero necesito moverme. Necesito... le pongo las manos en el pecho y lo levanto, así su espalda esta aplastada contra mí. El nuevo ángulo lo hace gimotear de placer y luego, gira la cabeza hacia mí y nuestros labios se encuentran en un beso abrasador que me nubla la mente.

Estamos unidos de cada forma posible. Mi polla en su interior, nuestras lenguas fusionadas, su poderoso cuerpo presionándose contra el mío.

Estiro el brazo y tomo su erección, ralentizando el movimiento de mis caderas. Lo acaricio con largos y relajados golpes que combina con los lánguidos empujones de mi polla.

—No me correré hasta que lo hagas —susurro. Luego le meto la lengua en la boca y chupo su perforación en la lengua. Eso es todo lo que necesita para correrse sobre mi mano.

Wes jadea por aire. Su culo se aprieta alrededor de mi polla, estrujándome tan fuerte que disparo un orgasmo que siento en la punta de los dedos y la planta de los pies. Me dejo llevar, rodeando con los brazos el fuerte pecho de mi novio mientras me vengo en su interior.

Ambos estamos temblorosos, así que me aparto y lo tiro en el sofá. Colapsa a mi lado, su cabello oscuro haciéndome cosquillas en la barbilla mientras nos tumbamos allí, recuperándonos de otra ronda de sexo espectacular. No creo que me acostumbre jamás a lo bueno que es el sexo.

De repente Wes se ríe.

—Gracias a Dios por el sofá con condón.

—¿Qué...? —Sonríó cuando me doy cuenta de a qué se refiere—. Eso de a pelo es un poco sucio, ¿eh?

—Lo sucio es divertido. —Su respiración me golpea en el hombro—. Pero una vez que quitemos el plástico, probablemente deberíamos extender una toalla o algo si vamos a follar en este sofá.

—¿Sí? —Por la forma que lo hacemos, no habrá una sola superficie de este apartamento en la que no hayamos follado.

Su vuelve a reír, deja salir un suspiro satisfecho y se acurruca aún más.



Da la casualidad que dormir en un sofá envuelto en plástico no es cómodo.

Así que nos damos una rápida ducha juntos, luego nos tumbamos en la cama. Estamos mojados, por supuesto, y nuestro cabello está goteando.

—Estoy empezando a entender lo que dices sobre las toallas —comenta Wes mientras beso una gota de agua en su hombro.

—Ahora lo entiende —susurro y luego busco más gotas en su piel tatuada. Lamo la barra de su ceja y el ligero sabor metálico me hace estremecerme. Me encanta tener a mi propio chico malo personal en la cama conmigo.

Wes me acaricia relajadamente la espalda y es divino.

—Necesitamos toallas y un plug para ti. Así puedes caminar un kilómetro y medio en mis cachondos zapatos.

—Sin embargo, eso es caliente —coincido—. Maldita sea.

Pasa una mano por mi cabello húmedo.

—Me alegra que te guste. Quería hacerlo más fácil para ti.

—¿Qué? —Hay algo serio en su tono, así que dejo de besarlo en todas partes para mirarlo a los ojos—. ¿Más fácil?

Pero aparta la mirada.

—Ya sabes. Más fácil. Cuando estabas con mujeres, no les tomaba una puta hora prepararse para el sexo.

Una risa crece en mi garganta, pero la reprimo porque su expresión es muy seria.

—¿Con cuántas mujeres has follado, Wes?

Con timidez, alza un dedo.

Por un segundo estoy sorprendido, hasta que recuerdo el verano en que teníamos dieciséis años, cuando Wes había aparecido en el campamento y admitió que había perdido la virginidad. De todos modos, conseguir detalles de él había sido como arrancarle un diente. Ahora sé por qué.

—Cierto, *una*. Y ambos eran muy inexpertos como para saber qué estaban haciendo. —Me encojo de hombros—. *Muchas* mujeres necesitan mucho precalentamiento. Así que tengo que pedir falta técnica aquí, simplemente por las normas. Pero además, esa no es la cuestión. Tenemos muchos rápidos y sucios momentos. Eso es para lo que están las mamadas.

Me da una débil sonrisa.

—Seguro. Pero...

—¿Pero *qué*?

—Bueno, nunca seré capaz de darte todo lo que quieres.

Ah.

—Hombre, para. No estoy suspirando por un coño. —Eso sonó *mucho* más divertido saliendo de mi boca de lo que esperaba, así que ambos nos reímos—. Aunque hablo en serio. Disfruté con las mujeres, pero nunca estuve enamorado de ninguna. —Cada vez que lo digo parece más obvio. Y cada vez que lo digo, el rostro de Wes se suaviza—. ¿Puedes prometerme que no te preocuparás por esto? Porque no hay forma de que pueda demostrártelo, excepto teniendo un montón de sexo contigo.

—Eso funciona. —Su sonrisa presumida está de vuelta y estoy contento de verla.

—Bien. —Me giro y me acomodo en su contra—. Dentro de poco tengo que comprobar mi página de Facebook.

—¿Por qué?

Se me revuelve el estómago sólo de pensarlo.

—Mañana es la comida de los domingos, ¿verdad? Así que salí del armario hoy para ellos.

—¿En Facebook? —grita.

Estiro el brazo y le pellizco el trasero.

—¿Me das un poco de crédito? Mi familia tiene un grupo privado. Sólo los chicos, sus esposos y mis padres. Ni siquiera les dije tu apellido.

Está muy callado a mi espalda, pero su mano traza pequeños círculos en mi espalda.

—¿Estás preocupado? —pregunta al fin.

Esa es una pregunta justa.

—No realmente. No se van a volver locos por el hecho de que eres un chico. Pero puede ser como: ¿Por qué no nos lo contaste? ¿Es por eso que rechazaste la NHL? ¿Y por qué dejaste el país? No me gusta que me interroguen.

—¿Cuándo lo posteaste?

—Esta mañana antes de que saliéramos a desayunar. Hace como unas cinco horas. Ahora mismo es la una de la tarde en Cali. Probablemente lo han visto.

—Ve por tu teléfono —susurra.

Capítulo 41

Wes

Espero en la cama, rezando extrañamente por Jamie. Es posiblemente la persona más despreocupada que he conocido jamás. Amo eso de él. Pero lo hace vulnerable. La gente puede ser una mierda sobre cosas más insignificantes que su hermano teniendo una relación homosexual. Si alguien le ha dicho algo desagradable a Jamie en esa página de Facebook, probablemente golpearé algo.

Aunque no regresa. Y luego escucho un gemido desde el salón.

Eso hace que me levante y corra por el apartamento. Encuentro a Jamie sentado en el borde del sofá condón, con el rostro entre las manos.

Se me revuelve el estómago. No quiero eso para Jamie. Me llevó cuatro años reponerme de la reacción de mis padres ante mi salida del armario. Demonios, probablemente aún no lo he superado.

Me ofrece su teléfono y lo tomo con una mano temblorosa.

Su publicación es puramente Jamie:

Hola a todos. Me siento como un canalla haciendo esto por Facebook, pero no puedo ponerme en contacto con todos para mañana. De todas formas, van a hablar sobre mí el domingo. Y en caso de que piensen que me han pirateado la cuenta, no fue así. Como prueba confesaré que fui yo el que rompió el ángel del árbol de Navidad de mamá cuando tenía siete años. Murió por una pelota de béisbol, pero juro que no sufrió.

En fin, tengo que ponerlos al corriente de unos cuantos acontecimientos. He tomado un trabajo como entrenador en Toronto y he rechazado mi puesto en Detroit. Este parece el movimiento correcto para mi trayectoria profesional, pero hay algo más. Estoy viviendo con mi novio—no es una errata—. Se llama Wes y nos conocimos en Lake Placid hace unos nueve años.

En caso de que carezcan de un tema sobre el que hablar en la cena, he arreglado ese problema. Los amos a todos.

Jamie

Bajo la publicación hay una selfie que nos tomamos ayer. Estamos en nuestra nueva cocina y los comestibles que acabábamos de comprar están desparramados alrededor. Jamie se está burlando de mí por mis hábitos de compra y yo le estaba diciendo alguna mierda. No recuerdo qué. Pero habíamos inclinado nuestras cabezas juntas y le estoy poniendo los cuernos. Simplemente parecemos jodidamente felices, prácticamente no me reconozco.

Me desplazo hacia abajo, a los comentarios y se me revuelve el estómago con miedo.

Joe: *ODM. Jamester, ¿en serio? No acabas de confesar que sales con un fan de los Patriot. Eso es un pecado, hermanito. Temo por tu alma inmortal.*

Miro la fotografía y es bastante claro que llevo puesto mi camiseta de la Victoria de la Super Bowl del 2015. Ups.

Tammy: *¡Joe, mierda! No le escuches Jamie. Tu novio es caliente. Y Jess me debe veinte dólares.*

Brady: *Voy a tener que ponerme de parte de Joe en esto. ¿Qué si en Acción de Gracias se menciona el fútbol? ¡Si tu novio quiere hablar de pelotas va a ser raro!*

Joe: **Chócala Brady**

Jess: *¡No te debo veinte dólares! Dijiste que estaba abatido por una CHICA.*

Tammy: *Dije una “relación”.*

Jess: **cof* *cof* *una mierda**

Sñra Canning: *¡Jess, lenguaje! Jamie, cariño, ¿cuándo vas a traer a tu novio a la comida del domingo? ¿Y eso de la parte de atrás son Doritos? ¿Hay Whole Foods en Canadá? Voy a mirar en su página web y mandarte la dirección.*

Sñra Canning: *Y gracias por contarme lo del ángel. Aunque, sabía que fuiste tú, cielo. Nunca has sido buen mentiroso.*

Scotty: *Jamie, papá no recuerda su clave de Facebook. Pero me pide que te diga que te ama sin importar qué y blablablá.*

Ahí es cuando resoplo y Jamie levanta a mirada.

—Son bastante ridículos, ¿verdad?

—Creo que son... —Tengo que tragar saliva con fuerza, porque estoy muy feliz con él—. Creo que son geniales.

Se encoge de hombros.

—Me pasé toda mi vida tratando de ser diferente del grupo. Lo juro por Dios, podría asegurar que quiero vivir como un yeti vampiro transexual y seguirían diciendo: “Oh, Jamie. Eres tan mono”.

Es un reto para mí volver a tragar saliva, pero esta vez por el enorme nudo obstruyendo mi garganta.

Como siempre, Jamie nota mi angustia. Este hombre me conoce, por dentro y por fuera. Siempre lo ha hecho.

—¿Qué está mal?

—Nada está mal. Es solo... —hablo a través del nudo—. Eres realmente afortunado, Canning. Tu familia te ama. Quiero decir, realmente te ama y no solo porque son familia y tienen que amarte.

Sus ojos marrones se suavizan. Sé que está pensando en mi familia, pero no le doy la oportunidad de excusar a mis padres.

—Mi madre es una esposa trofeo —explico abruptamente—. Y yo soy un hijo trofeo. Ninguno de mis padres me vio nunca como otra cosa y nunca lo harán. Eso... apesta.

Jamie me acerca a él.

—Sí, apesta —coincide—. Pero aquí está la clave con la familia, Ryan... la sangre no significa una mierda. Simplemente necesitas rodearte con gente que te ame y ellos se convierten en tu familia.

Me hundo a su lado en el sofá, el plástico se arruga bajo mi calzoncillo. Me rodea con un brazo musculoso, luego pasa sus labios por mi frente.

—Soy tu familia, cariño. —Me quita el teléfono de la mano y golpea la pantalla—. ¿Y estos locos maníacos? Serán tu familia si les dejas. Quiero decir, a veces te llevarán plátanos, pero confía en mí cuando digo que merece la pena completamente.

Le creo.

—No puedo esperar a conocerlos —susurro.

Mueve la boca por todo el borde de mi mandíbula antes de cernirse sobre mis labios.

—Van a amarte. —Me besa, lento y dulce—. Yo te amo.

Le acaricio el labio inferior con el pulgar.

—Te he amado cada verano desde que tenía trece años. Ahora te amo incluso más.

Nuestros labios están a milímetro de volverse a encontrar cuando menciona:

—Necesito saber algo y tienes que prometerme ser sincero.

—Siempre soy honesto contigo —protesto.

—Bien. Te tomaré la palabra. —Sus hermosos ojos marrones brillan—. ¿Lanzaste el tiro?

Sé exactamente a qué tiro se refiere. Me tiemblan los labios, así que los presiono para evitar sonreír.

—¿Y bien?

Me encojo de hombros.

—Wesley... —Ahora hay una nota de advertencia en su tono—. Cuéntame qué pasó durante ese tiro.

—Bien —titubeo—. Realmente no lo sé. Estaba aterrorizado de ganar, porque sabía que te habría sacado del apuro. Y estaba aterrorizado de perder, porque tenía muchísimas ganas de tocarte y estaba asustado de que te dieras cuenta.

Su rostro está lleno de compasión, pero ya no lo necesito. Ahora hay agua bajo el puente. Me inclino y le beso a nariz.

—Entonces, ¿esos dos últimos tiros? A penas recuerdo qué pasó. Estaba en plan, *¡Jesús, toma el mando!*

Jamie se ríe de mí. Luego me besa. Cierro las manos en su nuca y lo acerco más. Piel caliente se desliza contra mí y sé que estoy en casa.

Porque casa es *él*.

Epílogo

Acción de Gracias.

Wes

—¡Ryan Theodore Wesley! ¡Suelta ahora mismo ese cuchillo!

Me congelo como una escultura de hielo mientras la madre de Jamie se acerca a mí, con una mano en la cadera, la otra señalando el cuchillo de chef en mi mano.

—¿Quién te enseñó a cortar cebolla? —demanda.

—Umm... —Miro a Cindy Canning a los ojos—. Bueno, esa es una pregunta trampa. Nadie me *enseñó* de por sí. Mis padres tienen una cocinera que va cuatro veces a la semana para preparar comidas y... espera, lo siento, ¿me llamaste Ryan *Theodore*?

Ondeas la mano como si la pregunta fuese intrascendente.

—No sé tu segundo nombre así que tuve que inventarme uno. Porque, cielo, realmente necesitas que te llame por tu nombre completo por espachurrar esas pobres cebollas.

No puedo retener la risa que se escapa de mi boca. La madre de Jamie es tan jodidamente increíble. Estoy mucho más relajado en su cocina de lo que esperaba.

Jamie y yo llegamos a California hace dos días, pero como tuve un partido la primera noche, Jamie se fue a casa de sus padres mientras yo me quedé en el hotel con mis compañeros de equipo. Después de que el equipo aplastase a San Antonio, hice la rueda de prensa post-partido de siempre y después, ayer por la mañana me acerqué en auto a San Rafael para unirme a Jamie y su familia.

La gran comida de festividad de hoy será la verdadera prueba de su aceptación. Ya he conocido a los padres de Jamie y un hermano. Hasta ahora todo bien.

—Se necesita cortarlas en trozos pequeños —me explica Cindy. Me golpea el trasero para que me aparte, luego toma mi lugar—. Siéntate en el mostrador. Puedes observar mientras corto. Toma notas si lo necesitas.

Le sonrío.

—Supongo que Jamie no te contó lo mal que se me da la cocina, ¿no?

—Ciertamente no. —Me da una mirada severa—. Pero tendrás que aprender, porque no puedo pasarme todo el tiempo preocupándome de que mi bebé no está siendo alimentado allí en Siberia.

—Toronto —corrijo con un bufido—. Y estoy seguro de que puedes adivinar que es él quien me está alimentando.

Ahora que le temporada de hockey está en camino, la vida es increíblemente agitada. El entrenamiento es brutal y nuestro horario es agotador. Aunque Jamie es mi roca. Viene a todos mis partidos locales y cuando me arrastro agotado a casa desde el aeropuerto después de un partido fuera, me está esperando allí para masajearme los hombros, meterme comida por la garganta o follarme hasta que no puedo ver claro.

Nuestro apartamento es mi lugar seguro, mi paraíso. Ni siquiera puedo creer que consideré intentar hacer mi sesión de novato sin él.

Es fácil averiguar de quién sacó ese gen maternal, porque su madre ha estado mimándome todo el día.

Otro resoplido suena desde la puerta y el padre de Jamie entra en la cocina.

—Toronto —repito—. ¿Qué tipo de ciudad no tiene un equipo de fútbol? Explícamelo, Wes.

—Tienen uno —señalo—. Los Argonauts.

Richard entrecierra los ojos.

—¿Es un equipo de la NFL?

—Bueno, no, es de la CFL, pero...

—Entonces no tienen un equipo —asegura con firmeza.

Sofoco una risa. Jamie me advirtió que su familia era fanática del fútbol, pero realmente pensé que estaba exagerando.

—¿Dónde está Jamie? —Richard mira alrededor de la cocina como si esperase que Jamie apareciese de un armario.

—Fue a buscar a Jess —informa Cindy a su marido—. Quiere tomar un par de copas esta noche, así que va a dejar el auto en casa.

Richard asiente con aprobación.

—Buena chica —alaba, como si de algún modo Jess pudiese oírlo desde el otro lado de la ciudad.

Tengo que admitir que estaba aterrorizado de conocer a la familia de Jamie. Quiero decir, ya sé que son buenas personas. ¿Pero un padre y tres hermanos mayores? Tenía este miedo punzante de que me odiarían desde un principio. Ya sabes, por ser el tipo que se está follando a su bebé.

Pero el padre de Jamie ha sido genial y ya he conocido a Scott, que se está quedando aquí en la casa. Los tres fuimos a tomar unas cervezas a un bar de deportes anoche y cuando se emitieron en televisión las jugadas destacadas de los partidos del día anterior, Scott había golpeado las manos contra la mesa y chillado “*Ese es mi hermano*” cada vez que yo aparecía en pantalla. ¿Y cuándo apareció en pantalla el gol que marqué en el último segundo? Jamie y Scott se volvieron locos.

Sí, mi primer gol en la NHL. Aún estaba extasiado por ello. Este pasado mes, he estado teniendo más y más tiempo de juego; la pasada noche fue un record para mí, doce minutos en el hielo y un gol por mis esfuerzos. La vida es buena.

Muy buena. De hecho, me estoy sintiendo más generoso de lo normal, que es el por qué me bajo del taburete y comento:

—¿Me perdonan un momento? Tengo que llamar a mis padres para desearles un feliz Acción de gracias.

La madre de Jamie me sonríe.

—Oh, eso es muy dulce de tu parte. Ve.

Me escabullo y saco el teléfono del bolsillo. Joder, aún estoy sonriendo mientras llamo al número de mis padres en Boston. Aun así, dejo de hacerlo rápidamente. Como siempre que escucho la voz de mi padre.

—Hola, papá —saludo bruscamente—. ¿Es un buen momento?

—En realidad, no. Tu madre y yo estamos a punto de salir. Tenemos una reserva para las seis.

Por supuesto. El único momento en que mi familia compartió una comida de Acción de gracias en casa fue el año en que el presidente de la firma de corretaje de mi padre se estaba divorciando. El tipo no tenía dónde

ir, así que se invitó a sí mismo a nuestra casa; mi madre contrató a un catering para que nos cocinases un puto banquete.

—¿Qué querías, Ryan? —pregunta rápidamente.

—Yo... solo quería desearles Feliz Acción de gracias —murmuro.

—Oh. Bueno, gracias. Lo mismo digo, hijo.

Desconecta la llamada. Sin ni siquiera poner a mi madre al teléfono. De nuevo, está hablando por los dos.

Miro el teléfono un largo tiempo después de que colgase, preguntándome qué hice en otra vida para perder tan magníficamente en la lotería de padres. Pero el pensamiento depresivo no tiene tiempo para arraigarse, porque la puerta de entrada se abre de repente y soy asaltado con *ruido*.

Pasos. Voces. Risas altas y chillidos de felicidad. Suena como si todo un pelotón ha entrado en la casa. Lo que es bastante parecido, porque santo Dios, la familia de Jamie es enorme.

Siento una extraña oleada de nervios en el pecho.

En poco tiempo, estoy rodeado, siendo empujado en todas direcciones y abrazado por gente que no he conocido en mi vida. Las presentaciones suenan alrededor, pero apenas puedo seguir el ritmo con los nombres. Estoy demasiado ocupado respondiendo todas las preguntas que me arrojan como instantáneas.

—¿Te enseñó Jamester la casa? —Sí.

—¿Mamá te ha enseñado las fotografías de Halloween cuando Jamie se disfrazó de berenjena? —*No, pero eso debería ser corregido inmediatamente.*

—¿Consigues una bonificación de dinero cada vez que marcas un gol? —*Um...*

—¿Estás enamorado de mi hermano?

—¡*Tammy!* —farfulla Jamie cuando su hermana mayor pronuncia esa pregunta.

Alzó la mirada y lo encuentro entre la multitud y es como si el sol acabase de salir. Solo ha pasado una hora desde que lo vi, pero tiene el mismo maldito efecto en mí todo el tiempo.

Solía luchar contra mi reacción a él, pero ya no lo hago. Y es más sorprendente que la forma en que su familia parece dispuesta a abrazar al completo extraño que está conviviendo con su hermano. A no ser que sean muy buenos actores.

Jamie se desliza entre sus hermanos y me rodea los hombros con un brazo.

—Dejas al pobre chico en paz, ¿sí? Llegó aquí ayer.

Su hermano Joe resopla.

—¿Crees que vamos a ponerle las cosas fáciles porque ha estado aquí solo un día? ¿No nos conoces?

Jess se mete entre Jamie y yo y me toma del brazo.

—Vamos, Wes, consigámoste una copa. Encuentro más fácil tolerar a este cretino cuando estás borracho.

Me rio mientras me arrastra al salón, pero la madre de Jamie grita desde la cocina mientras pasamos al lado:

—¡Jessica necesito a Wes! A Jamie también. Puedes atacar la licorera después.

—No iba a atacar la... —Jess se detiene de repente y se gira hacia mí, suspirando con derrota—. Juro que esa mujer es una lectora de mentes.

Me hacen entrar en la cocina de nuevo, excepto que esta vez Jamie está a mi lado. Mientras su madre nos hace gestos de que esperemos, acerca su boca a mi oído y susurra:

—¿Estamos divirtiéndonos?

—Sí —contesto con sinceridad. Porque, joder, el clan Canning ha sido genial. Tal vez puedo dejar de preocuparme tanto. Quizás hay un lugar en el mundo donde no tengo que demostrar algo todo el tiempo. De acuerdo, dos lugares. Porque la vida en cierto piso de Toronto también está yendo realmente bien.

—De acuerdo, chicos, aquí están sus regalos por la inauguración de la casa.

Levanto la mirada y veo a la madre de Jamie dejando dos cajas de regalo en el mostrador. Una pone “Jamie” en la etiqueta y la otra “Ryan”.

—Aww —dice Jamie—. No tenías que hacerlo.

—Mi último pájaro ha volado del nido. —Cindy suspira—. Si no puedo ver su apartamento, al menos puedo darles una pequeña cosa para él.

—Puedes verlo —me escucho ofrecer—. Ven a visitarnos.

Entonces Jamie y yo nos miramos a los ojos, hay humor en los suyos. Tal vez está pensando lo mismo que yo, si su madre nos visita, tendremos que esconder todos los juguetes sexuales en el armario del baño.

—¡Lo haré! —comenta alegremente—. ¡Ahora, ábranlos!

Los hermanos nos rodearon mientras abríamos nuestras cajas. Quito la tapa y aparto papel tisú. Y saco una preciosa taza de café hecha a mano. Pone “SUYO” en el lado. Escucho una risa y observo el regalo de Jamie.

Otra taza que pone “SUYO”.

—¡Mamá! —se queja Jess—. ¡La cuestión de las tazas etiquetadas es que cada uno sepa cuál es la suya! Deberías haber puesto sus iniciales.

—Pero eso no me *divertiría* —explica su madre, sonriendo.

—Gracias. —Sofoco una risa mientras mi novio de ríe.

Giro la taza en mis manos, imaginando a Cindy haciéndola para mí en el estudio de cerámica. El vidrio es lustroso y brillante, ancho y sólido en mis manos. Es hermosa y recibirla de ella se siente como un carnet de socio para un club al que realmente quiero pertenecer.

Tomándola desde abajo, le di la vuelta para ver si estaba firmada. Casi, hay algo grabado en el fondo. Tengo que fijarme bien para leer las pequeñas letras.

Querido Ryan, gracias por hacer a Jamie tan feliz Te ama y así lo hacemos nosotros. Bienvenido al clan Canning.

Oh, hombre. Hay una quemazón en la parte de atrás de mi garganta y me concentro duramente en volver a poner la taza en la caja. Paso más tiempo del necesario poniendo el papel tisú alrededor con el cuidado de alguien que está haciendo neurocirugía. Cuando finalmente estoy preparado para levantar la mirada, la madre de Jamie está esperando por mí. La cálida mirada en sus ojos hace la quemazón aún peor.

Trato de darle una sonrisa casual, pero no soy capaz. Nunca nadie me ha dicho nada tan dulce. Nadie excepto Jamie.

Como si lo hubiese convocado, una cálida mano se desliza por mi espalda baja. Ajusto un poco mi posición, apoyándome en esa mano.

Cindy aún nos está mirando. Me da un rápido guiño que sé que es solo para mí. Luego, rápidamente, su rostro se pone serio. Choca las manos.

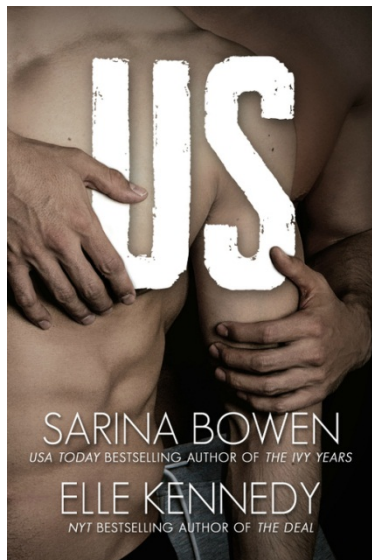
—¡De acuerdo tropa! ¡El pavo está en el horno, pero aún hay cosas por hacer! Necesito que alguien salteé las verduras para el relleno. Necesito que alguien encienda la parrilla. ¡Necesito dos personas para batir la crema! Y el resto salgan de mi cocina.

Sin dejar de hablar, los Canning se mueven por la cocina, abren y cierran armarios y reparten botellas de cerveza. Aunque Jamie no se aparta de mi lado. Él y yo somos el ojo de un agradable huracán familiar.

Y espero que nunca pase la tormenta.

Fin...

Próximo Libro



Us (Him #2)

¿Pueden tus jugadores de hockey favoritos acabar su primera temporada juntos invictos?

Cinco meses en la NHL, Ryan Wesley está teniendo una temporada de novato rompe records. Está viviendo su sueño jugando al hockey profesional y volviendo a casa cada noche con el hombre que ama, Jamie Canning, su viejo mejor amigo convertido en novio. Solo hay un problema: la relación más importante de su vida es una que tiene que mantenerse escondida, o al menos, de cara a la tormenta de medios que eclipsaría su éxito en el hielo.

Jamie ama a Wes. Real y verdaderamente lo hace. Pero esconderse apesta. No es la vida que Jamie había imaginado para sí mismo y la tensión de mantener su secreto le está pasando factura. No ayuda que su nuevo trabajo no esté yendo tan lisamente como había esperado, pero sabe que puede atravesarlo mientras tenga a Wes. Al menos el apartamento 10B es su refugio, donde siempre pueden ser ellos mismos.

¿Pueden? Cuando el compañero de equipo más entrometido de Wes se muda al piso de arriba, los hilos de su mentira tejida con cuidado comienzan a desenredarse. Con el mundo exterior determinado a lanzarles su mejor tiro, ¿pueden Wes y Jamie desarrollar habilidades en las relaciones en las grandes ligas sobre la marcha?

Aviso: contiene situaciones sexuales, una silla vibratoria, momentos excitantes a larga distancia y una prueba de que los jugadores de hockey lucen calientes en cualquier tono de verde.

Biografía del autor



Sarina Bowen es autora de éxito en EE.UU. Hoy en día está llena de ideas, Le encanta escribir sobre Parejas contemporáneo angustioso y ficción New adulto. Vive en los bosques de Vermont.

Es la autora de *The Ivy Years*, una serie premiada por el paisaje marcado por el equipo de hockey en un colegio de élite de Connecticut. Además, de la serie [Gravity](#).

Con **Elle Kennedy**, Sarina es la autora de

Him y Us.



Elle Kennedy A New York Times, EE.UU. Hoy en día y Wall Street Journal es una exitosa escritora, creció en los suburbios de Toronto, Ontario, y tiene una B.A. en Inglés de la Universidad de York. Desde muy temprana edad, sabía que quería ser escritora, y comenzó activamente a perseguir ese sueño cuando era una adolescente.

Actualmente escribe para varias editoriales. Ella ama las heroínas y héroes fuertes alfas atractivos, y sólo con el suficiente calor y el peligro para mantener las cosas interesantes!!

AGRADECIMIENTOS

Moderadora de traducción

Cecilia & María_Clio88

Traductoras

**Agus901, Annabrch, Axcia, cereziito24, DianyrisAngeliz,
GigiDreamer, Kath, Loby, Maria_clio88,
Molly Bloom, Mona, nElshla, Nelly Vanessa, Susanauribe,
Valalele, YuviAndrade, Crys**

Moderadora de Corrección

Cecilia

Correctoras

**Maye, Mimi, Annabrch,
Cecilia, Dabria Rose**

ESTE LIBRO LLEGA A USTÉDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS

Notas

[← 1]

Siglas en inglés para la Liga Nacional de Hockey.

[← 2]

En inglés *puck bunnies*. Mujer que va al hockey con el único propósito de follar con los jugadores.

[← 3]

En francés, significa *¿por qué?*

[← 4]

NT: No es que esté mal escrito, lo que ocurre es que el personaje no habla muy bien inglés, y tiene acento francés por lo que algo así sonaría la traducción.

[← 5]

Per cápita es una locución latina de uso actual que significa literalmente “por cada cabeza”, esto es, “por persona” o “por individuo”.

[← 6]

Bostezo technicolor: Technicolor yawn en inglés. Se refiere a que el vómito tiene un color fuera de lo común.

[← 7]

Luna Azul: se refiere a un evento que pasa raramente.

[← 8]

Gayder: Radar gay.

[← 9]

Manoj Nelliattu Shyamalan, conocido como M. Night Shyamalan, es un director de cine y guionista indio nominado al premio Óscar.



Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.



z-library.se

singlelogin.re

go-to-zlibrary.se

single-login.ru



[Official Telegram channel](#)



[Z-Access](#)



<https://wikipedia.org/wiki/Z-Library>